

JENNY ERPENBECK

*Yo voy,
tú vas,
él va*



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

Portada

Yo voy, tú vas, él va

Agradecimientos

Créditos

Notas

Para Wolfgang
Para Franz
Para mis amigos

Dios creó el volumen; el diablo, la superficie.

WOLFGANG PAULI

Aunque me resulte de lo más molesto, tengo que vencer una enorme inhibición para matar a un insecto. No sé si será por compasión. No, no lo creo. Quizá no sea más que un acostumbrarse a las relaciones existentes. Y un intento de integrarse en ellas, una cierta conformidad.

HEINER MÜLLER

In the end, we will remember not the words of our enemies, but the silence of our friends.

MARTIN LUTHER KING

A lo mejor le quedan aún muchos años por delante, a lo mejor solo unos pocos. Sea como sea, a partir de ahora Richard ya no tendrá que levantarse puntualmente por la mañana para acudir a la facultad. Ahora tiene tiempo. Tiempo para viajar, dice la gente. Tiempo para leer. Proust. Dostoievski. Tiempo para escuchar música. No sabe cuánto le llevará acostumbrarse a tener tiempo. El caso es que su cabeza sigue trabajando, como siempre. ¿Qué va a hacer ahora con esa cabeza suya? ¿Con esas ideas que siempre revolotean en ella? Ha tenido éxito. ¿Y ahora qué? Lo que suele llamarse éxito. Se publicaron sus libros, lo invitaron a pronunciar conferencias, sus clases fueron siempre muy concurridas, los alumnos leían sus obras, subrayaban pasajes y se los aprendían de memoria antes de los exámenes. ¿Dónde están ahora esos alumnos? Algunos son profesores adjuntos en la universidad, dos o tres han llegado a catedráticos, como él. De otros hace tiempo que no sabe nada. Con uno mantiene cierta amistad, unos pocos dan señales de vida de vez en cuando.

En fin.

Desde su escritorio se ve el lago.

Richard se prepara un café.

Con la taza en la mano, sale al jardín y comprueba si los topos han levantado nuevos montículos.

El lago permanece silencioso, como durante todo el verano.

Richard espera sin saber a qué. Ahora el tiempo es un tiempo completamente distinto. De golpe. Piensa. Y luego piensa que él, por supuesto, no puede dejar de pensar. Pensar es él mismo, y a la vez es la máquina a la que se ve sometido. Ni siquiera cuando se encuentra a solas con su cabeza puede dejar de pensar, naturalmente. Aun cuando aburra a las ovejas, piensa.

Por un instante, se imagina a una oveja hojeando con el hocico su tratado sobre *El concepto del mundo en la obra de Lucrecio*.

Vuelve a entrar en casa.

Sopasa si no hace demasiado calor para llevar americana. Es más, ¿acaso necesita americana para deambular solo por casa?

Años atrás, al descubrir por casualidad que su amante lo engañaba, lo único que le ayudó a superar el desengaño fue transformarlo en trabajo. Durante meses, el comportamiento de la amante se convirtió en objeto de sus investigaciones. Escribió casi un centenar de páginas para indagar los detalles que habían conducido al engaño y la forma como la muchacha lo había perpetrado. En cuanto a la relación, el esfuerzo no dio resultado alguno, pues al poco tiempo la amante lo dejó definitivamente. Pero, de este modo, por lo menos Richard pudo superar esos primeros meses en los que tan miserable se sentía. El mejor remedio contra el amor, ya lo sabía Ovidio, es el trabajo.

Pero ahora no lo atormenta el tiempo desperdiciado en un amor inútil, sino el tiempo en sí. El tiempo pasa y no pasa. Por un breve instante, tiene la visión de una oveja haciendo trizas con el hocico y las pezuñas un libro titulado *Estudio sobre la espera*.

Quizá una chaqueta de punto sea bastante más apropiada que una americana en su situación. O por lo menos más cómoda. Y ahora que ya no ve a gente todos los días, tampoco tiene por qué afeitarse cada mañana. Que crezca lo que tenga que crecer. No oponer ya resistencia..., ¿o acaso eso es el principio de la muerte? ¿El crecimiento, el principio de la muerte? No, imposible, piensa.

Todavía no han encontrado al hombre que yace en el fondo del lago. No fue un suicidio, se ahogó mientras se bañaba. Desde ese día de junio, el lago permanece silencioso. Día tras día, silencioso. En junio, silencioso. En julio, silencioso. Y ahora, a las puertas del otoño, sigue silencioso. Ni un solo bote, ni un solo chiquillo estridente, ni un solo pescador. Este verano, si alguien se zambulle en el agua desde el embarcadero de los baños públicos, por fuerza tiene que ser un desconocido que no sepa de la desgracia. Mientras se seca, a lo mejor lo aborda una lugareña que pasea al perro, o un ciclista que baja un momento de la bicicleta para preguntarle: ¿Es que no se ha enterado? Richard no ha contado nunca la desgracia a ninguno de esos desprevenidos, para qué

arruinarle el día a alguien que solo quiere pasar un buen rato. Junto a su verja, los excursionistas pasean tan felices al llegar como al volver a casa.

Pero él, cuando se sienta en su escritorio, tiene que ver el lago.

Cuando ocurrió, Richard estaba en la ciudad. En la facultad, para más señas, a pesar de que era domingo. Todavía tenía la llave maestra, que ahora ya ha devuelto. Fue uno de esos fines de semana que dedicó a ir vaciando su despacho. Los cajones, los armarios. Hacia las 13.45. Estaba ordenando los libros de la estantería, el suelo, el sofá, la butaca, la mesilla, para meterlos en cajas. Veinte o veinticinco libros por caja, y luego los objetos menos pesados: manuscritos, cartas, sujetapapeles, mapas, viejos recortes de periódico. Lápices, bolígrafos, gomas de borrar, el pesacartas. Por lo visto había dos botes de remos cerca, pero ninguno de sus ocupantes vio venir la desgracia. El hombre agitó la mano hacia ellos, pero se lo tomaron a broma. Incluso había oído decir que se alejaron. Quiénes eran nadie lo sabe. Chicos jóvenes, dicen. Fuertes, que habrían podido ayudar. Pero quiénes exactamente nadie lo sabe. O quizá tuvieron miedo de que el hombre los arrastrara hacia el fondo, quién sabe.

Su secretaria se ofreció a ayudarlo a embalar. Muchas gracias, pero no. En cierto modo, le daba la sensación de que todos –incluso los que lo apreciaban, o acaso especialmente ellos– tenían prisa por perderlo de vista. Por eso quiso recoger sus cosas solo, en sábados y domingos, cuando no había nadie en la facultad. Descubrió que le exigía un montón de tiempo sacar todo lo que en parte hacía años que estaba olvidado en la estantería o en uno de los cajones y decidir si iba a la bolsa azul de la basura o en una de las cajas que se llevaría a casa. Sin apenas darse cuenta, empezó a hojear algunos manuscritos y terminó pasando cuartos de hora y medias horas leyendo en el centro de la sala. El trabajo de una alumna sobre el «canto undécimo de la *Odisea*», el de otra, de quien había estado un poquito enamorado, sobre los «niveles de significado en *Las metamorfosis* de Ovidio».

Luego, un día de principios de agosto, brindaron y pronunciaron discursos con motivo de su jubilación, a la secretaria, a algunos colegas y a él mismo se

les humedecieron los ojos, aunque nadie, ni él mismo, llegó a llorar. Todo el mundo se hace viejo un día u otro. Todo el mundo es viejo un día u otro. En los últimos años se había encargado a menudo de pronunciar los discursos de despedida y de convenir con la secretaria la cantidad de canapés y si se servía vino, champán, zumo de naranja o agua. Ahora, algún otro lo había hecho. Todo seguiría funcionando sin él. También eso era mérito suyo. En los últimos meses había tenido que escuchar muchas veces lo valioso que era su sucesor, qué elección más acertada, en la que él había participado en persona, y también él elogiaba al joven siempre que el tema salía a colación, como si también a él le hiciera ilusión, y pronunciaba sin vacilar ese nombre que pronto sustituiría al suyo en el membrete de la facultad, a partir de otoño el sucesor asumiría sus clases y seguiría los planes lectivos que él mismo, ahora catedrático emérito, había redactado poco antes de su despedida para cuando tuvieran que arreglárselas sin él.

El que se va tiene que organizar su propia marcha, resulta de lo más corriente, pero ahora se da cuenta de que jamás ha comprendido realmente lo que eso significa. Y tampoco ahora lo comprende. Como no comprende que, para los demás, su despedida forma parte de la cotidianidad, que solo para él supone un auténtico final. En los últimos meses, cuando alguien le decía lo triste, lo penoso, lo inconcebible que resultaba que pronto se marchara, a él le costaba mostrar la emoción esperada, ya que el lamento del que aseguraba estar tan afectado no significaba sino que este había asumido desde hacía tiempo como inevitable el hecho triste, inconcebible, de que él se fuera, ¡oh, qué pena!

De las fuentes frías que se sirvieron en la facultad con motivo de su despedida solo quedaron, aparte del perejil, algunos canapés de salmón, probablemente porque con ese calor había quien no se fiaba del pescado. A Richard le da la sensación de que el lago, que se extiende y brilla ante sus ojos, siempre ha sido más sabio que él, cuyo oficio es reflexionar. ¿Es o era? Al lago le da lo mismo si lo que se hunde en su seno es un pez o un ser humano.

Al día siguiente de la despedida empezaron las vacaciones de verano en la facultad, uno tenía previsto viajar aquí, otro allá, él era el único que no había

planeado nada, puesto que su despacho, que había ido engordando a lo largo de los años, entraba ahora en su fase final de destripamiento.

Al cabo de dos semanas, los anaqueles, sujetos con un cordel, esperaban apoyados contra la pared, las cajas se apilaban tras la puerta y los pocos muebles que mandaría trasladar a su casa formaban un pequeño pero voluminoso montón en el centro de la sala. Apoyada en él, una escoba con las cerdas aplastadas; sobre el alféizar de la ventana, junto a un sobre polvoriento, unas tijeras; en un rincón, cuatro grandes bolsas y media de basura, un rollo de cinta de embalar por el suelo; en la pared, algunos clavos de los que ya no colgaba ningún cuadro. Al fin había devuelto la llave de la facultad.

Ahora tiene que encontrarles un lugar apropiado en la casa a los muebles, abrir las cajas e incorporar todo lo que contienen al hogar. *Hueso con hueso, sangre con sangre, como si estuvieran pegados.* Los conjuros de Merseburg, en efecto. A partir de ahora también eso que llamamos educación, todo lo que sabe y todo lo que ha aprendido, pasa a ser de su propiedad privada. Desde ayer, todo aguarda en el sótano. Pero ¿qué aspecto tendrá un día apropiado para empezar a desembalar? Como hoy, seguro que no. ¿Mañana, quizá? O más adelante. Cualquiera día que no tenga nada mejor que hacer. Aunque la verdadera cuestión es si vale la pena desembalar. Si todavía vale la pena. Si tuviera hijos. O por lo menos sobrinos y sobrinas. Pero no, todo lo que su mujer llamaba siempre sus «trastos» sigue ahí para su único disfrute. Y cuando él ya no esté, para el disfrute de nadie. Por supuesto, llegado el momento, algún anticuario se quedará con los libros, y acaso ese o el de más allá, una primera edición o un ejemplar firmado, encontrarán a otro bibliófilo. A uno como él, a quien, mientras viva, se le permita acumular «trastos». Y así sucesivamente. Pero ¿y todo lo demás? Todo lo que conforma un sistema que lo rodea y solo cobra sentido cuando él se abre paso a su través, haciendo sus maniobras, recordando esto o aquello... Todo eso se dispersará y se perderá cuando él ya no esté. Algún día podría escribir sobre eso, sobre la fuerza de la gravedad que une las cosas inertes a los seres vivos para formar un mundo. Y, en ese caso, ¿él es un sol? Tendrá que andarse con cuidado de no volverse loco ahora que pasará días enteros a solas, sin hablar con nadie.

Y sin embargo.

Tras su muerte, el armario rústico al que le falta un listón seguro que ya no se alojará en el mismo hogar que la taza en la que todas las tardes se toma su café turco, el sillón en el que se sienta a ver la televisión será movido cada noche por unas manos distintas a las que tirarán de los cajones de su escritorio, su teléfono no compartirá propietario con el afilado cuchillo con el que corta la cebolla, ni con su máquina de afeitar. Muchas de las cosas que aprecia, cosas que todavía funcionan o que simplemente le gustan, terminarán en la basura. Entonces, entre el vertedero al que irá a parar su viejo despertador, por ejemplo, y el hogar de aquel que pueda permitirse su vajilla decorada con motivos de cebollas se establecerá un vínculo invisible, surgido del hecho de que un día ambas cosas le pertenecieron a él. Solo que, naturalmente, cuando él ya no esté nadie podrá ver ese vínculo. ¿O acaso un vínculo así pervive para siempre, como una realidad objetiva? Y si es así, ¿en qué unidad hay que medirlo? Si es el sentido legado por él lo que transforma sus pertenencias –desde el cepillo de dientes hasta el crucifijo gótico que cuelga en la pared– en un universo, al instante surge la siguiente cuestión esencial: el sentido ¿tiene masa?

Ciertamente, Richard tendrá que andarse con cuidado de no volverse loco. Quizá todo le irá mejor cuando al fin encuentren al muerto. Se dice que el infortunado llevaba puestas unas gafas de buceo. Podría resultar gracioso, pero en todo el verano no ha visto que ninguno de los que lo saben se riera de ello. Hace poco, durante la fiesta mayor, que a pesar de todo se celebró, aunque sin baile, oyó cómo el presidente de la Asociación de Pescadores de Caña exclamaba varias veces seguidas: ¡Con gafas de buceo! ¡Con gafas de buceo! Como si ese detalle fuera lo más difícil de asimilar en la muerte del bañista, y en efecto, todos los hombres presentes, con su jarra de cerveza en la mano, permanecieron callados durante un buen rato, limitándose a asentir en silencio con los ojos clavados en la espuma de su bebida.

Él también hará lo que le divierta hasta el último momento. De cabeza a la fosa. Pensar. Leer. Y cuando la cabeza ya no funcione, pues ya no habrá cabeza para saber que no funciona. Puede que tarden mucho tiempo en

encontrar el cadáver, se dice. Ya han pasado casi tres meses. También puede ser que no aparezca, se dice. Que se haya enredado entre las algas, o se haya hundido para siempre en el lodo que cubre el lecho del lago y que, según dicen, tiene un metro de espesor. Es un lago profundo, llega a los dieciocho metros. Agradable visto desde arriba, pero en el fondo, un abismo. Desde la desgracia, todos los vecinos, incluido él, miran con cierto recelo el carrizal, miran con cierto recelo la superficie cristalina del lago en los días sin viento. Desde su escritorio, Richard puede ver el lago. Es bonito, como los demás veranos, pero este verano eso no basta. Mientras no lo encuentren y lo saquen, el lago pertenece al muerto. Ya hace todo un verano, y pronto llegará el otoño, que el lago pertenece a un muerto.

2

Un jueves de finales de agosto, diez hombres se reúnen frente al Ayuntamiento Rojo de Berlín. Han decidido, se dice, no comer. Al cabo de tres días, también deciden no beber. El color de su piel es negro. Hablan inglés, francés, italiano. Y otras lenguas que en este país no entiende nadie. ¿Qué quieren esos hombres? Quieren trabajo. Y vivir de ese trabajo. Quieren quedarse en Alemania. Quiénes sois, les preguntan la policía y los funcionarios del gobierno regional de Berlín, a quien alguien ha mandado llamar. No queremos decirlo, responden los hombres. Pero tenéis que hacerlo, replican los otros, de lo contrario no sabemos si cumplís los requisitos legales para poder quedaros y trabajar aquí. No queremos decir quiénes somos, repiten los hombres. Si estuvierais en nuestro lugar, ¿acogeríais a un invitado al que no conocéis?, dicen los otros. Los hombres callan. Tenemos que comprobar si estáis realmente en un caso de necesidad, dicen los otros. Los hombres callan. A lo mejor sois delincuentes, dicen los otros, tenemos que comprobarlo. Los hombres callan. O simples parásitos. Los hombres callan. No tenemos suficiente ni para nosotros, dicen los otros. Aquí hay unas reglas, dicen, si queréis quedaros, tenéis que respetarlas. Y por último dicen: No podéis chantajearnos. Pero los hombres de color no dicen quiénes son. No comen, no beben, no dicen quiénes son. Simplemente están

ahí. El mutismo de los hombres, que prefieren morir a decir quiénes son, se une a la espera de respuestas por parte de los otros y desemboca en un clamoroso silencio en plena Alexanderplatz de Berlín. Un silencio completamente aislado del ruido ensordecedor que reina en la plaza debido al tráfico y a las obras de la nueva estación del suburbano.

¿Por qué Richard, que por la tarde pasa junto a las personas negras y blancas, sentadas y de pie, no oye ese silencio?

Anda pensando en Rzeszów.

Un amigo arqueólogo le ha hablado de los hallazgos aparecidos en las excavaciones de la Alexanderplatz y lo ha invitado a visitarlas. Al fin y al cabo, ahora tiene mucho tiempo, y de todos modos no puede bañarse en el lago por culpa de ese hombre. En otro tiempo, le cuenta su amigo, hubo unos extensos sótanos alrededor del Ayuntamiento Rojo. Pasillos subterráneos que en la Edad Media alojaban un mercado. Mientras esperaban para un juicio, una cita o alguna información, la gente pasaba el rato comprando algo, en principio nada distinto de lo que sucede hoy día. Pescado, queso y vino, todo lo que se conserva mejor en frío se compraba y vendía en esas catacumbas.

Como en Rzeszów.

Cuando era estudiante en los años sesenta, a veces entre clase y clase Richard se sentaba en el borde de la fuente de Neptuno, los pantalones arremangados, los pies en el agua, un libro en el regazo. Ya entonces existían esas cavidades subterráneas, a unos pocos metros de sus pies, pero él no lo sabía.

Unos años atrás, cuando aún vivía su mujer, visitaron durante unas vacaciones la pequeña ciudad polaca de Rzeszów, bajo la cual durante la Edad Media se excavó una red de túneles. Ese laberinto subterráneo creció como una segunda ciudad oculta a la mirada fugaz, un reflejo especular de los edificios visibles sobre el suelo. Todas las casas accedían a través del sótano a ese mercado público iluminado por antorchas. Y cuando arriba había guerra, los habitantes de la pequeña ciudad se cobijaban debajo. Luego, durante el fascismo, lo hicieron los judíos. Los nazis fueron los primeros a quienes se les ocurrió llenar de humo aquellos túneles.

Rzeszów.

En cambio, los pasajes sepultados del Ayuntamiento Rojo permanecieron ocultos incluso para los nazis. Lo que sí inundaron, en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial, fueron los túneles del metro, probablemente para ahogar a su propio pueblo, que se había refugiado en ellos de los bombardeos aliados. Antes reventar que dejarle una migaja al posadero, como se dice en alemán.

¿Se ha desmayado ya alguno de esos hombres?, pregunta una joven micrófono en mano, tras ella un tipo enorme con una cámara al hombro. No, dice uno de los policías. ¿Los alimentan artificialmente? Por el momento no, dice el policía, usted misma puede verlo. ¿Se han llevado a alguno al hospital? Ayer a uno, me parece, dice otro uniformado, pero fue antes de mi turno. ¿Puede decirme a qué hospital? No, no nos está permitido. Pero entonces no tengo relato. Bueno, dice el primero, eso no es cosa nuestra. Ya sabe, dice la mujer, si no pasa nada especial no puedo sacar ninguna historia. Ya, claro, comprendo. Y entonces en la tele no me aceptan la crónica. El otro: A lo mejor ocurre algo luego, a lo mejor por la tarde. La mujer: Tengo una hora como mucho. Hay que montarlo. No tengo todo el día. Comprendo, dice el uniformado esbozando una sonrisa.

Al cabo de dos horas, de vuelta a la estación del suburbano, Richard tampoco mira hacia el ayuntamiento, sino a la izquierda, hacia las fuentes, y observa sus terrazas de agua, que ascienden hasta el pie de la Fernsehturm, la torre de la televisión. Construidas en tiempos del socialismo, rebosantes de agua verano tras verano, son toda una aventura para los niños, que, joviales, hacen equilibrios sobre sus travesaños, rodeados de sus orgullosos y sonrientes padres, y de vez en cuando hijos y padres levantan la mirada hacia la bola plateada de la torre, saboreando la sensación de vértigo: ¡Que se cae! ¡Que se nos cae encima! Trescientos sesenta y cinco metros hasta la punta de la aguja, los días de todo un año medidos en metros, dice el padre, y: No, no se cae, solo lo parece, dice la madre a los hijos empapados. El padre les cuenta a los hijos, si quieren, la historia del obrero que, según se dice, se precipitó al vacío mientras colocaba la aguja en la torre, aunque, siendo esta tan alta, la caída duró tanto que a los vecinos de las casas circundantes les dio

tiempo a bajar colchones mientras el hombre caía, una pila entera de colchones mientras él caía, caía y caía, y terminaron la pila en el preciso instante en que el obrero llegaba abajo tras su larguísima caída, así que el hombre aterrizó suavemente sobre los colchones –¡como la princesa del guisante del cuento!– y se levantó sin un solo rasguño. Los niños escuchan encantados el milagro de la salvación del obrero, pero ahora quieren volver a jugar. En las fuentes de la Alexanderplatz de Berlín, verano tras verano, la humanidad parecía tan dichosa y satisfecha como le habían prometido que sería en el futuro, en una época rebosante de felicidad llamada Comunismo, que algún día, en cien, doscientos o, como mucho, trescientos años, tras ascender por los peldaños del Progreso hasta las impetuosas e increíbles alturas, alcanzaría a todos los seres humanos.

Pero al cabo de cuarenta años, de pronto y contra todo pronóstico, quien había encargado las fuentes, el Estado nacionalizado, se esfumó, y con el Estado también aquel futuro, solo los peldaños de agua siguieron borboteando, y siguen haciéndolo todavía, verano tras verano, hacia las impetuosas e increíbles alturas, y los niños temerarios y joviales siguen haciendo equilibrios en los travesaños, admirados por sus orgullosos y sonrientes padres. ¿Qué relata ahora esa imagen, desprovista de relato? ¿Qué publicitan hoy las personas felices? ¿Se ha parado el tiempo? ¿Queda algo por desear?

A los hombres que prefieren morir a decir quiénes son se les han unido simpatizantes. Una chica se ha sentado en el suelo con las piernas cruzadas junto a uno de los hombres de color, charla en voz baja con él, asintiendo de vez en cuando, mientras se lía un cigarrillo. Un chico discute con los policías, pero si no viven aquí, dice, y el policía responde, es que tampoco estaría permitido, pues eso, dice el chico. Los hombres de color están echados en el suelo o en cuclillas, algunos han extendido un saco de dormir, otros una manta, otros nada. Han montado una mesa de camping como soporte para una pancarta. Se trata de un cartón grande, pintado de blanco, en el que han escrito en letras negras: «We become visible». Debajo, en pequeñas letras verdes, alguien ha añadido la traducción con un rotulador: «Nos hacemos visibles». A lo mejor el chico, o la chica. Ahora mismo, si los hombres de

color miraran hacia Richard, le verían la espalda: erguido, un señor se precipita hacia la estación del suburbano, lleva una americana a pesar del calor, ahora desaparece entre la gente, algunas personas tienen prisa y saben muy bien adónde se dirigen, otras deambulan plano en mano, quieren visitar la Alexanderplatz, «la Alex», el centro de esa parte de Berlín que durante mucho tiempo se llamó «sector ruso» o «zona Este», como aún hoy la llaman muchos en broma. Y si miraran a través de la muchedumbre y un piso por encima, los hombres que no quieren hablar verían las ventanas del centro de *fitness* situado al pie de la torre de la televisión, bajo un techo voladizo de osados pliegues. Tras las ventanas, personas sobre bicicletas y personas que corren; verían cómo esas personas, hora tras hora, pedalean y corren hacia las enormes ventanas, como si quisieran llegar cuanto antes ahí, al ayuntamiento, a ellos, los hombres de color, o bien a la policía, para declararles su solidaridad a unos u otros, llegando para ello, si fuera necesario, a romper las ventanas y volar, o saltar, para vencer el desnivel. Pero, por supuesto, las bicicletas y las cintas de correr están fijadas en el suelo, de modo que quienes se entrenan se mueven pero no avanzan. Lo que sí es muy posible es que vean lo que ocurre en la plaza, pero para leer lo que pone en la pancarta, por ejemplo, se encuentran sin duda demasiado lejos.

3

Para cenar, Richard se prepara unos bocadillos de queso y jamón acompañados de ensalada. Hoy en el supermercado, que en tiempos socialistas se llamaba *Kaufhalle*, el queso estaba de oferta porque estaba a punto de caducar. No es que tenga que ahorrar, con la pensión le alcanza, pero para qué pagar más de lo necesario. Corta cebolla para la ensalada, toda la vida ha cortado cebollas, pero hace poco ha descubierto en un libro de cocina cómo sujetarlas para que no resbalen. Para todo hay una forma ideal, tanto para las cosas profanas de la existencia como para el trabajo y el arte. En el fondo, piensa, nos pasamos la vida tratando de alcanzar esa forma. Y cuando al fin lo conseguimos en algunas cosas, nos llega la hora de dejar este mundo. Sea como sea, hace ya un tiempo que querría demostrar sus logros a

los demás, pero ya no hay ningún demás. Su mujer ya no está. Y a su amante el arte de cortar una cebolla le habría traído francamente sin cuidado. Él y solo él puede ya sentirse satisfecho cuando consigue o entiende algo. Y se siente satisfecho. Y su satisfacción ya no persigue ningún objetivo. Esa es la primera ventaja de vivir solo: toda vanidad se revela como un lastre. Y la segunda: ya no hay nadie que perturbe el orden. Con el pan seco puedes freírte picatostes para la ensalada, al sacar la bolsita de té de la tetera hay que rodearla con el hilo y presionarla fuerte una última vez, en invierno las rosas de tallo largo se doblan hacia abajo y se cubren de tierra, etcétera. La satisfacción que produce lo que está en su sitio, lo que no se extravía, lo que se utiliza conforme es debido y no desaparece, la satisfacción por los propios logros sin impedir los logros de otro es en realidad, o así lo ve Richard, la satisfacción por un orden que él no tiene que instaurar, sino simplemente encontrar, un orden que existe fuera de él y lo une a todo lo que crece, vuela o se desliza, un orden que lo distancia de algunas personas, pero eso le da igual.

Cuando su amante había empezado a reírse de él y luego a irritarse cada vez más por sus manías, él no había sabido dejar de regañarla para que hiciera las cosas del modo que a él le parecía indiscutiblemente correcto. Con su mujer, al menos en esto, casi siempre se habían entendido. Hacia el final de la guerra ella misma, siendo una chiquilla alemana, había recibido en las piernas los disparos de los aviones alemanes en vuelo rasante mientras huía de los tanques rusos. Si su hermano no la hubiera recogido de la calle, no habría sobrevivido. Lo que no se ve es letal, eso había aprendido su mujer con solo tres años. En cuanto a él, era un bebé cuando trasladaron a su familia de Silesia a Alemania y, en el tumulto de la partida, se habría perdido si, en el andén abarrotado, un soldado ruso no lo hubiera llevado en volandas hasta el compartimento de su madre por encima de las cabezas de muchos otros expatriados. Su madre le había contado tantas veces esa historia que casi le parecía un recuerdo propio. Las «turbulencias de la guerra», lo llamaba ella. También su padre debió de ser causante de turbulencias de guerra, pues había sido soldado en el frente de Noruega y de Rusia. ¿A cuántos niños habría separado de sus progenitores, él que era casi un niño todavía? ¿A cuántos habría devuelto a su madre en el último momento? Al volver de la guerra,

tardó dos años en encontrar a su familia, que había sido trasladada a Berlín, y vio a su hijo por primera vez en la vida. En la radio siguieron emitiendo avisos de búsqueda de la Cruz Roja durante mucho tiempo, el padre se sentaba largos ratos en el sofá, junto a la madre, frente a sí un pedazo de tarta de almendras y una taza de auténtico café en grano, entonces el bebé casi extraviado por las turbulencias de la guerra ya era un colegial hecho y derecho. El niño nunca pudo preguntar a su padre sobre la guerra. Quitita, quitita, decía la madre, meneando la cabeza, negando con la mano, deja a tu padre en paz. Y el padre, mudo. ¿Qué habría sido de ese bebé si el tren hubiera arrancado dos minutos antes? ¿Qué habría sido de la chiquilla, más tarde esposa de Richard, si su hermano no la hubiera recogido de la calle? Desde luego, si algo es seguro es que no se habría celebrado ninguna boda entre un huérfano y una muerta. No me destroces los círculos, se cuenta que le dijo Arquímedes, mientras dibujaba figuras geométricas con el dedo sobre la arena, al soldado romano que más tarde lo apuñalaría. Lo que no sufre turbulencias no es evidente, en eso Richard siempre había estado de acuerdo con su mujer. Seguramente por eso ella entendía mucho mejor que su joven amante lo que significaba para él buscar lo auténticamente correcto en todo lo que encontraba. Aparte de eso, su mujer bebía mucho. Pero esa era otra historia.

Se sienta a la mesa y enciende el televisor, a esa hora dan las noticias regionales: el atraco a un banco, la huelga del personal del aeropuerto, la gasolina ha vuelto a subir, en la Alexanderplatz se han reunido diez hombres, presuntamente refugiados, y han iniciado una huelga de hambre, uno de los huelguistas se ha desmayado y ha sido trasladado al hospital. ¿En la Alexanderplatz? Se ve cómo suben a un hombre en camilla a una ambulancia. ¿Por donde Richard ha pasado hoy? Una joven reportera habla al micrófono, al fondo se ven unas figuras echadas o en cuclillas y una mesa de camping con una pancarta de cartón: «We become visible». Debajo, en pequeñas letras verdes: «Nos hacemos visibles». ¿Cómo es posible que no haya visto la manifestación? El primer bocadillo se lo ha preparado de queso, ahora a por el segundo, de jamón. A veces le avergüenza cenar mientras contempla en la pantalla seres humanos tiroteados, cadáveres después de un terremoto,

accidentes de avión, aquí el zapato de alguien tras un atentado suicida, allá los cuerpos envueltos de las víctimas de una epidemia, alineadas en una fosa común. También hoy se avergüenza, pero sigue comiendo, como siempre. De niño sufrió la miseria en sus propias carnes. Pero eso no significa que, solo porque un tipo desesperado haya emprendido una huelga de hambre, él también tenga que renunciar a comer. Eso se dice a sí mismo. Su renuncia tampoco ayudaría en nada al huelguista. De hecho, si a ese huelguista las cosas le fueran tan bien como a él, se sentaría a cenar exactamente igual que hace él. Piensa esforzarse hasta la vejez para liberarse de la herencia protestante de su madre, el estado fundamental del remordimiento. Y eso que, de los campos de exterminio, ella no había sabido nada. Supuestamente. ¿Qué debía de ocupar, antes de Lutero, ese lugar del alma en el que desde su irrupción reina la mala conciencia? Desde sus noventa y cinco tesis, resulta necesaria cierta insensibilidad como defensa propia. Richard hunde el tenedor en la ensaladera repleta y, mientras mastica, se dice que sería una chapuza intelectual dejar de pronto de comer por pura solidaridad con algún pobre o desesperado de este mundo. De todos modos, no lograría escapar a la jaula del libre albedrío. Atrapado en el lujo de poder elegir, su renuncia a comer resultaría tan caprichosa como la glotonería. Saborea la cebolla de la ensalada. Es cebolla tierna. Y esos hombres siguen negándose a decir su nombre, dice ahora la joven reportera. Parece preocupada, convincentemente preocupada, por los huelguistas. ¿No será que el tono afligido ya es materia de examen en periodismo? Y en cuanto a la imagen del hombre en la camilla, ¿de verdad ha sido tomada en la Alexanderplatz? En la Edad Media había unos libros de consulta, llamados *summa*, en los que el plano de Madrid tenía exactamente el mismo aspecto que el de Núremberg o París; el plano se limitaba a certificar que eso que se llamaba de ese o aquel modo era una ciudad. A lo mejor la cosa no había cambiado mucho. ¿Acaso no había visto una figura como esa, transportada sobre una camilla, en innumerables telediaris, desde todos los rincones del mundo y con motivo de las más diversas catástrofes? ¿Qué más daba si esas imágenes, que se deslizaban ante el espectador en décimas de segundo, coincidían en el tiempo y el espacio con el horror que había originado la noticia? Una imagen ¿podía ser una prueba? Es más, ¿debía serlo? ¿A qué relato respondían hoy todas esas

imágenes? ¿O ya no se trataba de ofrecer ningún relato? Solo en el día de hoy, se han ahogado seis bañistas en distintos lugares de Berlín, dice el presentador para cerrar el noticiario, un «triste récord», lo llama, y da paso a la predicción meteorológica. Seis bañistas, como el hombre que sigue en el fondo del lago. «We become visible». ¿Cómo es que Richard no ha visto a los hombres en la Alexanderplatz?

4

Por la noche se levanta a orinar y ya no puede volver a conciliar el sueño, como le ha ocurrido de vez en cuando en los últimos meses. Se queda acostado en la oscuridad, contemplando cómo se extravían sus pensamientos. Piensa en el hombre que yace en el fondo del lago, donde el agua está fría incluso en verano. En su despacho vacío. En la joven del micrófono. Antes, cuando dormía de un tirón, vivía la noche como una pausa. Hace ya mucho que no es así. Ahora todo sigue incesantemente, sin detenerse ni siquiera en la oscuridad.

Al día siguiente siega la hierba, almuerza guisantes estofados, enjuaga la lata y se prepara un café. Toma una pastilla para el dolor de cabeza. *Color de dabeza*. Con su amante solía divertirse tergiversando las palabras. O hablaba como si cometiera errores de tecleo. *Gran* se convertía en *garn*, *corto* en *croto*, etcétera. ¿Por qué no ha visto a los hombres? «We become visible». Nada de eso.

Coge de la estantería la traducción en prosa de la *Odisea* y lee su capítulo predilecto, el undécimo.

Al rato se acerca con el coche a la tienda agrícola para que le afilen la cuchilla del cortacésped.

Por la noche se prepara unos bocadillos con ensalada. Llama a su amigo Peter, el arqueólogo, que le cuenta que una excavadora ha desenterrado inesperadamente una estatua moderna en el límite del yacimiento. De la exposición *Arte degenerado* de los nazis, dice. Figúrate. A lo mejor en los bombardeos se destruyó un despacho de la Cámara de Cultura del Reich y el armario de los venenos, por decirlo así, terminó hundiéndose en la Edad

Media. Richard dice que le parece absolutamente increíble y el amigo dice que la Tierra está llena de maravillas. Richard piensa, pero no lo dice, que la Tierra es más bien como un vertedero en el que las distintas épocas caen en la oscuridad, se les llena la boca de tierra, se superponen, y una se aparea con la otra para no engendrar nada, y el progreso consiste tan solo en que, de todo eso, los que deambulan por este mundo no saben nada.

Al día siguiente llueve, de modo que se queda en casa y, por fin, ordena el montón de periódicos viejos.

Hace algunas transferencias por teléfono y escribe una lista de la compra para más tarde.

1 kilo cebollas
2 lechugas
1/2 pan blanco
1/2 pan negro
1 mantequilla
queso, ¿embutido?
3 latas estofado (guisantes o lentejas)
pasta
tomates

tornillos de 16 mm
barniz marino
2 ganchos

Tras almorzar, se echa veinte minutos. La manta de pelo de camello auténtico con la que se cubre se la regaló su mujer una Navidad de hace años.

Mejor esperar a un día más soleado para ponerse a desembalar las cajas del sótano.

A veces, durante sus clases, la estudiante cuyo manuscrito sobre los «niveles de significado en *Las metamorfosis* de Ovidio» guardó en una de las cajas dormitaba escondiendo el rostro tras las manos. Pero el trabajo que había escrito no estaba mal.

Por la tarde sigue lloviznando, se sube al coche y conduce hasta el supermercado, que en otros tiempos se llamaba *Kaufhalle*, mañana es domingo, no puede olvidar nada, luego se acerca a la tienda agrícola para todo lo demás. Huele a abono, a serrín y a pintura, también hay larvas para pescar, gafas de buceo y huevos recién traídos del pueblo.

Gafas de buceo.

A la hora de cenar, en el noticiario regional, una noticia breve: hoy se ha trasladado a los refugiados en huelga de hambre de la Alexanderplatz. La huelga ha terminado.

Lástima, piensa. Le había gustado la idea de que uno pueda hacerse visible por la vía de no decir públicamente quién es. Ulises se había hecho llamar Nadie para huir de la cueva del cíclope. ¿Quién te ha vaciado el ojo?, le preguntaban al cíclope ciego los demás gigantes desde fuera. Nadie, gritaba el cíclope. ¿Quién te ataca? ¡Nadie! Ulises, o Nadie, cuyo autoderogatorio seudónimo bramaba el gigante, se ató al vientre de una oveja y consiguió escapar de la cueva del monstruo devorahombres sin ser descubierto.

Probablemente, la pancarta con la inscripción «We become visible» había ido a parar a una papelería o, si era demasiado grande, estaba tirada por el suelo, empapada por la lluvia.

5

Durante las dos semanas siguientes, Richard se ocupa de que cambien la puerta del cobertizo, manda reparar la chimenea, trasplanta las peonías, barniza los remos, repasa el correo acumulado durante el verano, va una vez al fisioterapeuta y tres al cine. Por la mañana, durante el desayuno, lee el periódico, como siempre. Por la mañana bebe té, Earl Grey con leche y azúcar acompañado de una tostada con miel y otra de queso, a veces con pepinillo, y solo los domingos añade un huevo al conjunto. Ahora dispone todos los días de la tranquilidad que antes solo disfrutaba los domingos. Pero el huevo solo lo quiere los domingos. Todo según la costumbre. Lo único nuevo es que ahora puede prolongar el té tanto como le apetezca, por lo que lee a conciencia algunas noticias a las que antes apenas habría echado una

ojeada. Le gustaría saber adónde han llevado a los diez hombres de la Alexanderplatz, pero no encuentra nada al respecto. Lee, en cambio, que en la isla italiana de Lampedusa se han ahogado sesenta y cuatro refugiados de los trescientos veintinueve que iban a bordo de un bote, originarios de Ghana, Sierra Leona y Níger, entre otros países. Y lee que un hombre de Burkina Faso se ha precipitado en algún punto de Nigeria desde su escondite en el tren de aterrizaje de un avión a tres mil metros de altitud, y lee sobre una escuela de Kreuzberg, ocupada desde hace meses por subsaharianos, y lee sobre la Oranienplatz, donde por lo que parece viven acampados desde hace un año algunos refugiados. ¿Dónde cae exactamente Burkina Faso? Hasta el vicepresidente de los Estados Unidos se ha referido hace poco a África como «un país», cuando en realidad, según afirma el artículo que habla de la metedura de pata, existen cincuenta y cuatro Estados africanos. ¿Cincuenta y cuatro? Él tampoco lo habría sabido. ¿Cuál es la capital de Ghana? ¿Y la de Sierra Leona? ¿La de Níger? Algunos de sus alumnos, al principio del primer curso, ni siquiera sabían recitar los cuatro primeros versos de la *Odisea* en griego. En sus tiempos de estudiante, algo así habría sido impensable. Se levanta a coger el atlas. La capital de Ghana es Acra, la de Sierra Leona es Freetown, la de Níger, Niamey. ¿Alguna vez se ha sabido esos nombres? Burkina Faso se encuentra al oeste de Níger. ¿Y Níger? En los años setenta solían frecuentar el departamento de germanística, a un par de despachos del suyo en el mismo pasillo de la facultad, estudiantes de Mozambique y de Angola; estudiaban ingeniería o agronomía, pero sus colegas les daban clases de alemán. La colaboración con los Estados africanos aliados había terminado a la vez que el socialismo patrio. ¿A lo mejor fueron esos estudiantes el motivo de que se comprara el libro *Literatura de negros*? Ya no se acuerda, lo que sí sabe es en qué preciso lugar se encuentra ese volumen. Los libros esperan, dice siempre que un invitado le pregunta si ha leído todas las obras de su biblioteca. La capital de Mozambique es Maputo, la de Angola, Luanda. Vuelve a cerrar el atlas y va hasta la habitación de al lado, donde descansa el libro «de negros». Ahora ya nadie diría «de negros», pero entonces se podía utilizar incluso en el título de un libro. ¿A cuándo se refiere exactamente con «entonces»? Durante su infancia de posguerra,

siempre le pedía a su madre que le leyera el libro ilustrado *Hatschi Bratschis Luftballon*, que había encontrado en un baúl entre las ruinas de Berlín.

*Aprisa, ya el agua en la olla hirviendo está,
grita la mujer caníbal sin parar.
Corre, rápido, ¡atrápalo ya!,
el niño caníbal se pone a bramar.*

A él le gustaba particularmente el dibujo del niño caníbal, con los huesecillos del último banquete atravesados en el pelo. Seguramente, en algún momento su madre había regalado el libro, y ya de adulto, al preguntar por él en las librerías, Richard descubrió que seguía existiendo, pero en una nueva edición políticamente correcta, con una África sin caníbales, y que la edición original a duras penas podía encontrarse en anticuarios a un precio desorbitado. Así que, también en este caso, la prohibición no había logrado sino convertir lo vedado en algo muy codiciado. Los efectos son indirectos, nunca directos, piensa, igual que ha pensado un sinfín de veces en los últimos años a propósito de diversas circunstancias. *Literatura de negros*, en cambio, sigue en su sitio, en la estantería, donde siempre lo ha estado esperando. Y sí, el título es de 1951. Lo hojea y lee unas líneas. «La tierra es redonda y está rodeada de ciénagas», dice. «Detrás está el país de los espíritus de la selva. Bajo la tierra no hay más que tierra. Lo que hay más allá, no se sabe.»

6

Cuando Richard encuentra por fin la escuela en el distrito de Kreuzberg, ya anochece. No hay alumbrado en el antiguo patio, así que apenas puede diferenciar del aire nocturno las figuras oscuras con las que se cruza. Las escaleras apestan. Las paredes están repletas de pintadas. En la primera planta, descubre a través de una puerta abierta el servicio de caballeros, entra y observa el aspecto que tiene en ese sitio un servicio de caballeros: de cuatro retretes, tres están sellados con cinta adhesiva rojiblanca. Al otro lado está todo vacío, a lo mejor antaño había duchas. Todas las tuberías están desmontadas, solo quedan las baldosas. Huele que da asco. Sale. Ahora no se

ve a nadie, ni negro ni blanco. En la pared, solo una hoja de papel escrita a mano: «Sala de actos», dice, y una flecha señalando hacia arriba. Le llegan voces de la planta superior. Todo el mundo debe de estar ya en la asamblea. Se le ha hecho un poco tarde, en el camino desde la estación del suburbano se ha perdido, todavía no se orienta bien en Berlín Oeste. *El gobierno de Berlín invita a vecinos y refugiados a analizar la situación en la sala de actos de la escuela ocupada de Kreuzberg*, ha leído en el periódico. Entonces, ¿qué demonios hace aquí él, que no es ni vecino ni refugiado? ¿Acaso la caída del Muro solo le ha dado libertad para ir a lugares que le dan miedo?

La sala de actos está llena de gente de pie, sentada en el suelo, en sillas, en mesas. Los colchones de los refugiados se han apartado hacia las paredes, en el centro hay algunas tiendas de campaña sujetas con tornillos al parqué de espiga. ¿Qué es aquí fuera, y qué es dentro? Incluso el antiguo escenario está cubierto de colchones, uno junto a otro, el telón cuelga entre dos columnas corintias blancas, está descorrido y deja a la vista catres, mantas, sábanas, bolsas y zapatos. De hecho, ¿no son figuras durmiendo eso que se distingue bajo la ropa de cama? Richard no está seguro. ¡Ay de mí!

Ahora todos dicen por turno su nombre, su país de origen y por qué están aquí. Y todo se traduce por duplicado. Richard ha participado en muchas asambleas en su vida, pero en ninguna como esta.

Me llamo, soy de, estoy aquí porque.

My name is, I come from, I'm here because.

Je m'appelle, je viens de, je suis ici parce que.

Y así, los setenta asistentes van diciendo quiénes son. *Filosofía, / jurisprudencia y medicina, / ¡y por desgracia también teología!, / estudié a fondo con ardiente afán*. En el centro del techo con molduras cuelga una lámpara de araña, madera oscura en las paredes. No hace tanto, eso era un instituto.

De Mali, Etiopía, Senegal. De Berlín.

From Mali, Ethiopia, Senegal. From Berlin.

Du Mali, Éthiopie, Sénégal. De Berlin.

En los cruceros de las ventanas cuelgan algunas chaquetas y camisetas. ¿Puestas a secar? ¿Dónde se lava la ropa en una antigua escuela? No hace

tanto, sobre el escenario se pronunciaban discursos y se tocaba el piano, se daba la bienvenida a los nuevos estudiantes y se premiaba a los mejores alumnos. Se representaban obras de teatro. Se recorría el telón. Se veía a Fausto sentado a su escritorio: *¡Y veo que nada podemos saber!* En efecto, incluso ahora, durante la asamblea, hay personas durmiendo bajo algunas de las mantas.

De Níger. De Ghana. De Serbia. De Berlín.

From Niger. From Ghana. From Serbia. From Berlin.

Du Niger. De Ghana. De la Serbie. De Berlin.

¿Lo echarán por no ser vecino? No quiere decir quién es. Ni por qué está aquí. Ni él mismo lo sabe. Entre los escasos asistentes blancos hay vecinos de Kreuzberg, miembros de asociaciones de ayuda a los refugiados o de organizaciones humanitarias, promotores de una iniciativa que quiere convertir la escuela en un centro cultural, funcionarios de la administración del distrito y trabajadores del servicio de protección de menores. También una periodista, que tiene que abandonar la sala porque la asamblea quiere celebrarse a puerta cerrada. Entre los muchos asistentes negros hay algunos que viven en la escuela desde hace ocho meses, otros desde hace seis meses, otros desde hace solo dos meses. Estos refugiados sí que dicen su nombre y de dónde son, al contrario que los de la Alexanderplatz, pero eso no parece ser la solución al problema. La capital de Ghana es Acra, la capital de Sierra Leona es Freetown, la de Níger es Niamey.

No, Richard no quiere decir su nombre.

En el mismo instante en que piensa todo eso, se oye de pronto en las escaleras un estruendo ensordecedor, una especie de explosión que hace saltar todo pensamiento por los aires y solo deja lugar al instinto. Y con el instinto se dice el miembro de la organización humanitaria: Estamos en la segunda planta. Y se dice el hombre de Ghana: El acceso a la otra escalera está cerrado. Y se dice el vecino: Eh, que yo soy blanco. Y se pregunta la vecina: ¿Qué será de mi hijo? Y se dicen muchas personas de color: O sea que a fin de cuentas he venido hasta aquí para morir. Y se dice Richard: Es el fin.

Pero entonces todos los que se han tapado los oídos, Richard entre ellos,

bajan las manos, vuelven a respirar y empiezan a pensar de nuevo, y piensan: Pues no ha sido ninguna bomba. Y también piensan: Pero habría podido serlo perfectamente.

Y en ese preciso instante en que todos quieren ahuyentar rápidamente de su pensamiento el miedo que han tenido, o más bien el miedo que los ha tenido a ellos, en ese preciso instante se va la luz y, por un momento, todos los presentes son negros. Bueno, ¿y ahora qué ocurre?, se oyen algunos murmullos. ¡Será posible!, exclama alguien. Luego vuelve la luz.

Como si en esos dos minutos no hubieran sucedido suficientes imprevistos, apenas vuelve la electricidad uno de los africanos empieza a vociferar, gesticula, profiere insultos, lanza una almohada por los aires, luego una colcha. ¿Qué pasa? ¿Qué le pica a ese ahora? ¿Está en estado de shock? No, dice alguien, por lo visto durante la explosión, o en la oscuridad posterior, le han robado el ordenador portátil de debajo de la almohada. Y qué hace un refugiado como ese con un portátil, piensa ahora el vecino. Seguro que es uno de esos que trafican en el parque de ahí enfrente, piensa la vecina. La propiedad privada no funciona cuando lo único que tienes es una colcha y una almohada, piensa Richard, que ha venido desde su periferia por razones que a él mismo se le escapan. Pasa junto al vociferante, y junto a los hombres que tratan de calmar al vociferante, deja atrás el barullo y la sala, en la que no ha llegado a empezar la asamblea, y sale al rellano, todavía brumoso por el petardo que ha lanzado algún provocador berlinés para protestar contra la administración del distrito, o algún joven de color sin nada mejor que hacer que asustar a los demás con un petardo, o algún neofascista que odia a los refugiados y a sus simpatizantes, o algún pobre diablo negro que quería robarle un portátil a otro pobre diablo negro aprovechando un momento de pánico.

Richard baja las escaleras, que apenas distingue por culpa del humo, pasa de largo el servicio de caballeros, iluminado pero desierto, y sigue bajando. Si no fuera tan despacio para no tropezarse, podría afirmarse que huye.

Es bonito cuando huele a hojarasca en otoño. A hojarasca húmeda que se hunde en la tierra y se pega a las suelas de los zapatos. Abrir la verja del jardín, aspirar hondo el aire oscuro, eso hace Richard todas las noches desde hace veinte años al llegar a casa. Durante veinte años ha sido otoño en ese jardín, ha olido así, él ha abierto así la verja y así la ha vuelto a cerrar. Aquí el tiempo es como una gran patria a la que puede volver estación tras estación. Aquí se siente a gusto. A diferencia de otros vecinos, no se ha hecho instalar ningún sensor de movimiento entre los árboles para que se enciendan luces mientras cruza el jardín. A veces brilla la luna, pero tampoco le molesta cuando, como hoy, la oscuridad es total, entonces sus pasos pertenecen más al bosque que a sí mismo y el sentido de la vista deja paso a la viveza del espíritu. La oscuridad, incluso la mansa oscuridad de un jardín, convierte por un instante a un ser humano como él en un animal maravilloso. Entonces se acuerda del hombre que en ese mismo instante se mece en un suave vaivén en algún lugar del fondo del lago.

Hace un rato, en Kreuzberg, ¿se ha comportado como un cobarde? Probablemente. Aquí, en el jardín, siempre ha tenido la sensación de que el miedo que asoma la cabeza es lo que lo une estrechamente al lugar. Aquí, en el jardín, nunca ha tenido miedo del miedo. En la ciudad es distinto. Sus amigos se ríen de él porque sigue negándose a ir al centro en coche. Pero, desde que no está el Muro, ya no se orienta. Desde que no está el Muro, la ciudad es el doble de grande y ha cambiado tanto que a menudo es incapaz de decir ni en qué cruce se encuentra. Conoció los boquetes de las bombas, primero con escombros, luego sin ellos. Más adelante, algunos fueron ocupados por un puesto de salchichas o de árboles de Navidad, aunque muchos quedaron desiertos. En los últimos años, los boquetes se han vuelto a rellenar con casas, las esquinas desportilladas se han reedificado, ya no se ve ni una pared medianera. De niño, antes de la construcción del Muro, aún había podido intercambiar en la estación de Gesundbrunnen, en Berlín Occidental, unos arándanos recogidos por él mismo por su primera pelota de plástico hinchable. Solo había pelotas como esa en el Oeste. Tras la caída del Muro, cuando volvió a ver la estación, las vías que se dirigían hacia el Este estaban cubiertas de maleza y, sobre los andenes, los abedules se mecían en

el viento. Si hubiera sido urbanista, la habría dejado así. Como recuerdo de la ciudad partida, también como símbolo de la fugacidad de todo lo que construye el hombre, o quizá sencillamente porque un pequeño bosque de abedules sobre un andén es bonito.

Richard se sirve un vaso de whisky y enciende el televisor. Dan varios programas de entrevistas, un viejo western, noticiarios, una película que se desarrolla en una pradera alpina, documentales de animales, concursos, películas de acción, de ciencia ficción, policíacas. La deja encendida, aunque sin volumen, y se sienta al escritorio. Mientras a su espalda una comisaria de policía zarandea la puerta de un sótano, Richard echa un vistazo a algunos papeles de la mesa, seguros, contratos de teléfono, la factura del taller. Hace un momento, en la asamblea, no ha querido decir su nombre, pero ¿por qué? Una asamblea en la que setenta personas se presentan una por una a las demás le parece algo de lo más absurdo. Todavía ahora, sentado al escritorio, menea la cabeza pensando en ello, mientras la comisaria, a su espalda, habla con un adolescente que llora acurrucado en un rincón. Decir su nombre habría sido, o así lo ha vivido él, una confesión, cuando menos una confesión de su presencia. Pero qué le importa a nadie su presencia. Él no quiere ayudar, no vive cerca de la escuela y tampoco es funcionario del gobierno regional. Solo quiere observar, y que lo dejen en paz mientras observa. No pertenece a ningún grupo, su interés es suyo y solo suyo, es su propiedad privada y, por decirlo así, es un interés completamente frío. Y si no hubiera sido tan frío durante toda su vida profesional, no habría comprendido tantas cosas. Seguramente, el intento de averiguar la identidad de todos los asistentes de la sala de actos tiene que ver con el estado de guerra en que se encuentra la escuela. Y, aun así, ¿qué información da un nombre? El que quiera, siempre podrá mentir. Hay que saber mucho más que el nombre, de lo contrario nada tiene sentido. Richard se levanta y se sienta por un momento en el sofá, frente al televisor mudo, con el último sorbo de whisky. Ahora un chico joven agarra a un hombre mayor por el cuello y lo empuja contra una pared, los dos tipos se gritan, luego el joven suelta al mayor, este se va, el joven le grita algo una última vez. Cambio de escena. El despacho de la comisaria. Cristales con persianas venecianas, tazas de café, papeles, etcétera.

Para desayunar, té Earl Grey. Con leche y azúcar. Acompañado de una tostada con miel y otra de queso. Las *Variaciones Goldberg* de Bach en la radio. Hace años, Richard dio una conferencia sobre el lenguaje como sistema de signos. Las palabras como signos para las cosas. El lenguaje como piel. Y sin embargo las palabras no eran más que palabras. Nunca eran la cosa en sí. Había que saber mucho más que el nombre, de lo contrario nada tenía sentido. ¿Qué hace que una superficie sea una superficie? ¿Qué la separa de lo que se encuentra debajo de ella y qué la separa del aire? De niño quitaba la capa de nata que flotaba en la leche caliente, esa nata que le repugnaba y que solo unos momentos antes no había sido sino leche. ¿De qué está hecho un nombre? ¿De sonido? Si está escrito, ni siquiera eso. A lo mejor por eso le gusta tanto escuchar a Bach, porque en Bach no hay ninguna superficie, sino relatos que se entrecruzan. Se entrecruzan, se entrecruzan a cada momento, y de todos esos cruces surge esa cosa que, en Bach, se llama música. Cada momento como un corte a través de un pedazo de carne, un corte a través de la cosa en sí. Este año volverá a reservar una entrada para el *Oratorio de Navidad* en la catedral. Por primera vez desde que murió su mujer. Recoge el plato, tira las migas a la basura. Luego coge el abrigo y se pone los zapatos marrones, los más cómodos que tiene, *never brown in town*, dicen, pero a él le da igual. Si te caes del caballo al galope, dicen, levántate enseguida y vuelve a montar o el miedo te calará los huesos para siempre. Ayer, en la escuela ocupada, tuvo miedo. Así que comprueba que los fogones están apagados, apaga las luces, coge las llaves y el abono mensual.

Al fin y al cabo, ir a la Oranienplatz a pleno día es más fácil que presentarse en una escuela dejada de la mano de Dios a horas intempestivas. Poco después de la caída del Muro, Richard había visitado Kreuzberg con su mujer por primera vez en la vida. En esa época, todos los domingos iban a pasear a alguno de los barrios occidentales de la ciudad. El sábado se leían la guía y el domingo por la mañana paseaban. Los primeros colonizadores de las calles que rodeaban la Oranienplatz, cuando aún era periferia, habían sido los refugiados hugonotes, muchos de ellos, al parecer, jardineros. Luego, dos

siglos atrás, Lenné se había encargado de la urbanización de la plaza. Aún existía el canal: la plaza era una orilla, y lo que hoy es calle era un puente. Más tarde Richard le enseñó el lugar a su amante y le contó quién era Lenné y que a la vuelta de la esquina había una buena librería, un cineclub y un bonito café.

Ahora la plaza parece en obras. Un paisaje de tiendas de campaña, barracas y lonas blancas, azules y verdes. Se sienta en un banco, mira a su alrededor y escucha las conversaciones. Aquí nadie le pregunta su nombre. ¿Qué ve? ¿Qué oye? Ve pancartas y carteles con eslóganes pintados a mano. Ve hombres negros y simpatizantes blancos. Los negros en pantalones recién lavados, chaquetas multicolores, camisas de rayas, jerséis claros con inscripciones. ¿Dónde se lava la ropa en una plaza ocupada? Uno lleva zapatillas doradas..., ¿será Hermes? Los simpatizantes tienen la piel blanca, su ropa, en cambio, es negra y raída, pantalones, camisetas, jerséis. Los simpatizantes son jóvenes y paliduchos, se tiñen el pelo con jena, no creen en el mundo feliz, quieren que todo cambie y por ello se perforan los labios, las orejas y la nariz y se ponen aros. Los refugiados, por su parte, quieren entrar en ese mundo que, a sus ojos, tiene un aspecto bastante convincente de mundo feliz. Aquí, en la plaza, se cruzan los dos tipos de deseo y esperanza, hay una intersección, sí, pero el observador silencioso duda de que sea demasiado grande.

Antes de marcharse a vivir a la periferia, Richard y su mujer habían tenido un piso en la ciudad, a solo doscientos metros en línea recta de Berlín Oeste. Y vivían casi tan tranquilos como luego fuera de la ciudad. El Muro había convertido su calle en un callejón sin salida, los niños solían patinar en él. En 1990, cuando el Muro se retiró piedra a piedra, un sinnúmero de berlineses occidentales embargados por la emoción acudieron diligentemente a la inauguración del nuevo punto de paso para dar la bienvenida a sus hermanos y hermanas del Este. También a él, el berlinés oriental que casualmente vivía en esa calle, escindida durante veintinueve años, una mañana a las nueve y media lo recibieron con lágrimas en los ojos en su camino hacia la libertad. Aunque él, esa mañana, no iba en absoluto camino de la libertad, sino

simplemente a la universidad; como abrían ese tramo del Muro, quería llegar a la estación del suburbano que se encontraba en la parte occidental de la calle. Impasible e impaciente, se abrió paso con los codos a través del gentío emocionado, alguno de los contrariados liberadores le gritó algún improperio, pero él llegó a la universidad en menos de veinte minutos por primera vez en la vida.

Hasta hace poco más de un año, el banco en el que ahora está sentado era un banco normal y corriente de una plaza ajardinada de Kreuzberg. En él los paseantes se sentaban, se relajaban, descansaban. El canal que pasaba por ahí en tiempos de Lenné había sido cubierto por el ayuntamiento en los años veinte del siglo pasado por el hedor que desprendía. El agua ¿sigue fluyendo ahí al fondo, entre los granos de arena?

Sea como sea, ya nadie se sienta a relajarse en el banco. Y que Richard no se levante enseguida responde únicamente al hecho de que no está ahí para relajarse. A causa de los hombres de color acampados sobre la hierba, un acto tan natural como sentarse en un banco ha dejado de ser natural. Los berlineses, que desde los tiempos de Lenné, sentados en uno de los bancos, sabían cómo comportarse en esa plaza ajardinada, ya no lo saben: ninguna mujer mayor echa comida a los gorriones, ninguna madre mece suavemente el cochecito, ningún estudiante lee, ningún trío de borrachos se reúne ahí antes de comer, ningún oficinista se toma el almuerzo, ninguna pareja se coge de la mano. «La metamorfosis del sentarse» sería un buen título para un artículo. Y sin embargo Richard permanece sentado. En su experiencia, siempre que aparece un «sin embargo» la cosa se vuelve interesante. «La génesis del sin embargo» sería también un buen título.

La única persona blanca que parece tan a gusto en la plaza como los refugiados es una mujer esquelética de cuarenta y pocos años. Le está indicando a un turco dónde puede dejar los panes que quiere donar. Al rato, un hombre con barba le da una bicicleta, que ella le entrega a uno de los refugiados, y ambos se quedan mirando cómo el hombre monta feliz en ella. ¿Sabías que tiene una bala en los pulmones?, dice ella, el hombre de la barba asiente, Libia, dice ella, él asiente, luego permanecen un instante en silencio,

luego dice el hombre: Bueno, yo ya me voy. Una chica se acerca a la esquelética micrófono en mano.

En estos momentos no concede ninguna entrevista, dice la mujer esquelética.

Pero es importante que los berlineses.

Seguramente ya sabe que se está negociando para conseguirles un nuevo alojamiento para el invierno.

Precisamente por eso yo, dice la joven.

Será que Richard tiene aspecto de indigente, porque a las dos mujeres no parece molestarles que esté a medio metro de ellas, escuchando todo lo que dicen.

Entonces también sabrá que la oferta del gobierno regional es de dieciocho euros por persona y noche desde ahora hasta abril.

Sí, eso es lo que...

Pues bien, dice la esquelética, la única persona dispuesta a ofrecerles una casa pide el doble. Así que si usted escribe: hay ratas por todas partes y nada más que cuatro retretes, a veces no comen nada caliente en tres días, y escribe también: el invierno pasado las tiendas se derrumbaron con la nieve... Se lo aseguro: entonces el único que se alegrará de su artículo será ese inversor.

Ya, dice la joven, comprendo, dice, y baja el micrófono.

Richard piensa, como ha pensado a menudo en los últimos años, que las consecuencias de nuestras empresas son casi siempre incalculables, y con frecuencia son diametralmente opuestas a las que buscábamos. Que también sea así en este caso quizá se deba al hecho de que el conflicto entre el gobierno del *land* y los refugiados, a fin de cuentas, es un problema fronterizo, y en una frontera, en términos matemáticos, los números cambian de signo con facilidad. No es de extrañar, piensa, que la palabra «empresa» tenga tanto que ver con el hacer como con el vender.

Sin volver a encender el micrófono, así, como persona, la joven pregunta a la esquelética:

¿Y qué hacen aquí todo el día, si no les dejan trabajar?

Nada, dice la esquelética. Y, volviéndose de espaldas, añade: Y cuando no hacer nada se vuelve insoportable, organizamos una manifestación.

Ya, dice la joven, y asiente hacia la esquelética, que ya se aleja.

Entonces guarda el micrófono, está justo enfrente de su banco, dándole la espalda, sin percatarse de que tiene un espectador mudo detrás. Mientras tanto, la esquelética se dirige hacia la tienda abierta, que parece ser la cocina, recogiendo en su camino un cartel colocado sobre una estructura de madera que se ha tumbado y ha hecho un agujero en una de las tiendas.

Richard ve a un negro que se acerca a otro y le da la mano. Ve a un grupo de cinco hombres que charlan, uno de ellos habla por teléfono. Ve cómo el hombre al que han regalado la bicicleta pedalea en círculo alrededor de la plaza, de vez en cuando se aventura por el camino empedrado y sorteando a los otros refugiados. Ve a tres hombres sentados tras una mesa en una tienda abierta, frente a ellos una caja de cartón con la inscripción «Donaciones». Ve a un viejo solo sentado en el respaldo de un banco, es tuerto. Ve a un hombre con un tatuaje azul en el rostro que le da a otro unas palmadas en el hombro y prosigue su camino. Ve a uno de los hombres charlando con una simpatizante. Ve a otro en una tienda con la lona levantada, sentado en un catre, tecleando algo en un teléfono. Al que está sentado en el catre de al lado solo le ve los pies. Ve a dos que discuten en una lengua incomprensible para él y, como uno de ellos grita cada vez más y el otro le golpea el pecho, de modo que el primero se tambalea hacia atrás, el de la bicicleta tiene que dar un rodeo para sortearlos. Ve a la esquelética hablando con un hombre que sostiene una cazuela en la mano. Ve la espléndida casa esquinera que constituye el telón de fondo de toda la escena. Debe de ser de la época en que por ahí, por donde él está sentado, pasaba el canal. Parece que haya albergado unos grandes almacenes, aunque ahora en la planta baja hay un banco. Cuando el canal pasaba por ahí, Alemania todavía tenía colonias. *Kolonialwaren*, «Ultramarinos», podía leerse en letras desgastadas en algunas fachadas de Berlín Este hasta hace veinte años, antes de que Occidente empezara a renovarlo todo. «Ultramarinos» y los impactos de la Segunda Guerra Mundial en la misma fachada, y en el polvoriento escaparate de una de esas casas, ya vaciada de inquilinos para su demolición, quizá un rótulo de cartón socialista: *Obst Gemüse Speisekartoffeln (OGS)*, «Frutas, hortalizas, patatas». El globo terráqueo que tiene en su despacho todavía indica el «África Oriental Alemana». A la altura de la Fosa de las Marianas, el cartón

que recubre la esfera se ha soltado un poco, pero por lo demás el globo sigue siendo bonito. Richard no sabe cómo se llama hoy en día el África Oriental Alemana. En la época en que por ahí, por donde él está sentado, pasaba el canal, ¿se vendían esclavos en los grandes almacenes de ahí enfrente? A los contemporáneos de Lenné ¿les subían el carbón a la cuarta planta unos sirvientes negros? La imagen le provoca una sonrisa, pero un hombre mayor sentado a solas en un banco y sonriendo para sus adentros puede resultar sospechoso. ¿A qué espera exactamente? Hace un año que esos hombres están acampados en la plaza, ¿de verdad cree que precisamente hoy, justo el día en que él ha abandonado su periferia para venir aquí, ocurrirá algo imprevisto? No ocurre nada, así que tras dos horas y media, cuando empieza a tiritar de frío, se levanta y vuelve a casa.

A menudo le sucedía que, al principio de un proyecto, no sabía qué le impulsaba, como si sus ideas tuvieran vida y voluntad propias y solo esperaran a ser pensadas al fin por él, como si existiera una investigación ya antes de que él la emprendiera, y como si también el camino a través de todo lo que sabía, lo que veía, lo que encontraba o le ocurría, en realidad hubiera estado siempre ahí para que él lo recorriera cuando por fin estuviera preparado. Y en efecto debía de ser así, puesto que uno solo encontraba lo que ya estaba ahí. Porque todo está ya siempre ahí. Por la tarde recoge por primera vez las hojas con el rastrillo. Por la noche dicen en las noticias que es solo cuestión de tiempo que se encuentre una solución a la insostenible situación de los refugiados de la Oranienplatz. Richard ha oído muchas veces esas frases referidas a las más variadas situaciones insostenibles. También que las hojas vuelvan a la tierra, o que el hombre ahogado aparezca en algún lugar de la orilla o se disuelva en el lago es, en principio, solo cuestión de tiempo. Pero ¿qué significa eso? Él todavía no sabe ni siquiera si el tiempo sirve para superponer diferentes capas y caminos o, al contrario, para separarlos, pero a lo mejor el presentador del telediario sí lo sabe. Richard se irrita, pero no sabría decir por qué. Luego, ya en la cama, se acuerda de la frase de la mujer esquelética: Y cuando no hacer nada se vuelve insoportable, organizamos una manifestación. Y de pronto sabe por qué hoy ha pasado dos horas sentado en la Oranienplatz. Ya lo supo en agosto, al enterarse de que

los hombres que mantenían una huelga de hambre no querían decir su nombre, y lo supo ayer, cuando atravesaba el oscuro patio de la escuela, pero no es hasta ahora, en ese preciso instante, cuando lo sabe de verdad: para hablar de qué es el tiempo probablemente no encontrará a nadie mejor que los que han sido expulsados de él. O que están atrapados en él, si se prefiere. Junto a él, en la mitad de la cama tapada con la colcha donde siempre dormía su mujer, descansan algunos de los jerséis, pantalones y camisas que ha utilizado últimamente y que todavía no ha guardado.

9

Leer libros sobre el tema y preparar un catálogo de preguntas para las conversaciones que quiere mantener con los refugiados. Tras el desayuno se pone a trabajar, a la una almuerza, duerme una hora, luego vuelve a su escritorio o lee hasta las ocho o las nueve. Es importante hacer las preguntas adecuadas. Y las preguntas adecuadas no son necesariamente las que se pronuncian.

Para analizar la transición de una cotidianidad plena y controlable a la cotidianidad abierta por los cuatro costados, expuesta a la intemperie, por decirlo así, de la vida de un refugiado, debe averiguar qué hubo al principio, qué hubo en el medio y qué hay ahora. En el punto en que la vida de una persona linda con la otra vida de esa misma persona debe de hacerse visible esa transición, que, si uno la observa con atención, en realidad no es nada.

¿Dónde se crió usted? ¿Cuál es su lengua materna? ¿Qué religión profesa? ¿Cuántos miembros formaban su familia? ¿Qué aspecto tenía el piso o la casa donde creció? ¿Cómo se conocieron sus padres? ¿Tenían televisor? ¿Dónde dormía usted? ¿Qué había para comer? De niño, ¿cuál era su escondite preferido? ¿Fue a la escuela? ¿Qué ropa llevaba? ¿Tenía animales domésticos? ¿Aprendió algún oficio? ¿Tiene hijos? ¿Cuándo se fue de su país? ¿Por qué? ¿Mantiene el contacto con su familia? ¿Con qué objetivo se marchó? ¿Cómo se despidió? ¿Qué se llevó? ¿Cómo se imaginaba Europa? ¿Qué cosas no son como las imaginaba? ¿Cómo pasa el tiempo? ¿Qué es lo que más echa de menos? ¿Qué desea? Si tuviera hijos y se criaran aquí, ¿qué

les contaría sobre su país? ¿Puede imaginarse envejeciendo aquí? ¿Dónde quiere que lo entierren?

10

Uno de los días que Richard pasa sentado en su escritorio y en su butaca de lectura, se desmantelan las tiendas de campaña y las barracas de la Oranienplatz y los refugiados son distribuidos por diversas instituciones benéficas de la ciudad y el extrarradio que se han mostrado dispuestas a acogerlos porque algunos días la temperatura nocturna no llega a los diez grados. Richard no se entera de la noticia, ya que ese día está ocupado con la adquisición de tierras en la costa suroccidental de África por parte del comerciante Lüderitz. Tras su primera bancarrota en México, el señor Von Lüderitz se casó con un buen partido, conoció al hijo de un misionero de la costa occidental africana y, siguiendo su consejo, adquirió dos parcelas de tierra: una por cien libras esterlinas en oro y doscientos rifles, la otra por quinientas libras y sesenta rifles. Y todo ello medido en millas cuadradas alemanas, sensiblemente mayores que las inglesas, con las que contaba el jefe de la tribu aborígen. Sería bonito conseguir una franja de tierra que llegara hasta el océano Índico... Al principio, el Imperio Alemán no quiere defender la verja del jardín de Lüderitz. Pero al comprobar que los británicos, viéndolo tan fácil, ocupan a su vez algunos puertos, Bismarck envía al fin un par de buques de combate. Desde ese momento, los latifundios del comerciante Lüderitz se llaman «colonia» y son defendidos por el Estado. Durante la cena, Richard sigue meneando la cabeza pensando en ese modo de proceder de los alemanes. Ese meneo de cabeza ¿es acaso otro signo? Pero ¿dirigido a quién, si no hay nadie más que él? *Ahí está, sentada en una piedra, meneando la cabeza.* Mañana irá por primera vez al encuentro de los refugiados con su catálogo de preguntas.

Al día siguiente, llega justo a tiempo para ver cómo en la plaza, acordonada y rodeada por la policía, una excavadora recoge las últimas tablas, barracas, colchones y cartones para cargarlos en el camión que se los llevará. Solo queda, acurrucada en lo alto de un árbol, una mujer africana que

parece negarse a abandonar el lugar, pero ni la patrulla de limpieza ni la policía reparan en el árbol ni en la mujer. No se ve a ningún otro refugiado. Ahí donde el desmantelamiento de las tiendas y casetas deja de nuevo al descubierto trozos de tierra, asoma el sistema de túneles de las ratas que, al parecer, han aprovechado las provisiones mal protegidas de los refugiados. Richard piensa en Rzeszów. Uno de los policías le cuenta que los propios refugiados han ayudado en el desmantelamiento, puesto que eso era uno de los puntos del acuerdo con el gobierno del *land*. ¿Qué acuerdo? Lo lamenta, pero eso no puede decírselo. ¿Y dónde están ahora los refugiados? Repartidos en tres instituciones. Una en la periferia, muy cerca de donde vive Richard, sí, ya sabe dónde es, conoce el edificio de ladrillo rojo y cristales polvorientos que pertenece a la residencia de ancianos y que lleva casi dos años vacío.

En el camino de vuelta, la voz automática del suburbano advierte en cada estación, como siempre, de la separación entre el vagón y el andén, y como siempre Richard piensa que las autoridades no lo hacen porque les preocupen las personas, sino única y exclusivamente para que la aseguradora pague en caso de que, en efecto, alguien sufra un accidente.

Así que ahora han llevado a los africanos a la residencia de ancianos.

Y por qué no, ya que hay un edificio vacío.

Baja del tren y vuelve a casa.

Al día siguiente, en la Asociación de Pescadores de Caña se celebra por todo lo alto el Día de la Unidad Alemana, Richard abre por fin las cajas traídas de la facultad, que siguen cerradas en el sótano, y empieza a clasificar los libros. Necesitará también el día siguiente, y el otro. Durante el fin de semana corta las cajas en trozos y por último, la tarde del «Aniversario de nuestra República», el antiguo festivo de octubre, lleva los cartones bien apilados al contenedor azul para el papel. El lunes sale con el coche a comprar y vuelve de nuevo a casa. Durante años, cada vez que ha pasado por delante de esa residencia de ancianos se ha preguntado si sería ahí donde

pasaría el «atardecer» de su vida, como suele decirse. No existe la expresión «la noche de la vida». La luchuga no cabe en el cajón de las verduras, así que la deja sobre el frío embaldosado del zaguán.

Por fin el martes por la mañana coge el abrigo y se pone los zapatos marrones, los más cómodos que tiene. Comprueba los fogones, apaga las luces, coge las llaves y el abono mensual. Veinte minutos a pie.

En el vestíbulo de la residencia dice a la recepcionista que quiere hablar con los refugiados.

Claro, de dónde viene.

De casa, dice él.

No, no se refiere a eso, sino ¿de parte de qué institución?

De ninguna, dice él, vengo por propio interés.

¿Quiere hacer una donación?

No.

La cosa no es tan sencilla, dice la recepcionista.

A través de un gran cristal puede ver la sala de desayuno de la «residencia de la tercera edad», como se llama hoy a la residencia de ancianos. Los abuelos están sentados en mesas de cuatro, algunos con un babero alrededor del cuello, algunos en silla de ruedas.

Soy catedrático de la Universidad Humboldt, departamento de filología clásica.

Es una frase que ha repetido muchas veces a lo largo de su vida. En realidad ahora es catedrático emérito, pero todavía no se ha acostumbrado. Hizo en el Este los «méritos» que ahora se le reconocen en el Oeste. Aunque su pensión, como la de todos los catedráticos de la época del Este, es inferior a la de sus colegas occidentales. «Época del Este», una expresión interesante: una época que toma su nombre de un punto cardinal. Ahora todo es «Oeste», a todas horas y en todos los puntos cardinales de la ciudad y del país.

Aun así, necesita una cita.

¿Con los refugiados?, pregunta.

No, primero con el director de la residencia.

Siempre le ha gustado experimentar cómo surge un interrogante. La aparición de los refugiados aquí, en la periferia, es uno de esos momentos.

Del miedo nace el orden, piensa. Del desconcierto y la precaución. Durante la hora y media que tiene que esperar para hablar con el director pasea por el parque, las hojas flotan en el estanque y, entre las hojas, nadan cisnes y patos.

El director de la residencia lo recibe en su despacho. Dice:

¿Qué quiere exactamente de esos hombres?

Estoy trabajando en un proyecto de investigación.

Ya, dice el director, y le da las gracias por la tarjeta de visita que el catedrático emérito le alcanza por encima de la mesa.

Luego el director menciona «Dublín II», habla de «repatriación», «internamiento», «derecho de asilo». Pregunta al visitante si sabe qué es un «título de residencia».

¿Título? Él mismo no ha mencionado casi nunca su título de catedrático, solo cuando le ha parecido necesario dar un empujoncito a alguna petición, como hace un rato con la recepcionista. Y en cuanto a Dublín, una vez estuvo ahí con su mujer. Cuatro o cinco años después de la caída del Muro. Brezo, ovejas, mucha lluvia. En las pequeñas pensiones, a la hora del desayuno, compartieron mesa con varios ciudadanos de la RDA que, como ellos, andaban a la búsqueda de aislamiento y tranquilidad, de lo familiar que ya no encontraban en casa, de un sentimiento parecido a la protección que ofrece un muro.

Luego el director dice varias frases, que rezan más o menos así:

La estancia de los hombres aquí es solo provisional. Las habitaciones no cumplen los requisitos propios de una solución más permanente. En realidad, este edificio ya debería estar en obras. Necesita una reforma. Hay pocas cocinas y pocos aseos para todos, y la ocupación de las habitaciones no es la ideal, con todos esos catres.

No es eso lo que me interesa, dice el visitante.

Solo lo digo para que comprenda la situación. Hemos salido al rescate porque nadie más estaba dispuesto a hacerlo.

No soy periodista, dice el visitante.

Ya, claro.

Ambos permanecen en silencio por un momento.

Entonces, esos hombres ¿querían irse de la Oranienplatz?

Es una pregunta complicada.

Comprendo.

Tras otro breve momento de silencio, el director asiente y dice:

Está bien, vamos.

12

El edificio de ladrillo rojo en el que se ha alojado a los refugiados está cerrado a cal y canto. Desde dentro. Un tipo uniformado de azul les abre la puerta, otro está sentado tras un viejo escritorio del vestíbulo.

Cada vez que entre en el edificio tiene que entregar el carné de identidad al servicio de seguridad, dice el director.

De acuerdo.

Es una medida de protección contra incendios: tenemos que saber en todo momento cuántas personas hay en el edificio.

Vsio v poriadke, así se dice «todo en orden» en ruso, piensa Richard, pero se limita a asentir y empuja su carné por encima del escritorio, chapado con un material de madera falsa que se llamaba Sprelacart; seguramente ese mueble procede de las antiguas oficinas de la Volkssolidarität o de la Dirección del Distrito del Partido.

Ahora ya pueden dejar atrás al hombre de uniforme, toman el pasillo a la derecha, que conduce a las escaleras, atraviesan una sala con la puerta desquiciada en la que hay una mesa de billar y unas butacas con tres muchachos de color sentados en ellas, cada uno con un taco en la mano, aunque no juegan ni dicen nada, y Richard tampoco ve ninguna bola sobre la mesa.

Luces de neón, cristales translúcidos, escaleras arriba una barandilla verde lima, zarcillos forjados a mano, en algunos puntos la pintura se está desconchando.

La primera planta está vacía, no hay agua, le explica el director.

En la segunda enfilan un pasillo. A derecha e izquierda, puertas. Entre las puertas, fijado a la altura a la que los mangos de las sillas de ruedas golpearían la pared, un ancho listón de madera.

¿Y a esta hora estarán aquí?

Siempre hay uno u otro.

En las puertas figuran todavía los nombres de los ancianos que se alojaron aquí antes del cierre. ¿Ya murieron, o se los llevaron a otra parte?

Y otra cosa: los hombres pueden salir del edificio, dice el director, pero es mejor que hable con ellos aquí dentro, si puede ser.

Ningún problema.

Solo para que lo sepa. ¿Qué lenguas habla?

Inglés, ruso, aunque aquí eso no debe de ser demasiado útil..., el director meneaba la cabeza, y también italiano.

Bien, empecemos por aquí.

El director llama a una de las puertas y la abre sin esperar respuesta, igual que un médico o un auxiliar en una enfermería. Y, como en una enfermería, el visitante descubre una retahíla de catres con ropa de cama. En algunos hay hombres durmiendo, otros están vacíos, al fondo de la habitación un tipo apoyado en la pared escucha música con auriculares. En el primer catre, colocado transversalmente a un televisor, está sentada una figura corpulenta, y junto a ella, tres figuras más. La verdad es que Richard tiene ganas de marcharse de inmediato. Pero el director ya lo está presentando: un catedrático, entrevistas para un proyecto, unas simples preguntas. En la televisión dan un programa sobre pesca. Se ven peces dentro de redes, hombres enfundados en prendas impermeables de color naranja, se ven barcos en medio de la tormenta y mucha agua. ¿Tendrán idea esos hombres de qué es un catedrático? Richard ve maletas bajo los catres, debajo del alféizar de la ventana hay zapatos alineados por pares. Algunos de los que duermen están tan bien envueltos en las mantas, tan inmóviles y silenciosos, que parecen momias. El hombre corpulento sentado en el catre delante del televisor asiente hacia Richard y dice: No problem.

Bueno, pues los dejo solos, dice el director, y se despide.

El hombre lleva puesta una camiseta roja con una inscripción ilegible que le recorre el cuerpo en diagonal. Este tipo es enorme, piensa Richard, será que no a todos los refugiados les va tan mal. El hombre le hace un gesto con

la cabeza, alisa la sábana del catre de al lado y le ofrece asiento. Jamás en «pantalón de calle» sobre una cama recién hecha, reza la norma. Pero aquí no hay sillas. ¿Figurará la palabra *Strassenhose*, pantalón de calle, en el diccionario decimonónico de los Grimm? La pesca es un oficio duro, sobre todo en invierno. El hombre corpulento, que a todas luces es quien toma aquí las decisiones, se presenta: Se llama Rashid. Y ese es Zaír, y ese, Abdusalam, y el larguirucho se llama Ithemba. ¿Y él? Él se llama Richard, y les agradece que se presten a hablar con él. Entonces saca su lista de preguntas.

Al cabo de un rato, en su cuaderno de notas se puede leer: el norte de Nigeria, musulmán, el sur, cristiano. Los cristianos huyeron de Kaduna cuando se instauró la sharía. ¿Kaduna? Entre otras lenguas, se hablan el yoruba y el hausa. ¿Yoruba? ¿Hausa? La mayoría de los yoruba son cristianos. Rashid es yoruba, pero es musulmán. En cambio, los hausa son sobre todo musulmanes. Pero no todos los que dominan el hausa, por supuesto. El hausa también se habla y entiende en Ghana, Sudán, Níger y Mali. La mayoría también entienden el árabe. Todos los hombres de esa habitación son nigerianos, aunque de distintas partes del país. Rashid es del norte, no de la costa, como por ejemplo Abdusalam. ¿Nigeria tiene costa? Zaír nació en Abuya. ¿Abuya? La capital. También hay una «habitación Ghana», una «habitación Níger», etcétera. También lo hicimos así con las tiendas en la Oranienplatz, así todo es más sencillo, dice Rashid. O sea que aquí, en la habitación 2017, estamos en Nigeria, como si dijéramos. Eso es, como si dijéramos. De pronto, uno de los durmientes suelta un sonoro ronquido, pero nadie se ríe, ni siquiera parecen haberlo oído. El tipo corpulento, Rashid, y Zaír, que está sentado a su lado, cruzaron el mar en el mismo bote. ¿Qué vegetación hay en su país? ¿Tenían animales domésticos? ¿Aprendieron algún oficio? Cuando la guardia costera italiana quiso rescatar a los refugiados, ellos se precipitaron en tropel al mismo lado del bote para que los salvaran y el bote volcó. Se abre la puerta, un negro asoma la cabeza, dice algo en una lengua incomprensible para el visitante, hausa quizá, recibe una respuesta y desaparece de nuevo. ¿Fueron a la escuela? Rashid no sabe nadar. Se agarra a un cable y mantiene la cabeza fuera del agua, Zaír tampoco sabe nadar, a gatas trepa por el bote que se inclina, rodea la borda elevada en

el aire y termina en la panza de la embarcación, desde donde lo rescatan. De niños, ¿cuál era su escondite preferido? Pero se ahogaron quinientos cincuenta de ochocientos. Ahora en la televisión se ven muchos peces sobre una cinta transportadora, unas manos femeninas enfundadas en guantes de goma los cogen y, con unos grandes cuchillos, los convierten en filetes en un abrir y cerrar de ojos. Volvieron a encontrarse en Hamburgo, Rashid y Zaír. Y se reconocieron al instante. El tipo que duerme sigue roncando. A bordo del mismo bote. Se ahogaron quinientos cincuenta de ochocientos. A Richard no le apetece seguir escuchando cómo le va a la industria pesquera. Así que pregunta: ¿Alguno de vosotros recuerda alguna canción? ¿Una canción? No. Ese no, ese tampoco, ni ese. Abdusalam, sí. Por primera vez levanta un momento la cabeza, hasta ahora no ha pronunciado palabra, a lo mejor tiene vergüenza porque es un poco bizco. Bajan el volumen del televisor, como esperaba Richard, y Abdusalam vuelve a agachar la mirada hacia sus manos y empieza a cantar.

En Nigeria, todo el mundo conoce esa canción. El Festival Eyo en la isla de Lagos. ¿Lagos? Ithemba, el larguirucho, le enseña a Richard la pantalla rota de su teléfono con una fotografía: sombreros blancos, vestidos blancos hasta los pies y barbas y redes blancas delante del rostro, así es como los espíritus rinden el último tributo a su rey fallecido. Algunos pegan saltos, en la fotografía se retuercen medio metro por encima del suelo, parece que acaben de llegar por el aire y se dispongan a tomar tierra. El domingo, los espíritus de sombrero negro anuncian la procesión para el domingo siguiente, el lunes es el turno de los de sombrero rojo, el martes, el de los de sombrero amarillo, el miércoles, el de los de sombrero verde, el jueves, el de los de sombrero púrpura.

¿Y qué hacéis aquí todo el día?, pregunta Richard mientras asiente una y otra vez frente a la pantalla rota, y se alegra de que en inglés no tenga que plantearse si tratarlos de usted o de tú. Puede ser que él, en realidad, esté tuteando a esos hombres, que tras la fachada del indiferente *you* inglés los esté tuteando pensando en alemán. Pero ¿por qué? Ni siquiera tuteó nunca a sus alumnos. Queremos trabajar, dice ahora el corpulento Rashid, pero no nos dan permiso de trabajo. Es difícil, dice Zaír, muy difícil. Todos los días son

exactamente iguales, dice el larguirucho Ithemba. No paramos de pensar y pensar porque no sabemos qué será de nosotros, dice Abdusalam, y agacha la mirada. A Richard le gustaría responder algo, pero no se le ocurre nada. Tras escuchar a los hombres apenas una hora escasa, está más agotado que tras una de sus clases en la universidad. Cuando se te precipita encima todo un mundo que desconoces, ¿por dónde empiezas a seleccionar? Dice que tiene que marcharse, pero que volverá. Tiene tiempo para escucharlo todo con calma. Tiempo.

Después de cerrar la puerta tras de sí, se vuelve una vez más para fijarse en el número de habitación. «2017», pone en la puerta verde lima, es la tercera a la izquierda. Y luego vienen aún otras seis o siete puertas verde lima. Y en el lado derecho, lo mismo. Al final, donde el pasillo tuerce a la derecha, hay una ventana con vistas a una pared revocada de marrón sobre cuyo alféizar descansan tres pares de zapatos bien alineados. De pronto, se da cuenta de que la luz de neón que ilumina el pasillo parpadea de vez en cuando.

13

Al día siguiente, cuando Richard vuelve a la residencia, los guardias de seguridad le informan de que enseguida vendrá una asistente del gobierno regional para acompañarlo, ya que no puede entrar solo en el edificio. *Vsio v poriadke*. Los refugiados han pasado un año y medio en plena ciudad, cualquiera habría podido hablar con ellos; también él, hace dos semanas en el banco de la Oranienplatz. Pero, desde que han firmado el «acuerdo», todo el mundo tiene que atenerse a él. Geometría burocrática, un concepto que leyó hace unos días en la obra de un historiador sobre las consecuencias del colonialismo. A los colonizados se los ahogaba en un mar de burocracia. Una manera ciertamente sutil de impedirles toda acción política. ¿O es que aquí simplemente se estaba defendiendo a los buenos alemanes de los malos alemanes? ¿Acaso se protegía al «pueblo de los poetas» del peligro de ser llamado otra vez el «pueblo de los asesinos»? Un hornillo de propano de una de las tiendas de la Oranienplatz podía caerse en el momento menos pensado, dijo alguien en uno de los comentarios anónimos de un artículo de internet

cuando los africanos todavía ocupaban la plaza. Entonces, ¿el gobierno del *land* ha querido proteger a los africanos? ¿O más bien a sí mismo? En este último caso, lo que se ha hecho –el alojamiento de los refugiados en un lugar más adecuado– no sería sino una máscara. Y, detrás, ¿qué había? ¿Qué maniobras se ocultaban tras lo que se veía? ¿Quién hacía creer qué a quién? Richard, como cualquier otro, podía ser el hombre del hornillo de propano. Seguro que los africanos ni siquiera sabían quién era Hitler, pero, solo si ahora sobrevivían en Alemania, Hitler habría perdido de verdad la guerra.

La asistente que lo recoge y lo acompaña escaleras arriba es una señora mayor y elegante. A través de la sala de billar, que esta vez está vacía, las escaleras, la barandilla de zarcillo, la luz lechosa, el neón parpadeante del pasillo, las puertas verde lima. La asistente llama a la puerta de la 2017 y la abre sin esperar respuesta, igual que el director de la residencia la primera vez. En la 2017 vuelve a haber algunas figuras durmiendo, entre ellas quizá Rashid, Zaír, Ithemba, Abdusalam, Richard no puede distinguirlos desde donde se encuentra, en cualquier caso la televisión está apagada y nadie reacciona a la puerta abierta.

La señora vuelve a cerrar la puerta y pasa a la siguiente habitación, la 2018, llama, acciona el picaporte, pero está cerrada.

En la 2019 llama y abre, a la izquierda, junto a la pared, hay una cama y, sentado en ella, alguien escribiendo. ¿No es el hombre que Richard vio montando en bicicleta en la Oranienplatz? Es un tipo muy joven, de rizos caóticos, cuando la asistente le pregunta si le apetece charlar con el catedrático, como señal de asentimiento echa un momento la cabeza hacia atrás, como un caballo terco. Deja a un lado, sobre la cama, la hoja de papel repleta de palabras en alemán, en la pared, sobre su cabeza, cuelga una lista de verbos irregulares *yo voy, tú vas, él va*. De pronto, al acercarse la única silla que hay en la habitación, Richard se da cuenta de que en las otras dos camas hay personas durmiendo bajo las mantas. No pasa nada, dice la asistente al ver que vacila, lo saluda con una inclinación de la cabeza y se va. Así que no pasa nada. Por un momento se sobrecoge al pensar que todos esos hombres jóvenes aquí se vuelven de golpe unos viejos. Esperar y dormir. Comer si alcanza el dinero, por lo demás, esperar y dormir.

¿De dónde eres?

Otra vez el tú. Aunque a lo mejor se deba a la edad. Ese chico podría ser su sobrino. Y es exactamente como siempre se ha imaginado a Apolo.

Del desierto, responde el chico en italiano.

Richard asistió con su mujer a varios cursos de lengua en la Toscana, el primero de ellos durante unas vacaciones de verano justo después de la caída del Muro. Por amor a Dante.

¿Dónde has aprendido italiano?

Hicimos clases durante un año. En el *lager*. Dice *lager*, en alemán, para referirse al campo de refugiados.

¿En Lampedusa?

No, más tarde, en Sicilia.

El templo griego de Agrigento. Y el hombre en motocicleta que le arrancó el bolso de un tirón a su mujer. Como en un diorama de dos mil quinientos años, se montó a la vez en la Antigüedad y en el Capitalismo. Ahora repite la pregunta:

¿De qué país eres?

Del desierto.

Si al menos Richard supiera el tamaño del Sáhara.

¿De Argelia? ¿Sudán? ¿Níger? ¿Egipto?

Por primera vez cae en la cuenta de que las fronteras trazadas por los europeos les traen sin cuidado a los africanos. Hace unos días, al buscar las capitales en el atlas, volvió a ver esas divisiones rectilíneas, pero hasta ahora no se había percatado de la arbitrariedad que rezuman.

De acuerdo, del desierto.

Pero de pronto el joven sonríe, está claro que se burla de él, y dice: de Níger.

Entonces esa debe de ser la «habitación Níger». Pero ¿qué pueblo habita en Níger? Richard pregunta:

¿Tú también eres yoruba?

No, soy tuareg.

Y de nuevo Richard no sabe nada. «Touareg» es un modelo de coche. Alguna vez ha oído algo de hombres con velos azules. ¿Y aparte de eso?

¿Padre? ¿Madre?

No, padres no.

¿Padres no?

El chico echa la cabeza hacia atrás. Eso puede significar «sí» o «no».

¿No tienes familia?

El chico no responde. ¿Por qué debería contarle a un desconocido que no sabe por qué razón no ha tenido nunca padres? En el desierto hay mucho espacio. Cuando sabes cómo se desplazan las dunas, puedes reconocer la arena bajo la arena. No sabe si sus padres están vivos. Cuando nació, había luchas. A lo mejor su madre o su padre estaban entre las personas que los soldados nigerinos enterraron vivas bajo la arena. O entre las que descuartizaron. O entre las que quemaron vivas. De vez en cuando la gente contaba historias de esas. A lo mejor lo robaron a sus padres. Sea como sea, hasta donde se acuerda, siempre tuvo que trabajar como un esclavo. Con los camellos, los burros, las cabras, de sol a sol. ¿Por qué debería mostrarle a un desconocido las cicatrices que le dejaron en la cabeza y en los brazos las palizas de su supuesta familia? Matarlo a palos, eso es lo que querían. Él solo era amigo de los animales.

Cuando la madre o el padre tienen que trabajar, el niño se queda con la tía, dice el chico.

Comprendo, dice Richard.

Uno de los que duermen se da la vuelta y vuelve a taparse con las mantas.

¿Qué lengua hablabais en casa?

El tamasheq.

¿Es la lengua tuareg?

Sí.

¿Y también entiendes el hausa?

Sí.

¿Y el árabe?

Sí.

¿Y el francés?

Sí.

¿Y ahora estás aprendiendo alemán?

Sí.

Escribes muy bien, dice Richard, señalando la hoja de papel que descansa sobre la manta junto al chico.

Pero solo en letras alemanas.

¿Debería contarle al desconocido que los hijos de los dueños del rebaño se sentaban con sus madres junto a las tiendas y aprendían a escribir en la arena el tiffinagh, el alfabeto tuareg, mientras él tenía que ordeñar una vez más las camellas antes de que anocheciera? Veía los caracteres en la arena, que el viento borraba antes de la mañana, los veía escritos sobre las espadas, sobre las pieles de cuero y en las rocas, en medio del desierto: la cruz, el círculo, los triángulos y puntos... Y le habría gustado saber qué significaban. Del verbo *sehen*, ver: *sehen, sah, gesehen*. Pero era un *akli*, un esclavo. Solo sabía leer las estrellas: las Siete Hermanas de la Noche, el Guerrero del Desierto, la Camella y el Camellito.

¿O acaso sus padres simplemente se habían olvidado de él?

¿O lo habían vendido?

De pronto, Richard distingue en cada mejilla del chico cuatro rayas grabadas una sobre la otra en la piel.

¿Qué significa ese signo?

Es un signo tribal tuareg.

Ah.

Richard pregunta y obtiene respuestas, pero no por ello sabe más.

¿Cómo vivíais?

El chico coge su teléfono, rebusca en él y por fin le enseña una fotografía en la que se ve una gran tienda redonda con el techo en forma de cúpula.

O sea que también Apolo tiene un móvil con acceso a internet.

Tres hombres pueden construir una tienda como esa en un día, explica, con carrizo, hojas de palma, pieles, esterillas tejidas y estacas. Cuando hay que proseguir el camino, sigue contando, se desmonta la tienda y todo –las hojas, el carrizo, las cenizas del fuego– desaparece enseguida en el desierto.

Y las pieles y esterillas ¿hay que transportarlas?

Sí, y las estacas también. Hay muy pocos árboles.

Y la vajilla, el ajuar, la ropa, todas las pertenencias ¿hay que llevarlas a cuestas?

Sí.

Y todas las pertenencias ¿caben en unos pocos camellos?

Sí.

Hace veinte años, al trasladarse de casa, Richard y su mujer llenaron ochenta cajas de libros, además de la vajilla, la ropa y el ajuar, los muebles, las alfombras, los cuadros, las lámparas, el piano, la lavadora, el frigorífico. Y llenaron un camión enorme hasta el último centímetro.

Y la comida, claro, dice el chico.

¿Durante cuánto tiempo?

A veces dos meses, a veces tres, depende del camino.

¿Dos o tres meses?

Sí. Se cargan los camellos, repite el chico, se desmontan las tiendas y se prosigue el camino. Hace un gesto con las manos que quiere expresar la llanura del paisaje que dejan atrás, y dice: igual que en la Oranienplatz.

El catedrático emérito, que en un solo día está aprendiendo tantas cosas que tiene la sensación de haber vuelto a la niñez, comprende de pronto que la Oranienplatz no es solo la plaza concebida en el siglo XIX por el arquitecto paisajista Lenné, no es solo la plaza en la que todos los días una mujer mayor saca a pasear el perro, o en la que una muchacha besa por primera vez a su novio en un banco. Para un chico educado entre nómadas, la Oranienplatz, en la que ha vivido un año y medio, no es más que una estación en un largo camino, un lugar provisional que lleva al siguiente lugar provisional. El desmantelamiento de las tiendas, que para el titular de Interior del *land* de Berlín no ha sido sino una cuestión política, a este chico le ha hecho recordar su vida en el desierto.

Richard recuerda un paseo entre viñedos con un colega de Viena durante un seminario en el sur de Austria. De pronto el colega se quedó inmóvil, aspiró hondo y le preguntó si también él lo olía: el siroco, que llegaba desde África por encima de los Alpes y a veces llegaba a arrastrar la arena del desierto. Y en efecto, sobre las pámpanas de las vides se apreciaba el polvo fino y rojizo que venía de África. Richard pasó un dedo por encima de una de

esas hojas y se dio cuenta de que ese pequeño gesto le alteraba de golpe el punto de vista y la medida de las cosas. También ahora vivía uno de esos momentos que le hacían recordar que la mirada de una persona es tan válida como la de cualquier otra. En la mirada no cabe dar ni quitar razones.

En ese momento, alguien llama a la puerta y la entreabre; un rostro que Richard todavía no conoce.

Se llama Awad, y ha oído decir que alguien quería escuchar su historia. Se aloja en la habitación 2020, justo al lado. Le estrecha la mano a Richard, saluda con una inclinación de la cabeza y se va.

¿Y ahora?, le pregunta Richard al chico.

Nada, dice él.

¿Os dan dinero?, pregunta.

Sí, desde hace un par de semanas, dice el chico, pero eso no está bien, yo prefiero un trabajo.

Trabajo.

Trabajo.

Richard tiene que irse, esas entrevistas lo agotan más de lo que había imaginado.

Volveré, le dice al chico como se dice a un enfermo del que no se sabe si superará la noche. ¿O acaso es él mismo el enfermo? Del verbo *verderben*, estropearse: *verderben*, *verdarb*, *verdorben*. Los otros dos hombres siguen durmiendo en sus catres. Se despide del chico que es exactamente como siempre se ha imaginado a Apolo.

A la entrada del supermercado, que en otros tiempos se llamaba *Kaufhalle*, están las botellas de agua, los refrescos y la cerveza. Luego vienen el pan, la fruta, la verdura. Pepinos, lechuga iceberg. En la nevera, salchichas y queso. Además, salsa de rábano picante, pasta de dientes, papel de cocina y calcetines, pastillas enciendefuegos en la estantería junto a la caja y pilas para la radio del baño, en total, 32,90 euros, espere, tengo cambio, o prefiere la tarjeta, no, tranquilo, ya está bien así. Ese es su mundo, el mundo en el que ahora se sabe desenvolverse. Nunca ha comprado comida para dos o tres meses, ni siquiera durante la alerta por la gripe aviar. Siempre anota la lista de la

compra en casa siguiendo el orden de los estantes del supermercado conforme avanza por el mismo recorrido que ahora. Hasta en su lecho de muerte recordará en qué palé está la cerveza.

14

El jueves, Richard reúne los papeles para su declaración de la renta, habla por teléfono con el seguro médico y acude al taller para que le pongan los neumáticos de invierno. Hasta el viernes no vuelve al edificio de ladrillo, el carné de identidad, *Vsio v poriadke*, la mesa de billar verde sin bolas, y junto a ella los hombres negros, como el otro día, negro y verde, los colores del equipo de fútbol de Hannover, cuyos jugadores se llaman curiosamente «los rojos», como si en la liga alemana jugara una fracción comunista. La señora mayor lo acompaña en silencio hasta arriba y, siguiendo sus deseos, lo deja frente a la puerta de la habitación 2020.

Una puerta verde lima, como las otras.

Llama y espera. Le abre Awad.

How are you?

Bastante bien. Qué va a decir.

How are you?

A Awad también le va bien.

Fórmulas de cortesía en una lengua que no es la del uno ni la del otro.

Awad abre la puerta de par en par para invitarlo a pasar. Le encantará contarle su vida, dice tras cerrar de nuevo la puerta. Porque cuando quieres llegar de verdad a un sitio, no debes esconder nada.

¿De verdad cree eso?, pregunta Richard.

Y Awad dice: ¡Pues claro!, y le ofrece una silla.

Richard le da las gracias, se sienta y piensa en el Nadie de Ulises y en los hombres silenciosos frente al Ayuntamiento Rojo el verano pasado. Piensa también en cómo él le ocultó su amante a su mujer a la vez que le ocultó a su amante su vida cotidiana con su mujer. ¿Será que él no ha llegado nunca de verdad a su propia vida?

Pero ese «¡Pues claro!» de Awad solo se refiere al hecho de que su oferta

iba en serio, pues ahora dice que también a la psicóloga se lo ha contado todo sobre su vida.

¿A la psicóloga?

Si su visitante lo prefiere, también puede llamar a la psicóloga, un momento, tiene su tarjeta con el número de teléfono, no hace falta, dice Richard, no, ningún problema, en serio, es solo un momento, la tarjeta tiene que estar por aquí. Awad busca la tarjeta de visita de la psicóloga a la que le ha contado toda su vida, primero sobre la mesa, luego sobre el alféizar de la ventana, luego en la estantería, luego en el armario, por último en su bolsa, que está debajo de la cama. No es necesario, de verdad, dice Richard, no pasa nada, dice, siguiendo a Awad de un lado a otro con la mirada, ya aparecerá, a él le basta con..., pero Awad no cesa en su búsqueda: Tiene que estar por aquí, la tenía hace un momento, ¿dónde la habré metido?

Richard se fija en una cortina de cuadros azules medio descorrida frente a la ventana. ¿Será todavía de los desvalidos antecesores que ocuparon la habitación en otro tiempo?

Un momento, enseguida, dice Awad, la psicóloga lo sabe todo sobre mí. Richard no piensa llamar a la psicóloga, pero no puede decírselo a ese hombre, que busca y rebusca, cada vez más fuera de sí, en las estanterías y en su bolsa, que levanta por cuarta vez los papeles del alféizar e incluso mira debajo de la cama, que vuelve a abrir y vuelve a cerrar el armario después de recorrer de nuevo la habitación con la mirada.

En la pared hay colgadas las instrucciones del lavavajillas de la cocina común de la residencia. En las otras tres camas de la habitación no hay nadie y están hechas con pulcritud.

¿Dónde están los demás?, pregunta Richard.

En el billar, dice Awad, y por fin desiste de su búsqueda, parece agotado cuando se vuelve hacia su visitante, lo siento, dice, no encuentro la tarjeta.

Me llamo Richard, dice Richard.

Awad nació en Ghana. Su madre murió en el parto. Como Blancaflor, piensa Richard, la madre de Tristán. El primer día de mi vida, dice Awad, fue también el día en que perdí a mi madre. ¿Y qué hay del padre? Awad no responde. Hasta los siete años vivió con la *nana*, la abuela, en Ghana. ¿Sigue

viva? ¿Ha vuelto a verla alguna vez? ¿Se acuerda de cómo era? No, Awad no se acuerda. A los siete años, su padre se lo llevó con él a Libia. Esa abuela, cuya hija murió en el parto de su primer hijo, cuyo nieto aprendió a hablar con ella y por ella era lavado cada noche antes de irse a la cama, de pie sobre una tabla, para que la tierra caliente no le quemara los pies, esa mujer ya muy mayor, a lo mejor ya fallecida, trata de penetrar en la memoria despojada de recuerdos de su nieto, pero no lo consigue, su nieto la llama *nana*, como se llama a todas las abuelas ghanesas, no recibe ningún otro nombre, permanece debajo de la capa de separación y se hunde un poco más. ¿Qué le ocurrirá al hombre del lago si el agua se congela?

¿Ha vuelto alguna vez a Ghana?

No, nunca.

En Trípoli, el padre trabaja como camionero para una compañía petrolera. Awad va a la escuela. Viven juntos en una casa con ocho habitaciones. A menudo tienen invitados. Cuando el padre vuelve a casa después del trabajo, cocina para todos. El padre juega al fútbol con él. El padre le compra juguetes. Le da dinero, y no poco. Pasa las vacaciones con él en Egipto, el vuelo a El Cairo solo dura treinta minutos. Conozco bastante bien El Cairo, dice Awad, pasábamos a menudo al otro lado de la frontera. «El otro lado», en la RDA, era como se llamaba el Oeste de Alemania visto desde el Este. Hasta el atardecer el padre no sube las persianas de la fachada sur de la casa, bañada todo el día por el sol. El padre le enseña a su hijo a secarse la espalda después de la ducha con una toalla extendida en diagonal. Su padre le enseña a cocinar. Su padre le regala su primera maquinilla de afeitar.

Mi padre me dijo quién soy, dice Awad.

Entonces Awad se queda un momento inmóvil, en silencio, con la mirada clavada en el enchapado de madera falsa de la mesa. Seguramente, hace veinticinco años también esa mesa estaba en un despacho de la Volkssolidarität o de la Casa de la Amistad Germano-soviética, pero eso no puede saberlo Awad, ni siquiera puede saber qué demonios eran la Volkssolidarität o la Casa de la Amistad Germano-soviética.

¿Y luego?

Empecé a trabajar como mecánico de coches. Tenía amigos. Vivía bien.

¿Y luego?

Fuera, en la calle, un camión da marcha atrás, se oye la señal acústica de aviso, un pitido agudo, una y otra vez. En código morse, sería un cero. Todas las semanas impares pasan a vaciar el contenedor del plástico. O quizá sea un camión de mudanzas que trata de maniobrar hacia la entrada de vehículos.

Luego mataron a tiros a mi padre.

A Richard le gustaría decir algo, pero no se le ocurre nada.

En una pata de la mesa hay un pequeño adhesivo amarillo con el número de inventario 360/87.

Richard vio por última vez a su padre, ya muerto, en el hospital, las hermanas le habían fijado la mandíbula al cráneo con una venda para que la boca no se le quedara abierta para el resto de la eternidad. Con esa venda su padre parecía una monja, Richard apenas lo reconoció.

Awad está sentado con el cuerpo inclinado hacia delante, apoyado en los brazos mira cada vez más fijamente la mesa mientras habla.

Me llamó un amigo de mi padre. ¡Han estado aquí, en la empresa!, gritó. Y también: ¡Tu padre! Nada más. Le dije que no le entendía. Entonces volvió a gritar. Él, que nunca había gritado, que siempre había sido amable conmigo. Me gritó y me dijo que me fuera enseguida a casa y cerrara bien la puerta. Luego se cortó. Empecé a correr. Pero al llegar a casa encontré la puerta arrancada y los cristales de las ventanas rotos. Dentro todo estaba patas arriba, el pasillo, las habitaciones, la cocina. Añicos por todos lados, los muebles tirados por el suelo, el televisor roto, todo. Salí trepando por una ventana y traté de volver a contactar con el amigo de mi padre. Lo intenté una y otra vez. Pero no lo conseguí. Hasta marqué el número de mi padre.

Nada.

Así fue el final.

Esperé en la calle hasta que cayó la noche. ¿Adónde podía ir? En esa misma calle había ido a la escuela, y luego al trabajo. Apareció una patrulla militar. Me obligaron a subirme a la plataforma de un camión y me llevaron a un campo de barracones. Vi los cadáveres esparcidos por las calles. Algunos tiroteados, otros apuñalados. Ese día contemplé la guerra. Ese día contemplé la guerra.

En los barracones había centenares de personas. La mayoría subsaharianos,

pero también algunos árabes de Túnez, Marruecos o Egipto. No solo hombres, también mujeres, niños, bebés, personas mayores. Nos lo quitaron todo: dinero, relojes, teléfonos, hasta los calcetines, dice, y se ríe. Ríe y vuelve a reír. It's not easy, dice, y deja de reír. It's not easy, vuelve a decir, y menea la cabeza, It's not easy, como poniendo punto final a su historia.

¿Y luego?

Quise quejarme, dice, y me golpearon la cabeza con la culata de un fusil. Mira, todavía se ve la cicatriz. Awad se aparta el pelo con las manos y le enseña al catedrático emérito, con el que hoy habla por primera vez en la vida, su cicatriz. Cuando quieres llegar de verdad a un sitio, no debes esconder nada, le ha dicho a Richard al inicio de la conversación.

Si tienes suerte te pegan, si no, te disparan, me dijo alguien para consolarme. Luego quitaron las tarjetas SIM de los teléfonos y las rompieron ante nuestros ojos, luego quitaron y rompieron también las tarjetas de memoria. Broke the memory, dice Awad. Rompieron la memoria. A ninguno nos dejaron nada, salvo la camiseta y los pantalones o la falda. Pasamos dos días en esos barracones mientras las bombas europeas caían sobre Trípoli. Teníamos miedo de que nos cayera una encima, al fin y al cabo eso era un campamento militar. Al tercer día nos llevaron al puerto y nos hicieron subir a una barca. ¿Quién de vosotros sabe conducir un bote como ese? Dos o tres árabes levantaron la mano. Izaron una bandera de Gadafi en nuestra barca, dice Awad, y se ríe, ¡una bandera de Gadafi!

Entonces, ¿eran gente de Gadafi? ¿O rebeldes?

No lo sabíamos. Todos llevaban el mismo uniforme. ¿Cómo íbamos a distinguirlos?

Que los militares disidentes siguen llevando el uniforme de su Estado es algo que Richard nunca se había planteado hasta ahora.

En cualquier caso, no había nadie de nuestro lado. Y eso que crecí en Libia. Libia era mi país.

Awad asiente para sí y no dice nada más durante un rato.

¿Y luego?

Luego dispararon una salva al aire y nos dijeron: Al que trate de volver nadando lo cosemos a tiros. No teníamos ni idea de adónde se dirigía el bote. ¿A Malta? ¿A Túnez? Luego lo supimos: a Italia. Estábamos muy apretados,

solo te podías levantar unos minutos sin moverte de tu sitio y volverte a sentar. La mujer que tenía detrás de mí meó sentada ahí mismo. Cuando me quise apoyar, estaba todo mojado. Estuvimos navegando cuatro días. No teníamos más que algunas botellas de agua y se las dimos a los niños. Cuando estuvimos muy apurados, los adultos bebimos agua del mar. It's not easy, Richard, It's not easy. Con los dientes abrimos la boca de una botella de plástico, la atamos a unos cuantos cordones de nuestros zapatos, la descolgamos por la borda y sacamos el agua salada. Hay que beber. Algunos murieron. Estaban sentados entre nosotros, de pronto dijeron muy bajito: Mi cabeza, mi cabeza, luego inclinaron la cabeza así y al cabo de un momento estaban muertos. Tiramos los cadáveres al agua.

Richard recuerda haber contemplado muchas veces un mar a través de las ventanillas ovaladas de un avión. Y cómo las olas, a vista de pájaro, parecen inmóviles y la espuma blanca parece de piedra. A mediados del siglo pasado, la costa de Libia perteneció a Italia por un breve período. Ahora Libia es otro país, y a los refugiados que lo abandonan a bordo de una barca, Italia se les aparece en forma de pequeña elevación rocosa rodeada de muchísima agua. Si es que se les aparece.

La guerra lo destruye todo, dice Awad: la familia, los amigos, el lugar donde has vivido, el trabajo, la vida cotidiana. Cuando te conviertes en un extraño, dice Awad, no tienes elección. No sabes adónde ir. No sabes nada de nada. Ya no soy capaz de visualizarme a mí mismo de niño. Ya no me queda ninguna fotografía mía.

Mi padre está muerto, dice.

Y yo..., yo ya no sé quién soy.

Convertirse en un extraño. Uno mismo y los demás. Así que ese es el aspecto que tiene una transición.

¿Qué sentido tiene nada?, pregunta, y mira a Richard a los ojos por primera vez.

Le toca a Richard responder, pero no tiene ninguna respuesta.

Toda persona adulta, dice Awad, sea hombre o mujer, rica o pobre, tenga trabajo o no, viva en una casa o a la intemperie, tanto da, tiene unos años para vivir y luego se muere, ¿no es así?

Sí, así es, dice Richard.

Luego Awad añade algunas cosas más, como si quisiera hacerle más llevadero a Richard el silencio. Pasó nueve meses en un campo de refugiados en Sicilia, con diez personas por habitación. Luego tuvo que irse. Desde el momento en que te echan de la casa tienes que encontrar un lugar para dormir, ¿eres libre! Sin trabajo, sin billete de transporte, sin comida, no puedes alquilar nada. *Mi dispiace, poco lavoro.* No hay trabajo. Y al terminar el día sigues en la calle. Si tus padres no te han educado bien, te conviertes en un ladrón. Si tuviste unos buenos padres, lucharás para sobrevivir. *Poco lavoro. Poco lavoro.* Pero, Richard, ¿qué demonios vas a llevarte a la boca? Richard ha leído a Foucault, a Baudrillard, incluso a Hegel y a Nietzsche, pero él tampoco sabe qué demonios puede uno llevarse a la boca cuando no tiene dinero para comprar comida. No puedes lavarte, empiezas a oler mal. *Sempre poco lavoro.* Así vivíamos en la calle. Yo dormía en la estación de tren. Me pasaba el día rondando por ahí y por la noche volvía a la estación a dormir. No recuerdo cómo pasaba las horas. Richard, tú crees que te estoy mirando, but I don't know where my mind is. I don't know where my mind is.

Qué expresión más bonita, aunque por desgracia intraducible, piensa Richard, y eso que la lengua alemana es muy rica. ¿Tengo el pensamiento en otra parte? ¿No sé dónde tengo el espíritu? ¿El alma? ¿O quizá sencillamente: ese no soy yo?

Una vez Awad ayudó durante tres días en una cocina limpiando y fregando platos, y le dieron ochenta euros. Fue con el dinero a una agencia de viajes para comprar un billete de avión a Alemania. ¿Qué iba a decir cuando la mujer de la agencia le preguntó si quería ir a Colonia, a Hamburgo, a Múnich o a Berlín? No conocía Colonia, tampoco Hamburgo, ni Múnich, ni Berlín. A Alemania y punto. La mujer de la agencia se impacientaba, pero a él le daba lo mismo, su mind was not there, otra vez la bonita intraducibilidad: ¿estaba en Babia, ausente, ensimismado, en el más allá?

Guerra tras guerra desde 1613, los niños alemanes han dejado que los escarabajos de San Juan vuelen desde su mano al más allá:

*¡Vuela, escarabajo de San Juan!
El padre está en la guerra,
la madre está en Pomerania,
Pomerania está calcinada,
¡vuela, escarabajo de San Juan!*

También la Ifigenia de Goethe, emigrante en Táuride, está a la vez presente y ausente, «buscando con el alma» la tierra de su infancia. Visto así, era completamente ridículo medir una transición por la mera presencia de un cuerpo. Visto así, para un refugiado, la inhabitabilidad de Europa estaba directamente relacionada con la inhabitabilidad de su propia envoltura de carne, asignada de por vida como habitáculo al espíritu de todos y cada uno de los seres humanos. Pues entonces pongamos a Berlín. Sin lavarse viajó en el avión. Cuando llegó, todo el mundo hablaba la nueva y desconocida lengua, no entendía nada, solo podía hacer que sí con la cabeza. Vio a unas personas que subían a un autobús: ¿Va al centro? Tres noches en la Alexanderplatz. Un hombre le dijo que había un sitio por ahí. ¿Con africanos como yo? Entonces seguro que por fin me puedo lavar. El hombre le compró un billete en la máquina. ¿Un aparato que escupe billetes de autobús? Deutschland is beautiful!

Luego vio las tiendas de campaña.

Estaba solo. El hombre se fue. En mi vida había dormido en una tienda de campaña.

¿Era ahí donde tenía que vivir?

¿En una tienda de campaña?

De pie entre las tiendas empezó a llorar.

Pero entonces oyó a alguien hablando árabe en dialecto libio.

En la Oranienplatz le dieron de comer. Y un sitio para dormir.

La Oranienplatz cuidó de él como lo había hecho su padre en Libia.

Jamás olvidará a su padre y siempre honrará su memoria.

Del mismo modo, jamás olvidará la Oranienplatz y siempre honrará su memoria.

Awad lo dice como conclusión de la conversación, y después, en efecto, ya no hay nada más que decir.

¿Cuándo demonios ha leído Richard a Godofredo de Estrasburgo? ¿Antes de esa ocasión en que, envuelto por un calor abrasador, esperaba en el patio de la casa a que bajara su mujer? ¿O en algún otro momento de los años posteriores? Sea como sea, tras la muerte de su esposa le habían acudido de vez en cuando a la mente los versos sobre el amor entre Blancaflor y Rivalín: *Él era ella y ella era él. / él era de ella y ella era de él*. Blancaflor amaba tanto a Rivalín, el padre de Tristán, que, tras morir este en la batalla, ella alcanzó a dar a luz a su hijo y padeció un «dolor de corazón mortífero». ¿Qué nombre debía recibir el recién nacido? «El mariscal permaneció en silencio largo rato», cuenta la epopeya. «Pensó profundamente.» En la tristeza concebido y en la tristeza engendrado: se llamaría Tristán. A Richard le cuesta recordar los extraños nombres de los africanos, de modo que por la noche, cuando hace sus anotaciones, transforma a Awad en «Tristán» y al chico de anteayer en «Apolo». Así, de ahora en adelante recordará quién es quién.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, varias preguntas le cruzan el pensamiento. ¿Cómo se explica que a esos hombres se les niegue el derecho a trabajar en un país en el que hasta la pretensión de alcanzar un Cielo en el más allá depende del trabajo? ¿Por qué no se les pregunta cuál es su historia y se los trata correspondientemente como víctimas de guerra? Se pasa el día estudiando el reglamento llamado Dublín II, y solo cuando tiene que volver a encender la luz de su escritorio entiende que esa ley solo regula competencias.

El reglamento no pretende en absoluto establecer si esos hombres son víctimas de la guerra.

El contenido de su historia es competencia única y exclusiva del país en el que pisaron por primera vez suelo europeo. Solo ahí pueden solicitar asilo. A partir de aquí, qué hace con ellos cada país se regula de forma distinta.

Durante un tiempo, mientras había guerra en los Balcanes, las fronteras de Austria y Suiza fueron las más codiciadas. Ahora, dado que en África algunas cosas no van como se preveía, Grecia e Italia son los países que deben acoger

a un mayor número de refugiados. Pero si un día, pongamos por caso, estallara una guerra entre Alaska e Islandia que provocara la huida de los islandeses, serían probablemente Noruega y Suecia las que tendrían que expedir pasaportes a quienes no pudieran volver a su país, así como darles trabajo y la posibilidad de instalarse en algún sitio. O no.

Richard entiende lo siguiente: con Dublín II, todos los países europeos que no tienen costa en el Mediterráneo se han asegurado el derecho de no tener que escuchar a los refugiados que cruzan ese mar.

Así pues, quien explica una historia verdadera ahí donde nadie tiene obligación de escucharla, y aún menos de reaccionar ante ella, puede ser también un «falso solicitante de asilo». Y, por lo que se lee en los periódicos, con el nuevo sistema de huellas digitales pronto se esfumarán los malentendidos sobre quién pertenece al grupo que hay que escuchar y quién no.

Vuelve a recordar cómo ayer dijo Tristán que no puede quitarse de la cabeza las imágenes de los cadáveres en las calles de Trípoli. Cuando te conviertes en un extraño, no tienes elección. Ahí está el problema, piensa Richard: las historias vividas son un lastre del que es imposible deshacerse, mientras que los que escuchan esas historias sí pueden escoger con cuáles se quedan. Al abandonar la habitación de Tristán, se cruzó en la escalera verde lima con la señora mayor y le preguntó por qué había acudido Awad a una psicóloga. Llanto convulsivo, dijo la señora. A veces durante horas. Ninguno de nosotros sabía cómo actuar.

Mientras escribe sentado al escritorio, frente al cristal negro de la ventana, que solo refleja su mata de pelo gris, comprende algo más. Las leyes italianas hablan de unas fronteras distintas a las leyes alemanas. Eso le interesa, porque cuando una frontera, tal como las ha conocido él en la mayor parte de su vida, se prolonga a lo largo de una determinada franja de tierra y solo puede atravesarse tras pasar controles en uno o en ambos lados de la misma, las intenciones de los dos países colindantes se reconocen sin ambages en la orientación del alambre de espino, la disposición de los caballos de Frisia y cosas semejantes. Pero cuando esas fronteras vienen determinadas únicamente por leyes, entonces irrumpe la ambigüedad, es como si uno

respondiera a una pregunta que el otro no ha formulado, mientras el segundo, a su vez, habla de todo menos de lo que el primero quiere saber.

La ley pasa de la realidad física al reino de la lengua.

Y el forastero, que no se siente en casa en ninguno de estos países, se encuentra de pronto entre frentes invisibles, en medio de una discusión interna europea que no guarda la más mínima relación ni con él ni con la guerra real que quiere dejar atrás.

Italia, por ejemplo, permite que los refugiados se vayan, incluso lo celebra, pues tiene de sobra. La ley italiana les da libertad para marcharse a Francia, a Alemania, al país que sea, para buscar trabajo. Pero Alemania no los quiere – por motivos que Richard todavía no ha logrado averiguar del todo–, al cabo de tres meses de estancia como «turistas» deben volver a Italia durante al menos tres meses. En Alemania solo pueden buscar trabajo tras cinco años ininterrumpidos de asilo en Italia, y eso únicamente en caso de que, tras esos cinco años, les hayan concedido la llamada *illimitata*, un documento que los equipara a los italianos en cuanto al derecho de residencia. Mientras no tengan la *illimitata*, se les permite salir de Italia para no morir de hambre en ella, pero no se les permite llegar a ningún otro sitio.

Por un momento, Richard se imagina que alguien le explicara esas leyes en árabe.

Luego se levanta, flexiona cinco veces las rodillas para desentumecerse tras el largo rato sentado al escritorio y se pone la corbata. Esa tarde está invitado a una fiesta de cumpleaños en casa de su amigo Detlef, tres jardines más arriba. Sylvia, la mujer de su amigo, ha estado mucho tiempo enferma en el último año, por lo que por primera vez un servicio de catering se encarga del bufé. En unas fuentes de acero inoxidable que se mantienen calientes hay asado de jabalí, pescado, arroz y patatas con perejil, a continuación una sopera con una sopa asiática, unas fuentes frías con brochetas de pollo y quiche lorraine, unas bandejas con aceitunas verdes y negras, tomates secos, alcaparras y cebolla caramelizada, una crema rosa y otra verdosa, aderezadas con perejil, ensalada de arroz, rodajas de pechuga de pato, pan blanco y pan negro, mostaza, mayonesa, ketchup y ensalada verde. Y de postre, fruta

variada, pastel de chocolate y mascarpone con frambuesas. Richard no sabe si tendrá tanta hambre.

Richard, ¿qué demonios vas a llevarte a la boca?

Vuelven a llamar a la puerta. Un ramo de flores, un abrigo, no hace falta que te quites los zapatos. Oye, pues un catering como este no es mala idea. Eso pensamos nosotros. Y hasta se llevan los platos y cubiertos sucios. ¿En serio?

Como siempre, él y sus amigos se dedican a explorar las ventajas de ese otro mundo que, desde hace cerca de veinticinco años, devora el suyo. Para los vecinos de una calle que en otro tiempo se llamó Ernst-Thälmann-Strasse en honor al presidente del Partido Comunista de Alemania, sigue siendo un misterio que esas pequeñas llamas azules puedan mantener la comida caliente durante dos horas, como recién salida del fuego.

Está rico, de verdad, pues a mí me daba miedo que no alcanzara para todos, la tarta de chocolate sí que diría que está un poco... Qué dices, de eso nada.

De los doce o quince amigos con los que coincide año tras año Richard en esa misma celebración, a la mayoría los conoce desde hace media vida, y a algunos de casi toda la vida. Su amistad con el anfitrión se remonta a la escuela. Fue en la fiesta del veinticinco cumpleaños de Richard donde Detlef conoció a su primera mujer, Marion, que ahora fuma tranquilamente un cigarrillo en la terraza; era violonchelista en la orquesta donde la mujer de Richard, Christel, tocaba la viola. De vez en cuando, durante sus estudios, Richard y Christel cuidaban de su bebé para que ellos pudieran salir. Hace ya casi cuarenta años que Detlef y Marion se separaron, pero siguen siendo amigos, y su hijo en común se dedica a construir puentes en China. Tras la disolución de la orquesta, Marion abrió una tienda de té y ahora vive con su actual marido cerca de Potsdam. Anne, la fotógrafa, que está sentada en el sofá, era una cabra loca. Al finalizar el bachillerato, Richard pasó dos o tres noches con ella. Después de la caída del Muro vivió un tiempo en Francia, pero volvió hace dos años para cuidar de su anciana madre. Eso que han construido ahí delante es una gran porquería, todo gira solo alrededor del dinero. El gordo sentado en el banco estudió historia de la economía y luego

dio clases en la universidad, pero en el Oeste la historia económica socialista no tenía ninguna salida, así que ahora repara ordenadores, su mujer le raciona los cigarrillos, tres cajetillas a la semana, no está claro si por tacañería o por cuidar de su salud, sea como sea, a la fiesta siempre acude él solo. Pues no es mala idea instalarse un sistema de alarma. ¿Sabías que en diciembre me voy a un balneario? Bien hecho, ¿a cuál? Para leer la contraportada de los libros de la mesa de regalos, algunos de los amigos de Detlef necesitan ponerse las gafas. Con Monika, la germanista, y su bigotudo marido Jörg, ambos apoyados en el alféizar de la ventana, Richard y Christel iban a menudo de vacaciones, por lo general al Báltico. Ya no me dejan hacerle de canguro a mi nieta, mi nuera monta unos numeritos que no veas. Hasta hace un par de semanas estuve en Chicago como profesor invitado. Sylvia, la segunda mujer de su amigo, está muy callada. Salta a la vista que este año no le ha resultado nada fácil. Antes de la caída del Muro, cuando se mudó a casa de Detlef, todavía lucía una cola de caballo y parecía una muchacha. A veces Christel la ayudaba a recoger al terminar la celebración anual, cuando ya todos se habían ido, mientras Richard y Detlef devolvían las sillas supletorias a sus respectivas habitaciones. Me apetece otra copa de vino. Tinto, sí. Para mí un agua, por favor, con gas, si puede ser. Tras la caída del Muro, algunos de estos amigos invirtieron su dinero en pisos de propiedad porque creyeron que eso es lo que se hacía en el Oeste. Agujeros mohosos en Colonia, Duisburgo o Frankfurt que no habían visto en su vida y para los que no había forma de encontrar inquilino, así que se arruinaron. A la grafista de ahí enfrente le habría gustado tener hijos, pero siempre pescaba al hombre equivocado. Pues yo ya he viajado de sobra en mi vida. ¿Alguien quiere más cerveza? Después de todo, no olvidemos que Merkel es física. ¿Y Detlef ya lleva dentadura postiza? Hala, eso no se le pregunta ni a un buen amigo. Os habéis enterado de que Krause murió la semana pasada. Christel salió con Krause en algún momento. Antes de estar con él. Era dentista. En verano visité las pirámides. De vez en cuando, el periodista lo invita a los estrenos de ópera con su pase de prensa, la primavera pasada, por ejemplo, fue a ver *Carmen*. Y Andreas, el tipo de semblante serio que está apoyado en el bufete, tuvo un infarto cerebral hace un par de años, ahora le han concedido la incapacidad y ha empezado a escribir poesía, de vez en cuando se la recita a sus amigos.

¿Buscar una editorial? Bah, para qué, con la cantidad de libros que inundan las librerías. El año pasado contó que no lee nada más que a Hölderlin. Todo lo demás es prescindible. Cuando aún existía el Muro, la capital de la República era un sistema abarcable, aquí todos saben tantas cosas sobre los demás que entre todos constituyen una especie de urdimbre vitalicia. El seto está altísimo, ¿cómo lo conseguís? Es cosa de la tierra. La operación fue en marzo, aunque gracias a Dios no me hicieron nada de quimio, todo irá bien, ya lo verás. La mayoría de estos amigos nacieron, como él, muy al final de la guerra o ya durante la paz. Su madre todavía tuvo que esconderse, siendo él un bebé, en el refugio antiaéreo, mientras su padre seguía en el frente. Qué dices, en tiempos de la RDA eso habría sido impensable. Bueno, está bastante claro lo que ocurre en Oriente Próximo, están masacrando sistemáticamente, uno tras otro, a los antiguos países socialistas, ¿no creéis? Ahora empiezan a morir los primeros de esos amigos y aquí, en Europa, sigue reinando la paz. Si Detlef cumpliera años en verano podrían montar la barbacoa en el prado, pero como no es así, siempre lo celebran dentro. Por cierto, ¿qué sabéis de Joachim? No lo lleva bien, bebe un montón, qué quieres, tampoco es de extrañar.

El lunes, Richard emprende el camino hacia el edificio de ladrillo casi con la misma naturalidad con la que, durante la primera mitad del año, se dirigía aún a la universidad. Cruza la calle de adoquines abombados, ¿qué presos debieron de tallar y pulir el granito? Pasa de largo el solar vacío en el que no hace mucho se levantaba una gran casa con ventanas saledizas, una galería acristalada y tallas de madera, ahora no hay más que arena y está a la espera de la construcción de un nuevo edificio, no hay nada que haga desaparecer la historia con más facilidad que el dinero suelto, un dinero que muerde más que un perro de pelea, se puede comer una casa entera de un simple bocado, piensa Richard antes de alcanzar la señal de velocidad máxima situada frente a la residencia de ancianos, treinta kilómetros por hora, aunque en un panel digital se iluminan un setenta, un cincuenta y cinco y un sesenta al pasar un coche, después se oyen los frenos, ya se sabe, la vergüenza y el arrepentimiento, esa maliciosa pareja que también a él lo ha humillado alguna vez, siempre cuando ya era demasiado tarde, cuando ya su mujer sostenía en la mano una carta mal escondida de su amante y gritaba fuera de sí. De la residencia en la que tal vez pase el «atardecer» de su vida sale una mujer mayor agarrada a un caminador de cuyo mango gris cuelga y se bambolea la bolsa de la compra; a juzgar por la lentitud con la que avanza, salir a comprar debe de ser su plan para toda la mañana.

Nada más entrar en el edificio de ladrillo, los guardias de seguridad informan a Richard de que hoy los hombres están en clase de alemán, como todos los lunes y todos los jueves. ¿Por qué no entra él también en la clase? Siempre que acceda la profesora, por supuesto. Al final del pasillo, nada más doblar la esquina. Al contrario de lo que Richard ha imaginado, la profesora es una joven muchacha etíope que, por alguna razón, habla un alemán excelente. En efecto, accede, de modo que ese lunes asiste a su clase un catedrático emérito. Richard se sienta en la penúltima fila de la gran aula y consigue meter las rodillas debajo del pupitre. Apolo está sentado dos filas por delante de él, leyendo sus papeles, del verbo sentar, *sitzen*, *saß*, *gesessen*,

más adelante ve a Tristán, que repara en su presencia y le hace un gesto con la cabeza. Richard le devuelve el saludo. No está seguro de si ese tipo encorvado es Abdusalam, el que la semana pasada le cantó esa canción. ¿No tenía un montón de pequeñas trenzas? Le cuesta recordar a los hombres, tienen el pelo y el rostro tan negros... Solo a Rashid lo reconocería enseguida por su corpulencia, pero no está.

La muchacha practica con sus alumnos adultos la lectura de letras. Luego, la lectura de palabras. Recita en orden alfabético lo que es un *Auge* (ojo), un *Buch* (libro) y un *Daumen* (pulgares), se salta la letra ce, a raíz de *Auge* y de *Daumen* explica los diptongos, *au*, *eu*, *ei*, de *ei* salta a la *i* larga de la combinación *ie*, dice «hi-i-i-i-i-er», y acompaña con la mano todo el aire que expulsa por la boca con tan prolongada vocal. Durante la clase, la puerta permanece abierta. De vez en cuando llega algún alumno rezagado, de vez en cuando otro recoge sus cosas, se disculpa y se marcha a media lección. Durante la última media hora, la joven profesora plantea ejercicios sobre los verbos auxiliares *haben* y *sein* para los más aventajados. *Yo soy*, dice, y anda unos pasos de derecha a izquierda con los brazos encogidos, luego señala a su espalda por encima del hombro, al lugar donde queda el pasado, y dice: *Hace dos horas he ido*. Y añade: Por regla general, en alemán los verbos de movimiento, como por ejemplo *ir*, *volar*, *nadar*, exigen el verbo auxiliar *sein*: *ich bin*, *du bist*, *er ist*, etcétera. *Ich bin gegangen*, *ich bin geflogen*, *ich bin geschwommen* (he ido, he volado, he nadado). Vuelve a andar con los brazos encogidos, los extiende para *volar*, nada a lo largo de la pizarra. *Ich bin super* (soy un tipo estupendo), suelta de pronto *Apolo*. Vale, sí, dice ella, eres un tipo estupendo, pero ahora estamos formando el pasado.

Al terminar la clase, los hombres pasan junto a Richard hacia la puerta, algunos lo saludan con la cabeza: ¿Zaír? ¿El larguirucho Ithemba? *Apolo* le estrecha la mano, también Tristán, qué tal, I'm fine, qué tal, I'm okay, I'm a little bit fine.

Es usted muy buena profesora, le dice a la muchacha etíope cuando ya se han ido todos los hombres.

Y además guapa, piensa.

En realidad estudié agronomía, dice ella mientras recoge sus letras pintadas sobre cartón. Quién sabe cuándo empezarán las clases de alemán en una escuela de verdad, como prometió el gobierno del *land*.

Muy guapa.

Dice que en la Oranienplatz olía a marihuana, así que decidió que había que hacer algo antes de que esos hombres perdieran toda oportunidad para siempre.

¿A lo mejor le gusta alguno de esos negros y por eso les da clases?

De alguna manera habrá que llenar su tiempo, dice la profesora.

¿Su tiempo? Richard se queda desconcertado un instante, creyendo que se refiere a él. Luego se da cuenta de que ese «su» no puede ser sino el pronombre posesivo de la tercera persona del plural, así que se refiere a los hombres.

Entiendo.

Si uno quiere entender lo que otro piensa o dice, debe saber de antemano, en esencia, lo que el otro piensa o dice. Así pues, un diálogo logrado ¿no es sino un mero reconocimiento? Y la comprensión ¿no es un camino, sino más bien un estado?

La profesora cierra la ventana estirando los brazos y los pechos le quedan completamente planos. Del marco de madera caen trozos de pintura blanca seca.

Con sus alumnos, al tratar esas cuestiones, Richard enseguida saltaba a temas muy distintos: el concepto de progreso, la pregunta de qué es en realidad la libertad o el modelo del cuadrado de la comunicación, que describe que el acto de hablar tiene siempre un aspecto táctico y un doble fondo, ya que siempre habla también sobre sí mismo, y concretamente de si el hablar existe o no existe, y del mismo modo el otro entiende siempre mucho más que meras palabras, en el escuchar siempre está contenida la pregunta: ¿qué debe uno entender, qué quiere entender y qué no va a entender nunca, aunque quiera oírlo de todos modos?

La calefacción no se puede apagar, dice la profesora.

¿Cuánto hace que les da clases?

Empecé en verano, cuando los hombres todavía estaban en la plaza.

Aprender los mantiene ocupados más allá de las horas de clase, eso es lo bueno. Aunque a veces les falta concentración.

La profesora borra de la pizarra las palabras escritas: *Auge, Buch, Daumen*.

La pronunciación debe de sonarles extraña, dice él, y los verbos irregulares...

No es eso. En la vida de esos hombres hay tantas incertidumbres que no les queda sitio en la cabeza para las palabras. No saben qué será de ellos. Tienen miedo. Cuesta aprender una lengua cuando no sabes para qué lo haces.

¿Cuánto hace de la última vez que estuvo con una mujer?

Lo que esos hombres necesitan para estar tranquilos es paz, dice la profesora.

Nunca hasta ahora lo había visto así: lo que a él le parece paz, para esos hombres, mientras no se les permita llegar, sigue siendo la guerra.

La profesora coge su cartera, él coloca la silla bajo la mesa.

Cuando se vaya apague la luz, ¿de acuerdo? Y ya ha dicho «hasta luego» y se ha ido. Es rápida, eso le gusta.

Ese neón que parpadea sin parar y atenúa la luz del sol...

Se apaga.

Antes de irse, se vuelve para contemplar el aula y le parece tremendamente vacía. La «virgen Astrea, la última de las divinidades», lo ha abandonado. De pronto cae en la cuenta de que esas mesas a las que él y los refugiados estaban sentados hace un momento son demasiado pequeñas para alumnos adultos. Son los pupitres desechados de un colegio, seguramente la Escuela Johannes R. Becher, que ahora se llama Escuela Primaria A Orillas del Lago. El poeta Johannes R. Becher escribió la letra del himno nacional de la RDA y más tarde fue ministro de Cultura. A un lado de las mesas Richard se fija en los colgadores para las carteras de los alumnos de hace treinta años, los jóvenes pioneros que más tarde fueron dependienta, ingeniero o parado, se separaron una o dos veces y tienen entre cero y cuatro hijos. Las sillas están mezcladas, algunas con un tapizado amarillo, otras rojo burdeos, algunas de madera, otras metálicas. Conoce bien esas sillas. Son sillas de los tiempos de las reuniones del Partido, de los «clubs de barrio», de las celebraciones del Día de la República en la empresa. Dondequiera que irrumpía el Oeste, lo

primero que se hacía era tirar a la basura todo ese mobiliario socialista. Y aún ahora, casi veinticinco años después de la llamada «reunificación», puede verse, allí donde se vacía o se construye algún edificio, cómo sobresalen en los contenedores las patas entrelazadas de esas sillas pasadas de moda, siempre en grandes cantidades, de madera o metálicas. Su madre habría dicho: Todavía sirven. Es una frase que hace mucho que no oye. Hoy quizá debería haberse puesto la camisa azul claro.

17

Para el día siguiente, Richard se ha propuesto buscar otra vez a Rashid e Ithemba. Los guardias de seguridad ya lo conocen y lo dejan subir solo. La mesa de billar sin bolas, la barandilla sinuosa, el primer piso, como siempre sin agua.

Ya en la segunda planta, justo cuando se dispone a llamar a la puerta verde lima con el número 2017, esta se abre de pronto con estrépito y Rashid sale de estampida y se precipita fuera de sí hacia las escaleras, seguido por tres o cuatro hombres. Richard oye varias voces profiriendo gritos incomprensibles y pasos apresurados y ruidosos arriba y debajo de las escaleras. La puerta se balancea aún en los goznes, en la habitación no hay nadie, así que Richard decide ir tras esa Santa Compañía que, tras subir las escaleras, vuelve a bajar. Apenas le da tiempo a apartarse hacia el pasillo para dejarles paso. *Pues es difícil resistirse al soberano del Olimpo. La otra vez me asió por un pie y me lanzó fuera del umbral de los dioses porque traté de socorrerte: el impulso me duró un día entero, y vine a caer en Lemnos, al ponerse el sol; me recogieron los sintios cuando solo me quedaba un soplo de vida.* Rashid se arroja escaleras abajo sin siquiera percatarse de la presencia de Richard, ahora lo siguen ya diez o doce muchachos, entre ellos Apolo, cuyos rizos brincan alegremente con el ajeteo. La luz de neón de las escaleras vuelve a parpadear, de modo que el crepúsculo verde lima se ve iluminado unos breves instantes por unos rayos palpitantes. Por cierto, ¿qué hay arriba, en el tercer piso, donde Richard no ha estado nunca? Sube los escalones y, donde termina la escalera, se topa con otra puerta abierta balanceándose aún

tímidamente sobre las bisagras; y detrás, una sala grande con tres o cuatro figuras sentadas alrededor de una mesa redonda. Excepto por el gorgoteo de una máquina de café, reina el silencio. Al acercarse, Richard reconoce en una de las figuras a la señora mayor que al principio lo acompañaba hasta los hombres. Ese debe de ser el despacho de los asistentes designados por el gobierno del *land*. En el centro de la sala hay una silla de patas arqueadas tumbada en el suelo, Richard la rodea y estrecha la mano a los presentes. Nadie le pregunta qué hace ahí, a lo mejor la señora mayor ya les ha hablado de él. Bueno, dice, parece que se está cociendo algo, los otros asienten, pues nada, creo que lo mejor será que me vaya, dice, y se despide. Antes de salir trata de poner la silla de pie, pero como tiene una pata completamente doblada, enseguida se vuelve a caer. Disculpándose por el intento fallido de poner orden, se vuelve de nuevo hacia el grupo silencioso, uno de los asistentes da un sorbo a su café. ¿Ha sido Rashid?, pregunta, señalando la silla, los otros asienten. Entretanto, la luz de la escalera se ha apaciguado; no se ve ni se oye por ningún lado al Lanzarrayos.

Abajo, en la puerta, uno de los guardias de seguridad llama por teléfono, Richard le pregunta al otro qué demonios ocurre y se entera de que mañana pretenden trasladar a los hombres a una residencia perdida en medio del bosque, a siete kilómetros y medio de Buckow.

¿A Buckow? ¿Mañana?

Yo no sé nada, yo solo soy el guardia de seguridad.

Hasta Buckow, incluso con el coche, Richard tiene al menos una hora de camino, y eso si no hay atascos. Pero no puede ser, dice, el guardia de seguridad se encoge de hombros.

Hoy a las dos del mediodía se celebra una asamblea, aquí tiene la nota. A lo mejor incluso viene alguien del gobierno regional.

La verdad es que hoy Richard quería ir a comprar, pero ahora está demasiado furioso para pensar en compras. Las personas que toman ese tipo de decisiones no tienen ni idea de qué significa una investigación seria. Apenas ha empezado con sus conversaciones con los hombres y ya le están poniendo palos en las ruedas. También en la universidad había esa clase de funcionarios que creían más importante sellar los recibos de viaje, renovar el

formulario del seguro médico, anotar en una lista el número de horas pasadas en el despacho, que el hecho de que cada cual pudiera realizar el trabajo para el que lo habían contratado: por ejemplo, estudiar si existen relaciones numéricas tan esenciales para la belleza de un verso como para la estabilidad de una cáscara de caracol. O averiguar en qué lugar de la literatura augustal aparece Jesús como último dios griego. De acuerdo, uno podía cambiar la contraseña del correo electrónico por octava vez, pero también podía preguntarse cómo demonios aparecía en un texto algo que ni su propio autor conocía sobre sí mismo. Y si eso era así, ¿quién era entonces el narrador?

Por todo ello, Richard, que hace ya mucho tiempo que colmó su necesidad de participar en reuniones que se le comían todo el tiempo, a las dos menos veinte pone rumbo a la maldita asamblea.

El aula está llena hasta los topes, muchos hombres ya están sentados con las piernas encogidas en las mesas demasiado pequeñas, a los lados se alinean asistentes y gente del servicio de seguridad de pie, se da comienzo a la discusión. Dado que el señor delgaducho y de pelo rubio repeinado que viene en nombre del gobierno del *land* no habla inglés, ni francés, ni italiano, ni árabe, se ha dispuesto un procedimiento de traducción como el que Richard presenció tiempo atrás en la escuela ocupada. Y aún gracias que haya venido alguien del gobierno regional, le susurra uno de los hombres que ha visto por la mañana sentado alrededor de la silenciosa mesa de los asistentes. En un alemán rubio repeinado, se oye: ¡Nos hacemos cargo de su inquietud! ¡Ustedes contribuyeron enormemente a encontrar una solución pacífica a la situación insostenible de la Oranienplatz! Y otras frases similares. No parece que el funcionario esté particularmente contento de que lo hayan enviado a hablar con esos parásitos que no tienen más que exigencias y nunca se dan por satisfechos. Probablemente tiene un puesto de muy bajo rango entre otros miembros del gobierno del *land*, o a lo mejor lo están poniendo a prueba con esa misión. Richard casi podría sentir compasión por él. Pero ¿qué más quieren esos alborotadores, a los que el gobierno regional, sin estar obligado a ello y hasta la resolución de cada caso individual, ya da trescientos euros al mes, a los que el gobierno municipal regala, al menos por un tiempo, abonos

mensuales de transporte, a los que se han asignado doce asistentes a media jornada para que les ayuden a comunicarse con médicos y administraciones?

Les prometo, dice el enviado del gobierno regional, que la residencia de Buckow es una buena solución para todos. Ustedes no son los únicos que buscan alojamiento en Berlín y alrededores, y, si quieren mantenerse como un grupo, no hay muchas alternativas.

Queremos ser visibles mientras no se encuentre una solución política al problema en su conjunto, dice Rashid, el Lanzarrayos de esta mañana, y se levanta. ¿Qué se nos ha perdido en medio del bosque? ¿Para qué sirve el acuerdo con el gobierno del *land*? Ustedes todavía no han cumplido ni un solo punto de ese papel, dice.

Han disparado a la bestia, la bala cuesta trescientos euros por hombre y mes, más abono y asistente, pero la bestia sigue siendo peligrosa, es imposible saber si todavía le quedan fuerzas y embestirá de nuevo, seguramente es aún más imprevisible que antes.

No podemos hacerlo todo de un día para otro, dice el hombre del gobierno regional mientras piensa dónde podría ponerse a buen recaudo si la bestia herida se dispusiera a saltarle encima.

Toma la palabra un segundo hombre: Me han dicho que ese campo está a cinco kilómetros de la parada de autobús más cercana.

Es bueno ganar tiempo, así la sangre va brotando en silencio a través de la herida y el oponente se debilita.

Un tercero: ¿De un día para otro, dice? ¡Venga ya!

Un cuarto: Necesitamos duchas que puedan cerrarse para no contravenir nuestras leyes.

La bestia se estremece todavía, pero no son más que espasmos.

Un quinto: ¡Más de cuatro personas por habitación es inaceptable!

El hombre del gobierno del *land* espera a que le traduzcan todas las protestas y preguntas, luego dice: Les comprendo perfectamente, voy a tomar nota de todo.

Cuando te conviertes en un extraño, no tienes elección, dijo Tristán. ¿Acaso estaba equivocado? No, piensa Richard, pero desear es una afirmación de que vives aún en la clase de mundo en el que desear está permitido. El deseo como añoranza. No es de extrañar, piensa, que los

prisioneros de guerra medio muertos de hambre de todas las nacionalidades posibles en todos los campos de prisioneros posibles de todas las guerras posibles se aferran a la vida charlando sobre recetas. En realidad, del gobierno del *land*, los refugiados no quieren una habitación para cuatro, ni una ducha que pueda cerrarse, ni un trayecto corto a pie entre el centro y la parada del autobús. En realidad, no quieren nada del gobierno del *land*. En realidad, quieren salir a buscar trabajo y poder organizar su propia vida, igual que cualquiera con las fuerzas y el entendimiento suficientes. Sin embargo, los que habitan esa región llamada desde hace apenas ciento cincuenta años «Alemania» defienden su territorio con párrafos, atosigan al forastero con el arma milagrosa del tiempo, le vacían los ojos con los días y las semanas, lo aplastan con los meses, y si ni aun así se está quieto, a lo mejor le dan tres cazuelas de distinto tamaño, un juego de ropa de cama y un papel donde pone *Fiktionsbescheinigung*, es decir, «certificado ficticio».

Luchas tribales, podría añadirse.

En casa, en una cajita de madera que reposa en la librería, Richard conserva su viejo documento de identidad y su antigua tarjeta del seguro. En 1990, de pronto, de un día para otro, se convirtió en ciudadano de otro país, aunque la vista desde la ventana siguió siendo la misma. Ese día a partir del cual sería un «ciudadano de la República Federal de Alemania», los dos cisnes que tan bien conocía nadaron de izquierda a derecha, exactamente igual que el día anterior, cuando todavía se lo podría haber llamado «ciudadano de la República Democrática Alemana», algunos patos descansaban, como el día anterior, en el embarcadero, ese embarcadero que Richard construyó tras conseguir traviesas de la Deutsche Reichsbahn, la compañía ferroviaria del Reich. La Deutsche Reichsbahn, por cierto, que tuvo que conservar su nombre fascista en la república socialista por una cuestión de apropiación y de formalidades. ¿Importaba algo el nombre de las cosas? Cuando, buscando información sobre la problemática del asilo, se topó por primera vez en internet con la palabra *Fiktionsbescheinigung*, Richard creyó que se trataba de un concepto del mundo de la literatura; al fin y al cabo, la narrativa se llama *fiction* en inglés. Pero enseguida le pareció poco probable que a los escritores presentes entre los refugiados se les expidiera un

certificado para facilitarles el acceso al mercado internacional del libro. Como pronto descubrió, se trataba solo de un papel que certificaba la existencia de una persona que todavía no poseía el derecho a ser llamada «refugiada». De dicho «certificado ficticio» no se desprendía ningún derecho.

En la lucha entre los dos bandos, el del rubio y repeinado representante del *land* y el de Rashid como portavoz de los otros, sigue sin vislumbrarse ninguna solución, la discusión se atasca en la traducción en un sentido y en otro, pero de pronto aparece el director de la residencia de ancianos casi como un bote salvavidas: acaba de enterarse de que en la residencia hay dos casos de varicela. De modo que la discusión ya no tiene sentido, pues, tal como prescribe la ley, el traslado debe suspenderse durante el período de incubación. Los africanos no saben qué es la varicela. Crece la inquietud. ¿Acaso el gobierno del *land* pretende quitárselos de encima con el contagio de una enfermedad diabólica? El rubio repeinado, por su lado, se pregunta si la noticia es cierta o si el director de la residencia confabula con los negros y lo único que pretende es ayudarles a ganar tiempo. El director de la residencia, a su vez, ve peligrar el inicio de sus reformas por culpa de la enfermedad y se pregunta cómo es posible que unas personas adultas contraigan de golpe y porrazo una enfermedad infantil.

En los años cincuenta, cuando todavía iba a la escuela, Richard había tenido que contribuir a la caza del escarabajo de la patata; el Ministerio de Agricultura de la RDA aseguraba que los americanos pretendían sabotear el país esparciendo aquel insecto. Los niños atravesaban los campos en largas hileras, armados con un tarro de cristal, a fin de inspeccionar todas y cada una de las plantas y sumergir a los escarabajos en vinagre. Más tarde supo que, en tiempos de los nazis, no solo se habían movilizado niños, sino también agentes de las SA e incluso soldados, para exterminar aquella arma milagrosa americana de rayas amarillas y negras que se arrastraba por el suelo. Entonces, ¿los americanos habían luchado primero contra los fascistas y luego contra los antifascistas arrojando el dichoso coleóptero? ¿O era la horda de escarabajos la que decidía por sí misma lo que le gustaba? Seguro que a los insectos un campo de patatas les parecía igual de verde en 1941 que en 1953. Tras la caída del Muro, Richard viajó por primera vez a Londres por

trabajo y una tarde, tomando un whisky, un viejo colega británico le contó que de pequeño él también había tenido que peinar los campos ingleses para eliminar el escarabajo de la patata, que supuestamente había sido utilizado como arma biológica por Alemania durante la Segunda Guerra Mundial. En Alemania se habían llegado a realizar experimentos sobre el efecto devastador de esos parásitos, afirmaba el catedrático inglés de filología germánica, y hacia el final de la guerra se habían dispersado miles de ejemplares sobre el Palatinado, es decir, ¡en el propio país!, con fines científicos. Anyway, I love the German language, dijo como colofón a su historia antes de tomar un buen trago de whisky. Aquella críptica conclusión hizo que a Richard se le quedara grabada la conversación en la memoria.

En cuanto a la varicela, lo que es seguro es que se trata de una infección vírica que, cuando se da en adultos, puede resultar contagiosa durante dos semanas. El traslado no tendrá lugar mañana, de modo que hay tiempo para buscarles un alojamiento más adecuado a los refugiados. A la salida, Richard se acerca al Lanzarrayos, que ha vuelto a calmarse, y le pregunta si le apetece tener una primera conversación con él al día siguiente. No problem, dice él, y da toda la impresión de que no se acuerda de haber visto al catedrático esta mañana, cuando ha salido de su habitación henchido de ira.

18

Dice que la fiesta que celebra el fin del ramadán se llama Eid Mubarak. Por la mañana, los hombres acuden a la gran oración mientras las mujeres preparan la comida en casa. Luego comen todos juntos del mediodía a la noche. Los niños reciben regalos o algo de dinero para que puedan divertirse durante las dos jornadas de celebración. The children should have fun, dice Rashid. Todo el mundo se pone trajes nuevos, en cada Eid Mubarak mi padre compraba una tela para las mujeres de nuestra familia y otra distinta para los hombres: para mí, para mis hermanos y para los sobrinos. En el año 2000 era de color azul. Ese día me puse el traje azul acompañado de un gorro.

Richard y Rashid charlan con la puerta cerrada en un cuartucho junto a la entrada. Uno de los guardias de seguridad se lo ha abierto cuando Richard ha

pedido un lugar tranquilo para hablar. Están sentados entre cajas de cartón plegadas, listas para el traslado, y pequeñas torres de sillas apiladas; Rashid se ha cogido una tapizada en rojo burdeos, Richard una tapizada de amarillo.

Durante el Eid Mubarak, todo el mundo hace las paces con quien se haya peleado a lo largo del año, dice Rashid. Y visita a la familia. Y hace donaciones para los pobres. ¿Conoces los cinco pilares del islam?

Richard dice que no con la cabeza.

The five pillars of Islam are: primero, la profesión de fe; segundo, la oración; tercero, la limosna; cuarto, el ayuno durante el ramadán, y quinto, la peregrinación a la Meca al menos una vez en la vida, siempre que uno pueda permitírsela.

Ya, dice Richard.

El que mata no es musulmán.

Richard asiente.

Solo para comer se permite matar, pero nunca así, porque sí, a nadie ni nada que se cruce en tu camino, ni siquiera al más insignificante de los insectos. Puede ser que incluso un animalucho así tenga hijos esperándolo en casa. Nunca se sabe. Nunca.

No, dice Richard.

¡Ni siquiera una mosca!

Bien, dice Richard.

El que mata no es musulmán.

En verano, Richard se traga con la aspiradora las moscas y avispas que revolotean alrededor de su comida. En primero de carrera apostató de la Iglesia.

Y también Jesús es un profeta en el Corán, dice Rashid.

Una vez, en su seminario sobre «Jesús, el último dios griego», Richard comparó la escena del nacimiento de Jesús en los distintos evangelios de la Biblia con la representada en el Corán. Por eso sabe que, en el Corán, María está sola cuando trae a Jesús al mundo. Lo hace en un lugar remoto, y los dolores del parto le hacen exclamar: «¡Ojalá hubiera muerto antes de esto y estuviera completamente olvidada!» ¿Comprendían sus alumnos qué significaba que María no solo deseara estar muerta, sino también olvidada?

Pero esas cosas no pueden enseñarse en una clase. Se había limitado a indicar que, justo después del momento de desesperación de María, el recién nacido empezó a hablar debajo de ella: es decir, el milagro del lenguaje surge directamente de la necesidad de María. El niño habla para consolar a su madre, le habla de un arroyo, y el arroyo está ahí, luego le habla de un árbol, y el árbol está ahí. María se encuentra en medio de un paisaje paradisíaco, se sienta a orillas de un arroyo, una palmera con dátiles se alza sobre su cabeza, come y bebe, y más tarde, cuando vuelve entre las personas con el bebé en brazos y le preguntan de dónde sale el niño, ella no necesita responder nada, ya que en su lugar habla el nuevo profeta recién nacido, que mide apenas cincuenta y cuatro centímetros y pesa tres kilos y medio.

El paraíso se encuentra bajo los pies de la madre, dice Rashid. Richard trata de imaginarse a ese hombre que está sentado junto a él envuelto en un traje azul y con un gorro en la cabeza. Me gustaría volver a ver a mi madre antes de que muera, dice Rashid. Ahora tiene setenta años. Pero si voy a Nigeria ya no podré volver a Alemania.

¿Y por qué no quieres volver para siempre a Nigeria?

Rashid no responde a la pregunta. Mi padre, dice, era un hombre muy apreciado. Todos querían darle a su hija por esposa. Al final tuvo cinco mujeres y veinticuatro hijos. Yo fui el primer varón tras diez niñas, y mi madre fue su tercera esposa. A la hora de cenar nos sentábamos todos alrededor de una gran mesa. A mí se me permitía comer del plato de mi padre. Todas las mañanas a las siete y cuarto, estando él todavía medio dormido, los mayores de entre sus hijos nos colocábamos en fila frente a su sillón y él nos ponía el dinero para la comida de la escuela en la mano. *El sultán concede audiencia sobre un estrado. Tres escalones ascienden hasta él. El estrado está cubierto de seda y almohadas. Por encima de él se extiende un dosel, una especie de pabellón de seda, sobre el cual brilla un pájaro de oro del tamaño de un halcón. Resuenan tambores, trompetas y trompas de caza. Traen dos caballos ensillados y embridados junto con dos cabras como protección frente al mal de ojo. Si uno se dirige al soberano y recibe respuesta de él, luego se descubre la espalda y lanza ante el mundo*

entero polvo sobre su cabeza y sus hombros, como el bañista que se salpica de agua.

Luego, a las siete y media, llegaba el chófer con la camioneta, dice Rashid, nos montábamos en la plataforma de carga, recogíamos a otros niños del vecindario e íbamos todos a la escuela.

¿Qué asignaturas cursabais?

Inglés, matemáticas y hausa como materia secundaria.

Al hacerse mayor, Rashid estudia herrería en un centro de formación profesional.

Cuatro de sus hermanas cursan el bachillerato. Una estudia en la universidad y se hace profesora.

Qué raro, piensa Richard, que no haya pensado hasta ahora en las crónicas de Ibn Battuta, quien en el siglo XIV viajó de Marruecos a China, pasando por África y Asia Central.

Walther, su amigo de la escuela, quien en tiempos de la RDA solo llegó a obtener permiso para viajar a los países socialistas, aprendió árabe para traducir el libro de Battuta por primera vez al alemán. ¿Adónde fue a parar el manuscrito tras la muerte de Walther? Sea como sea, el texto no llegó a publicarse, ya que tras la caída del Muro la editorial se declaró en bancarrota. Richard ayudó a Walther en la corrección.

Veinticuatro hijos de cinco mujeres, también Walther había vivido algo así, aunque en su caso, gracias a Dios, sus cuatro esposas no habían tenido que vivir nunca bajo el mismo techo. En su entierro, Richard estrechó la mano al hijo primogénito y le dijo que lo sentía mucho, muchísimo, pero el muchacho se limitó a mirarle fijamente a los ojos y le preguntó: ¿El qué? Por lo visto, nada más morir Walther sus exmujeres y sus hijos emprendieron una dura batalla por la casa, cuyo derecho de habitación seguía ostentando la cuarta esposa. Ahora, en el contexto occidental, una casa como esa tenía valor. El primogénito de Walther llevaba unos vaqueros claros, descoloridos y agujereados en el entierro de su padre. Ojalá fuera cierto lo que suele decirse: que, una vez bajo tierra, no experimentamos dolor alguno ni sentimos nada de nada.

En el Eid Mubarak todas las mujeres cocinaban juntas, dice Rashid. Es nuestra festividad más importante, hay que comer mucho, al fin y al cabo se celebra el fin del ayuno. Antes de eso, la casa se limpia y ordena de arriba abajo durante semanas. En el año 2000, la tela que mi padre compró para nuestros trajes era azul. De pronto, Richard sabe que necesita conocer todos los detalles con absoluta precisión: Rashid tiene que describirle todos los platos que se sirven en la mesa preparada para el Eid Mubarak. ¿Berenjenas? ¿Tomates? ¿Guindillas en aceite? ¿Pescado? ¿Arroz? ¿Raíz de ñame? ¿Plátano verde? ¿Carne de ternera, pollo y cordero? Las mujeres ¿se sientan juntas o cada una se sienta con sus hijos en un lugar determinado de la mesa? Y la mesa ¿está dentro de la casa, en una galería o al aire libre? Richard podría seguir preguntando hasta la eternidad. Al atardecer, ¿se sacan farolillos con cristales de colores? Después de comer, cuando oscurece, ¿los niños cuelgan los farolillos de largos palos y emprenden una procesión por el barrio? ¿Y mientras tanto van cantando? Y los adultos ¿visitan a sus familiares? Al día siguiente, ¿la gente sale a pasear con toda la familia?

Pero ese año ya no hubo atardecer ni día siguiente, dice al fin Rashid.

Sobre las once de la mañana, dice Rashid, los hombres ya habíamos terminado con la oración. La plaza donde rezábamos estaba a una distancia de nuestra casa similar a la que hay entre el puente de Oberbaum y la Alexanderplatz. Nos disponíamos a volver a casa con nuestras familias para el banquete cuando nos atacaron. Con porras, cuchillos, machetes. Mi padre quiso abrir el coche, se nos echaron encima, nos separaron a empujones, empezaron a golpearlos con porras y a pincharnos con cuchillos y machetes, luego metieron a mi padre en el coche, tres hombres subieron con él, lo obligaron a irse con ellos, eso fue lo último que vi de él. Tres semanas antes había cumplido setenta y dos años.

Rashid tiene las manos fuertes, muy negras, descansan sobre sus rodillas, solo las yemas de los dedos son pequeñas, y la piel debajo de las uñas es rosada.

Lo quemaron dentro de su coche a las afueras de la ciudad.

Richard y Rashid se quedan por un momento inmóviles, sin decir una palabra.

¿Se sabe quién fue?, pregunta Richard al fin.

Rashid no responde.

Fue muy duro, dice al rato. ¿Por qué matan las personas a otras personas?

Esa pregunta es mucho más adecuada, piensa Richard.

Rashid tiene una cicatriz encima del ojo. Rashid cojea, Richard se fijó ayer.

Tratamos de escapar. Mis hermanos, mis sobrinos, mi tío, los vecinos. Todo el mundo corría y gritaba. Había cuerpos por todas partes, todo estaba cubierto de sangre. Uno de mis hermanos pequeños se escondió en uno de los mangos que bordeaban la plaza. Al anochecer corrió hasta el río y se escondió en el agua, se quedó la noche entera muerto de miedo dentro del agua, también en la orilla del río lincharon a gente, contó más tarde, él lo vio todo. Recuerdo el olor a humo, dice Rashid, mientras corría y corría. Empezaron a arder las primeras casas. Desde el puente de Oberbaum a la Alexanderplatz. *San Martín, San Martín, San Martín a través de la nieve y el viento cabalgaba, a lomos de su corcel, que a toda velocidad lo llevaba. San Martín con el corazón alegre cabalgaba, su manto mucho y bien lo abrigaba.* En el año 2000, la tradicional procesión de farolillos de los niños en la ciudad nigeriana de Kaduna, de cuya existencia Richard se enteró hace dos semanas, se suspendió durante la noche del Eid Mubarak. En la última procesión de farolillos de San Martín, los niños berlineses rodearon la plaza del castillo, pero la muchacha de Duisburgo, que desde hace tres años vive de alquiler en la misma calle que Richard y que en los últimos meses, al salir a comprar o junto al contenedor del vidrio, se ha dirigido a él en repetidas ocasiones de una forma extraña, a veces incluso peleándose con alguien invisible en plena acera, pues esa muchacha de Duisburgo, mientras los niños rodeaban la plaza del castillo cantando, se escondió entre los oscuros setos de bayas de nieve que bordean la plaza y aulló como un lobo.

Corrimos a casa tan rápido como pudimos para avisar a las mujeres. Sin perder un minuto, las mujeres se llevaron a los niños a casa de amigos, a casa de sus propios padres. También mi madre se escondió en casa de sus padres, en el pueblo. Yo me limité a sacar un vestido de recambio del armario y lo metí en una bolsa. Hasta olvidé los pantalones que iban a juego. Apenas

media hora y no quedaba ni un alma en la casa. El banquete seguía intacto sobre la mesa cuando nos fuimos. Ni siquiera cerramos la puerta detrás de nosotros. ¿Para qué? La casa estaba limpia y ordenada de arriba abajo para el Eid Mubarak. Limpia y ordenada de arriba abajo cuando le prendieron fuego unas horas después.

De un día para otro me quedé sin padre, sin familia, sin casa, sin taller. De un día para otro desapareció toda nuestra vida anterior. Ni siquiera pudimos enterrar a nuestro padre. Fui una última vez a casa de mi madre para despedirme y me marché a Níger. No nos hemos visto desde entonces. Hace trece años. Cuando me pregunta por teléfono cómo me va, siempre le respondo: Bien.

Richard recuerda lo que ha dicho Rashid al principio de la conversación: El paraíso se encuentra bajo los pies de la madre.

Ya no puedo soportar ver sangre, dice Rashid.

De pronto Richard cae en la cuenta de que Rashid ha necesitado dos horas para responder a su pregunta.

Esa noche nos arrebataron la vida, como si nos la hubieran cercenado.

Cut, dice Rashid.

Cut.

Cuando Richard y Rashid salen del cuartucho, los dos guardias de seguridad esbozan una sonrisa y dicen: Se ha alargado la conversación, ¿eh? Richard dice: Sí.

De camino a casa, entra en la floristería y compra un enorme ramo con asteres de varios colores. Nunca se había comprado flores para sí mismo. Las coloca sobre la mesa de la cocina, en un jarrón grande transparente. Ahora parece que su mujer todavía esté. O su amante.

Por la noche, recuerda ahora, se ha despertado y, en lugar de ir a orinar, ha recorrido habitación por habitación porque sí, sin buscar nada en concreto. Porque sí, en la oscuridad, ha deambulado por su propia casa como en un museo, como si ya no fuera su casa. Entre los muebles, algunos de los cuales conoce desde que era niño, habitación por habitación, su propia vida le ha parecido de pronto completamente ajena, completamente desconocida, como una galaxia muy remota. Ha terminado la ronda en la cocina, avergonzado

recuerda cómo se ha sentado en una silla y, sin saber por qué, ha sollozado como un desterrado.

¿Qué le ha ocurrido? No se acuerda. ¿O acaso solo lo ha soñado?

Pero algo hay que comer, decía siempre su madre.

Coge una lata del estante, sopa de guisantes, algo rápido. Y luego, el plato al lavavajillas. Es algo que sigue produciéndole placer. En el Este no había lavavajillas. Deutschland is beautiful.

Luego, antes de que anochezca, un rato en el jardín. A lo mejor quitar las hojas del canalón y del pequeño tejado mientras haya algo de luz. Por suerte, su nueva escalera es muy larga.

Por la noche se sienta a tomar notas en el escritorio.

Primero se queda un rato en silencio en la silla, y al final en el papel hay solo tres frases cortas:

Hubo una infancia. Hubo una cotidianidad. Hubo una juventud.

Y debajo, entre paréntesis: *Rashid = soberano del Olimpo = Lanzarrayos.*

El haz de luz de la lámpara de su escritorio brinda un escenario a las letras, incluso cuando Richard ya se ha ido al baño a lavarse los dientes.

Al día siguiente tocaría clase de alemán, pero nada más llegar un guardia de seguridad le informa de que hoy es el día de pago. Se han ido todos, le dice el hombre del uniforme estafalario. Suerte que Richard lleva encima la lista de la compra:

jabón para los platos

1 queso quark

1 mantequilla

mermelada (¿grosella negra?, ¿frambuesa?)

jamón

lechuga iceberg

2 pepinos

tomates, tamaño medio

agua mineral

1/2 pan de centeno y trigo

En la tienda se encuentra a Sylvia, la mujer de su amigo, pues sí, hoy casualmente no tenía nada que hacer. Ya, casualmente, claro, debes de estar escribiendo algo, ¿no? O tendrás que dar conferencias. No exactamente, dice Richard, pero es largo de contar. A lo mejor le apetece comer con ellos, queda aún un montón de comida de cuando el cumpleaños, sí, por qué no, pero primero tiene que llevar la compra a casa, estupendo, entonces hasta luego.

¿En qué estás trabajando ahora?, pregunta Detlef cuando Richard apenas se ha limpiado los zapatos en el felpudo. Hasta hace cinco años, Detlef trabajaba como arquitecto para una empresa que diseña y construye interiores de tiendas. Desde entonces está prejubilado. Tras la caída del Muro, le resultó providencial hablar bien el ruso, puesto que para los nuevos hombres de negocios de Moscú él era su hombre en Occidente, mientras que para sus jefes occidentales era el tipo del Este que podía entenderse con los rusos. Sylvia, que cuando se mudó a casa de Detlef todavía lucía una cola de caballo y parecía una muchacha, fue tipógrafa hasta la caída del Muro, luego perdió el trabajo y, al cabo de unos años, se hizo patente que, en la práctica, su mundo se había derrumbado con el inicio de la era de la informática, pues poco después del colapso de la RDA habían salido al mercado todas esas nuevas tecnologías y, desde ese momento, el oficio tal como ella lo había aprendido había pasado a ser un objeto de museo. Desde que tampoco su marido tenía trabajo, los dos se dedicaban a gastar sus ahorros en viajes, ya habían estado en Venecia, Marruecos y Hamburgo, habían visitado las pirámides, la torre Eiffel, Stonehenge y la costa croata. Hasta hace un año, cuando Sylvia enfermó. En la fiesta de cumpleaños de su amigo, Richard le oyó decir a Sylvia por primera vez: Estoy contenta de haber tenido todavía la oportunidad de conocer tantas cosas del mundo. Al oír ese «todavía», Richard no pudo evitar mirar a su amigo, y su amigo le preguntó: ¿Quieres una cerveza?

¿Cómo? ¿Que han traído a africanos a la residencia de ancianos de aquí al lado? No tenía ni idea.

Ahora que lo dices, a veces me he encontrado a algunos al ir a comprar y me preguntaba de dónde salían.

A Apolo, Tristán y el soberano del Olimpo se les concede ahora un lugar en una habitación alemana con sofá rinconero, televisión, frutero y librería.

Mientras relata los rifirrafes del tuareg con grupos pertenecientes a Al Qaeda en el desierto de Mali y Níger, Richard ve una ardilla corriendo por el jardín; mientras cuenta que el padre de Tristán no subía las persianas de la fachada sur de su casa de Trípoli hasta el atardecer, su mirada se topa con la revista de la programación televisiva de esa semana, que descansa sobre la mesita, junto al sofá. Cuando las cifras del reloj digital colocado en la librería, entre los libros, pasan del 12.36 al 12.37, acaba de terminar la historia del traje azul que durante el Eid Mubarak vestía Rashid, el Lanzarrayos, y que aún llevaba puesto cuando huyó.

Entiendo, decía su amigo de vez en cuando mientras Richard hablaba. Ahora que Richard ha terminado su relato, Detlef permanece un rato en silencio, asintiendo con la cabeza.

O sea que solo se les permite trabajar en Italia, ¿no?, pregunta al fin.

Eso es.

Pero allí no hay trabajo.

Eso es.

¿Y el dinero que reciben aquí?

Se lo pagan solo unos meses, hasta que se comprueba definitivamente que no son competencia de Alemania.

¿Y luego?

Los mandan a Italia.

Donde no hay trabajo.

Eso es.

O sea que a nosotros aquí nos va la mar de bien, dice Sylvia.

Richard piensa en su padre, enviado como soldado alemán a Noruega y Rusia, donde sufrió las «turbulencias de la guerra». Detlef piensa en su madre, que, con el mismo esmero con el que se hacía las trenzas como muchacha alemana, luego picó piedras como *Trümmerfrau*, «mujer de los escombros», durante la reconstrucción del país. Sylvia piensa en su abuelo, que le mandó a su mujer ropa ensangrentada de niños rusos para sus propios

hijos: «Las manchas se van fácilmente con agua fría.» El mérito de sus abuelos y padres, abuelas y madres, fue, por así decirlo, la destrucción. La consecución de una superficie en blanco que debía ser reescrita por los hijos y los nietos. ¿Y cuál ha sido el mérito de su generación? ¿Cuál es la razón de que ahora las cosas les vayan mucho mejor que, por ejemplo, a esos tres africanos sobre los que acaba de hablar Richard? Ellos, los que están ahí sentados en el sofá, también son niños de la posguerra, así que saben perfectamente que la sucesión entre el antes y el después a menudo sigue leyes muy distintas a las de la recompensa o el castigo. Los efectos no son directos, sino indirectos, piensa Richard, como ya ha pensado a menudo en los últimos años. Los americanos tuvieron sus planes para una mitad de Alemania, y los rusos otros para la otra mitad. Y ni el bienestar material de una parte ni la economía planificada de la otra puede explicarse por ningún rasgo particular del carácter de los ciudadanos alemanes, que se limitaron a proporcionar el material humano para el experimento político. Así pues, ¿de qué debían sentirse orgullosos? ¿A qué debían llamar lo «propio mejor» frente a un supuesto «otro peor»? Han trabajado toda su vida, eso es verdad, pero es que a ellos tampoco se lo ha prohibido nunca nadie. Los del Este, como familiares de sangre que eran, fueron al fin estrechados entre los brazos de sus hermanos y hermanas del lado más acomodado del Muro, pero ya nacieron con la sangre puesta, no podían hacer nada ni a favor ni en contra de ello. Al amamantar a su hijo post-caída del Muro, la nuera de Monika siempre se maravillaba de que el vaso de Coca-Cola que se bebía se transformara en leche dentro de su organismo. Nadie podía saber a ciencia cierta si por sus venas corría sangre, Coca-Cola o leche, igual que ninguno de ellos tenía respuesta a la pregunta de a quién había que atribuir el mérito de que incluso los más pobres de sus amigos tuvieran lavavajillas en la cocina, botellas de vino en los estantes y ventanas con doble cristal. Y si, por un lado, no era mérito suyo que las cosas les fueran tan bien, tampoco era culpa de los refugiados que a ellos todo les fuera tan mal. Todo podía haber ido perfectamente al revés. Por un momento, a Richard este pensamiento le hace abrir la boca de par en par, dejando al descubierto su horrible dentadura.

Sylvia dice: Siempre me imagino que si tuviéramos que huir otra vez tampoco nos ayudaría nadie.

Detlef dice: Por la pura ley de la probabilidad.

Sylvia dice: Además, ¿adónde demonios iríamos?

Richard dice: Más de una vez he considerado la posibilidad de aparcar mi vieja motocicleta al otro lado del lago. Llegado el momento, cruzaría las aguas a remo, me subiría a la moto y partiría hacia el Este. Apuesto a que hacia allí no quiere ir nadie, así que seguro que reina la paz.

Por cierto, dice Sylvia, ese hombre sigue en el fondo del lago, ¿verdad?

Sí, allí sigue.

En la terraza, frente a la ventana, hay un cenicero a la intemperie que ya está oxidado. Desde el diagnóstico, hace nueve meses, Sylvia ha dejado de fumar.

Detlef se levanta y dice: Voy a traer algo de comer. Todavía nos queda magret de pato. Y sopa.

20

No hay que limpiar los grifos con un paño de microfibra, dice el fontanero, porque se estropea el revestimiento metálico que imita el cromado. De acuerdo. La cisterna tampoco estaba del todo bien. «El viernes, a partir de la una, cada cual hace lo que quiere», se dice en alemán, es viernes, pasan de la una, el hombre ya recoge sus herramientas, una firmita aquí por favor.

Cuando Richard llega a la residencia, le dicen: Hoy está usted de pega, los viernes por la tarde los negritos van a rezar.

¿Y no hay nadie?

Sí, los pocos que son cristianos.

Pues voy a probar, dice Richard. En la 2017 no responde nadie cuando llama a la puerta, pero en la 2019 le abre un muchacho que parece medio dormido. En las mejillas le brotan unos pocos pelos tiernos. Debe de ser uno de los que dormían en los catres durante su primera visita a Apolo.

Richard explica una vez más quién es y qué quiere, y el muchacho dice: Okay.

Entonces, ¿está dispuesto a hablar conmigo?

El muchacho se encoge de hombros.

¿Entiende el inglés?

Yes, dice, pero no hace ningún ademán para dejar pasar a Richard. ¿A lo mejor le da miedo estar a solas con él en una habitación?

Richard dice: ¿Quiere que vayamos a un café?

El muchacho vuelve a encogerse de hombros.

Hay mucha inseguridad por ambas partes, piensa Richard, por la suya y seguramente también por la del refugiado. Pero cuando ya se dispone a pedir disculpas y marcharse, el joven da un paso adelante, le hace un gesto con la cabeza, cierra la puerta tras de sí y lo empieza a seguir, así, tal cual va: sin peinarse, sin coger ninguna bolsa y con una chaqueta demasiado fina.

A Richard no le parece mal salir por una vez de la residencia para una de sus conversaciones. Las habitaciones que ha visto hasta ahora están llenas de fantasmas. Justo al lado, en la 2020, todavía cuelga frente a la ventana una cortina de cuadros azules planchada, pero el resto del mobiliario está siendo destruido por tropas de merodeadores que destrozan la cama y vuelcan el armario, algunos pisotean la ropa, otros lanzan los platos contra la pared, solo esa cortina de cuadros azules, colocada para una jubilada alemana de ciento dos años por su nieto, sigue intacta y planchada, y en un soleado día de otoño proyecta su sombra en una habitación a las puertas de Berlín. En la habitación 2017, un montón de espíritus de pescados fileteados esperan su comida, pero los ochocientos pasajeros siguen con vida, y abajo, en la salida, dentro del trastero junto a cuya puerta pasan ahora Richard y el muchacho de la chaqueta fina, se apilan sillas de madera y hierro, tapizadas de amarillo o de rojo, para la gran familia que va a reunirse para la gran celebración, el Eid Mubarak, cinco mujeres, veinticuatro hijas e hijos, entre ellos Rashid. Y el padre de Rashid.

Puede salir con el muchacho, por supuesto, dice el uniformado, pero el muchacho tiene que tacharse de esta lista.

En un barrio periférico de Berlín como ese no hay muchos cafés. Hay una panadería que se ha ampliado, poco después de la reunificación de las dos Alemanias levantaron un anexo acristalado y ahora venden las tartas de frambuesa, los petisús y los merengues con nata tras un mostrador de ocho

metros y medio de longitud. Las damas y caballeros de edad proveya que se han citado aquí a las cuatro de la tarde todavía duermen la siesta en casa, bajo sus mantas de pelo de camello. Hay un único cliente, que lee el periódico sentado frente a una taza de café cerca del mostrador. Richard se sienta con su joven interlocutor lo más lejos posible de él, en una mesa al otro extremo del espacio acristalado, con vistas al exterior.

¿Qué quieres tomar? ¿Café? ¿Té? ¿Chocolate? ¿Zumos? ¿Agua?

El muchacho meneaba la cabeza.

¿Quieres un pastel?

El muchacho meneaba la cabeza.

¿Una infusión?

El muchacho se encoge de hombros.

¿Infusión de hierbas, infusión de frutas, té verde, té negro?

Nada.

¿Verde? ¿Negro?

El muchacho se encoge de hombros: Pues negro.

¿Y un pastel?

El muchacho meneaba la cabeza.

Así pues, Richard pide un té negro y un capuchino en el mostrador. En tiempos de la RDA jamás tomó ningún capuchino, pero en los últimos años se ha acostumbrado a tomarlo en Italia. Que habría algo en su vida a lo que un día se acostumbraría en Italia era algo que durante los cuarenta años anteriores habría creído impensable.

¿Cómo te llamas?

Osarobo.

Ya.

Entonces llegan el té negro y el capuchino con espuma de leche, salpicado con un toque de cacao en polvo y una galletita en el platillo.

¿De dónde eres?

De Níger. Luego viví con mi padre en Libia.

Azúcar en el café, que atraviesa la espuma de leche y cae en las profundidades.

¿Todavía tienes familia en Níger?

Una madre y una hermana.

¿Cuántos años tiene tu hermana?

Unos catorce.

Remove.

¿Y cómo se llama?

Sabinah.

¿Hablas de vez en cuando con ellas?

No.

¿Y tu padre?

Cabeceo.

¿Hablas con tus amigos de la Oranienplatz sobre la guerra?

A veces.

¿A alguno de ellos lo conocías de antes, de Libia?

No. Perdí a todos mis amigos.

Suave música de fondo, una mujer compra pasteles, serán once euros con sesenta.

Vi cómo morían. Murieron muchos, muchísimos.

La mujer sale de la panadería con su paquete de pasteles, la puerta corredera de cristal se abre automáticamente al ponerse ella delante.

El té de Osarobo permanece intacto, igual que el capuchino de Richard.

Life is crazy, life is crazy, life is crazy.

A Richard le gustaría saber cuáles son las preguntas que llevan al país de las respuestas bonitas.

¿Sales a pasear de vez en cuando? *Walk*, pregunta Richard, pero Osarobo entiende *work*, trabajar.

Sí, quiero trabajar. Quiero trabajar, pero no nos dejan.

Richard piensa en el Tamino de Mozart, sometido a prueba, al que una voz impide el paso a cada puerta que trata de abrir: «¡Atrás!»

¿Cuál es tu lengua materna?

El hausa y el tebu-tebu.

¿Cómo se dice mano en hausa? Hanu.

¿Y ojo? Idu.

¿Té? Shayi.

¿Yo? Ni.

¿Tú? Kay.

¿Dónde estuviste de Italia?

En Nápoles, en Milán. En el metro, dice, la gente se levanta y va a buscar otro sitio si un negro se sienta a su lado.

También Italia ha dejado de ser hace tiempo el país de las respuestas bonitas.

En fin, dice el muchacho mientras se pellizca la piel en el dorso de la mano, como si quisiera arrancarse esa molesta envoltura. Luego mira hacia fuera, hacia los árboles, en los que cuelgan todavía algunas hojas amarillentas. Tiene algo en el ojo izquierdo, Richard no se ha dado cuenta hasta ahora porque el muchacho no ha levantado la mirada en ningún momento.

¿Qué le ocurre a tu ojo?

Cabeceo. Ni una palabra. Vuelve a agachar la mirada.

¿Cuántos años tienes?

Dieciocho.

¿Y cuánto llevas en Europa?

Tres años.

¿Alguna vez piensas en tu futuro?

¿Futuro?

Hasta ahora el muchacho no ha tomado ni un solo sorbo de té.

Crazy life, crazy life, crazy life, dice, y se calla.

Hace rato que la espuma de leche aparece como algo totalmente postizo.

Quiero volver con mis amigos.

Richard no sabe si Osarobo se refiere a sus amigos de la residencia o a los muertos. Ante ese muchacho, Richard fracasa. Pero la cosa no trata de si él fracasa. La cosa no trata en absoluto de él.

Son cuatro euros con setenta, dice la mujer, y baja la mirada en silencio hacia la mesa, donde las dos bebidas permanecen intactas.

Hasta el cruce en el que Richard tiene que desviarse hacia su casa, el muchacho anda a su lado en silencio, pero cuando el catedrático se detiene para despedirse, el chico pregunta de pronto:

¿Crees en Dios?, y mira a Richard a los ojos por primera vez.

En el cruce, el semáforo se pone en rojo, por lo que la calle enmudece. Richard dice: La verdad es que no. Y ese «la verdad es que» es ya una concesión.

No entiendo cómo alguien puede no creer en Dios, dice el muchacho. Cuando tienes una necesidad, crees en Dios. Life is crazy. Si me pongo enfermo, no me cura el hospital, sino Dios. Dios me salvó, dice, me salvó a mí y no a los demás. Así que debe de tener un plan para mí, ¿no?

Sigue mirando a Richard, con un ojo sano y otro al que le ocurre algo, pero, como Richard no responde nada, vuelve a ensimismarse, su chaqueta es demasiado fina para un octubre alemán, su mirada se pierde de nuevo en la maleza invisible que, para él, llena el aire.

Treinta años atrás, al sacarse el carné de conducir, Richard asistió a un curso de primeros auxilios. El masaje cardíaco resultó mucho más cansado de lo que se había imaginado.

¿Hay algo que te gustaría hacer si estuviera a tu alcance?, le pregunta al muchacho, como si le fuera algo en el hecho de devolverlo a la vida, como si fuera a perder algo si ese chico nigerino, al que apenas conoce, se rinde. Algo que te gustaría hacer si pudieras elegir, insiste, pues ya solo con el deseo habría podido recuperarlo para la vida. Conseguir que alguien quiera respirar. Lo demás vendrá por sí solo.

Sí, dice Osarobo.

¿Qué?, pregunta Richard.

Tocar el piano, dice el muchacho.

El semáforo se pone en verde.

¿Tocar el piano? Al principio Richard cree que no lo ha oído bien, pero Osarobo insiste:

Sí. El piano.

En ese caso, a Richard solo le queda anunciar que tiene un piano en casa, que para tocarlo, no, no hay que pagar entrada, que Osarobo puede ir cuando quiera, si le parece bien. ¿A lo mejor el lunes? ¿O el martes? El miércoles.

El sábado lo visita su amigo Peter, el arqueólogo, por suerte todavía no hace demasiado frío para las excavaciones, dice.

El domingo, para desayunar, un huevo. Hace tiempo que Richard decidió estudiar el «acuerdo» que el gobierno del *land* redactó con los africanos para liberar la Oranienplatz y recuperarla para los berlineses. Le ha asignado un día entero a la tarea, pero descubre con gran sorpresa que el documento en cuestión no pasa de tres cuartos de página. Hasta sus contratos con la compañía telefónica son más largos, y en el estante tiene dos archivadores repletos con toda la correspondencia sobre la compra de la casa. Que en Alemania un documento sea tan corto le parece, por decirlo suavemente, muy llamativo. «Estamos de acuerdo en el hecho de que deben mejorarse las condiciones que afectan a los refugiados que buscan un lugar seguro en Europa y Alemania.» Así empieza el susodicho «acuerdo». Así pues, tenemos a dos partes que quieren ponerse de acuerdo y que nada más empezar declaran que lo están. A veces ha pensado que, cuando estudia un texto, no hace sino buscar indicios. Por ejemplo: ¿qué «nosotros» se esconde tras ese «estamos de acuerdo»?

«La acampada, y con ella la forma de protesta que se opone a la situación jurídica susceptible de aprobación, será finalizada con carácter permanente. Los propios refugiados organizarán el desmantelamiento de todas las tiendas y alojamientos, y se comprometen a que este estado se mantenga con carácter permanente.»

Le gusta especialmente ese «la situación jurídica susceptible de aprobación». La relación con su amante ¿habría podido llamarse «relación susceptible de ser de pareja»? Y esa denominación ¿habría satisfecho por sí sola a su amante, que al menos una vez por semana lloraba al ver cómo él volvía con su esposa a la hora de la cena? ¿O el llanto se oponía precisamente a su condición de susceptible de ser de pareja?

Por otro lado, la cuestión de la «permanencia» del desmantelamiento se ha colado dos veces en el fragmento. El lenguaje no es nunca casual, eso es algo que siempre había tratado de hacer entender a sus alumnos. Él mismo lo había comprobado día tras día al estudiar el *Neues Deutschland*, la publicación del llamado «órgano central del Partido». La propia designación «órgano central» era motivo suficiente para dudar. Así pues, los refugiados

debían hacer añicos públicamente su propia protesta. ¿Y qué obtenían a cambio? Richard todavía se acuerda de las cartas que recibía todos los días en los primeros tiempos de la unión monetaria: «Felicidades, ha ganado usted... ¡Un Mercedes! ¡Quinientos millones! ¡Una villa!» Todavía tiene colgada encima del escritorio la pequeña plantilla de papel con la inscripción «Villa Richard» en letras doradas como recordatorio del momento en que perdió su inocencia socialista.

«La representante del *land* ofrece su apoyo en el marco de su responsabilidad política. Se llevará a cabo una evaluación de cada caso individual en el marco de todas las posibilidades jurídicas. Durante el período de evaluación, queda excluida la expulsión.»

Un marco, se sobrentiende, no es sino una frontera. Y un período de comprobación termina tarde o temprano. Así pues, en el documento se intercambia la eternidad por el tiempo. El desalojo real «permanente» de un lugar real a cambio del concepto etéreo de una esperanza: «asistencia y acompañamiento en el desarrollo de las perspectivas laborales». Aunque el mundo de los abogados le resulta completamente ajeno, a veces se siente cercano a ellos por su obsesión por expresar los hechos a través del lenguaje buscando siempre la mayor precisión. Más allá del contenido de las frases individuales, el texto comunica algo más: los refugiados no pueden permitirse un abogado y apenas entienden el alemán. Lo que los mantiene aferrados a la vida es la esperanza, y la esperanza es barata.

Llega el lunes y vuelve a haber clase de alemán.

Richard lleva puesta su camisa azul claro.

La profesora coloca a dos hombres sucesivamente detrás, al lado y delante el uno del otro y practica el dativo.

¿A quién pertenece el sol?

¡El sol le pertenece a Dios!, responde uno.

¡El sol nos pertenece a nosotros!, dice otro.

¿A quién pertenece Alí?

Alí se pertenece a sí mismo.

La profesora se ríe, saluda a los que llegan tarde, escribe en la pizarra mirando de reojo a uno u otro, se mueve entre todos esos hombres como una domadora experta y al cabo de dos horas, que pasan volando, la lección ha terminado.

Si quiere puede dar clase a los más avanzados, ya habrá visto que el nivel es muy dispar.

Y hoy se ha puesto la nueva loción de afeitarse.

Lo pensaré.

Y de nuevo la profesora ya ha dicho «hasta luego» y se ha esfumado.

El martes, Richard vuelve a recorrer el pasillo en cuyo extremo, como siempre, descansan sobre el alféizar de la ventana tres pares de zapatos bien alineados, va hasta la habitación 2017 y llama a la puerta. Esta vez le abre Zaír. Los demás duermen en los catres, la televisión está apagada.

¿Sabes dónde está Rashid?, susurra Richard.

Zaír señala a su espalda uno de los catres de la habitación, en el que asoma bajo la manta un bulto algo mayor que en los demás.

De modo que hasta el fuerte Rashid, a quien desde la escena de la escalera Richard llama para sí mismo «el Lanzarrayos», ese hombre corpulento que, enfundado en un traje de gala azul, sostiene sobre sus hombros los cinco pilares del islam, puede pasar a formar parte sin más del grupo de los durmientes.

Richard le da las gracias a Zaír y niega con la cabeza cuando este lo invita a pasar.

De pronto se abre otra puerta, aparece un hombre semidesnudo, descalzo, en calzoncillos y con una toalla alrededor de los hombros, avanza hacia él con paso parsimonioso, le hace un gesto con la cabeza y prosigue hacia las escaleras, donde probablemente estén las duchas. Luego vuelve a reinar el silencio. Aunque llega una especie de ruido más lejano. Richard atraviesa el pasillo, tuerce a la derecha y descubre una cocina comunitaria. Para su alegría y su sorpresa, ve a la joven profesora de alemán subida a una escalera, sola, tratando de colgar un póster encima de una de las tres cocinas alineadas: una fotografía nocturna del palacio de Bellevue, iluminado y simétrico. Al lado

cuelga otro póster en el que aparecen tachados una botella de cerveza, un cigarrillo y unas pastillas, con la exhortación: «¡Sé como un pájaro!»

¿Puedo ayudarla en algo?, pregunta Richard.

Puede alcanzarme las chinchetas.

¿Por qué hace eso?, pregunta Richard mientras busca en la cajetilla chinchetas de color azul oscuro y verde, los mismos colores que la noche que envuelve el palacio de Bellevue, donde reside el presidente de Alemania. Es muy temprano para que la profesora esté aquí, ¿habrá dormido con uno de los hombres? ¿A lo mejor con el que Richard acaba de ver salir semidesnudo de la habitación?

Hasta los peces del acuario tienen una imagen de fondo con corales y algas, dice ella. ¿Y esos hombres tienen que vivir peor que unos peces?

A Richard le viene a la cabeza el ramo de flores que compró hace una semana y que ya se ha marchitado porque no se acordó de cambiarle el agua. A veces se sorprende comiendo los guisantes estofados directamente de la lata, fríos. Y en la mesilla del salón sigue intacta desde hace cinco años la corona de Adviento con las cuatro velas rojas consumidas de la última Navidad que pasó con su mujer. Pronto volverá a ser Adviento.

¿Puede alcanzarme ese otro póster de ahí?

Richard le alcanza el rollo y ella lo abre bien plano sobre la pared, aunque vuelve a enrollarse por donde no lo sujeta: si lo abre por la izquierda, Richard ve la mitad izquierda del Museo Bode, si lo abre por la derecha, ve la mitad derecha.

Su mujer lo mandaba siempre puntualmente al sótano a por las cajas con la decoración correspondiente a la fiesta que se avecinaba, y luego, una vez terminada la celebración, para volver a guardar todos los objetos que se habían utilizado: conejitos de Pascua, huevos de cristal y de madera, hierba artificial, estrellas de Adviento, cascanueces, ángeles, guirnaldas de luces, decoraciones para el árbol de Navidad, bengalas, petardos de Nochevieja y, por carnaval, serpentinas de colores y la bolsa grande de confeti que nunca se terminaba del todo. Tras su muerte, Richard había guardado las cosas de Navidad él solo por primera y única vez, y las había bajado al sótano, pero había olvidado la corona de Adviento. Desde entonces sigue sobre la mesilla del salón.

¿Así está bien?

Un poco más a la izquierda.

¿Así?

Y un par de centímetros más arriba.

Tras la muerte de su mujer, al principio Richard se sintió aliviado de que el ciclo anual ya no lo afectara, de modo que las fiestas pasaban sin siquiera darse cuenta. Pero como el tiempo informe dura lo suficiente como para hartarse de él, últimamente, estando en el sótano, ha leído de vez en cuando en cada caja el nombre de la correspondiente fiesta escrito con la letra de su mujer y ha tratado de imaginar por un momento todos esos curiosos seres y objetos revueltos en la oscuridad, clasificados únicamente según su fragilidad y con el fin de aprovechar al máximo el espacio.

¿Sabe cuándo tienen que trasladarse los hombres?

Blanco y azul es el cielo sobre el Museo Bode, y verde y negra el agua que rodea sus cimientos.

Enseguida seguro que no, han aparecido dos nuevos casos de varicela, murmura la bella etíope, ya que, mientras clava las primeras chinchetas, sostiene las demás entre los labios.

De todas formas, dice cuando termina y baja de la escalera, es absurdo que solo les hayan pagado la mitad de lo prometido, el resto se lo darán cuando estén en el nuevo alojamiento, según me contó ayer uno de ellos. Como si las bacterias se dejaran sobornar.

Sí, es realmente absurdo, dice él. Vuelve a visualizar los escarabajos de la patata y su tarro lleno hasta media altura de vinagre.

Tengo que irme, dice la profesora, en realidad no debería estar aquí, los asistentes me han prohibido la entrada, aunque nunca vienen a supervisar tan temprano.

¿Prohibirle la entrada? ¡Pero si tiene que dar clase dos días por semana!

Puedo ir al aula, pero no a la zona de las habitaciones. Dicen que provocaría demasiado alboroto en la casa.

Richard puede hacerse una idea de a qué se refieren los asistentes con «alboroto», pero dice:

Es increíble.

Y a la vez está contento de que, por lo tanto, la profesora no haya pasado la

noche con el hombre semidesnudo.

Pensará en lo que le dije ayer, ¿verdad? Lo de las clases para el grupo de avanzados.

Sí, claro, dice él, pero tras un «hasta luego» ella ya está fuera, Richard oye cómo se alejan sus pasos decididos por el largo pasillo, se ha ido muy rápido, como siempre.

¿Habrá estado en el Museo Bode alguno de esos hombres?

23

Al llegar a casa por la noche, Richard ya no sabe cómo ha empezado realmente la conversación. No ha querido volver a llamar a una de las puertas tras las cuales dormían los hombres. Al bajar las escaleras, ha visto al hombre flaco con la escoba. Barría la primera planta, la que está deshabitada, como si tuviera todo el tiempo del mundo. La conversación con él ha durado mucho más que todas las demás, pero Richard no sabe explicarse por qué.

Yo sé por qué, dice la voz. El hombre flaco lleva puestos los mismos pantalones de chándal agujereados de color amarillo y sigue sosteniendo la escoba. De vez en cuando se detiene un momento y se apoya con las dos manos sobre ella, luego continúa barriendo.

Entonces, ¿la conversación no ha terminado todavía?

Miro adelante, miro atrás, y no veo nada.

Es la primera frase que ha dicho el hombre de la planta deshabitada, y a partir de esta frase ha dado muchas, muchísimas vueltas en círculo. Ahora Richard está en casa y sigue oyendo su voz.

Cuando tenía ocho o nueve años, mis padres me dejaron al cuidado de mi madrastra, la primera esposa de mi padre, y se fueron a otro pueblo con mis dos hermanos y mi hermana. A los once, me dieron mi primer machete para que trabajara el campo por treinta céntimos la hora. A los dieciocho, había ganado tanto dinero que pude abrir un pequeño quiosco. A los diecinueve, vendí el quiosco para marcharme a Kumasi.

Richard enciende la luz del salón, la biblioteca y la cocina, como siempre que llega a casa por la noche.

Fui a ver a mis padres, mis hermanos y mi hermana para despedirme. No podía quedarme más de una noche con ellos, su habitación era demasiado pequeña.

Llegué a Kumasi y empecé a trabajar como ayudante de dos comerciantes que vendían zapatos por la calle. Conocí a una chica, pero sus padres no nos dieron el consentimiento para casarnos porque yo era demasiado pobre. Luego los comerciantes para los que trabajaba se arruinaron.

Volví con mis padres, mis dos hermanos y mi hermana. No podía quedarme más de una noche, su habitación era demasiado pequeña.

I didn't feel well in my body in that time.

Richard entra en la cocina, abre la ventana que da al jardín, contempla la noche y piensa por un momento que ahora todo está en silencio. Entonces vuelve a oír a su espalda cómo se arrastra la escoba.

Algo estaba cambiando, pero yo no sabía si para bien o para mal.

Empecé a trabajar en una granja. Tenía que ocuparme de los animales, cabras y cerdos. Cortaba hierba, ramas y hojas para darles de comer. Pero el propietario me retenía el sueldo diciendo: Es lo que me cuesta mantenerte.

Richard vuelve a cerrar la ventana del jardín y da media vuelta. El hombre se apoya con las dos manos en la escoba, sonrío y dice:

Una noche tuve un sueño. Mi padre estaba echado en el suelo, yo quería abrazarlo, pero no podía retenerlo, entre mis brazos se volvía plano y se hundía cada vez más en la tierra.

A la noche siguiente tuve otro sueño. Tres mujeres lavaban el cadáver de mi padre. Yo tenía que ayudarlas, pero no sabía cómo hacerlo.

A la tercera noche vi a mi madre de pie junto al cuerpo de mi padre, como si lo velara.

Al día siguiente, de mi pueblo me llegó la noticia de que mi padre había muerto.

Por cierto, ¿de dónde habrá sacado la escoba?

Sabía que no me alcanzaba el dinero para ir a la gran ceremonia por la muerte de mi padre al cabo de ocho semanas. Pero un hijo tiene que ir a llorar a su padre.

Ahora sigue barriendo con movimientos pausados, amplios. Al fin y al cabo, no puede hacer ningún mal, piensa Richard.

La primera semana trabajé.

La segunda.

La tercera.

La cuarta.

Al terminar la cuarta semana, el propietario me dijo que eso había sido el mes de prueba y de nuevo no me pagó.

Encontré trabajo en otra granja. Tenía que revolver la tierra para cultivar ñame. La primera semana trabajé. De cuatro de la madrugada a seis y media de la tarde.

La segunda.

La tercera.

La cuarta.

De todos modos, si una chica no me hubiera dado de comer a cambio de nada, el dinero que ganaba ahí tampoco habría bastado para el viaje al funeral y para comprar la cabra que quería sacrificar en la celebración.

Una cerveza fría me podría ir bien en una noche como esta, piensa Richard, y baja al sótano.

Viajé con la cabra en un taxi colectivo hasta Nkawkaw.

Viajé con la cabra en un autobús hasta Kumasi.

Viajé con la cabra en un taxi colectivo de Kumasi a Tepa.

Viajé con la cabra de Tepa a Mim.

Richard se acuerda de cómo se ha reído cuando el hombre le contaba lo difícil que le resultaba meter a una cabra viva en un vehículo entre los demás pasajeros.

Llegué justo el día en que se celebraban los funerales. Siguiendo la costumbre, sacrificamos la cabra. No podía quedarme más de una noche con mi familia, la habitación era demasiado pequeña. En adelante tenía que cuidar solo de mi madre y mis tres hermanos.

Conseguí trabajo en una plantación de cacao de un pueblo cercano.

Al cabo de un año, decidí ir a Acra con el dinero que había ganado.

Fui a ver a mi madre, a mis hermanos, a mi hermana, y me despedí. No podía quedarme más de una noche con ellos, su habitación era demasiado pequeña.

Richard permanece sentado en el sofá con la cerveza en la mano mientras

el hombre de los pantalones amarillos agujereados barre la alfombra del salón.

Viajé a Acra y compré los primeros cuatro pares de zapatos para iniciar mi propio negocio. Por la tarde había vendido dos pares. Compré otros dos pares y al atardecer había vendido uno. Con lo que gané por los tres pares de zapatos pude comprar comida, y una esterilla y una lona para dormir en la calle. Durante la noche, alguien me robó la lona.

La mirada de Richard cae sobre la corona de Adviento que descansa sobre la mesilla del salón desde hace cinco años.

Había empezado la época de lluvias, me dedicaba a recorrer la ciudad, ya tenía once pares de zapatos, siempre mostraba uno de los zapatos del par y el otro lo tenía guardado en la mochila. A veces, si mi nueva lona no era lo suficientemente impermeable, por la noche me mojaba. Entonces, durante el día tenía tanto sueño que me dormía sentado. Al fin encargué un tablero de mesa. Encontré a alguien que me guardara la mochila con los zapatos durante la noche. Pero seguía durmiendo en la calle, con el dinero en el bolsillo de los pantalones, siempre tenía miedo de que me robaran. A un tipo que me quería ayudar a vender zapatos le di cinco pares a comisión. Pero se llevó los zapatos y desapareció.

Ahora, el hombre de los pantalones amarillos agujereados da la vuelta a la escoba y empieza a quitar la pelusilla del cepillo, pero la deja caer al suelo sin moverse de su sitio. Qué demonios hace, piensa Richard en el primer momento, pero luego piensa: Bueno, si eso le divierte...

Fui a ver a mi madre y a mis hermanos. No podía quedarme más de una noche con ellos, la habitación era demasiado pequeña.

Me preguntaba: ¿Qué hago mal?

Me lo preguntaba a mí mismo y se lo preguntaba a Dios.

A todo el mundo le pueden ir mal las cosas de vez en cuando. Pero ¿y si nunca, absolutamente nunca, sabes dónde vas a dormir ni qué vas a comer? ¿De verdad no hay en toda la Tierra un lugar en el que pueda echarme a dormir?

Miraba hacia delante y hacia atrás, y no veía nada.

A mi madre le decía que todo me iba bien.

Y mi madre me decía que a ella todo le iba bien.

Pero yo sabía la verdad: ella no poseía tierra. Si yo no le daba dinero, si nadie le regalaba nada, no podía cocinar ni para ella ni para mis hermanos.

Cuando nos veíamos, mi silencio chocaba con su silencio.

Luego trabajé como jornalero en una plantación.

La primera semana.

La segunda semana.

La tercera semana.

Vuelve a darle la vuelta a la escoba, pero se queda inmóvil.

Pensé: Si ya no estuviera, nadie podría querer nada de mí.

Me senté al borde del campo y lloré.

Así es, en Ghana muchas personas están muy desesperadas.

Algunas se ahorcan.

Otras toman DDT, beben agua, se van a casa, cierran la puerta y se mueren.

Mandé a un niño a la tienda donde vendían DDT. Pero el vendedor le preguntó para qué. Me buscó, habló mucho rato conmigo y me dijo que me lo pensara bien.

Tras esa conversación, me pasé tres días reflexionando en la mezquita.

Luego ya no tenía fuerzas para hacerlo.

Más tarde enfermé.

Richard se levanta y va hasta la biblioteca, donde está el sillón de orejas en el que se sienta a veces cuando habla por teléfono. A lo mejor le vendrá bien un libro para pensar en otra cosa antes de meterse en la cama.

Si el vendedor de DDT no hubiera charlado conmigo, hace ya tiempo que estaría muerto.

Sin duda, también en la biblioteca debe de haber polvo. Richard observa durante un rato cómo el Flaco levanta las sillas y las deja cabeza abajo sobre la mesa redonda. Antes ha apoyado la escoba en la librería, a la altura del clasicismo alemán.

Luego volví a Acra. Contraté a un ayudante. Llegué a tener dos mochilas y media llenas de zapatos, casi trescientos pares. Pronto me alcanzaría el dinero para una habitación.

Entonces prohibieron la venta ambulante.

Miraba hacia delante y hacia atrás, y no veía nada.

Me llevaba cinco pares de zapatos cada vez y los vendía a escondidas. Me pasé días recorriendo la ciudad. Los últimos veinte o treinta pares se los dejé a buen precio a mi ayudante.

Con las ganancias me compré una bolsa de *athfiadai*, me dijeron que aquí en Europa con eso se hacen medicinas. «Paracetamol.»

Para el dolor de cabeza, Richard toma ASS, la variante de la aspirina para los del Este, pero no tiene ni idea de si lleva ese principio activo, el paracetamol.

Luego fui a ver a mi madre y a mis hermanos. Me quedé solo una noche, pues la habitación era demasiado pequeña, y les expliqué lo que tenían que hacer para ayudarme.

Los cuatro se adentraron en la selva para recoger el fruto. Parece una manzana pequeña, primero se seca, luego se abre, las semillas se dejan secar al sol durante dos o tres días y se trituran en un mortero. Se obtiene un polvo negro. Se encuentran pocos frutos y cuesta mucho trabajo conseguir el polvo, pero al fin llenaron una segunda bolsa, que mi madre me mandó a Acra.

A Richard le gustaría apagar la luz e irse a la cama. Pero espera mientras el Flaco barre debajo del sofá y debajo del secreter, espera mientras baja las sillas de la mesa y lo deja todo bien ordenado.

Fui al mercado con las dos bolsas.

El primer día no vino nadie a comprar el polvo.

Tampoco el segundo.

Y tampoco el tercero.

Entonces oí decir que el año anterior algunos vendedores habían llenado los sacos con un polvo parecido para estafar a los compradores.

Ahora Richard apaga la luz. La voz ya lo espera en el pasillo.

Dejé los sacos en casa de un amigo y fui a ver a mi madre y a mis hermanos para despedirme. Podía quedarme una noche, no más, porque la habitación era demasiado pequeña.

La mitad del dinero que tenía se lo di a mi madre, con el resto pagué al traficante de personas para el viaje a Libia.

Eso fue en 2010.

Suerte que barrer no hace ruido, piensa Richard, y se pregunta por qué, en las pocas ocasiones en que se digna limpiar, siempre utiliza la aspiradora.

El dinero me alcanzó solo para llegar a Dakoro, en Níger. El resto me lo prestó el traficante. Yo y los demás nos metimos en el doble fondo de una camioneta, tan apretados que ni siquiera podíamos darnos la vuelta. El traficante nos mantenía con vida con trozos de sandía que nos introducía en el escondrijo.

En Trípoli, los primeros ocho meses trabajé solo para pagar al traficante. Cuando al fin saldé la deuda, estalló la guerra. No podíamos salir del recinto de la obra. Se oían disparos alrededor. De pronto, el hombre que nos había estado trayendo comida y bebida no apareció más. Resistimos tres días, luego tuvimos que salir. Las calles estaban completamente vacías. Ya no se veía a ningún extranjero, pero tampoco a ningún libio. Nadie en absoluto. Al final, por la noche, conseguimos subirnos a un bote. Un amigo me prestó los doscientos euros para llegar a Europa.

Cuando llamé a Acra desde el campo de refugiados de Sicilia, el hombre al que le había dejado los dos sacos de polvo me dijo que la mercancía ya se había estropeado.

Ya, le dije, tírala.

Y ahora el Flaco empieza a barrer la escalera desde abajo, al revés de como Richard se lo veía hacer a su madre, barre escalón tras escalón de abajo arriba, de modo que el polvo del escalón superior cae sobre el escalón recién barrido.

Mientras estuve en el campo de refugiados italiano, recibía setenta y cinco euros al mes, de los que le mandaba veinte o treinta a mi madre.

Pero al cabo de un año cerraron el campo. Nos dieron quinientos euros. Ahora estaba en la calle. Fui a la estación a dormir. Un policía me despertó y me echó porque no tenía billete.

Fuera había un tipo de Camerún. Dijo que tenía un hermano en Finlandia. Llamamos al hermano. Sí, podía ir a Finlandia y quedarme en su casa.

Fui a Finlandia. Pero el hermano del tipo de Camerún no cogía el teléfono.

Durante dos semanas dormí en la calle en Finlandia.

Hacía mucho mucho frío.

Luego volví a Italia.

Deambulaba con la mochila a la espalda. En algún momento tiré un par de zapatos y unos pantalones porque la mochila pesaba demasiado.

En total estuve un año y ocho meses en Italia.

Luego fui a Alemania.

Luego se me terminó todo el dinero, los quinientos euros.

Miraba hacia delante y hacia atrás, y no veía nada.

Ahora el Flaco está con la escoba en lo alto de las escaleras y parece dirigirse hacia la habitación de los invitados, pero cuando Richard sube con un volumen de Edgar Lee Masters en la mano e inspecciona el piso de arriba, ya no encuentra a nadie.

24

El viernes pasado Richard acordó con Osarobo que el miércoles a las once lo recogería para ir a tocar el piano. Sin embargo, cuando llama a la habitación 2019 pasa mucho rato hasta que al fin se abre la puerta. Aparece Osarobo con el pelo aplastado, medio dormido, y dice: How are you? Cuando Richard le pregunta qué hay de lo de tocar el piano, Osarobo dice: Oh sorry, I have forgot.

Richard dice: Te espero abajo.

Se enfada, pero en el fondo, ¿por qué? ¿Porque el africano no está tan contento ni se muestra tan agradecido como él esperaba? ¿Porque el africano se ha olvidado de él, el único alemán que, por lo que parece, pisa la residencia por voluntad propia? ¿Quizá también porque el africano no está tan desesperado como para reconocer su oportunidad? ¿O más bien porque, con su indiferencia, le hace ver a Richard que el ofrecimiento del piano no es ninguna oportunidad, sino como mucho una forma de pasar el tiempo insignificamente mejor que dormir? Durante las discusiones con su amante que les habían conducido a la separación, ella le había repetido muchas veces que el problema no era que no se cumplieran sus expectativas, sino precisamente sus expectativas.

En el piso de abajo hoy no barre nadie.

Por ejemplo, quería que su amante lo llamara un día concreto a las cinco de la tarde, o que en la siguiente cita lo esperara vestida con esa minifalda azul que tanto le gustaba, o que, cuando volvía de un viaje, le dijera de qué

compartimento del tren bajaría. La ilusión anticipatoria empezaba el día mismo en que acordaban algo y duraba mucho más allá de la cosa en sí. De hecho, la ilusión casi reemplazaba a la cosa en sí, aunque por supuesto conservaba una relación indisoluble con el fragmento de realidad al que se refería, y cuando se veía defraudada, extinguía todo el tiempo pasado que le había pertenecido. «Puntos de fuga», llamaba su amante al principio de la relación, en broma, a todo lo que a él le producía esa expectativa, luego «terror al *happy end*», y en la última época también a ella le aterrorizaba desviarse de lo convenido.

Richard saluda con la cabeza a los jugadores de billar que ya se ha cruzado al subir. Uno hace el signo de la victoria con dos dedos de la mano.

Lo había llamado ocho minutos y medio más tarde de lo convenido, o incluso no lo había llamado, había regalado la falda azul a su hermana y, cuando él la esperaba en el café habitual, en lugar de cruzar la plaza desde la estación del metro, de modo que él la pudiera reconocer ya de lejos por sus andares erectos, había aparecido de improviso por la esquina opuesta montada en la bicicleta, que había atado a una farola antes de sentarse, empapada en sudor y con las manos sucias, junto a él.

El hombre del uniforme estafalario dice: ¿Qué, otra vez nadie con quien hablar?

Sí, sí, dice Richard, pero lo espero fuera.

El otro guardia de seguridad le sostiene la puerta.

Solo superficialmente se planteó la cuestión de si los descuidos de su amante tenían su origen en otro orden, en otro sistema distinto al que él tenía como referencia, por ejemplo, en una nueva relación amorosa a sus espaldas, o en otra talla de ropa sin más, o en el carril bici recién construido en el centro de la ciudad. Pero en el fondo, aunque sin pronunciarla de forma explícita, su amante le planteaba la pregunta de qué quedaba de su relación si los rituales a los que él quería someterla eran desactivados. Era cierto que nadie puede conocer a nadie al cien por cien, pero también lo era, por desgracia, que a Richard eso no le parecía admisible, por lo menos en lo que se refería a su amante.

¡Métete tus puntos de fuga por donde te quepan!, le gritó ella durante su última discusión. Y, además, ¿qué ocurría si un día necesitaba llamarlo

urgentemente a las 23.27, cuando él estuviera ya acostado en su maldito lecho conyugal, sin haber solicitado la llamada con antelación? Así, presa de la ira, a él le pareció tremendamente atractiva y se burló de las manchas coloradas que le habían salido en el cuello por la excitación. Burlarse fue un error. Su último error, ya que desde ese momento ella no le dio oportunidad de cometer ninguno más.

Pero ¿no consistía toda relación en encontrar un denominador común?

Además, le irrita no llevar ningún libro encima ahora que tiene que esperar.

Ni un triste periódico.

Ayer leyó un artículo sobre la ayuda al desarrollo del gobierno alemán en el que se contaba que este organismo inicia básicamente su actividad en todos los países en los que actúa implementando un estándar de medidas y normas certificables por las entidades DIN y TÜV. Según el artículo, una escala fiable de este tipo resulta imprescindible para el comercio, aunque por supuesto Richard sabe que lo que es, ante todo, es un instrumento de dominación. De acuerdo, al fin y al cabo la dominación también es un tipo de relación. En el fondo, el levantamiento de los judíos del comando de la muerte de Treblinka, el campo de exterminio nazi, solo se pudo planear después de que las SS nombraran una nueva dirección que, como cumplía tan escrupulosamente el reglamento, resultaba previsible. Lo que es previsible y rígido puede socavarse y romperse. Solo el caos se escapa y permanece. Y de pronto se da cuenta de que acaba de pensar como su amante.

Qué más da.

En los buenos tiempos, blanco y pleno como una luna asomaba su culo por debajo de la falda azul que a él tanto le gustaba.

Al fin se abre la puerta y aparece Osarobo, de nuevo con su chaqueta demasiado fina, y le dice:

I'm sorry.

No pasa nada.

Y se ponen en camino.

¿Sabías que ahí se puede jugar al fútbol?, dice Richard señalando a la izquierda el campo de grava.

Everybody you mean?

Sí..., cualquiera.

Without paying?

Eso es, sin pagar. ¿Tienes una pelota?

No.

¿Y si alguien lo ve andando por la calle con el muchacho de color? ¿Qué pensará? Cada vez que se desvían, Richard se detiene un momento y le señala al muchacho el nombre de la calle para que la próxima vez pueda ir solo.

¿Sabías que esto antes era el Este?

Osarobo menea la cabeza: East?

Probablemente, para alguien que viene de Níger, la pregunta está mal formulada, piensa Richard, y lo intenta de nuevo:

¿Sabías que una vez hubo en Berlín un muro que dividía la ciudad en dos?

I don't know.

Se construyó unos años después de la guerra. ¿Sabías que aquí hubo una guerra?

No.

Una guerra mundial. ¿No?

No.

¿Te suena el nombre de Hitler?

Who?

Hitler, el hombre que empezó la guerra y mató a todos los judíos.

He killed people?

Sí, mató a gente..., pero no mucha, dice Richard rápidamente, puesto que ya se arrepiente de haber estado a punto de dejarse llevar y haber empezado a hablarle a ese muchacho, que acaba de huir de las matanzas de Libia, de las matanzas patrias. No, Richard no le contará que en Alemania, hace solo los años equivalentes a la vida de un hombre, se inventó el asesinato en serie de seres humanos. De pronto se avergüenza de ello, como si eso que todo el mundo sabe aquí, en Europa, fuera su secreto íntimo y personal, intolerable para el resto de la humanidad. Y justo entonces, con no menos ímpetu, le golpea su propia esperanza de encontrarse, gracias a la ignorancia del muchacho, en una Alemania anterior a todo eso, una Alemania que al nacer él ya se había perdido para siempre. Deutschland is beautiful. Bonito sería que lo fuera. Bonito no es la palabra para describirlo.

Han llegado. El vestíbulo, el pasillo, la cocina, el salón con vistas a la biblioteca, las escaleras hacia la segunda planta.

¿Vives aquí con tu familia?

Mi mujer murió, responde Richard.

Oh, sorry. ¿Tienes hijos?

No.

¿Vives aquí solo?

Sí, dice Richard. Ven, te enseñaré el piano.

El piano está en un pequeño cuarto junto a la entrada al que Richard y su mujer llamaban «sala de música». En él practicaba su mujer, que tocó la viola hasta que su orquesta se disolvió. De vez en cuando Richard la acompañaba al piano, pero de todo eso hace una eternidad. En los últimos años solo ha pisado ese cuarto para recoger las facturas y contratos para el gestor. En los estantes se acumulan archivadores y mapas, álbumes de fotos, viejas cintas magnetofónicas, viejos casetes, viejos discos y algunas partituras.

Richard levanta la polvorienta tapa del instrumento, quita un montón de papeles de encima del taburete y pregunta: ¿Necesitas partituras?

Desconoce si Osarobo sabe tocar el piano. Pero a lo mejor trabajó de camarero en Libia y el pianista del bar le dio clases. O bien empezó a improvisar en algún piano de quién sabe dónde.

¿Bach? ¿Mozart? ¿Jazz? ¿Blues?

Osarobo menea la cabeza.

Bueno, entonces te dejo. Ven, siéntate.

El muchacho se sienta en el taburete y sigue a Richard con la mirada mientras este le hace un gesto con la cabeza, sale del cuarto y cierra la puerta tras de sí.

Richard acaba de llegar al salón cuando oye las primeras notas. Osarobo toca ahora una, ahora dos, ahora tres disonancias, ahora agudas, ahora graves, una y otra vez. Desde luego no es Johann Sebastian Bach, ni Mozart, ni jazz, ni blues. Osarobo no ha tocado un piano en su vida, de eso no hay duda. Richard se echa en el sofá con un periódico, lee uno o dos artículos, luego se cansa, se duerme bajo la manta de pelo de camello y en su ensoñación previa al almuerzo suenan las notas, ahora una, ahora dos, ahora tres, se rozan unas

con otras, enmudecen, lo intentan de nuevo aquí y allá, y el silencio entre ellas es siempre un silencio vivo, como si una disonancia contara algo a la siguiente, interrogara a una segunda y esperara por un instante a la tercera. Cuando se despierta, hojea otra vez el periódico. De niño tardó unos siete años en ser capaz de escucharse mientras tocaba el piano y comprender que lo que hacía era música. Probablemente, hasta que uno no se escucha a sí mismo, las notas no producen música. Lo que toca Osarobo no es Bach, ni Mozart, ni jazz, ni blues, pero Richard puede oír cómo Osarobo se escucha, y eso hace que de esas notas torcidas e inclinadas, desafinadas, renqueantes, impuras, surja algo que, con toda su arbitrariedad, le resulta bello. Deja el periódico a un lado, va a la cocina y pone a calentar agua para el café. Por primera vez toma conciencia de todas las horas que pasa día tras día sin oír nada más que los ruidos que él mismo produce. Hace tiempo, en su vida anterior, su momento de mayor satisfacción era cuando su mujer practicaba con la viola mientras él redactaba una conferencia o un artículo sentado al escritorio en la habitación contigua. La «felicidad del universo paralelo», lo había llamado siempre. Ella en cambio insistía, sobre todo en los últimos años, en que la plena felicidad de un matrimonio exige que un miembro mire al otro, por lo menos, y a poder ser lo toque. Por desgracia, esas discusiones no habían hecho aumentar la felicidad ni de él ni de ella.

Durante su infancia, a veces su madre planchaba mientras él practicaba delante del piano, por eso todavía hoy, cuando escucha en la radio las *Inventiones* de Bach, le parece que de pronto huele a ropa recién lavada.

Cuando el agua rompe a hervir, llama a la puerta de la sala de música y le pregunta a Osarobo si le apetece un café. O un té. O agua. Osarobo menea la cabeza.

¿Te gusta tocar el piano?

Sí.

Te traeré un vaso de agua.

Deja el vaso a la izquierda, junto al la grave, y le enseña a Osarobo cómo hay que poner los cinco dedos de una mano consecutivamente sobre las teclas. Cada dedo en una tecla. Los dedos son débiles, se doblan, y Osarobo se olvida por completo del meñique. Pero da igual. Otra vez. Y otra. Aquí en el centro, a la altura del ojo de la llave de la tapa, el do central. Y la mano

tiene que pesar. La mano de Osarobo no pesa. Déjala caer. La mano no pesa, ¿por qué? Porque Osarobo no la suelta, déjala caer, nada, no funciona. El hombre negro y el hombre blanco observan ese brazo negro y esa mano negra como algo que les causa problemas a ambos, tu mano pesa, Osarobo menea la cabeza, que sí, te lo aseguro, déjala caer, Richard le golpea el codo y ve las cicatrices de ese brazo que su propietario quiere mantener bajo control, la mano está siempre lista para contraerse de nuevo, la mano tiene miedo, la mano aquí es una extraña y no está cómoda. Déjala caer. Richard recuerda cómo el pasado viernes, en el café, Osarobo se pellizcaba el dorso de la mano, se pellizcaba la piel negra en la que está embutido de por vida. Con todo su esfuerzo, Osarobo no consigue eliminar el esfuerzo. ¿Dónde empieza Mozart?

Y como han pasado ya tres horas, Richard le pregunta a Osarobo si le apetece una pizza, no problem, dice Osarobo. Mientras mete la pizza congelada en el horno y pone la mesa para dos, algo que no hacía desde hace tiempo, Richard oye las cinco notas en la secuencia correcta, una nota por dedo, y luego una pausa, y luego de nuevo las cinco notas, y así sucesivamente. La mano izquierda también, grita, pero como Osarobo no le entiende, vuelve a la sala de música y le enseña que la mano izquierda tiene que hacer los mismos ejercicios que la derecha, solo que con los movimientos invertidos.

Osarobo come un pedazo pequeño de pizza, no le apetece más, gracias. Y agua, sí, del grifo, sí, sin gas.

¿Sabrás volver a la residencia?

I don't know.

Richard va a buscar un plano de Berlín, en la parte desplegable correspondiente le señala a Osarobo el nombre del barrio, luego su calle, y recorre las líneas con el dedo: Aquí tienes que girar a la izquierda, luego por la calle tal, aquí pasas la plaza, luego a la derecha y llegas a la residencia. Y entonces observa cómo Osarobo trata de entender el plano, y entonces comprende que Osarobo, que llegó a Italia desde Níger pasando por Libia, y de Italia ha venido a Berlín, nunca ha visto el plano de ninguna ciudad, ni el mapa de ningún país.

Y entonces se levanta a la vez que Osarobo, se pone los zapatos marrones, los más cómodos que tiene, y lo acompaña de vuelta a la residencia.

Hoy la etíope lleva el pelo recogido hacia arriba, pero algunos mechones se le arremolinan alrededor del rostro. Mientras ella empieza con ejercicios de lectura para los alumnos analfabetos, en un rincón del aula Richard se dispone a iniciar un curso de conversación con los dos alumnos aventajados que la profesora le ha asignado. Buenos días, cómo está usted, cómo se llama, de qué país es, cuántos años tiene, desde cuándo está en Berlín. Yusuf es de Mali y Alí es del Chad. A Richard le gusta dar clases en la misma aula que la profesora, así ve cómo explica, cómo les dicta palabras a sus alumnos, cómo los ayuda con la ortografía, cómo borra algo en la pizarra con la mano y escribe otra cosa para luego preguntar algo a toda la clase, mirando de vez en cuando de reojo al grupo de los avanzados. Richard, por su parte, se pone a hablar con Alí y Yusuf sobre las profesiones: En Libia trabajé en la construcción, y en Italia, de cuidador, dice Alí. ¿Cuidador, en serio? Sí, durante un tiempo. ¿Y Yusuf? En Italia trabajé en una cocina. Ajá, Yusuf, entonces ¿eres cocinero? Richard remueve una cazuela imaginaria. No. ¿Qué hacías entonces en la cocina? Lavaba platos. Ajá, entonces eras friegaplatos, *Tellerwäscher*. ¿Cómo ha dicho que se dice en alemán? *Tellerwäscher*. Su alumno aventajado le tiende la libreta para que le anote la palabra. Luego Yusuf lee en voz alta: *Tellerwäscher*, Richard le corrige un poco la a con diéresis, entonces Yusuf pronuncia casi a la perfección: ¡Friegaplatos! ¡Friegaplatos! Soy Yusuf, de Mali, y en Italia trabajé ¡de friegaplatos! Richard observa al sonriente Yusuf, de Mali, un hombre bajito, negro como el azabache, que en Italia, antes de venir a Alemania, trabajó de friegaplatos. La pronunciación es perfecta. La frase es perfecta. Como frase. Como hecho, es la perdición de Yusuf. Eso es lo que Richard ha entendido hasta el momento sobre las legislaciones europea y alemana. De pronto le acude a la cabeza un verso de Brecht: «El que ríe es que no ha oído aún la terrible noticia.» Antes de llegar a Italia, en Libia, le pregunta ahora a Yusuf,

¿estudiaste algo? No, dice Yusuf. ¿Y en Mali? No, dice Yusuf, me habría gustado ir a la escuela, pero mis padres no tenían dinero. Y vuelve a reírse: Ahora estoy aquí y sé leer y escribir, hablo árabe, francés, italiano, inglés, y pronto también alemán... ¡Ahora sé mucho más que los que van a la escuela en Mali!

Richard no tiene la menor duda.

¿Y tú?, le pregunta a Alí.

Fui a una escuela árabe. Mi padre dijo que podría ir a una escuela francesa si primero terminaba la escuela árabe. ¿Qué es una escuela árabe? Aprendíamos el Corán de memoria. ¿Te sabes el Corán de memoria? No todo, solo unas tres cuartas partes. ¿Te sabes tres cuartas partes del Corán en árabe de memoria? Sí. Pero entonces huimos a Libia. El inglés lo aprendí en Italia, a través de mis amigos. Y el italiano, gracias a la señora mayor a la que cuidé, en solo tres meses, pero el alemán es más difícil.

Ahora la etíope repasa con sus alumnos la materia de la semana pasada: para formar el pretérito perfecto, se necesitan dos verbos. Así fue como la conoció Richard, nadando (*ich bin geschwommen*), volando (*ich bin geflogen*), andando (*ich bin gegangen*) a lo largo de la pizarra. La felicidad del universo paralelo. ¿Qué oficio te gustaría aprender?, le pregunta a Alí. Me gustaría ser cuidador de verdad. ¿Y tú?, le pregunta a Yusuf. Me gustaría ser ingeniero. En la pausa que se produce, durante la cual Richard piensa qué debería decir como habitante de un país que tiene setenta mil plazas de aprendiz vacantes y donde falta mano de obra cualificada, pero que a los refugiados de color que no pueden atravesar, como los pájaros en primavera, Italia, Grecia o Turquía sin pisar el suelo equivocado, no los acepta ni como solicitantes de asilo, y todavía menos los integra, los forma y les da trabajo, en esa breve pausa, pues, Richard contempla como absorto a la profesora: para el perfecto, siempre hace salir a los hombres por parejas, uno de ellos representa el verbo auxiliar, *sein* o *haben*, y el otro, el verbo que se conjuga. Khalil y Mohamed, dice, son amigos, ¿verdad? Sí, responden todos. Y Moussa y Yaya también, ¿verdad? Sí, responden todos. Moussa es el del tatuaje azul en la cara, Richard ya lo vio en la Oranienplatz. Ahora, como la profesora quiere ilustrar la diferencia entre el perfecto y el presente, pide que salga alguien que siempre esté solo, que no tenga amigos y no hable con

nadie. El silencio que sigue a su pregunta recuerda al silencio que se ha producido en el interior de Richard cuando Yusuf ha dicho «ingeniero». Se oye un murmullo, y del murmullo surge paulatinamente un nombre, y ese nombre es «Rufu». Rufu sale a la pizarra como ejemplo de alguien que siempre está solo, sale a la pizarra, obediente, para exhibirse en su soledad. Ingeniero, piensa Richard, pobre criatura, y ve que ahora también la profesora se calla. Rufu está plantado ahí delante, junto a la pizarra, como ejemplo del tiempo presente, que no necesita auxiliar. Voy, dice la profesora, ahora andando marcadamente más rápido. Nado. Y vuelo. O sea, el verbo en presente siempre está solo. Bueno, ya podéis sentaros todos. De modo que los dos amigos Khalil y Mohamed, así como Moussa, el del tatuaje azul en la cara, y su amigo Yaya, van por parejas a sentarse, pero Rufu va solo. Richard, por su lado, dice a sus dos alumnos aventajados: Da igual de qué queráis trabajar, siempre os irá bien aprender alemán.

El rostro de Rufu.

Una vez, en la catedral de Wismar, Richard vio una Virgen que pisaba con ambos pies la cabeza de un negro. Luego leyó que en realidad no se trataba de ningún negro, sino de la luna. Al erigirse el altar, alrededor de 1500, era plateada, pero con el paso de los años se había ido oscureciendo. Ahora, cinco siglos más tarde, la Virgen pisotea una luna negra, y esa luna, después de cinco siglos, tiene el mismo rostro que Rufu, que está solo en el mundo, no tiene ningún amigo y no habla con nadie.

Al menos ahora ni la profesora ni Richard tienen que plantearse cómo proseguir la clase, ya que de pronto irrumpe a través de la puerta abierta Apolo, con sus cabellos vivaces rebotando, habla alto y rápido a los demás, en hausa, luego en italiano, luego en francés, luego otra vez en hausa. Todos empiezan a discutir entre ellos en diversas lenguas, recogen sus libretas, se levantan y abandonan el aula. Parece que la clase ha terminado por sí misma. Al salir, Tristán-Awad le dice a Richard:

How are you?

Fine, pero ¿qué ocurre?

El traslado a Spandau, que tenía que tener lugar mañana, se ha vuelto a posponer a causa de la sickness.

¿Por la varicela?

Sí.

¿Y de qué traslado a Spandau hablas?

Otra casa..., todos habíamos hecho las maletas.

¿Tú también?

Sí.

Ya.

Take care, dice Tristán, y espera hasta que Richard lo mira y lo saluda con la cabeza, pero luego también él cruza la puerta y desaparece. «Cuídate», hacía tiempo que no se lo decía nadie. Mientras tanto, la profesora ha borrado la pizarra y ahora recoge sus letras. Richard le pregunta: ¿Sabía lo del traslado?

No, responde ella.

Hasta luego, dice ahora, y coge su bolso.

Hasta luego, dice Richard, y se pregunta por qué la profesora no se va aún.

Lo de Rufu..., lo siento mucho.

No pasa nada, dice él, a mí también me han ocurrido cosas así. En clase, de pronto, las frases más normales suenan de lo más raro.

Aun así.

Entonces la profesora sí abandona el aula.

Le gusta que no esté contenta consigo misma y que se lo confiese a él. Quizá le gusta más eso que su pelo, sus pechos, su nariz y sus ojos. Siempre se atormentan por sus faltas quienes menos deberían hacerlo, piensa Richard, los que se flagelan por la culpa más insignificante y ya no pueden dejar de angustiarse, como su colega barbicano, el del departamento de arqueología, quien, a la mañana siguiente de la caída del Muro, colgó en el tablón de anuncios una autocrítica en la que declaraba que había creído trabajar por la realización de lo que él entendía como la voluntad del pueblo, y que acababa de recibir una buena lección. En cambio, ni tras la caída del Muro ni en ningún otro momento apareció colgada en el tablón de anuncios ninguna autoinculpación del joven colega del departamento de literatura bizantina que, como colaborador de la Stasi, había redactado un informe conspirativo sobre la relación extramatrimonial de Richard. En 1995, Richard encontró el informe en su expediente: «La persona podría ofrecer puntos débiles al

enemigo por su arrogancia e indicios de infidelidad matrimonial (relación activa con la asistente científica XXX. Dicha asistente trabaja con el profesor XXX). La persona tiene, en términos generales, una marcada inclinación por el género femenino y es sociable. Su posición político-ideológica experimenta grandes oscilaciones. En tiempos políticamente tensos, la persona tiende a adoptar posiciones políticas erróneas que llegan hasta la exteriorización de observaciones de carácter hostil-negativo. La persona no resulta adecuada para una colaboración conspirativa según la directiva RL 1/79.» Ahora el colega bizantino es catedrático en Basilea. El barbicano murió cinco años después de lo que ahora en Alemania todo el mundo llama la *Wende*, o sea, la caída del Muro. Ahora, la historia de la RDA podría perfectamente ser objeto de estudio de la arqueología, piensa Richard, y se imagina por un momento a Honecker pronunciando en latín sus discursos como presidente del Consejo de Estado. Sonríe para sus adentros, con la mirada perdida, hasta que se da cuenta de que está sonriendo. Esa sonrisa burlona con la que últimamente se sorprende cada vez más a menudo, ¿será un signo de senilidad? ¿O más bien de serenidad? Apaga la luz.

26

En el *Kaufhalle*, que hoy se llama «supermercado», Richard se pone en la cola más corta. Al colocar la compra sobre la cinta, descubre que tiene a Rufu, la Luna Negra de Wismar, justo detrás. Lo reconoce por el rasgo de dolor que le rodea la boca y que ya le llamó la atención en la clase de alemán, y por esa amargura que le cruza el rostro con tanta nitidez que lo hace reconocible como lo haría una herida o una cicatriz. Richard lo saluda con un gesto de la cabeza y dice: Buenos días, y también Rufu lo reconoce a él y dice: Come stai? Su compra se reduce a una bolsa de cebollas. Richard lleva lechuga, tomates, pimientos, queso y espaguetis, dieciséis euros con cincuenta en total, pero cuando se dispone a sacar la cartera, la cartera no está. No, la cajera no puede fiar nada, lo único que puede hacer es guardarle la compra hasta que vuelva con el dinero. ¿De verdad no hay otra solución? Pero si lo conoce de sobras. Lo siente mucho, pero no puede. Rufu dice: Hai

dimenticato la moneta? Sí. Richard continúa buscando, el bolsillo izquierdo del abrigo, el derecho, incluso en el bolsillo interior. Justo cuando piensa si no será que Rufu..., pero no, no quiere ni pensarlo, aunque bien mirado estaba justo detrás de él, no le habría costado nada meter la mano en..., y entonces Rufu le tiende a la cajera un billete de veinte euros. No, no, nada de eso, dice Richard. Ya me lo devolverás, dice Rufu. No lo puedo aceptar. Non c'è un problema. Señores, es para hoy, dice la cajera, entonces Richard le da las gracias a Rufu y deja que le pague la compra. Pero una vez fuera insiste en que quiere devolverle el dinero enseguida, que no quiere dejarlo pasar, y dice que de todos modos iba a cocinar, así que invita a Rufu a comer. Igual de sumiso que cuando salió a la pizarra, donde tenía que servir como ejemplo de alguien que no tiene amigos, igual de sumiso avanza ahora junto a Richard. La cartera aparece en el suelo del pasillo, en el punto donde Richard se ha abrochado los zapatos, quiere darle dos billetes de diez a la Luna de Wismar, pero la Luna meneaba la cabeza y cogió solo uno. ¡Quédate los dos, por favor! Rufu meneaba la cabeza. Pues al menos cogió los dieciséis con cincuenta. La Luna meneaba. ¡O al menos quince! Rufu no acepta el segundo billete de diez, tampoco los seis euros cincuenta de más, ni siquiera cinco, no, de ninguna manera. Richard deja el billete rechazado sobre la consola del pasillo, y ahí se queda.

¿Te apetece leer algo mientras preparo la comida? Rufu dice: Sì, volontieri. El único libro en italiano que tiene Richard es *La divina comedia* de Dante. Su plan, largamente incubado, de leerlo en la versión original cayó en el olvido en algún momento. El diccionario sigue desde hace años en el mismo anaquel, junto al libro. «*Nel mezzo del cammin di nostra vita / mi ritrovai per una selva oscura / ché la diritta via era smarrita.*» Todavía puede recitar el principio en italiano, y hasta puede traducirlo: «En medio del camino de nuestra vida / me encontré en una selva oscura / habiendo extraviado la recta vía.» Pues a lo mejor no es tan descabellado, piensa, y le alcanza al refugiado, que se ha extraviado de su vida en medio mundo, el primer volumen encuadernado en tela color burdeos, de modo que, mientras Richard cocina, Rufu lee sentado a la mesa y solo levanta la vista una vez, cuando Richard pisa el pedal del cubo de la basura y la tapa se eleva.

Entonces se levanta, pisa también el pedal, la tapa se levanta, y Rufu, el amargo, cuyo rostro suele estar atravesado por el dolor, sonrío, y luego vuelve a sentarse y sigue leyendo. Cuando Richard le dice que la comida está lista, deja el libro a un lado y le da las gracias.

Por cierto, ¿de dónde eres?

De Burkina Faso.

Richard ha vuelto a olvidar dónde está Burkina Faso. ¿En la costa? ¿O en el interior del continente?

En cualquier caso, Rufu es muy negro.

Oye, a lo mejor tú conoces a ese que siempre está limpiando, uno que siempre va con... Richard se levanta un momento de la mesa e imita el movimiento de barrer, porque no sabe cómo se dice escoba en italiano.

Con una ramazza?

Sí. Un tipo flaco de Ghana.

¿Cómo se llama?

No lo sé.

No. No lo conozco.

Después de comer, Rufu recoge su plato y quiere lavarlo.

No, déjalo.

Entonces Rufu vuelve a ponerse los zapatos y también Richard se pone los suyos, los marrones, los más cómodos que tiene, el billete de diez sigue sobre la consola, no, Rufu no piensa aceptarlo tampoco ahora.

Si te apetece seguir leyendo, llámame, te doy mi número.

Richard teclea su nombre y su número de teléfono en el móvil de Rufu y los dos hombres se ponen en camino, primero a la izquierda, luego por la calle tal, luego bordear la plaza, y así hasta que ven la residencia.

Por la noche, Richard comprueba en el plano a qué distancia se encuentra Spandau. Está lejos. Incluso en coche, al menos tres cuartos de hora.

Casi le estalla la cabeza de dolor, Awad no quiere recordar, pero tiene que hacerlo, el recuerdo está encerrado dentro de su cabeza y le golpea el cráneo.

Así está desde las tres y media de la madrugada, está mareado de cansancio, pero tiene que entregar su cabeza a ese recuerdo que se ha vuelto salvaje, tiene que pensar y no quiere, tiene que recordar y no quiere, desde las tres y media de la madrugada siente náuseas por culpa de ese pensar y ese recordar que se han apoderado de su cabeza, desde las tres y media de la madrugada está despierto, primero se ha sentado en el borde de la cama con la esperanza de que pararía en algún momento y podría volver a dormir. A las siete y media ha empezado a ir y venir, una y otra vez, ir y venir, ir y venir, sus compañeros de habitación se han despertado por su culpa y entonces ha bajado al billar, ahora son las diez y media y sigue sin vislumbrarse ni un atisbo de paz en su cráneo, entonces llaman a la puerta.

Como quien ha llamado no abre al momento, Awad reconoce al educado señor mayor antes incluso de verlo. ¿Qué ocurre, es que no le ha contado ya toda su vida?

Awad le abre la puerta, lo saluda, how are you, fine, y le ofrece un té, tiene metido en la cabeza el recuerdo de la ventana hecha añicos a través de la cual huyó, y tiene metido en la cabeza el recuerdo de la sangre, y el señor mayor se sienta y dice que le quedan un par de preguntas, si puede ser, y tiene metido en la cabeza el recuerdo de su padre, y no consigue echar todos esos recuerdos de su cabeza, tiene metidas en la cabeza cada una de las esquirlas mientras calienta el agua para el té, tiene metido en la cabeza el recuerdo como un animal hecho añicos, si pudiera conseguir otra cabeza, pero cuando hay guerra no hay sino golpes y disparos, golpes y disparos, cuando hay guerra todo se hace añicos, cuando hay guerra uno ve la guerra y nada más, y aun así al señor mayor le gustaría saber qué había decidido llevarse Awad en el traslado a Spandau que se ha suspendido, qué se había preparado, como dijo ayer, qué tenía en la maleta. El traslado que se ha suspendido. Esto, esta bolsa, dice Awad. ¿Esa es tu bolsa?, le pregunta el señor mayor mientras saca su cuaderno de notas. ¿Y qué más? Nada más, dice Awad. ¿Puedes decirme qué hay en la bolsa? Awad dicta, y el señor mayor, que es de lo más educado, pero a lo mejor también está loco, lo anota todo diligentemente en su cuaderno de notas:

4 pantalones, 2 que conserva del centro de refugiados italiano, 2 de

Cáritas Alemania.

1 americana, se la regaló un amigo en Italia.

3 camisetas

3 pares de zapatos, 2 de la recogida de Cáritas, 1 regalado por un alemán.

1 par de sandalias

1 esponja

1 loción de manteca de cacao

Awad dice «mantequilla».

¿Mantequilla?, pregunta el visitante. Awad saca de la bolsa la botella de loción y se la enseña.

Ah, ya.

Luego Awad enumera el resto:

1 toalla

1 cepillo de dientes

1 Biblia en inglés, se la regalaron los Testigos de Jehová.

¿No tienes jersey?

No, dice Awad.

¿Ni abrigo?

No, dice Awad.

El traslado que se ha suspendido.

El señor mayor estaba vivo el día que mataron a golpes o a disparos al padre de Awad, y sigue vivo todavía.

Ahora alguien llama y la puerta se abre inmediatamente. Es un asistente:

Disculpe, le dice al señor mayor. Hola, le dice a Awad, how are you, vamos a hacer una extracción de sangre para saber quién ha pasado la varicela, ¿quieres venir? Y de nuevo al visitante de Awad: Queremos averiguar quién tiene anticuerpos. ¿Podría explicárselo, por favor?

Awad dice: I don't understand.

Un análisis de sangre, dice el asistente, es voluntario, no tienes que venir si no quieres, estamos arriba, en la habitación 4015. Y ya se ha esfumado.

El señor mayor dice: Es bueno que os hagáis esos análisis. Por la sickness.
Awad dice: No voy a ir.

¿Qué le habría aconsejado su padre? Un día, más adelante, Awad tendrá una esposa y un hijo, y al hijo le pondrá el nombre de su padre. Y luego se dirigirá a su hijo como «daddy». Entonces tendrá otra vez al padre a su lado, transformado en un niño.

¿Para qué es esa loción?, pregunta ahora el señor mayor, y vuelve a coger la botella para leer las letras pequeñas de la etiqueta posterior.

Daddy. ¿Qué aspecto tendrá la cocina donde cocinará para su hijo? ¿Qué aspecto tendrá el baño donde le enseñará a secarse la espalda con una toalla y donde más tarde le enseñará a afeitarse? ¿Y en qué ciudad, en qué país será? ¿En Italia? ¿En Alemania? ¿En Francia? ¿En Suecia? ¿En Holanda? ¿En Suiza? ¿O en Libia? ¿En Libia, donde se sentía como en casa? ¿Donde sigue habiendo guerra? Cuando hay guerra, uno ve la guerra y nada más. Ahora tiene que esforzarse para no empezar a ir otra vez de un lado a otro. Es consciente de que sus compañeros de habitación se pasan días enteros en el billar porque no soportan verlo andar arriba y abajo. Tiene que calmarse. Tiene visita. Cuando quieres llegar de verdad a un sitio, no debes esconder nada. ¿Qué acaba de preguntarle el señor mayor? Sigue sosteniendo en la mano la loción que le ha enseñado Awad.

Por culpa de la luz de aquí, de Alemania, nos salen manchas en la piel. La luz de aquí no nos sienta bien.

El señor mayor mira hacia la cortina de cuadros azules, tras la cual el cielo gris parece una tela de fieltro suspendida.

Nos salen unas manchas blancas y feas, dice Awad, y lo único que va bien es la manteca de cacao.

El señor mayor se mira instintivamente las manos, llenas de manchas marrones. Dice: A mí la luz alemana me produce otro tipo de manchas, deja la botella y extiende un brazo. Awad sostiene su oscura mano junto a la del señor mayor, en algunos lugares, en efecto, parece que alguien haya intentado borrar el color a base de frotar.

Awad no olvidará jamás cómo eran las manos de su padre. ¿Y dónde están ahora esas manos? ¿Bajo tierra, o devoradas por los perros o los pájaros?

¿Puedo preguntarte algo más? El visitante se frota una mano con la otra,

como si pudiera borrar así las manchas de la edad.

Sí, claro.

En la reunión de hace una semana, alguien dijo que las duchas tenían que poderse cerrar. ¿Es verdad que es por una cuestión religiosa?

¿O sea que un alemán como ese no sabe que el aura de un hombre va de su ombligo a sus rodillas, y que a nadie, ni siquiera a su esposa, le está permitido ver a un musulmán adulto desnudo?

No, dice el visitante, no lo sabía, pero es muy interesante. Y de nuevo lo anota todo cuidadosamente en su cuaderno de notas.

Al llegar a Italia, en el campo de refugiados, Awad no podía creer que los hombres mearan uno al lado del otro sin ningún reparo, como los animales.

Bien, dice el visitante mientras cierra su cuaderno. Y ahora deberías ir a hacerte el análisis de sangre.

¿Por qué?

¿Sabes qué es la varicela?

No, dice Awad.

¿No has visto a los demás enfermos?

No.

Te salen unos granos que pican, es muy molesto.

¿Y te mueres?

No. Pero aun así...

Por un momento, Awad siente una gran alegría por que su padre le diga lo que tiene que hacer. Su padre es estricto pero justo. Y solo quiere lo mejor para su hijo.

Cuando entran en la sala de los asistentes, ya hay un hombre de color sentado en una silla en el centro. La asistente de edad avanzada le desinfecta el brazo en el punto donde se dispone a pincharlo.

Awad pregunta: ¿Por qué no hay ningún médico?

Antes yo era doctora.

Awad ya no sabe qué pensar. Antes esa mujer era asistente y los ayudaba a rellenar formularios. Si mañana no hay nadie que tenga el papel de juez o de policía, ¿lo adoptará ella? Y el señor mayor ¿será de pronto vendedor o camionero? ¿Pero qué extraña obra de teatro les representaban aquí esos alemanes? Y, sobre todo, ¿por qué lo hacían?

Siéntate, le dice ahora el señor mayor, indicándole que la silla ya está vacía y lo espera a él. A qué juegan esos alemanes con nosotros, piensa Awad, y nota cómo lo invade el pánico, con suerte, piensa, podrá escapar antes de que lo atrapen. Dice: Vuelvo enseguida, saluda al visitante con la cabeza, se vuelve disimulando todo lo que puede, sale de la habitación, baja las escaleras lentamente, y lentamente se dirige a su habitación, que no se puede cerrar por dentro, pero al menos cierra la puerta tras de sí y se apoya de espaldas contra la pared en absoluto silencio. Respira sin hacer ruido. Si entrara alguien, él estaría en su ángulo muerto, mejor eso que nada. Al cabo de un rato, al ver que no lo ha seguido nadie, se tranquiliza. Luego se sienta en el lugar que ocupaba antes, en el borde de la cama.

28

Tarde o temprano tiene que haber un proceso de evaluación caso por caso, ¿no?, dice Richard una vez que Tristán ha abandonado la habitación.

Sí, dice uno de los asistentes.

¿Ya se ha iniciado?

No.

¿Por qué?

No lo sabemos, dice el asistente.

¿Y ustedes se ocuparán de los hombres hasta que se acepten sus solicitudes de asilo?

Primero hay que determinar si pueden presentar una solicitud de asilo aquí, en Alemania.

El mirlo, el tordo, el pinzón y el estornino cometieron el error de aterrizar un momento en Italia. A Richard casi se le olvida.

Pero ¿no forman parte todos de un mismo grupo de personas desplazadas de Libia en circunstancias idénticas por culpa de la guerra?

Sí, pero todos llegaron a Libia desde otro país.

Ya.

¿Le apetece un café? La máquina vuelve a borbotear.

Desde el punto de vista de la física, no hay duda de que resulta muy astuto

dividir un grupo en casos individuales, piensa Richard, y dice: Sí, gracias.

Y, entretanto, ¿los hombres han recibido ya la segunda mitad del dinero?

No, puesto que todavía no se ha llevado a cabo el traslado.

Y todos ustedes, si me permiten la pregunta, ¿son en realidad cuidadores de ancianos?

Richard se sirve terrones de azúcar de un paquete y se echa leche en el café.

No, somos trabajadores sociales o jubilados, como la doctora. Hemos sido contratados solo para seis meses. Es parte del acuerdo de la Oranienplatz. Nuestra misión es ayudar a los refugiados en sus trámites con las administraciones.

¿Qué administraciones?

La doctora deja a un lado la cánula y se acerca a la mesa del café.

La oficina de extranjería, la administración del distrito, los servicios sociales, a veces un médico, a veces un abogado.

¿Para los que han cometido alguna falta?

No, para los que pueden permitirse un abogado.

¿Y cuánto cuesta?

Para cuestiones de asilo, cuatrocientos euros. Los abogados suelen financiarlo, de modo que salen a unos cincuenta o cien euros al mes.

Richard echa las cuentas: trescientos cincuenta y siete euros menos cincuenta y siete para el abono mensual son trescientos euros, menos cien para la madre que está, por ejemplo, en Ghana, son doscientos euros, menos el abogado más barato, ciento cincuenta euros. Y a lo mejor una tarjeta de prepago para el móvil. En total, no quedan ni cinco euros al día para vivir.

¿Cuántos asistentes hay para este grupo?

Doce a media jornada.

En la voz de Apolo, oye: Nos dan dinero, pero yo prefiero un trabajo. En la voz de Tristán, oye: Poco lavoro. En la voz del Pianista, oye: Sí, quiero trabajar, pero no nos dejan. De modo que, con su protesta, los refugiados han conseguido medias jornadas para al menos doce alemanes, piensa Richard, y dice:

Si me permiten preguntar otra cosa que no tiene nada que ver...

Por supuesto, dice la exdoctora antes de sacarse los guantes de látex y

sentarse.

¿Por qué pagan esos hombres el precio íntegro del abono mensual?

Porque no reciben ninguna prestación según la ley de solicitud de asilo.

Porque hasta ahora ni siquiera son solicitantes de asilo, ¿no?

Eso es.

Por eso mismo reciben trescientos cincuenta y siete euros, y no trescientos, dice el asistente que está al cargo de la máquina de café.

Richard remueve su café sin decir nada en un buen rato. Pero luego vuelve a la carga:

¿Recibían ese dinero mientras estaban en la Oranienplatz?

No.

¿Y de qué vivían?

De donaciones.

Richard recuerda de pronto la caja de cartón con la inscripción «Donaciones» que vio en la Oranienplatz y los dos hombres que esperaban detrás de ella.

Y cuando termine el proceso de evaluación caso por caso, ¿qué?

Entonces se verá quién tiene algún derecho y quién no.

Entiendo, dice Richard. Toma un sorbo del café de máquina, que sabe igual que el de la sala de espera de un asesor fiscal o el de la sala de espera de un concesionario o el de la sala de espera de una notaría.

¿Creen que va a volver?, pregunta, señalando hacia la puerta con la cabeza.

No creo, dice el asistente.

¿Han venido muchos a hacerse el análisis de sangre?

Bueno...

En cuestiones de sangre a veces son un poco peculiares, dice un tercero, sentado bajo el techo abuhardillado, que hasta ahora no había abierto la boca.

Al bajar, Richard vuelve a echar un vistazo al pasillo vacío de la primera planta. No se ve ni un alma. Abajo, en la puerta, Apolo quiere salir y le muestra su documento de identidad al guardia de seguridad. *Vsio v poriadke*. Fuera, Richard le da alcance: Que si tiene tiempo de ayudarlo en el jardín durante el fin de semana. Que se lo pagará, por supuesto. *Kein Problem*, no hay problema, dice Apolo en alemán.

El miércoles, el Pianista volverá a ir a su casa, así quedaron, y muy pronto seguro que también Rufu, la Luna de Wismar, para continuar leyendo a Dante. ¿Cuánto hace que el director de la residencia de ancianos le dijo que era mejor que hablara con los refugiados en la residencia y no, por ejemplo, en su casa? Solo para que lo sepa, dijo en esa ocasión. ¿Qué quiso decir con eso? Para que lo sepa. Con seis semanas de retraso, Richard empieza a irritarse por esas palabras. Y el muerto sigue en el fondo del lago, si es que no se ha descompuesto hace tiempo.

Por la noche, mientras se desviste para meterse en la cama, Richard reflexiona si también él posee un aura, como la ha llamado hoy Tristán. La zona comprendida entre su ombligo y sus huesudas rodillas tuvo mejor aspecto en otro tiempo, piensa mientras contempla su cuerpo. Incluso los pelos que crecían en ella se han vuelto todos grises. ¿Se irá un día a la cama con la joven etíope, o se duchará con ella? ¿O se fundirá con ella, al menos, en un simple abrazo? ¿O con alguna otra mujer? Despedirse del deseo es lo que más cuesta aprender en la vejez. Pero si no lo aprendes, piensa, los deseos te arrastran aún más rápido hacia la tumba, como piedras en el estómago.

En el principio era un todo indiferenciado que todo lo comprendía: lo femenino y lo masculino, el espacio y el tiempo, lo igual y lo distinto. Este todo descendió por el vacío y se mostró en sus múltiples formas. Lo femenino es denso y corpóreo, contiene la sustancia primigenia y estaba desde el principio, luego llegó lo masculino, de naturaleza más ligera y móvil. También surgieron el espacio y el tiempo. Pero todas estas formas se condicionan unas a otras, ninguna está por encima, se completan y, en su diversidad, siguen siendo un todo, un único cuerpo. Del mismo modo, dentro de la sociedad las personas son fragmentos de una totalidad viva y, como los diferentes órganos de un cuerpo, desempeñan diversas funciones en la sociedad, pero están indisolublemente unidas entre sí. Y por último existe también un cuerpo político, formado por las diversas estirpes. Los tuareg dicen: En los años sesenta, los franceses, al dividir el territorio tradicionalmente ocupado por ellos en cinco países, despedazaron su cuerpo político.

Richard lee.

Ha empezado leyendo a Heródoto, que ya describió a los garamantes, los ancestros de los tuareg, en el siglo v antes de Cristo. Los griegos aprendieron el arte de conducir los carros de guerra de los hombres de este pueblo bereber, y de sus mujeres aprendieron la poesía. Aún hoy las ancianas se sientan bajo el cielo antes del alba, en la oscuridad, y cantan:

*Aun cuando uno sea rico y adinerado,
le ronda la muerte.
La muerte es más grande que el tiempo, y lo envuelve.
Incluso ahora dispara sus flechas,
que caen en medio del rebaño.*

Se dice que los ancestros de los tuareg llegaron hace más de tres mil años desde la actual Siria, quizá incluso desde el Cáucaso, y a través de Egipto, al

norte de África, que en la Antigüedad se llamaba todo él Libia y comprendía los actuales Túnez y Argelia. Con el tiempo, de ahí se extendieron hacia el oeste y hacia el sur, hasta Tombuctú, Agadez, Uagadugú.

Richard lee, y, mientras lee, todo el Olimpo de los dioses griegos, que de hecho es su especialidad, se transforma ante sus ojos y de pronto comprende como nunca qué significa que, para los griegos, el final del mundo se encontrara en el actual Marruecos, en la cordillera del Atlas, donde Atlas, el titán, mantenía separados el cielo y la tierra para que Urano no se precipitara de nuevo sobre Gea y la violara. En la Antigüedad, los territorios que hoy llamamos Libia, Túnez y Argelia conformaban la región que precedía al fin del mundo, es decir, eran el mundo. Sobre las arenas libias se erigía el gigante Anteo, hijo de Gea, que recobraba sus fuerzas gracias a la unión con su madre, la Tierra, y que solo fue derrotado cuando Hércules lo levantó y lo mantuvo en el aire tanto tiempo que consiguió aniquilar la unión de Anteo con su madre. Atenea, la de los ojos de mochuelo, llamada por algunos investigadores «la diosa negra», se crió junto a su padre putativo Tritón a orillas del lago Tritón, en el actual Túnez. Las amazonas, esas bereberes guerreras llamadas originalmente amazigh y que adoraban a Atenea, bailaban a orillas del lago, desde donde partían a la batalla, y hablaban el tamasheq, la misma lengua que el hombre al que hace unas semanas Richard, ignorando aún el trasfondo mítico, bautizó Apolo: el refugiado de la habitación 2019.

Richard lee.

También de Medusa, la gorgona de cimbreantes serpientes por cabellos que transformaba en piedra con una simple mirada, se dice que había sido una hermosa muchacha libia bereber y una guerrera triunfante. Después de que Poseidón, el dios del mar, se acostara con la hermosa muchacha precisamente en un templo de la costa libia dedicado a Atenea, la diosa enfurecida le confirió a la amazona su aspecto terrorífico y más tarde le dio a Perseo el escudo espejado con el que el héroe pudo evitar la mirada mortal de la gorgona y cortarle la cabeza sin verse convertido en piedra. Y de las gotas de sangre que cayeron a la arena libia tras la decapitación de la Medusa, lee Richard, brotaron serpientes. No, sin duda no es casualidad que aún hoy, entre los tuareg, las mujeres sean las propietarias de los rebaños y las tiendas, que puedan escoger a los hombres y separarse de ellos a su antojo, que no

lleven velo, al contrario que ellos, que determinen la sucesión y sigan siendo famosas por su poesía y sus canciones, que sean ellas las que enseñan a escribir a los niños, con la misma escritura, por cierto, que Heródoto contempló con sus propios ojos.

Muchas de las cosas que Richard lee ese día de noviembre, unas semanas después de su jubilación, las ha sabido prácticamente toda su vida, pero hoy, gracias a su mirada nueva, todo se combina de otra manera y cobra un nuevo sentido. ¿Cuántas veces tiene uno que volver a aprender lo que ya sabe, a descubrirlo, como despojándolo de muchas vestimentas, hasta comprenderlo en toda su plenitud? ¿Basta toda una vida para conseguirlo, la suya o la de quien sea?

Visualiza el camino que quizá hayan seguido los bereberes: desde el Cáucaso, pasando por Anatolia y el Levante mediterráneo, hasta Egipto y la antigua Libia, luego hasta el actual Níger, y de Níger otra vez hacia la actual Libia y, a través del mar, hasta Roma y Berlín. Describe tres cuartos de círculo casi perfecto. Hace miles de años que el movimiento de los seres humanos a través de los continentes se sucede sin descanso. Ha habido comercio, guerras, expulsiones, a menudo las gentes han seguido a su ganado a la búsqueda de agua y alimentos, han huido de las sequías y las epidemias, han ido tras el oro, la sal o el hierro, o solo podían conservar la fe en su Dios en la diáspora, ha habido decadencia, crisis, reconstrucción y colonización, ha habido caminos mejores o peores, pero, si algo no ha habido nunca, es descanso. Para explicarle a un alumno que con ello no se refería a una ley moral, sino más bien a una ley natural, a Richard le habría bastado con señalar a través de la ventana, donde un montón de hojas cuya belleza fue objeto de admiración la pasada primavera descansan ahora sobre la hierba mientras se gestan ya los brotes para la primavera que viene. Pero ahí no hay ningún alumno que se lo pregunte.

Richard lee.

Lee sobre las ciudades perdidas de los garamantes, sobre sus castillos desaparecidos y sus ingeniosos sistemas de irrigación subterráneos en los por entonces concurridos oasis, situados al inicio de las rutas comerciales que atravesaban el desierto hacia el sur. Ahora, tras la caída de Gadafi, al fin ha

quedado demostrado mediante imágenes por satélite que los antiguos habitantes de Libia no eran ladrones situados al margen de la civilización, sino seres humanos con una tecnología a la altura de su tiempo, según dice la página web del gobierno de transición. Según puede ver Richard, la página tiene ya dos años de antigüedad. Ahora, sigue diciendo ese presente de hace dos años, es de esperar que las investigaciones sobre la Antigüedad libia, imperdonablemente despreciadas por Gadafi, vivan un nuevo comienzo. Pronto el pueblo libio gozará por primera vez de la oportunidad de analizar su propia historia, tan largamente reprimida. Por el momento, prosigue la página, el profesor que dirige las exploraciones ha sido evacuado por culpa de los desórdenes, pero tan pronto como se restablezca la seguridad en el país dará comienzo a sus indagaciones, financiadas con fondos europeos. Richard vive ahora en ese futuro que ya tiene dos años y sabe que, desde la caída de Gadafi a manos de varias milicias cuyos objetivos ya nadie adivina, Libia se ha convertido en un campo de batalla. En estos dos años, el pueblo libio no se ha dedicado en absoluto a indagar sobre sus raíces preislámicas, sino sencillamente a sobrevivir. A lo mejor es cierto que Gadafi concedió fondos pírricos a los investigadores de la Antigüedad libia, pero ahora los europeos también han congelado sus aportaciones y los científicos llevan seguramente dos años en el exilio, y mientras tanto los castillos, las ciudades y los pueblos de los garamantes han sido explorados, en el mejor de los casos, por cazadores de antigüedades uniformados, y todo lo que podía dar dinero ha sido robado. En la Libia actual, los descendientes de los garamantes son considerados extranjeros y, como todos los demás extranjeros, desde hace dos años son obligados a subirse a los botes y expulsados a Europa. ¿En qué intervalo de tiempo cabe medir cuando se pretende saber a qué puede llamarse progreso?

Richard lee y sigue leyendo.

Y por eso ni siquiera ha almorzado cuando suena el teléfono y sus amigos le proponen salir a pasear con ellos. Empieza a oscurecer temprano, dice Sylvia. Y Detlef grita por detrás: Thomas también se apunta.

¿Thomas? ¿Pero no tiene que pasar todo el fin de semana en casa?

No, a su mujer la viene a visitar su prima.

Durante el paseo, el orondo Thomas, antiguo catedrático de economía, ahora especialista en informática, se enciende un cigarrillo.

Todavía quedan seis, dice agitando el paquete de tabaco antes de metérselo en el bolsillo del abrigo. Parece que es la última de las tres cajetillas que su mujer le permite por semana.

Las nuevas no me llegarán hasta el lunes, dice.

Los amigos asienten con la cabeza.

Richard, Thomas, Sylvia y Detlef viven apenas a diez minutos a pie los unos de los otros, pero seguramente no se verían nunca si Sylvia no les llamara, como hoy, a Thomas y a él.

¿Qué tal les va a los africanos?, pregunta Detlef.

Pronto los trasladarán.

¿Qué africanos?, pregunta Thomas, y escucha el resumen de las historias que Richard les contó hace no mucho a los otros dos. Richard les habla también de la diosa Atenea, de la Medusa, de Anteo y, por último, de su conversación con Apolo.

Pero Apolo era de Delos, dice Thomas, quien, aunque su especialidad es la historia de la economía, de todo sabe lo mismo o más que Richard.

Ya lo sé, dice Richard, me refiero al refugiado. Mañana vendrá a ayudarme, quiero preparar el jardín para el invierno y ya no puedo sacar la barca del agua yo solo. *Arrastra la nave a tierra y cálzala con piedras / por todas partes, para que resista el embate de los vientos que soplan húmedos. / Y protégela de las tormentas para que no la pudra la lluvia de Zeus.*

Los trabajos y los días, dice Thomas.

Los trabajos y los días, dice Richard. Thomas es el único de sus amigos que, como él, puede recitar de memoria al viejo Hesíodo.

Si me lo permitiera la espalda, te ayudaría yo, dice Detlef.

Ya lo sé, dice Richard.

Y ese Apolo ¿es tuareg?, pregunta Thomas.

Sí.

¿De Níger?

Sí.

Pues antes de decirle «buenos días», acércale el contador Geiger.

Ya lo sé, dice Richard.

¿De qué habláis?, pregunta Sylvia.

En Níger hay más uranio que en casi ninguna otra parte del mundo, dice Richard.

Y mientras pasan de largo escarabajos y ardillas, y mientras se acerca corriendo el perro que se llama Coñac y que siempre se escapa de sus amos, un matrimonio de ancianos, Richard habla a sus amigos Detlef y Sylvia, quienes casi seguro que ni siquiera saben dónde cae exactamente Níger, sobre el conglomerado estatal francés Areva, que tiene el monopolio de las minas y arroja sus desechos donde los tuareg hacían pastar a los camellos hasta ahora. Y donde viven ellos mismos, por supuesto.

En el cielo, algunos pájaros tratan de formar un triángulo para su viaje a África. El buzón del jardín cubierto de maleza está pintado de rosa desde que el propietario alquiló el bungalow a unos estudiantes de Berlín.

El agua está contaminada, dice Richard, los camellos han desaparecido, las personas desarrollan cáncer sin saber por qué. Eso sí, en Francia y aquí en nuestra casa, en Alemania, la electricidad fluye de maravilla.

Aquí en nuestra casa, en Alemania, repite Detlef, y Richard no sabe si su amigo se ha sorprendido por el contenido de la frase o por el hecho de que la haya formulado así. Al fin y al cabo, hasta hace no mucho tiempo el país que se llamaba Alemania quedaba al otro lado del Muro. Vale, dice Richard, como si quisiera disculparse por su unificación verbal de los dos países donde se habla alemán.

A propósito, dice Thomas, los beneficios anuales de ese conglomerado ascienden a diez veces los ingresos públicos totales del Estado de Níger.

¿Y de dónde has sacado eso ahora?, pregunta Richard.

No sé, cosas que se leen por ahí, dice Thomas antes de lanzar su colilla a la arena de Brandeburgo.

Es una auténtica calamidad, dice Richard. Los tuareg se sublevaron en 1990, hubo una masacre y la cosa volvió a la calma. Y hace unos años, lo mismo otra vez.

Alguien ha nivelado los baches del camino de arena con fragmentos de ladrillo y baldosa, sin duda para proteger los amortiguadores de su coche.

Y el único gobierno que quiso echar a los franceses sucumbió enseguida a un golpe de Estado, dice Thomas. Planeado por vete a saber quién.

¿Volvemos?, pregunta Sylvia, como siempre que llegan al final de la hilera de casas. Entonces dan un largo rodeo por el bosque, donde todavía huele a setas, aunque probablemente ya hace tiempo que están podridas.

Y también Al Qaeda, dice Richard, ha oído hablar del uranio. Parece que todo es cuestión de si se aliarán con los tuareg contra el gobierno de Níger o no.

Una cosa no excluye la otra, dice Detlef.

Es verdad, dice Richard, el desierto es lo suficientemente grande para varios frentes.

Sylvia dice que lo que ese conglomerado hace es lo mismo que Richard ha explicado antes: Hércules eleva a Anteo de la tierra y así este pierde toda su fuerza.

Detlef pregunta si no pone «Areva» en la camiseta del Núremberg.

Puede ser, dice Richard, y piensa, mientras vuelven a pasar por delante de la casa de la funcionaria que a la más mínima infracción de algún vecino lo amenaza con una multa de dos mil euros, y luego por delante de la casa en la que el presidente de la Asociación de Pescadores de Caña ha izado una bandera alemana, y luego por delante de la zona de baño, que ha permanecido desierta todo el verano, piensa, mientras ve cómo Sylvia se coge del brazo de su marido Detlef, y cómo Thomas echa un vistazo a su cajetilla de tabaco y, frunciendo el ceño, vuelve a guardársela en el bolsillo del abrigo sin sacar ningún cigarrillo, en ese preciso instante piensa que también esas cuatro personas, entre las cuales está él, pertenecen a un solo cuerpo. Mano, rodilla, nariz, boca, pies, ojos, cerebro, costillas, corazón o dientes. ¡Qué más da!

¿Qué ocurrirá cuando Sylvia, que de vez en cuando lo llama a él, o a Thomas, o a algún otro de sus amigos de Berlín, ya no esté?

La barca ha estado todo el verano amarrada en el embarcadero, pero Richard no la ha utilizado ni una sola vez por culpa del cadáver del lago. En las últimas noches ha llovido fuerte a ratos, por lo que está llena de agua y poco le falta para hundirse. Los dos hombres tiran del bote hacia la orilla,

como si de una ballena borracha se tratara, lo apoyan en el suelo y suben a bordo para achicar.

Oye, ¿cuándo naciste exactamente?, pregunta Richard.

En 1991, dice Apolo.

Richard ya se lo había imaginado.

¿En qué mes?

El 1 de enero.

Ocho meses después de la masacre con la que se sofocó la rebelión de los tuareg en Níger, esa que les contó ayer a sus amigos. Lo piensa, pero no lo dice. Dice:

Puntual para los fuegos artificiales de Año Nuevo, qué suerte.

Cuando no existe ningún documento, la fecha la deciden los italianos.

Ya, dice Richard.

Empiezan a achicar.

Oye, retoma Richard al cabo de un rato, he visto en internet que caváis unos pozos muy profundos y un burro tira de la cuerda para subir el cubo de agua. ¿Es verdad?

Sí, dice Apolo, el burro tiene que andar una distancia equivalente a la longitud del cable que sostiene el cubo. Y luego lo mismo al revés. Así todos los días durante tres o cuatro horas.

Pero eso es muy cansado.

El ganado necesita agua.

¿Por qué no enrolláis la cuerda con un armazón y una manivela?

En la arena no se sostiene.

Entonces debe de ser peligroso cavar esos pozos.

Sí, muchos han quedado sepultados.

Ahora hacen avanzar la barca por encima de la hierba sobre unas maderas cilíndricas de un árbol serrado hasta llevarla al borde del prado. Ayer Richard leyó que, debido a las enormes cantidades de agua que se necesitan para extraer el uranio de la roca, el nivel de las aguas subterráneas que rodean las minas ha disminuido mucho.

¿Conoces Arlit?

Claro. Es mi región, dice Apolo.

«Muy pronto el mundo volverá a tener ocasión de hablar de los tuareg,

pues el ministro francés tiene intención de dar un vigoroso impulso a la obra iniciada. Tarde o temprano, cuando se haga realidad el proyecto de tren transahariano y el resollante caballo de vapor compita con el ágil camello a la hora de surcar las arenas del Sáhara, los hijos del desierto pasarán sin duda malos momentos. Querrán conservar su cultura, pero sus ataques serán respondidos con fuego de pelotón y aguardiente, hasta que, como los indios americanos, entreguen su tierra a los civilizados.» Esto se escribió en 1881 en la revista *Die Gartenlaube*, poco después de la invención del periodismo. El tren transahariano quedó en agua de borrajas, pero al cabo de cien años los franceses emprendieron, con no menos ímpetu, la extracción de uranio en su antigua colonia.

Cultura, piensa Richard. Progreso, piensa.

Dice: Vale, ahora vuelca la barca y yo la sujeto por el otro lado.

Mientras Richard sostiene la embarcación, Apolo coloca bien las maderas cilíndricas y entre los dos apoyan con cuidado el bote boca abajo.

Pero en Arlit no trabajaste en una mina, ¿verdad?

No, nosotros teníamos camellos.

¿Ibas con la caravana?

Sí.

¿Con qué comerciabais?

Vendíamos los camellos en Libia.

¿A qué edad empezaste?

A los diez años. A partir de los diez, un niño va con los hombres.

¿Cuánto tiempo viaja una caravana de esas?

Unos meses, a veces un año.

¿A través del desierto?

Sí.

¿Y cómo encontráis el camino?

Lo conocemos.

Sí, pero ¿cómo?

El joven tuareg se encoge de hombros.

Lo conocemos.

A Richard le gustaría entenderlo. Está ahí, de pie, junto al bote volcado,

con ese muchacho que ha recorrido tres mil quinientos kilómetros para ayudarlo a arreglar el jardín.

¿Os guiáis por las estrellas?

Sí.

¿Y durante el día, cuando no hay estrellas?

Los hombres saben lo que ha pasado en el camino.

Lo que ha pasado en el camino ¿cuándo?

Siempre.

¿Siempre?

Sí.

¿Y lo cuentan?

Sí.

¿Mientras andáis?

No andamos, montamos en camello.

Ya, claro.

Las historias se cuentan al anochecer.

Pero ¿reconocen el camino por las historias?

Sí.

¿Lo reconocen por los recuerdos?

Sí.

Richard enmudece. Por supuesto, siempre ha sabido que la *Odisea* o la *Ilíada*, por ejemplo, eran relatos de transmisión oral antes de que Homero –o quien fuera– los pusiera por escrito. Pero nunca hasta este momento ha vislumbrado con tanta claridad la relación entre el espacio, el tiempo y la poesía. Con el trasfondo de un desierto podía entenderse de un modo especialmente diáfano, pero en principio no era distinto en ningún otro lugar del mundo: sin el recuerdo, el ser humano no es más que un pedazo de carne sobre un planeta.

Y luego rastrillan el prado, meten los muebles de jardín en el cobertizo, deshinchan el bote neumático, que este verano Richard no ha utilizado ni una sola vez, recogen en el bosque las ramas que puedan servir para leña y las dejan junto a la chimenea, y por último desmontan la barbacoa. Luego

Richard le paga cincuenta euros al refugiado que es exactamente como siempre se ha imaginado a Apolo.

31

El lunes, Richard se pone los zapatos negros, que no son cómodos pero combinan mucho mejor con los pantalones grises. ¿Qué historias podría contar él sobre el camino que lo lleva hasta la residencia de ancianos? ¿Que un hombre se ahogó en el lago? ¿Que ahí enfrente, en esa parcela, hace años un hombre criaba pavos reales? Los peculiares gritos del ave se oían a kilómetros a la redonda. Que siempre andaba hasta esa casa amarilla con su madre, cuando aún vivía y podía andar y él iba a recogerla todos los domingos para comer, pasear o tomar café. En el restaurante de la plaza, Richard celebró las bodas de plata con su mujer poco después de mudarse a ese barrio. En la tienda de la esquina, donde ahora hay un puesto de comida rápida, antes había un taller, pero una mañana el propietario se colgó con una soga. Nadie supo por qué razón decidió no seguir viviendo. El edificio liso donde en tiempos de la RDA se alojaba la cooperativa de consumo estuvo vacío mucho tiempo, ahora hay una oficina de una caja de ahorros. Y luego está la parcela donde se levantaba la casa que se demolió no hace mucho y que ya solo está cubierta por la arena clara. Y la señal luminosa que se ilumina en rojo siempre que algún coche va demasiado rápido. En el futuro, alguna vez pasará por delante del edificio de ladrillo y pensará: aquí se alojaron una vez los africanos.

Y él ¿ocupará también un lugar en sus historias? A lo mejor. Y eso ¿significa algo?

De pronto, ya ha llegado a la casa. Uno de los guardias de seguridad le abre la puerta desde dentro, no por cortesía, sino porque está encallada, como siempre.

Y ahora le dicen que se suspende la clase de lengua en el formato que tenía hasta ahora, y además para siempre, que la profesora ya se ha ido y que los hombres se están preparando porque hoy mismo a las once empieza el curso oficial de alemán en un centro de formación de adultos de Kreuzberg.

Ah, dice él.

Ni siquiera tiene su número de teléfono.

Me sabe mal por usted, le dice el guardia de seguridad, y le ofrece una silla.

Gracias, dice él, pero no se sienta, se queda ahí de pie y nota que el aire se ha vuelto denso de pronto. ¿Qué va a hacer ahora?

Así que sigue en el vestíbulo cuando aparecen los primeros hombres listos para la excursión. Aparece el de las zapatillas doradas, al que todavía no había visto nunca por aquí, en la residencia, pero sí en su primera visita a la Oranienplatz: Hermes. Lleva unas gafas con los cristales muy gruesos y el pelo peinado en trenzas brillantes pegadas a la cabeza. Aparecen los buenos amigos Khalil y Mohamed, el primero con una cadena de oro falso alrededor del cuello, el segundo con los pantalones tan bajos que las nalgas con los calzoncillos no solo asoman, sino que se le ven casi por completo. Aparece Apolo, que se ha pintado el contorno de los ojos con un lápiz de khol y se ha atado un pañuelo a la cabeza que le recoge el pelo hacia arriba, come stai, tutto bene, aparece Rashid con una camiseta estampada con un leopardo, everything good? Aparece el larguirucho Ithemba, también de la habitación 2017, con unas gafas de sol espejadas, aunque fuera hace un día gris de noviembre y el vestíbulo está iluminado por una luz de neón, a real school, is more better. Aparece Tristán con el bonito par de zapatos que, como ahora sabe Richard, le compró un amable alemán, how are you? También Tristán lleva gafas de sol, pero se las ha puesto al revés, con los cristales en el cogote. Aparece Osarobo, es la primera vez que Richard lo ve recién afeitado, lleva un montón de cadenas de perlas de distinta longitud alrededor del cuello y unos pantalones de bolsillos enormes, además de su chaqueta demasiado fina, aunque esta vez, como una diva con su boa de pieles, solo se la ha puesto a medias, de modo que el cuello le queda a la altura de los codos, crazy, eh?, dice, y sonrío cuando descubre a Richard en medio de la reunión. Aparece Zaír, el que viajó en el mismo bote que Rashid, hoy lleva una camisa blanca, pantalón de traje y americana, aparece Yaya, al que Richard conoce de la última clase de alemán, lleva estampada en la camiseta la estatua de la libertad, y su amigo Moussa, con un pañuelo atado alrededor de las caderas

del mismo color azul grisáceo que el tatuaje de sus mejillas, aparece Abdusalam, hoy, a pesar de que bizquea, con la cabeza bien erguida, aparecen Yusuf, el friegaplatos de Mali, y Alí, el futuro cuidador del Chad, ambos alumnos aventajados de Richard, aparecen los tres jugadores de billar, hasta hoy siempre mudos e inmóviles, ahora Richard los ve por primera vez hablando y riendo entre ellos. En resumen, todos hablan y ríen, se saludan, huele a manteca de cacao y a jabón de ducha. Hay muchos a los que Richard solo conoce de vista, y al fondo de todo reconoce también al fin al Flaco de la primera planta vacía al que tanto ha buscado. Se mantiene apartado, inmóvil, y le sonrío a Richard por encima de todas las cabezas trenzadas y por encima de las cabezas de los asistentes, que de pronto también están ahí.

Así que manos a la obra: la primera excursión a una escuela alemana de verdad, directos hacia el futuro. Un asistente pregunta si todos tienen su billete y de pronto Richard cae en la cuenta de que falta uno: Rufu, la Luna de Wismar. Sí, pero es tarde, dice uno de los asistentes, tenemos que irnos. Richard anota el nombre de la escuela y ya se pone en marcha la festiva procesión: jefes de tribu y príncipes de mirada orgullosa, cadenas de cauris alrededor del cuello, ondeantes plumas de pavo real sobre la cabeza, enfundados en rutilantes vestimentas, abandonan el palacio de cristal, trinos de felicidad llenan el aire, la puerta se abre como por arte de magia, dóciles antílopes y un unicornio se unen a la delegación, y cierran la comitiva tres elefantes blancos: sobre sus potentes lomos se balancean los tres asistentes en sendas sillas encastadas de piedras preciosas. El magnífico cortejo desaparece ya por el horizonte y aún se distingue a los sirvientes, que han abierto las puertas a sus excelencias, con la frente erguida en el polvo.

Sin pensárselo dos veces, Richard sube a la segunda planta y llama a la puerta de la habitación 2018: en el cartel que hay junto a la puerta, que nunca le ha abierto nadie, se lee el nombre «Heinz Kröppcke». ¿Y si Rufu ya no vive? ¿Y si, como siempre está solo, nadie lo ha echado de menos? Richard baja con cuidado el picaporte, pero la puerta de Heinz Kröppcke está cerrada. Rufu, grita hacia el corredor sin ton ni son. Rufu. Anda unos pasos. Rufu. De pronto, al final del pasillo, justo antes de la cocina en la que hace unos días él

y la profesora colgaron el póster del Museo Bode, se abre una puerta y asoma la cabeza Rufu, la Luna de Wismar. ¿Dante?, pregunta.

No, dice Richard, hoy empieza la clase de alemán en una escuela de verdad. Ven.

Rufu tiene el semblante serio, como siempre, pero asiente con la cabeza y dice: Un attimo. Vuelve a cerrar la puerta y aparece al cabo de cinco minutos con una chaqueta y una gorra.

Richard no tiene ni idea de si irán mucho más rápido en coche, pero espera que sí. Tras la muerte de su mujer se compró un navegador GPS, puesto que hasta ese momento era ella, Christel, quien, sentada en el asiento del copiloto con el plano en el regazo, le indicaba cuándo tenía que ir a la derecha y cuándo a la izquierda. Christel. El nombre sigue vivo, pero no la persona a la que pertenece. Ahora, una voz femenina con la que no está casado es quien le dice: gire a la derecha, gire a la izquierda. La primera vez, esa voz le ayudó a llegar a Rüge, y la segunda hasta Weimar.

¿Sabes conducir?, le pregunta Richard al silencioso Rufu, que está sentado a su lado.

No.

Richard necesita los tres primeros semáforos en rojo para introducir la dirección, entonces la mujer del aparatito dice de pronto: Cuando pueda, dé media vuelta. Parece que la mujer todavía cree que están volviendo de Weimar.

Rufu se sobresalta y pregunta: ¿Qué es eso?

Me dice por dónde tengo que ir.

Ya, dice Rufu frunciendo el ceño.

Dentro de ochenta metros, siga recto.

¿Para qué lo necesitas?, pregunta Rufu volviendo a señalar el navegador.

Todavía no me conozco Berlín Oeste, dice Richard, y entonces recuerda su conversación con Osarobo.

Siga recto.

¿Sabes que durante casi treinta años hubo un muro entre Berlín Oeste y Berlín Este?

No, dice Rufu.

Richard ya conoce los abismos de ese diálogo, de modo que dice:

Había una frontera y estaba prohibido pasar del este al oeste de la ciudad. Algunas personas murieron tiroteadas mientras intentaban cruzar.

Ah, capisco, no los querían en el Oeste.

No, lo que no querían era dejarlos marchar del Este.

Okay.

Dentro de doscientos metros manténgase a la derecha, dice ahora la voz femenina del navegador, que según el manual de instrucciones tiene hasta nombre, aunque Richard no lo recuerda. A lo mejor Annemarie, o Regina.

Pero si lo lograban, ¿conseguían un pasaporte en el Oeste?

Sí, sin ningún problema. Como si siempre hubieran sido ciudadanos occidentales.

¿Por qué?

Manténgase a la derecha.

Porque eran alemanes. Hermanos y hermanas, dice Richard, y de nuevo le vienen a la cabeza las hordas de berlineses orientales y occidentales con lágrimas en los ojos a través de las cuales se tuvo que abrir paso tras la apertura del paso fronterizo.

¿Todos eran hermanos y hermanas?

No, por supuesto que no. Bueno, algunos sí, pero no todos.

Okay, dice Rufu, pero Richard se da cuenta de que Rufu no entiende muy bien qué significa todo eso del Oeste y el Este y los hermanos y las hermanas, y de ese muro que dicen que existió.

Ese muro ¿era tan alto como la valla de Melilla?

Más o menos, dice Richard.

A un amigo mío, los españoles lo devolvieron a Marruecos, dice Rufu. Y eso que consiguió saltar la valla. Su hermano vivía en España. Pero ni así.

¿Y su hermano era español?

No.

Ya, ¿lo ves?

¿Qué veo?

Exacto: ¿qué debería ver Rufu? Annemarie, o Regina, tampoco tiene en este momento ninguna respuesta para la pregunta de Rufu. Dice únicamente: Desvíese en unos metros.

Richard duda si debería contarle a Rufu que tras los árboles se encuentra el Monumento de Guerra Soviético, pero decide no hacerlo. ¿Debería explicar en italiano algo que ya cuesta entender en alemán, es decir, que en ese monumento un soldado soviético sostiene en brazos a un niño alemán como símbolo de un nuevo comienzo tras la última batalla de la Segunda Guerra Mundial, en la que ochenta mil soldados soviéticos cayeron por la liberación de un Berlín que no quería ser liberado? Y que los soldados soviéticos fueron héroes. Eso por un lado. Richard no sabe cómo se dice «violación» en italiano.

Dentro de quinientos metros, cruce la línea invisible sobre el asfalto que fue la frontera y poco después pase junto a una torre de vigilancia que se alza como reliquia de esa época en el centro de un parque que ocupa el espacio donde en otro tiempo estaban apostados los caballos de Frisia y la arena estaba sembrada de minas.

Richard tampoco dice nada de todo eso.

Es un poco, piensa, como si Rufu fuera un enfermo o no oyera bien y él, Richard, lo visitara y no hiciera el esfuerzo de pronunciar las frases que podrían iniciar una conversación. Habría que explicar demasiadas cosas. Faltarían demasiados detalles.

Al cabo de un momento, se oye al menos la voz de Annemarie o Regina: Gire a la izquierda.

Fuera se ve una iglesia, una parada de taxis, un antiguo puesto de bomberos restaurado, casas del siglo XIX.

Rufu dice: Es bonito.

¿No has estado nunca por aquí? La Oranienplatz queda muy cerca.

El metro va bajo tierra, así que no ves dónde estás.

Ya.

Sotto terra, dice Rufu. Sotto terra.

Llegan a tiempo a la escuela, en el pasillo los asistentes charlan con el director sobre fechas. Al ver a Richard y Rufu, uno de ellos señala una puerta con el dedo. Dentro, en una gran aula, los africanos están ya sentados a las mesas. Tienen que rellenar una hoja con preguntas para que la profesora encargada de distribuirlos sepa quiénes saben leer y escribir en el alfabeto

latino. A Richard le parece que, en este mundo donde prevalece la escritura, reconocer que no sabes escribir es algo casi tan íntimo como desnudarte en el médico, así que se dispone a salir, pero entonces Tristán le pregunta si tiene que escribir algo en tal sitio. Y Osarobo dice que no tiene bolígrafo. Y la profesora, ya entrada en años, dice que le cuesta mucho entender el inglés africano. ¿Sería tan amable de ayudarme a recoger las hojas? Yo no me sé los nombres. Sí, por supuesto. De modo que Richard se sienta en una silla a un lado de la sala mientras los hombres tratan de rellenar la hoja en silencio tan bien como saben y la profesora entrada en años ordena sus papeles en su mesa.

Por fin terminan todos. Rashid dice: I can help you. Al fin y al cabo, conoce a todos los hombres. Acompaña mesa por mesa a Richard mientras este apunta los nombres y trata de averiguar cuál es el de pila y cuál el apellido: ese es Awad Issa, de Ghana, ese es Salla Alhacen, de Níger, ese es Ithemba Awad, de Nigeria, ese es Yusuf Idrissu, de Mali, ese es Moussa Adam, de Burkina Faso, ese es Mohamed Ibrahim, y así sucesivamente. El apellido es el nombre del padre, de modo que puede ocurrir, por ejemplo, que un refugiado se llame Idrissu de nombre y otro se llame Idrissu de apellido. Para completar la confusión, algunos de los hombres dicen primero el apellido, como es habitual en los pueblos del sur de Alemania y en Austria. Richard todavía recuerda al señor Möstl Toni, dueño de una vinatería de Viena en la que él y su mujer estuvieron una vez y que les estuvo mandando el riesling joven durante años. Christel. Por fin termina toda la lista y ahora Richard sabe, aunque en realidad no le importa lo más mínimo, que cinco de los aproximadamente cuarenta hombres no saben leer ni escribir en el alfabeto latino, entre ellos Hermes, el miope de las zapatillas doradas, y también Khalil, el mejor amigo de Mohamed, cuya brillante cadena es sin duda falsa, y Abdusalam, el cantante.

Para el viaje de vuelta, Rashid se apunta a ir en el coche de Richard, faltaría más, ¿dónde se ha visto que un Lanzarrayos vuelva a casa en el suburbano? Y Abdusalam, que se venga también, Richard recoge algunas botellas vacías del asiento de atrás y las mete en el maletero, pero como en

realidad hay sitio para tres, Rashid no duda en invitar con un gesto de la mano al larguirucho Ithemba, que tiene que agachar la cabeza para subir, car is more better than underground! Mientras los tres nigerianos se meten en el coche entre risas y empujones, Rufu, la Luna de Wismar, ocupa su sitio junto a Richard con gesto serio y en silencio. Durante el viaje, Richard se entera de que Rashid no solo sabe conducir coches, sino también excavadoras, pero aquí no le reconocen el permiso porque no tiene título de residencia ni ningún documento que acredite su identidad. Cuando Abdusalam se pone a cantar, Richard les cuenta que hay una canción alemana que habla de un viaje como ese y empieza a su vez: «Tengo el coche lleno, ¡lleno de africanos!» Por supuesto, sabe perfectamente que en la versión original no se habla de africanos, sino de mujeres viejas y mujeres jóvenes, pero, por lo que respecta al número de sílabas, los africanos son perfectos. En un semáforo en rojo, cantando a grito pelado mientras los hombres del asiento de atrás aplauden y jalean, y hasta Rufu sigue el ritmo con la cabeza, Richard dirige la mirada por casualidad al coche de al lado, donde ve a una joven familia: padre, madre, dos niños, todos vueltos hacia el coche de Richard, mudos y perplejos ante todos esos joviales negros acompañados por un blanco que parece haberse vuelto loco. Cuando se pone verde y Richard arranca con el «¡Arre, cochero!» del estribillo, oye cómo detrás suyo la familia, petrificada, provoca un concierto de bocinazos.

Al día siguiente, Richard ordena algunas cosas aquí y allá, saca la basura, ya son casi las once y media, cambia las sábanas de la cama, busca una cinta métrica en el cobertizo. Acercarse a ver a los hombres a la hora de comer no es buena idea, de modo que pasa la aspiradora y, ya puestos, limpia también la cocina y el baño, ahora todo está limpio y ordenado por si mañana viene de visita el Pianista. Sin darse cuenta se ha hecho tarde, fútbol, un programa de debate en el que nadie deja hablar a los demás, una persecución, un camión en llamas, dos personas besándose, el telediario vespertino, la previsión meteorológica. Antes de irse a la cama busca en internet «etíope» y

«profesora de alemán», aunque ya mientras teclea las letras es consciente, desde luego, de que está cometiendo una chiquillada.

A la mañana siguiente, a las once y diez, suena el teléfono. Es Osarobo desde algún cruce cercano, pero ya no recuerda cómo llegar a casa de Richard. Richard dice: Léeme lo que pone en el letrero de la calle. Y luego dice: Vengo a recogerte. Y los otros, Hermes, Khalil o Abdusalam, que no saben leer el nombre de una calle ni de una estación de metro, por ejemplo, ¿qué harían en una situación así?

Osarobo espera en el cruce y Richard se da cuenta ya desde lejos de que el africano no tiene ni la más mínima idea de por dónde aparecerá él para recogerlo. Está ahí igual que si fuera ciego, piensa. No soy muy listo que digamos, dice Osarobo tras saludar, dándose unos golpecitos en la cabeza con los nudillos de los dedos. A Richard, ese gesto le recuerda cuando el nigerino se pellizcaba la negra piel de la mano en el café. No tiene nada que ver con ser listo, dice Richard. Life is crazy. Richard puede imaginarse más o menos qué le ocupa la cabeza a Osarobo más allá de recordar unas cuantas calles del extrarradio.

La escala, do mayor, levantar y bajar los dedos, luego tocar una línea de bajo sencilla. Explicar qué son las notas, que cada tecla tiene una correspondencia en el papel, y entre medio salir de vez en cuando y no hacer nada especial, aprovechar la oportunidad de que, mediante la generación de ruidos, en este caso notas, alguien que está vivo transforme el tiempo que transcurre en la casa en algo parecido a una cotidianidad. Hoy hay sopa de calabaza con pan, Osarobo vuelve a comer poco y a beber solo agua del grifo, luego Richard lleva una segunda silla al salón y la deja junto al escritorio, siéntate aquí, dice, y él también se sienta y le enseña al muchacho en un vídeo cómo toca el piano, por ejemplo, una excelente pianista: Osarobo meneaba la cabeza de asombro. ¿Es Chopin quien le produce esa reacción? ¿O es la guapa muchacha que, incluso antes de terminar la impetuosa pieza, sonrío para sí por su lograda interpretación? ¿Le gustaría escuchar a otro pianista?, sí, desde luego, a lo mejor a ese que para tocar ni siquiera se quita el reloj de pulsera y aun así domina a Schubert a la perfección, ¿no es

maravilloso?, yes, y por último tiene que oír a un tercero, no problem, ese que, sentado en su minúsculo taburete, no le quita el ojo a sus dedos. El viejo y el joven se pasan un buen rato sentados al escritorio, uno junto al otro, viendo y escuchando cómo esas tres personas cuentan con las teclas negras y blancas algo que no tiene absolutamente nada que ver con el color de las teclas.

Hacía mucho tiempo que Richard no escuchaba su música con nadie. Hacía mucho que nadie se interesaba por esas grabaciones, que a él le entusiasman. Y ahora han pasado ya dos o tres horas, y Osarobo dice: Creo que ya es hora de irme, okay, Richard descuelga su chaqueta fina del perchero y se la da.

¿Sabrás volver a la residencia?

No problem.

Richard lo observa un rato para comprobar que toma la dirección correcta, luego se mete otra vez en casa. ¿Qué sentirá un muchacho de Níger como Osarobo al escuchar por primera vez en la vida los timbales y trompetas de Bach? Richard vuelve a sentarse frente al ordenador y compra dos entradas para el *Oratorio de Navidad* en la catedral.

33

Al día siguiente, cuando Richard llega a la residencia, los guardias de seguridad le informan de que al fin ha terminado la epidemia de varicela: los hombres tienen el día de hoy para hacer las maletas y mañana empieza, ahora sí, el traslado a Spandau.

Aparecen algunos africanos, al pasar le dicen a Richard «how are you?» y, del cuartucho en el que hace un tiempo Richard charló con Rashid entre sillas apiladas, empiezan a sacar cajas de cartón dobladas para el traslado.

Yo voy, tú vas, él va.

Ese día Richard sale a rodear el lago, dos horas y media se tarda. Tras su breve visita al edificio de ladrillo rojo no ha vuelto a casa; nada más pisar su calle, ha doblado a mano derecha. ¿Acaso ese paseo circular pretende

circunscribir algo? ¿El lago? ¿El hombre ahogado? Porque a fin de cuentas Richard también pasea alrededor del hombre que yace en el fondo del lago o se ha disuelto en él. Y alrededor de sus peces, y alrededor de sus abismos, cuya existencia conoce pero que nunca verá, pues permanecen ocultos por el agua que los llena, y pasea alrededor de las fochas y los cisnes, cuyos nidos apenas son visibles entre el pálido carrizo. Y, mientras camina, traza un círculo también alrededor de las casas que se alzan junto al agua, y alrededor de los terrenos desde cuya orilla se extienden los embarcaderos como lenguas hacia el vacío. Camina, a su derecha campos y bosque, a su izquierda las casas. Camina y camina, y en su paseo quizá lo vea alguna vecina al levantar por un momento los ojos y mirar a través de la ventana de la cocina, o quizá algún vecino mientras rastrilla las hojas o fija la tela asfáltica del cobertizo encaramado a una escalera. Pero mientras camina Richard traza también un círculo alrededor de los que no pueden verlo: alrededor de los perros que duermen dentro de las casas, alrededor de los niños sentados frente al televisor, alrededor de algún alcohólico empedernido que ordena las botellas vacías en el sótano.

Spandau.

Pero quizá ahí estarán mejor, dice Sylvia por la noche a través del teléfono, quizá el traslado es un signo de que ahora serán aceptados. Por lo menos, como dices, en Spandau estarán en un centro de solicitantes de asilo de verdad.

No sé, dice Richard.

Seguro que los del *land* quieren que todo se arregle para Navidad.

Puede ser, dice Richard.

Te paso a Detlef.

Vale.

Un día de estos podríamos volver a organizar una partida de skat, ¿no te parece?, dice Detlef.

Buena idea.

¿El viernes?

El viernes va bien, dice Richard.

Por cierto, dice Detlef, a Spandau se llega mucho más rápido desde que

han terminado el nuevo tramo de la autopista.

Lo sé.

Ya verás, tardarás la mitad cuando te sepas el camino.

¿Sabes?, ayer estuvo uno en mi casa, pero todavía no sabía nada de lo del traslado.

A lo mejor se ha alegrado.

Puede ser, dice Richard.

34

Rashid tiene una habitación individual, así que se encuentra en la de Ithemba, Zaír y otro que duerme en la cama del fondo. Tres camas, tres sillas, una mesa, un armario, un lavabo, un televisor, un frigorífico.

It's normal here, dice Rashid. We're happy.

¿Qué quieres decir con «normal»? , pregunta Richard.

Aquí hay niños, dice Rashid. Estamos contentos. Hacía tanto que no teníamos a ningún niño ni familias alrededor.

Zaír le pregunta a Richard: ¿Cuántos hijos tienes? ¿Cuántos nietos?

Ninguno.

¿En serio no tienes hijos?, pregunta Zaír.

Richard se encoge de hombros.

Lo siento por ti, dice Zaír en un tono que se diría que ha muerto alguien. Por lo visto, da por sentado que solo una gran desgracia puede llevar a un hombre de la edad de Richard a no tener descendencia.

Mi mujer y yo lo decidimos así.

¿En serio?, dice Zaír. Entonces se queda callado, pero Richard se da cuenta de que no entiende cómo alguien puede decidir libremente morir solo.

El larguirucho Ithemba, que ha estado fuera un rato, vuelve y deja un gran plato humeante de comida delante de Richard: carne, ñame, espinacas. Y coge un zumo de frutas del armario.

Richard recuerda muy bien sus cuentas, que arrojaban un total de cinco euros al día. Está emocionado, pero no soporta emocionarse. En Alemania, a

los africanos les gusta la máquina expendedora de billetes de autobús, y en el safari, a los alemanes les gusta la hospitalidad del negro.

¿No es demasiado para mí solo?, pregunta, aunque sin demasiadas esperanzas de que se interrumpa de pronto esa hospitalidad que lo ha emocionado hasta hacerlo quedar como un idiota.

No, no, come tranquilo, more is more better, auténtica comida africana: se llama fufú.

Richard ha acudido al centro de solicitantes de asilo de Spandau como el que va a visitar a alguien a la cárcel, y sin comerlo ni beberlo se encuentra de pronto almorzando tranquilamente. La comida está rica, fuera, en el patio, se oye corretear y jugar a los niños rumanos, sirios, serbios, afganos, también algunos africanos. Al despedirse, Rashid acompaña a Richard hasta la salida, como si hubiera invitado al visitante a su propia casa.

It's normal here, ha dicho.

Durante las dos semanas siguientes, Rashid consigue trabajo a los suyos como *volunteers*. Sin remuneración alguna, recogen las hojas en los parques de Berlín, limpian en guarderías y escuelas, lavan los platos en un centro cívico. Nos gusta tener algo que hacer, dice Rashid.

Y a pesar de todo, cada vez que va de visita al edificio de dos plantas, Richard no puede evitar pensar: En un edificio de dos plantas, ningún alma desesperada puede matarse arrojándose por la ventana. La unidad de pacientes terminales de cáncer de la Charité donde murió su madre tenía en la planta superior unas vistas muy bonitas, pero las ventanas no se podían abrir.

Los funcionarios de extranjería convocan las primeras conversaciones para la evaluación de los casos individuales.

«Apreciado señor XXX, está Ud. registrado como “participante en el Acuerdo de la Oranienplatz” con el número XXX.»

Richard recuerda los tres cuartos de página.

«Con el fin de evaluar su estatus de residencia, le rogamos se persone el día XXX a las XXX con el presente documento en nuestras oficinas, sala de espera C-06.»

¿Qué significa «Domingo de Difuntos»?», le pregunta Khalil a Richard el Domingo de Difuntos.

¿De dónde lo has sacado?, le pregunta Richard, que por la mañana ha acudido al cementerio de Pankow, donde están enterrados sus padres.

Anoche, la disco a la que solemos ir estaba cerrada.

¿Qué disco?

Vamos a bailar, nos dejan entrar sin pagar. Ayer había un cartel en la puerta que decía «Domingo de Difuntos».

El Domingo de Difuntos, dice Richard, está prohibido bailar, y también cierran los cines.

¿Por qué?

Se recuerda a los muertos, a los difuntos.

Ah, ya.

De pronto, el rostro de un muchacho que anoche quiso ir a bailar se transforma en el rostro de un muchacho que ha huido atravesando el mar y no sabe si sus padres siguen vivos. El día en que los obligaron a subir a los botes, a Khalil lo separaron de su familia, según le contó Rashid a Richard hace poco. Por lo visto, Khalil no sabe si todavía siguen ahí, si los mataron a tiros o si también los hicieron subir a un bote, no sabe a qué país pueden haber llegado, si es que han llegado a alguna parte.

Richard no para de leer noticias sobre naufragios de botes llenos de inmigrantes en el Mediterráneo. En las playas de Italia, el mar arroja cadáveres de refugiados africanos casi a diario. ¿Dónde los entierran? ¿Quién sabe sus nombres? ¿Quién comunica a sus familias que no han conseguido llegar a Europa y que ya nunca volverán? En internet, alguien que se hace llamar MeDaIgual dice: «¡Los únicos que me dan pena son los equipos de salvamento! ¿Cómo es posible que tengan que salir al agua a recoger todos esos muertos?» Otro, de nombre Diosdelaguerra, escribe: «El planeta está superpoblado. Antes eso lo regulaba la propia naturaleza (gripe, pestes, etc.)» Y precisamente en esa parte de Alemania donde hasta hace veinticinco años el «internacionalismo proletario» proporcionaba el lema de innumerables pancartas, hoy en los carteles electorales de un partido que gana adeptos cada día que pasa puede leerse: «El dinero, mejor para la abuelita que para cíngaros y gitanos». Cuando lee esas opiniones, Richard siempre

recuerda un poema de Brecht en el que, en plena posguerra, unos berlineses le arrancan la carne de los huesos a un caballo que yace en medio de la calle y que dice de sí mismo: «Vivo todavía, y lejos estoy de haber terminado de morir.» Y mientras lo despedazan en vivo, el caballo muestra preocupación por sus asesinos: «¡Qué frialdad invade a las personas! ¿Quién las azota para que se muestren cada vez más frías? ¡Que alguien las ayude! ¡Urgentemente!» Ahora, en cambio, ¿qué guerra habían vivido?

Vi cómo se ahogaban, dijo no hace mucho Osarobo. Se sentó frente al piano, las manos aún sobre las rodillas, y meneó la cabeza como si no quisiera ni pudiera creerlo. ¿Se refería a sus propios amigos, a esos que habían muerto cuando viajaban en el mismo bote que él? ¿Lo atormentaba ese recuerdo? No, simplemente había visto en la televisión un documental sobre un naufragio actual. Simplemente. Había visto gente ahogándose y en esa gente se había reconocido a sí mismo, a sus amigos y a los que lo acompañaban.

Hace casi cien años, en su último discurso ante el tribunal que lo juzgaba, poco antes de morir fusilado, el joven revolucionario Eugen Leviné se refirió a sí mismo y a sus camaradas comunistas como «muertos de vacaciones». La única diferencia entre los refugiados que hoy en día se ahogan en el mar, en algún punto entre África y Europa, y los que no se ahogan es la casualidad. En ese sentido, piensa Richard, cada uno de los refugiados africanos que se encuentran aquí es a la vez un vivo y un muerto.

Por la mañana, antes de salir hacia Spandau, Richard ha decorado la tumba de sus padres con ramas de abeto, como cada año en el domingo anterior al primer domingo de Adviento. En su infancia, las visitas al cementerio formaban parte de la vida cotidiana para él y su madre; su padre, en cambio, no los acompañaba nunca. De niño, Richard ayudaba a la madre a rastrillar bien el camino de arena que pasaba junto a la tumba de los abuelos, luego, cuando se hizo más fuerte, llenaba las regaderas de agua en la fuente del cementerio o cargaba sacos de tierra desde el puesto de flores hasta la tumba A XIV/0058. En primavera, su madre plantaba pensamientos, en verano, begonias, en otoño podaba las flores secas y el Domingo de Difuntos colocaba la decoración de invierno. Llegó el momento en que también su

marido, el padre de Richard, pasó a descansar bajo tierra, y al cabo de unos años le llegó el turno a ella. Ahora Richard poda él solo el seto de boj que rodea el montículo con las mismas tijeras que utilizaba su madre, con el mismo rastrillito de hierro que ya de pequeño sostenía en la mano arregla la misma arena junto al sepulcro, cuando se avecina el invierno arranca las flores secas y las raíces, y el Domingo de Difuntos coloca los adornos de invierno para sus padres. Sabe que su madre prefería llamarlo «Domingo de la Eternidad», y a veces también «Día del Juicio Final». Por eso de niño siempre había temido ese día, porque creía que cualquier noviembre del año menos pensado le llegaría a él el turno... de la prueba eterna. En la iglesia, junto a su madre, escuchaba cómo el pastor leía al son de las campanas los nombres de los miembros de la comunidad que habían fallecido, también su nombre podía figurar entre ellos en cualquier momento, y se quedaba sentado en silencio, como todos los asistentes, hasta que el tañido se extinguía: «Escuchemos cómo se apagan las campanas, recordándonos que también un día nuestra carne será polvo.»

Ramas de abeto el último domingo antes de Adviento, y encender sobre la lápida una vela que tarde o temprano apagará el viento, y luego el descanso invernal, al cabo de unas semanas el boj sigue luciendo su verdor bajo la nieve..., todo exactamente igual desde hace casi sesenta años. En cierto modo, poseer un sepulcro en el que descansan tres generaciones también es un lujo, pero a Richard no se le había ocurrido hasta hace unas semanas. Durante la mayor parte de su vida, en el rincón más escondido de su alma, ha deseado que en África la gente llore menos que aquí a sus muertos, puesto que ahí la muerte ha sido masiva desde tiempos inmemoriales. Ahora, en ese mismo rincón escondido se aloja la vergüenza por haber sido tan superficial durante la mayor parte de su vida.

Semanas antes de Navidad, los comercios de toda la ciudad han sacado los abetos de la trastienda y los han puesto en el mismo sitio que el año pasado generosamente decorados con bolas y cintas. Por todos lados se ven coronas,

guirnaldas luminosas y pirámides que giran gracias a un mecanismo eléctrico. Al bajar a buscar una cerveza al sótano, Richard lee «Adornos de Navidad» escrito con la caligrafía de su mujer sobre las dos o tres cajas del estante inferior.

Richard le presta a Rufu, la Luna de Wismar, el primer volumen de Dante. La sopa de pescado de Ithemba también está muy rica. I'm a little bit fine. Y así llega el primer domingo de Adviento.

En cada visita, Rashid acompaña a Richard hasta la salida, como si estuviera en su casa, en una ocasión coinciden en la puerta con una mujer de pelo corto, Rashid la saluda con un apretón de manos, es una diputada del gobierno regional, le dice Rashid a Richard, y a ella le dice que Richard es un simpatizante. Los funcionarios de extranjería, le dice la diputada a Richard a media voz y en alemán, han recibido indicaciones «de muy arriba» para ser muy estrictos en las decisiones sobre los casos individuales. Está preocupada. Richard se pregunta si eso mismo se lo contará a Rashid. Aunque a lo mejor todo son simples rumores.

Richard le dice a Apolo: Independientemente de la situación en Libia, en tu país, Níger, como tuareg perteneces a una minoría perseguida. Dilo cuando tengas la entrevista. Cuando tenga la entrevista, contaré mi historia. Sí, dice Richard, pero puedes hablar de la rebelión. Contaré mi historia tal como sucedió. Entiendo, dice Richard. Si tengo que irme, me iré, dice Apolo. No tengo familia a la que alimentar. Soy libre: en Italia ya viví una vez seis meses en la calle.

Richard piensa que en Alemania ha oído a menudo la palabra «libertad» en un contexto completamente distinto.

Llega el segundo domingo de Adviento.

Llovizna.

Nunca habría imaginado que la carne de cabra fuera tan rica, le dice Richard, de nuevo sentado frente a un plato repleto, a Ithemba, el cocinero.

Algunos hombres ya saludan a Richard en alemán: Buenos días, ¿qué tal? Y Richard contesta: Bien.

Tristán le pide a Richard que llame a su abogado y le pregunte cómo va su caso. Richard llama al abogado, y este dice:

Pero vino a través de Italia, ¿no?

Sí, dice Richard.

Vaya, dice el abogado, pues eso es un problema.

Lo sé, dice Richard.

Y nació en Ghana.

Sí, dice Richard.

Ghana se considera un país seguro, cosa que no ayuda.

Pero se crió en Libia, dice Richard.

Por desgracia, eso no cuenta nada en este caso, dice el abogado. Gracias a los errores de procedimiento de las autoridades competentes, todavía gozará de algún aplazamiento, pero luego probablemente la cosa se pondrá difícil.

Khalil, que no tiene ni idea de dónde están sus padres, ha dibujado las escalas de su huida en un cuaderno, puesto que todavía no sabe escribir demasiado bien. Richard ve un bote que parece una media luna muy fina, y debajo mucha agua.

Otro refugiado, Zani, que es el viejo tuerto que estaba sentado en el respaldo del banco de la plaza cuando Richard visitó la Oranienplatz por primera vez, le enseña a Richard fotocopias de artículos de periódico: «masacre», lee Richard al hojearlas, «masacre», «masacre». Eso era en mi país, por eso huí a Libia, no fue fácil conseguir los artículos, pero en la entrevista necesitaré alguna prueba, ¿no?

Durante todo el Adviento, Richard sabe que el reglamento Dublín II solo regula competencias, pero no dice nada.

A pesar del frío, los hombres se sientan a menudo en los bancos del patio y miran a los niños, a veces juegan con ellos al fútbol.

El día en que se enteran por las noticias de que en Alemania se prohíbe el internamiento de nuevos refugiados se vuelven locos, y Richard no entiende por qué. Ithemba, el cocinero, corre de un lado a otro gesticulando con sus largos brazos, Zaír y Tristán discuten, pero Rashid, el Lanzarrayos, guarda un silencio lúgubre, sentado a la mesa como un coloso mudo. Cuando Richard le

pregunta qué ocurre, responde: De acuerdo, se ha abolido el internamiento, pero lo único que significa eso es que seguirán las expulsiones.

Está claro que aquí no nos quieren, dice. No nos quieren, y menea la cabeza.

Más tarde se levanta para acompañar a Richard a la salida y despedirse.

Cuando la temperatura cae por debajo de cero por primera vez, dice Tristán: Me alegro mucho de poder dormir en una casa, el invierno pasado algunas de nuestras tiendas se derrumbaron bajo la nieve.

Otro día se sientan todos alrededor de un ordenador portátil y miran una película en la que un granjero, antes de sacrificar a sus ovejas, les tapa los ojos con sus propias orejas gachas para que estén tranquilas. Sin oponer resistencia, las ovejas dejan que las agarren por las patas y las tumben en el suelo, y así, completamente serenas, esperan su fin.

Aparece la chiquilla afgana de la habitación de enfrente e Ithemba le da un caramelo.

Richard recoge dos o tres veces a Osarobo para que practique el piano, una vez se lleva a Tristán para que recoja las hojas secas, dos horas de trabajo, veinte euros. Work, work.

Su amiga Anne, la fotógrafa, le cuenta por teléfono que la cuidadora de su madre se marcha a Polonia para pasar las navidades con su familia y que nadie ha respondido al anuncio que colgó en la escuela de enfermeras. Yo ya no puedo levantar sola a mi madre, dice. Richard le da el número de Alí, su alumno aventajado que en el futuro quiere ser cuidador, si es que algún país europeo se lo permite.

El tiempo transcurre de una forma diferente desde que empezaron a llegar las cartas del departamento de extranjería, desde que todos los hombres esperan su entrevista o ya la han celebrado. En una ocasión, Richard trata de iniciar una de sus conversaciones y pregunta: ¿Cómo se entierran los muertos en el desierto? Pero, como si la pregunta diera inicio a una pieza de teatro cuyo director permanece oculto, en ese preciso instante empieza a sonar una sirena. Y ya no para de sonar. ¿Acaso avisa de alguna tortura, ella que es en sí misma una auténtica tortura? ¿O de un bombardeo? ¿Arden las casas entre el puente de Oberbaum y la Alexanderplatz? La madre de Richard se había

resguardado con él en un refugio de Berlín cuando Richard todavía era un bebé. ¿Se acuerda Richard del miedo del bebé que era él, o del miedo de su madre? No es nada, dice el Lanzarrayos, lo hacen de vez en cuando. Es un simulacro, dice Zaír, aún en la cama, que se ha despertado con el estruendo. Richard se tapa los oídos, pero no sirve de nada. La sirena es asesina. ¿Y si hay fuego de verdad? Sale corriendo al pasillo, una mujer rechoncha se dirige hacia la cocina arrastrando los pies. ¿Huele a humo? ¿Se quema algo? Pero como Richard se ha tapado los oídos, no entiende lo que le responde la mujer rechoncha, que se encoge de hombros, prosigue su camino y desaparece en la cocina, donde hay una hilera de diez fogones. En la cocina no se quema nada, la mujer rechoncha deja correr el agua y trastea con las cazuelas. La sirena no para de sonar. Richard se apresura hacia la entrada y, justo cuando llega, se detiene de pronto la alarma. ¿Había fuego de verdad? No, dice el hombre de la entrada, solo era un simulacro, siempre hay alguien que se deja un fogón encendido en la cocina, no puede ser, tienen que aprenderlo. Entonces otro empleado del centro cruza el patio corriendo y le grita a su compañero: ¡Ha cortado el cable de la alarma! Al cabo de un momento aparece Yaya muy alterado junto con su amigo Moussa, el del tatuaje azul en el rostro. Gesticula y vocifera algo incomprensible. Enseguida se forma un grupo a su alrededor. El empleado del centro exclama: ¡Ese se va a ir a la calle! ¡Le van a prohibir poner los pies aquí! ¡Ha roto la alarma a propósito! ¿Y ahora quién lo va a pagar?

¿Cómo se entierran los muertos en el desierto?

Aunque no pueda decirlo, Richard se alegra de que Yaya haya cortado por lo sano esa horrible alarma asesina. «Asesina» es la palabra justa. ¿Se acuerda un bebé de la guerra? Tristán dijo una vez: Estábamos en los barracones mientras las bombas europeas caían sobre Trípoli. Teníamos miedo de que nos cayera una encima. Ahora, en el patio, el empleado del centro y Yaya, el que ha cortado el cable de la alarma, se gritan el uno al otro.

Cuando Richard vuelve a la habitación en la que antes ha tratado de iniciar una conversación, el larguirucho Ithemba prepara té y Zaír sigue tumbado en la cama. Todavía no ha llegado la hora de almorzar, y si uno no duerme la mitad del día, la jornada puede hacerse muy larga.

La semana anterior al tercer domingo de Adviento, Richard ya se conoce bastante bien el camino desde su periferia hasta el centro de solicitantes de asilo de Spandau.

También el plátano verde, pasado por la sartén, es una exquisitez. Is more better. Se puede conseguir en cualquier tienda de productos africanos, hay una a la vuelta de la esquina, le cuenta Ithemba.

En cada visita, Rashid acompaña a Richard hasta la salida.

Entretanto, Anne ha conocido a Alí, el alumno aventajado de Richard, y se lo ha presentado a su madre. En el primer momento, le explica por teléfono, mi madre ha tenido miedo de Alí porque es negro, pero todo se andará. Richard dice: Habla muy bien alemán, ¿no te parece? Sí, dice ella, y no hay que olvidar que mi madre es de otra generación. Richard asiente con la cabeza, aunque naturalmente Anne no puede verlo a través del teléfono. De verdad que no habría sabido qué hacer con ella durante la Navidad, vuelve a decir, te lo agradezco mucho. De nada, dice Richard.

Al final de la semana, cuando Richard vuelve al centro con la entrada para el *Oratorio de Navidad* del domingo escondida en un sobre rojo, Osarobo no está.

¿Dónde está?

En Italia, para renovar los papeles.

De pronto Richard recuerda cómo hace unos días, hablando de las expulsiones, Rashid dijo: Está claro que aquí no nos quieren. No nos quieren. ¿Y si el Pianista ya no vuelve nunca más? ¿Y si le ocurre algo? Llama al móvil de Osarobo, pero no responde nadie. En casa, Richard tiene un regalo de Navidad para él: un teclado enrollable. Cabe incluso en una mochila, pensó Richard al comprarlo, y en caso de necesidad puede servir para sacarse unos euros en la calle. Qué pensamiento más miserable, piensa ahora, ahí plantado con su sobre rojo en la mano. *Jauchzet, frohlocket*.¹ ¿O acaso un teclado enrollable habría sido un posible proyecto de futuro para su propio hijo, si hubiera tenido uno? ¿Un futuro por sesenta y cinco con noventa euros? ¿Cuándo se ha operado esa transición que ha hecho de él, el de las grandes esperanzas para la humanidad, un limosnero? Desde luego no fue

con la caída del Muro, sino después, en algún momento sucumbió y ahora trata de hacer el bien al por menor, como se dice, donde y cuando puede. ¿De verdad ha perdido hasta tal punto toda esperanza?

38

«Hecho de menos mis sitios.»

«Tengo que arreglármelas solo.»

«Solo Dios puede juzgarme.»

Como sabe ahora Richard, los hombres que tienen un teléfono con acceso a internet se mandan mensajes, fotografías y mensajes de voz a través de un servicio gratuito. Establecen fotos de perfil y en un campo llamado «estado» escriben qué tal están. Algunos cambian el campo de estado a diario, otros lo dejan igual durante semanas o meses.

«Echo de menos los ratos con mi mejor amigo Bassa.»

«No hagas caso de lo que los demás piensen de ti.»

«Estoy en la escuela.»

Desde hace un tiempo, Richard se anota esas frases. A veces, cuando a uno de los hombres le gusta una chica berlinesa, pero ella no quiere casarse con él de ningún modo, puede leerse:

«Solo quiero estar contigo.»

Otras veces pone:

«Mantente fiel a ti mismo.»

O bien:

«El error está en la elección.»

¿Puedo preguntarte algo?, le dice Richard a Apolo durante la semana anterior al cuarto domingo de Adviento.

Claro.

¿Cómo puedes permitirte un móvil tan caro y acceso a internet?

No tengo familia. No tengo a nadie a quien mandarle dinero.

Richard vuelve a ver en el frigorífico el plato cubierto con papel de aluminio. Ya estaba ahí hace dos días, cuando Apolo, respondiendo a su pregunta, le enseñó lo que había cocinado. Había algo parecido al cuscús,

apenas una ración de la que alguien se había comido solo una cuarta parte. Richard no pudo evitar pensar en los platos repletos que le preparaba Ithemba siempre que iba a visitarlos.

Hay suficiente para unos días, dijo Apolo.

¿Con ese plato?

Sí. Si comes más, te vuelves como un bebé.

¿Como un bebé?

Demasiado mimado.

Entiendo.

Al fin y al cabo nunca se sabe qué va a ocurrir. Puede ser que vuelvas a pasar hambre o que no tengas nada para beber, entonces tienes que poder soportarlo.

Una vez, Richard vio en la televisión un documental sobre una muchacha judía de Berlín en tiempos de los nazis. La chica sabía que pronto la deportarían al Este, de modo que para ir a la escuela, a doce grados bajo cero, en lugar de botas se ponía mocasines. «Quiero acostumbrarme para Polonia», escribió en una carta a sus padres. Richard no pudo evitar pensar en ello cuando, hace dos días, Apolo le enseñó el plato con la ración escasa, y vuelve a pensar en ello cuando ve que el plato sigue ahí, ese plato del que Apolo, como en la esfera de un reloj, se come todos los días nada más que un cuarto de hora.

No tengo familia. No tengo a nadie a quien mandarle dinero.

Richard nunca le ha visto beber a Apolo otra cosa que no sea agua. Agua del grifo, sin gas. Aquí, ninguno de los hombres bebe alcohol. Ninguno fuma. Ninguno tiene piso propio, ni siquiera cama propia, la ropa que llevan la sacan de las campañas de recogida de ropa usada, no tienen coche, ni equipo de música, ni carné de ningún club deportivo, no hacen excursiones ni viajes. No hay esposa ni hijos. Ni perspectivas de esposa o hijos. En definitiva, lo único que poseen los refugiados es un móvil; algunos lo tienen con la pantalla dividida, el de algunos es un modelo puntero, algunos tienen acceso a internet, otros no..., pero todos tienen uno. Broke the memory, dijo Tristán al contarle a Richard cómo en Libia los soldados les habían roto las tarjetas de memoria a todos los prisioneros.

Entiendo, dice Richard.

Podría ser, le dice Tristán, que el amigo de su padre siga vivo y haya huido a Burkina Faso. Un conocido le ha mandado un mensaje. El nombre coincide, ahora espera que ese conocido le mande el número de teléfono del hombre en cuestión. Burkina Faso. Si el amigo de mi padre siguiera vivo..., dice Tristán, y se detiene a media frase.

Rashid dice: Hace trece años que no veo a mi madre, solo de vez en cuando, cuando nos llamamos a través de Facebook. ¿Tu madre tiene ordenador? No, pero un vecino sí. Durante esas llamadas, Rashid se sienta muy erguido para que su madre no le vea la cicatriz encima del ojo. ¿Cómo te va, hijo? Bien. A veces ni siquiera respondo al teléfono cuando llama, dice Rashid... Qué voy a contarle, si aquí hace dos años que todo sigue igual.

Hace dos años, dice Rashid, que intento encontrar a través de Facebook a los padres de Khalil. Hace poco, dice Rashid, vino a mi habitación y se puso a llorar. A Richard le viene a la cabeza el dibujo de Khalil: un bote fino como una media luna y debajo mucha, muchísima agua.

En cada visita Richard comprueba que los hombres se encuentran más a gusto en las ondas electromagnéticas que en ninguno de los países en los que esperan un futuro. Una red de números y contraseñas se extiende a lo largo y ancho de los continentes y les sirve de sustituto no solo de todo lo que han perdido para siempre, sino también de ese nuevo comienzo que no puede tener lugar. Lo único que les pertenece es invisible y está hecho de aire.

Rashid me reconoció por el teléfono, dice el Flaco. Tiene un móvil de plástico barato, sujetado con cinta adhesiva, de color rosa, en fin, un teléfono de niña reciclado. Lo tengo desde Lampedusa, hace ya casi tres años, dice levantándolo en el aire. Aunque ahora de vez en cuando le da por tener mala conexión. En la agenda de contactos tiene números italianos, finlandeses, suecos, franceses, belgas, de amigos africanos que, como él, vagan por Europa, que como él son originarios de Ghana, o que trabajaron en la misma obra que él en Libia, o que cruzaron el mar en el mismo bote, personas que conoció en el campo de refugiados de Lampedusa, en alguna estación o en algún centro de Cáritas. Todos ellos amigos que, como no tienen trabajo, tampoco tienen casa ni por lo tanto dirección, que no están registrados en ninguna parte y cuyos nombres de pila y apellidos solo están escritos en letras

latinas de forma más o menos correcta en sus documentos de identidad provisionales.

Sin el número de teléfono, ¿cómo iba a encontrarlos?

El Flaco, que hoy no tiene la escoba, se apoya en la puerta de la terraza. A su espalda, el rectángulo negro del cristal oculta lo que, a la luz del día, aparecería de forma diáfana como el jardín.

Al llegar a Europa, dice, mi mejor amigo y yo decidimos seguir cada cual nuestro camino. Pensamos: A lo mejor uno de los dos tiene suerte y puede ayudar al otro.

Richard piensa en los cuentos de Grimm, que tanto le gustaba leer de niño: los hermanos que el padre manda a buscarse la vida, a encontrar a una bella princesa, a pasar aventuras y ganarse la herencia. Los que siguen la flecha que cada cual ha lanzado en uno de los cuatro puntos cardinales, príncipes que se separan en un cruce de caminos, o los que el padre manda partir a lomos de un caballo, el mayor a lomos de uno negro, el mediano a lomos de uno rojo, el menor a lomos de uno blanco, para ponerlos a prueba. Y un buen día vuelven con el zurrón repleto de cabezas de dragón y oro, se han hecho hombres, su prometida cabalga delante de ellos en la silla de montar. O no vuelven, están embrujados por un hechizo y esperan su salvación a manos de otro de los hermanos, convertidos mientras tanto en un animal en un bosque extraño, o petrificados, o deslenguados, o despedazados en la marmita de las brujas. En esos cuentos el mundo era siempre algo que empezaba en una encrucijada, en una bifurcación: de ahí, la historia proseguía hacia el Norte, el Sur, el Este, el Oeste. En esos cuentos la salvación no estaba nunca ausente. Cuando la espada se oxide sabréis que estoy en apuros. Un príncipe no necesita pasaporte. No hace tanto tiempo, piensa Richard, la historia de la emigración y la búsqueda de la felicidad era una historia alemana.

Así como al principio, cuando los hombres vivían aún en su barrio de la periferia, Richard consideraba sus teléfonos móviles como la variante probablemente más modesta del lujo, pero lujo al fin y al cabo, tampoco

podía comprender para qué necesitaba cada refugiado un abono mensual de transporte. ¿Alguien que no tiene trabajo ni dinero para ir a un museo? ¿Por qué no iban a pasear alrededor del lago, por ejemplo? Y si querían bajar a la ciudad, ¿por qué no se colaban en el metro? En serio, ¿por qué los negros no vivían «en negro»?», había pensado en un primer momento, y había esbozado esa sonrisa burlona con la que se sorprende a veces desde que está jubilado. Pero ahora sabe otras cosas: en estos meses de espera de una decisión, en los que el gobierno regional convoca a los refugiados a entrevistas y las autoridades les comunican citas a las que deben acudir obligatoriamente, el Estado debe sufragar los correspondientes billetes de transporte. Durante este período, aunque por supuesto ni un día más.

No tenemos nada que regalar, dice la ley, la inquebrantable ley.

¿Y qué ocurre si alguno de ellos, por ejemplo el Flaco, acepta los cincuenta y siete euros pero no compra ningún billete, sino que le manda el dinero a su madre a Ghana?

En Alemania, si un africano sin papeles viaja en el autobús o en el tren o en el metro sin billete y lo pillan, tiene que pagar, como cualquiera al que pillen por primera vez, una multa de cuarenta euros, dice la ley. Si lo pillan una segunda vez, dice la ley, se emite una sanción penal: entonces puede cumplirla o pagar una determinada cantidad de días de multa. A cuántos euros corresponde un día de multa se calcula en función de la renta del delincuente. Para los más pobres de entre los pobres, suelen ser solo diez euros. Por ejemplo, a la tercera vez sin billete, para un alemán que prefiera pagar antes que ir a la cárcel, sesenta días de multa a diez euros por día suponen una multa todavía leve. Y es que, hasta los noventa días de multa, a un alemán la sanción no le contará como un antecedente penal. En cambio, bastan cincuenta días para que un extranjero sienta un motivo de expulsión, y con ello, por supuesto, pierda todo derecho de asilo. Así pues, para un extranjero, una multa económica, por pequeña que sea, no supone ningún alivio, ya que su procedimiento de asilo quedará decidido para siempre en el momento en que se le impongan, pongamos por caso, sesenta días de multa, por poco que valgan esos días.

Todo eso dice la ley.

Tras observar durante semanas cómo pasan sus días los refugiados, Richard sabe que tampoco el abono mensual es ningún artículo de lujo en una vida como esa.

Llamamos a nuestros amigos, dicen los hombres, y quedamos.

Richard recuerda que, al desmantelarse el campamento de la Oranienplatz, el grupo se dividió en tres destinos distintos, uno de ellos la residencia de ancianos de la periferia. Los otros dos estaban en Friedrichshain y en Wedding. Amigos con quienes compartieron un año y medio en tiendas de campaña en la Oranienplatz, con o sin nieve, con o sin una comida caliente al día y, tras el ataque de unos alemanes a los camiones de los baños, con cuatro retretes, en lugar de ocho, para cuatrocientas setenta y seis personas. Con listas de espera para las duchas en un edificio de la diaconía. Con nidos de ratas bajo las tiendas.

¿Y qué hacéis cuando quedáis?

Cocinamos. Charlamos. O vamos a la Alexanderplatz, ahora que han puesto el mercado.

¿El mercado de Navidad?

Sí.

¿Subís a la montaña rusa, o al tiovivo?

No, dicen ellos, es demasiado caro. Pero el mercado es bonito.

En la fotografía de perfil de uno de los hombres se lo ve a él y a algunos de sus amigos calentándose las manos en un brasero junto a un puesto de salchichas.

En verano a veces vamos al campo de deportes. Si hay alguien jugando. Pero normalmente vamos a la Oranienplatz, la tienda sigue ahí.

Se refieren a la tienda de información, que se mantuvo en la plaza como parte del acuerdo con el gobierno regional. Desde entonces, unos berlineses xenófobos le han prendido fuego ya tres veces, y tres veces se ha reconstruido.

¿Y qué hacéis ahí?

Nada, charlamos.

Siempre honraré la memoria de la Oranienplatz, dijo Tristán hace tiempo, al inicio de las conversaciones que Richard ha tenido con los hombres.

Dos días antes de Navidad, al abrir el periódico, Richard recuerda que en el llamado «acuerdo» ponía también que se decidirían en Berlín incluso los casos de aquellos que, en la ignorancia de las leyes europeas, hubieran cursado una solicitud de asilo en algún otro lugar de Alemania. De este modo, el grupo podría mantenerse unido en la capital.

«En la medida de lo posible», decía el documento.

Y por supuesto: siempre que la ley lo permita.

La inquebrantable ley.

Pero, por desgracia, la ley no lo permite. Dos días antes de Navidad, la ley se alza con crujir de huesos. Richard lo lee en el periódico: a principios de año, los hombres que, en lo referente a la tramitación de su asilo, estén asignados a Magdeburgo, o a una residencia hecha con contenedores en la periferia de Hamburgo, o en un pueblo de montaña bávaro, empezarán a ser trasladados a esos lugares.

Incluso Richard, que conoce la ley desde hace apenas unas semanas, sabe qué significa eso. Significa que ese hombre de ahí, o ese de más allá, debe volver a Magdeburgo, a Hamburgo o al pueblo de montaña bávaro para que poco después le comuniquen que, dado que llegó a través de Italia, solo en Italia puede vivir y trabajar. Dos o tres meses como mucho, estima Richard, hasta que las huellas digitales del mirlo, el tordo, el pinzón o el estornino sean encontradas y analizadas. Así que en Magdeburgo, o en la residencia hecha con contenedores en la periferia de Hamburgo, o en el pueblo de montaña bávaro, ese hombre o el de más allá aún pueden quedarse como solicitantes legales de asilo con un salario de trescientos euros al mes, pero luego tendrán que volver a Italia irrevocablemente y para siempre.

«Hay que coger a los chavales y chavalas y ¡hale!, a marcharse por donde vinieron», escribe la voz del pueblo en los foros de internet.

Pero ¿de verdad importa tanto que uno de los refugiados sea trasladado a una residencia lejos de sus amigos, en lugar de quedarse en Berlín con los demás, durante esos dos o tres meses en los que se analizará su caso, que en realidad no es ningún caso, sino una vida?

Pues parece que sí.

Porque esos tíos, esos negros chiflados, dicen que renunciarían al dinero con tal de que no los trasladen a otra ciudad, que prescindirían con gusto de

dos o tres pagas de trescientos euros. O sea que desprecian el dinero, será que les sobra, son todos una panda de traficantes de droga, la mafia africana.

Por lo visto, sí que importa que el grupo permanezca unido, aquí en Berlín, o que, tras la primera división en tres grandes grupos, se continúe dividiendo progresivamente.

De lo contrario, ¿para qué habrían despertado los funcionarios de su sueño a la inquebrantable ley?

Por lo visto, importa.

Un amigo, un amigo de verdad, es lo mejor que hay en el mundo. Los hombres dicen que se quedarían en Berlín aun sin el dinero, y si es preciso de forma ilegal. Pero manteniéndose como grupo.

«Criminales, delincuentes», escribe la nación en los foros de internet.

El sexteto masculino que en los años treinta, durante la crisis económica mundial, cantó sobre el «amigo», sobre el «amigo de verdad», era, como se supo más tarde, mitad judío. Tres de los cantantes salvaron la vida huyendo a los Estados Unidos, los otros tres fueron aceptados en la Cámara de Cultura del Reich. Desde entonces, de la amistad nada más se supo.

Alborotadores que se han juntado solo para armar jaleo, dice la política en Berlín. Y dice también la política: No se hacen excepciones. Y dice: No podemos sentar ningún precedente. De lo contrario, dentro de tres días volveremos a tener a doscientos tipos en la plaza.

Cada cuatro años se escoge alcalde en Berlín.

Pero si no queremos una solución solo para nosotros, dice Rashid, sino para todos los refugiados de Europa. Por eso nuestro campamento de la plaza se llamaba «campamento de protesta». La ley tiene que cambiar.

Pero en ese momento la ley abre su enorme hocico y ríe sin emitir el más mínimo ruido.

Tras reírse lo suficiente con su siniestra carcajada, es decir, tras considerar detenidamente todas las posibilidades, habla la inquebrantable ley alemana:

El único motivo fundamentado para trasladar un caso a otro *land*, por ejemplo a Berlín, es la reagrupación familiar.

Pero aquí, respetable y adorada ley, ninguno de los hombres tiene familia. A lo sumo, unos cuantos amigos.

Los amigos no son familia, responde la ley, y empieza a triturar con los

dientes.

Querida ley, ¿qué te propones? ¿Qué va a ocurrir?

Tú qué crees.

Hoy para cenar la ley come mano, rodilla, nariz, boca, pies, ojos, cerebro, costillas, corazón o muelas. Qué más da.

40

Detlef y Sylvia pasarán el día de Navidad en Potsdam con el hijo de Detlef, con Marion, la madre, y con la pareja actual de esta. ¿Y pensáis sentaros todos juntos alrededor del árbol de Navidad?, pregunta Richard. ¿La primera esposa de Detlef, su segunda esposa, el hijo de su primer matrimonio y los dos hombres? Bah, dice Sylvia, ya hace años de todo eso, y por una vez que Markus viene de China a pasar unos días a Berlín.

Peter, el arqueólogo, ha prometido a su novia veinteañera que esta vez la acompañaría a casa de sus padres en Bamberg. Los padres, dice Peter, son cinco años más jóvenes que yo. Caramba, dice Richard. Pero Bamberg tiene que ser precioso, oye. Ya te digo, dice Peter.

Monika, la germanista, y su bigotudo marido, Jörg, han comprado un billete a Florencia porque su nuera no quería invitarlos a su casa por Navidad. Figúrate, ni siquiera quiso aceptar mis galletas caseras, aunque yo luego le di la caja a la niña a escondidas. Hace tiempo viajaban a menudo con Richard y Christel por vacaciones, pero desde que Richard vive solo ya no se lo han vuelto a proponer, a lo mejor porque dos hombres serían demasiado para Monika.

Hace ya unos días que Anne, la fotógrafa, ha alojado en su casa a Alí, el alumno aventajado de Richard, ya que la cuidadora polaca se fue a visitar a su familia antes del cuarto domingo de Adviento.

¿Cómo va la cosa?, pregunta Richard.

Imagínate, en la vida había vivido en una habitación para él solo.

No me lo puedo ni imaginar, dice Richard. Y aparte de eso, ¿te ayuda?

Con lo de levantarla nos apañamos bien entre los dos. Aprende rápido.

Entiendo, dice Richard.

Es simpático, dice ella, muy simpático. Aunque mi madre sigue teniéndole miedo.

Eso es por la maldita educación nazi, dice Richard.

Probablemente.

Con la vejez, esas cosas vuelven con más fuerza.

Puede ser. Pero él se esfuerza. Fíjate, hasta la besó en la frente porque vio que yo lo hacía.

Y tu madre ¿qué? ¿Gritó?

Claro. Le expliqué que aquí en Alemania eso solo puede hacerlo la hija.

Richard todavía recuerda cómo se sintió la primera vez que viajó a los Estados Unidos por trabajo. How're you doin'? Muy bien, gracias, ¿y usted qué tal? Pero antes incluso de que terminara la educada respuesta, el vendedor o el portero o el camarero ya se habían ido a otra parte. En el supermercado, el cajero metía toda la compra en bolsas y lo miraba con cara de estupefacción si a él se le ocurría ayudarlo en la tarea. El agua del grifo era imbebible. Y las ventanas no se podían abrir del todo, solo se podían levantar un palmo. A principios de abril, frente a las mansiones más grandes se colocaban los nuevos tepes de césped y así, en cosa de una hora, todo se volvía verde. Al cabo de dos o tres días, Richard estaba completamente desquiciado de tanto sentirse forastero. ¿Sabía él acaso cómo se cuidaba una abuela africana, una *nana*?

El año pasado, Richard pasó el día de Navidad estupendamente con Andreas, el lector de Hölderlin. Sin árbol y sin ganso, comieron, tomaron whisky y vieron *Con faldas y a lo loco*. Los dos han estado siempre de acuerdo en que podrían ver esa película una y otra vez. Pero este año, a principios de diciembre, Andreas se fue para su cura y no volverá hasta finales de enero. Richard ya lo sabía, pero ahora, el 23 de diciembre, al ver en el supermercado los estantes de los congelados vacíos, toma conciencia por vez primera de que será el único de entre sus amigos que pasará la Nochebuena completamente solo.

Nada más llamar Richard, Rashid ha dicho «no problem» y Richard le ha respondido «fine», así que ahí está de nuevo, en el pasillo, abrochándose los

zapatos a la vez que mira el reloj, con suerte el puesto de árboles de Navidad todavía estará abierto, con suerte encontrará en alguna parte un ganso ecológico que nadie haya comprado por su precio prohibitivo. El árbol no tiene por qué ser grande, pero no puede faltar, un abeto de verdad en el salón, algo que sin duda el nigeriano no habrá visto en la vida. Al final el árbol resulta no ser tan pequeño, y además ya no quedan gansos enteros en ningún lugar, aunque sí algunos muslos envasados con su salsa, *knödel* de sobre y un bote de col lombarda del Spreewald, «con un chorrito de vinagre y dos clavos de especia, como hecha en casa», ese era el verso de Navidad que repetía cada año su mujer. El 23 hay que colocar el árbol, pero sin adornarlo, «hay que dejar que las ramas se abran», ese era el verso de Navidad de Richard hasta hace cinco años. Las maldiciones que suelta cuando el tronco, aunque ya lo ha afilado antes con el hacha, no entra a la primera en el pesado pie de hierro fundido, los crujidos que emite la madera al girar el árbol para que las ramas más largas apunten hacia un lado y no obstaculicen el paso hacia la terraza, las cajas que sube del sótano, en cuyo cartón todavía puede leerse en la caligrafía de Christel, cinco años después de su muerte: «Adornos de Navidad». Repartir por la casa los ángeles, los cascanueces de madera, las estrellas. Se sabe de memoria todas las maniobras, esas maniobras que quizá no habría vuelto a poner en práctica nunca más y que tan familiares le resultan. ¡Cuántas cosas deben de yacer a la espera en la oscuridad de su memoria y ya jamás saldrán del almacén antes de que la tienda cierre definitivamente!

Y aunque ya ha pasado el cuarto domingo de Adviento, coloca cuatro velas rojas en la corona de cristal, que desde hace cinco años descansa sobre la mesilla del salón, para poder explicarle mañana al forastero qué significa la palabra «adviento». La mañana del 24 adorna el árbol y por último, mientras los muslos de ganso se asan en el horno, monta sobre la mesilla la enorme pirámide de los Montes Metálicos cuya hélice lo sobrepasa en altura en diez centímetros. Los angelitos de madera van en el piso superior, en el del medio están María, José, el buey, la mula, las ovejas, los pastores, los Reyes de Oriente y, por supuesto, el belén con el diminuto Jesús dentro. En el piso inferior de la pirámide, el más amplio, que representa el nivel subterráneo, se

encuentra la capilla de los mineros. Si no se coloca cada detalle guardando un delicado equilibrio, un ángel tambaleante puede hacerlo saltar todo por los aires, incluso a los mineros, o al revés, un minero, cuyo tambor pesa quizá unos gramos más que la flauta travesera del minero del lado opuesto, derriba no solo a sus compañeros, sino también a María y a José, y hasta a los ejércitos celestiales, sí, en efecto, si uno actúa con torpeza, se produce un derrumbamiento de las figuras de las placas superiores de arriba abajo, pasando por la Sagrada Familia, o justo al revés, de abajo arriba, las ovejas caen rodando sobre el Niño Dios, María se despeña con su virginal vestido azul celeste hacia la mina, sobre ese montón revuelto en el que han resbalado ya un trompetista de los Montes Metálicos, un tamborilero y un tambor mayor, cuyos instrumentos se han enredado en la aureola de unos cuantos angelitos mofletudos caídos del Cielo, y todo porque Richard quizá se haya distraído un instante, o porque sus manos son mucho mayores que las de su difunta mujer, que era quien montaba siempre la pirámide, de modo que al manipularla la ha golpeado en algún lugar, o sencillamente porque no ha calibrado bien el peso de las figuras.

Qué desierto está el mundo la tarde antes de Nochebuena. En el camino desde el centro de solicitantes de asilo a la periferia, Rashid mira por la ventana y pregunta: Todos estos campos ¿pertenecen al gobierno, the government? No, no lo creo, dice Richard. *Junkerland in Bauernhand*.² Todavía alcanzaría a explicarle en qué consistió la reforma agraria, pero qué fue de las Cooperativas de Producción Agrícola tras 1989, de eso no tiene ni idea. Una sociedad colectiva socialista ¿puede convertirse sin más en una sociedad limitada? La economía planificada ¿se parece a una multinacional? Cuando tenga ocasión, tiene que preguntárselo a su amigo Thomas, el catedrático de economía. Cuando la verja metálica del jardín de Richard se abre automáticamente, dice Rashid: Yo construía puertas como esa, era mi oficio. Y cuando ve el lago, pregunta: ¿Cuánto hace que existe? Richard no entiende la pregunta. Bueno, que cuándo lo construyeron. Que cuándo lo

«construyeron» ¿quién? Pues el gobierno, the government. No, dice Richard, ese lago está ahí desde hace varios millones de años, desde la última glaciación que hubo aquí. ¿Varios millones de años, en serio?, pregunta Rashid meneando la cabeza con incredulidad.

Y bien, he aquí pues al ateo Richard, cuya madre era protestante, junto a su invitado musulmán, frente al iluminado árbol de Navidad pagano, en el que solo lucen velas de cera auténtica, como mandaba la regla de Richard y su mujer. El Coro de Santo Tomás de Leipzig canta, los muslos de ganso están en su punto, los *knödel* pronto flotarán en el agua hirviendo y la col lombarda borbotea con el vinagre y los clavos. Y ahora, como Richard no tiene otro regalo para él, el invitado tiene que escoger una de las chaquetas de invierno del armario y probársela, encuentra una que a Richard siempre le ha venido grande pero que a él, el Lanzarrayos, le gusta y le favorece. Thank you, I really appreciate that. Para cenar se sientan en la cocina porque resulta más práctico: Ya sé que no es tan festivo, pero... No, what do you think, I like it, it's nice here, very nice! But what about the burning candles on the tree?, dice Rashid. No temas, las velas se apagan solas cuando se han consumido, dice Richard, como si esa invención de Occidente fuera algo evidente para él. Parece que a Rashid le gusta la cena, por cierto, ¿se cultiva col lombarda en Nigeria? Luego, Richard guía al invitado, como a través de un museo de la Navidad, de habitación en habitación, de ángel en ángel, le explica qué significa la estrella, qué es una corona de Adviento y, por último, enciende las velas de la pirámide, colocada junto al televisor. A Rashid le cuesta creer que ese cachivache funcione únicamente con el calor producido por las velas y escudriña la parte de detrás de la mesilla buscando un enchufe, un cable. Richard le cuenta el principio por el que el aire ascendente y las palas de la hélice colocadas en posición oblicua generan el movimiento circular. Rashid observa durante un buen rato cómo los mineros, los animales, los pastores, los Reyes Magos, la Virgen María, el Niño Jesús en el belén, José y, arriba de todo, los ángeles pasan una y otra vez por delante de sus ojos.

You know, Jesus is a prophet also in the Koran.

Sí, lo sé, dice Richard, y le vienen a la cabeza los cinco pilares del islam.

Y uno de ellos es negro, dice Rashid, señalando a uno de los Reyes Magos.

Sí, dice Richard, es Gaspar.

¿Has hecho tú la pirámide?, pregunta Rashid.

No, dice Richard, y mientras apaga las velas le cuenta a Rashid lo especial que es la marquetería de los Montes Metálicos.

Luego salen un rato a la terraza para tomar un poco de aire fresco.

Richard no puede evitar recordar cómo una vez, hace años, su mujer dejó el ganso fuera, sobre una mesa junto a la ventana, para que se conservara fresco, puesto que la olla de asar no cabía en el frigorífico. Más tarde, cuando quiso poner el asado a calentar, olla y ganso se habían esfumado. Así que ahí mismo, en plena Alemania, había pensado Richard en esa ocasión, unos años después de la reunificación, había personas tan pobres que robaban el banquete a otras. El asado de unos vecinos que vivían a dos casas de la suya también había desaparecido. Las huellas de los ladrones se distinguían perfectamente en la nieve, pero, por supuesto, ni él ni los vecinos habían interpuesto denuncia alguna.

Este año no hay nieve por Navidad, la temperatura es de varios grados positivos, ayer llovizó, pero hoy el cielo nocturno está despejado y empiezan a vislumbrarse las primeras estrellas.

Mi hijo tenía casi tres años, y mi hija ya tenía cinco, dice Rashid.

¿Siguen al otro lado?, pregunta Richard.

Al principio, dice Rashid, al huir de Kaduna y llegar a Agadez, y cuando de ahí quise pasar a Libia, ni siquiera sabía cómo se dice «herrero» en árabe o en inglés. Soy herrero.

¿Entramos?, pregunta Richard.

En Trípoli teníamos un salón como este, además de tres dormitorios, pasillo, baño y cocina, dice Rashid mientras se sientan en el sofá. La pirámide está inmóvil. Como Rashid no ha querido cerveza, Richard ha preparado una tetera de menta para los dos y ha encendido las cuatro velas rojas, aunque ya haya pasado el Adviento.

Para desayunar siempre había ñame, plátano verde o huevos.

A las ocho salíamos de casa, yo llevaba a los niños al colegio. Ahmed, que tenía casi tres años, y Amina, que tenía cinco. De casa a la escuela

tardábamos más o menos lo mismo que de la Oranienplatz a Wedding. Mi mujer iba a trabajar a otro barrio.

Mi empresa estaba cerca de la escuela. Dos edificios, por fuera no estaban limpios, pero por dentro, sí. Y un patio. Casi tan grande como la empresa que tenía en Kaduna. Y el alquiler, de quinientos dinares, unos trescientos euros.

Entre doce y media y una, al terminar la escuela, los niños venían a la empresa. Ahmed y Amina. Se quitaban el uniforme, se ponían ropa normal y jugaban hasta la hora de volver a casa. Siempre vigilaba que no jugaran en el taller para que el polvo metálico no se les metiera en los ojos.

Unas veces mi mujer nos recogía por la tarde, otras nos encontrábamos directamente en casa.

De la cena me ocupaba siempre yo. Al pequeño le dejábamos que comiera de mi plato. Luego los niños se iban a la cama. Y sobre las diez y media, también nosotros. De vez en cuando el pequeño venía a nuestra habitación a medianoche. Siempre soñaba mucho. Ahmed. Entonces le permitía dormir a mi lado y mi mujer se iba al cuarto de los niños con nuestra hija, Amina.

Seguramente la infusión de menta ya se ha enfriado. Richard escucha en silencio y ni por asomo se le ocurre coger su taza. Es consciente de que el relato de Rashid es una especie de regalo.

Antes ya había habido disturbios, entonces nos habíamos quedado cinco días dentro de casa, sin salir.

Pero ese día empezó de lo más normal. Terminé una gran verja metálica para una entrada de coches. Un encargo como ese me llevaba dos días. Lo recogieron tras el almuerzo y me pagaron un tercio del montante, quinientos dinares. Los niños jugaban conmigo en el patio.

Entonces me llamó mi mujer desde el trabajo: ocurría algo y tenía miedo de volver sola a casa. Le dije: Yo te recojo. No sabía que ya habían bloqueado el barrio en el que se encontraba mi empresa. No podíamos pasar. Los soldados nos llevaron a mí, a mis hijos y a tres empleados negros míos a su campamento. Ahmed tenía casi tres años, Amina tenía cinco.

Algunas de las frases entrecortadas que oye ahora, Richard las conoce de boca de Tristán: Muertos por las calles en todas partes. Sangre por todos lados. Barracas. No solo hombres, también mujeres, niños, bebés, personas

mayores. Broke the memory. Los soldados, dice Rashid, me quitaron todo el dinero que me habían dado por la puerta y toda la calderilla que llevaba en los pantalones. Todavía llevaba puesta la ropa de trabajo. Ahora que lo pienso, tenía una cuenta en un banco libio. A lo mejor aún existe. Tenía el número 2074.

Richard observa las velas rojas, todavía prendidas, y asiente con la cabeza, aunque asentir no tiene ningún sentido en ese momento.

Estuvimos cinco días en las barracas, los europeos lanzaban bombas y temíamos que los bombarderos confundieran el campo en el que nos mantenían prisioneros con un depósito de armas. Sobre todo los niños, tenían un miedo atroz, y yo no sabía cómo explicarles por qué su madre no estaba con nosotros.

Al cabo de cinco días nos obligaron a subir a la barca. En total, unas ochocientas personas. También estaba Zaír. The Europeans bomb us, so we'll bomb them with blacks, había dicho Gadafi. Bombardearemos a Europa con negros.

Rashid parece muy cansado. Tan cansado que Richard le pregunta si se quiere echar.

No, no, dice Rashid. A veces por la noche no puedo dormir, pero no pasa nada.

Uno saltó del bote y trató de volver a la orilla nadando, pero lo tirotearon en el agua.

La comida y la bebida que teníamos a bordo alcanzó para los primeros siete días. Tampoco había demasiado, pero al final los adultos dejamos de comer y beber y les dimos el resto a los niños.

De pronto se estropeó la brújula.

Vagamos tres días a la deriva, sin saber adónde nos dirigíamos. Una noche, el capitán no vio unas boyas y la barca rozó las rocas. Se rompió el motor. Se desencadenó el pánico.

Durante dos días, el bote no paró de balancearse con fuerza. Ya no podíamos dirigirlo, aunque tampoco habríamos sabido hacia dónde.

En total, cinco días sin comer ni beber. Estábamos todos muy mal. Algunos murieron. Y a los que seguíamos vivos no nos quedaban fuerzas. Yo me sentía tan débil. Tan débil. Lo veía todo borroso.

Pero de pronto apareció el barco de salvamento.

Hubo un tumulto. Los del barco de salvamento querían ayudarnos, nos lanzaron comida y botellas de agua, todos tratamos de coger algo y la barca empezó a balancearse.

Y de repente, se volcó.

Tal cual.

En una fracción de segundo.

Fue muy rápido.

En cuestión de cinco minutos, no más, en cuestión de solo cinco minutos murieron cientos y cientos de personas. Los mismos junto a los cuales acababa de comer. Con quienes acababa de hablar.

Cut, piensa Richard. Cut.

No sé nadar, pero de algún modo conseguí agarrarme a un cable.

A ratos estaba fuera del agua, a ratos dentro.

Debajo del agua veía todos los cadáveres.

Rashid no dice nada durante un rato. Richard tampoco tiene nada que preguntar. Las velas de Adviento siguen prendidas. La pirámide está a oscuras e inmóvil.

Se ahogaron unas quinientas cincuenta personas de un total de ochocientas. La mayoría no sabían nadar, y los que estaban bajo cubierta no pudieron salir lo suficientemente rápido, todo quedó inundado enseguida. Acudieron barcos de pesca para ayudarnos, pero para entonces muchos ya habían muerto. Además, los barcos de salvamento eran grandes y no se podían acercar más por culpa de las rocas. Los pescadores nos subieron a sus barcas. Todo el mundo lloraba y gritaba. Nosotros y también los pescadores. Salvaron a un muchacho, pero sus padres y su hermano se ahogaron. Muchas personas buscaban a su marido, a su mujer. Todo el mundo lloraba y gritaba.

Al cabo de una semana de estar en tierra, todavía me despertaba en mitad de la noche creyendo que estaba bajo el agua. El día que no pude ir a recogerla a su trabajo en Trípoli, mi mujer se refugió en una oficina de las Naciones Unidas. Tuve que contarle por teléfono lo que había ocurrido.

Desde una cabina telefónica, en Agrigento. Se divorció de mí hace un año. Ahora vive en Kaduna y tiene otro marido. Vuelve a estar embarazada.

Aún hoy, de vez en cuando pienso que en cualquier momento entrará por la puerta uno de nuestros hijos.

Tras una prolongada pausa, durante la cual los dos hombres mantienen la mirada clavada en el televisor negro, como si hubiera algo que ver, dice Richard:

¿Podrías dibujarme la verja que terminaste ese día?

Claro que sí, dice Rashid, you know, this was my work.

Y mientras esboza las primeras líneas en la pequeña libreta cuadriculada que Richard le ha traído del escritorio, dice:

You know, the measurement is always the first thing to do. Lo primero que hay que hacer siempre es medir.

Luego dibuja, corrige, sigue dibujando, hasta que Richard puede reconocer perfectamente el aspecto que tenía la puerta que Rashid construyó como último encargo de su vida de herrero y que sin duda sigue haciendo de verja en alguna propiedad de Libia.

And in the end I put the design in the middle. Si me pudieras ver trabajar, dice Rashid, el herrero al que Richard siempre ha llamado el Lanzarrayos – ahora ve que con toda razón–, si me pudieras ver trabajar, verías un Rashid completamente distinto. A complete other Rashid. Para mí, dice, trabajar es tan natural como respirar, ¿entiendes?

Antes incluso de Nochevieja, la cuidadora polaca vuelve a Berlín, a su trabajo en casa de Anne.

Le habría gustado quedarse unos días más en Polonia con su familia, dice Anne, pero es que mi madre y Alí...

Ya, qué lástima, dice Richard.

Aunque la comida de Navidad fue muy bien, dice Anne. Te mandaré una foto.

Por la noche, Richard ve la fotografía en el ordenador: a la izquierda, junto

al árbol de Navidad, la nonagenaria madre de Anne sentada en la silla de ruedas con una manta en el regazo, mantiene la cabeza inclinada, de modo que casi podría creerse que, a través de los gruesos cristales de sus gafas, observa con una mirada de aliento a Alí, sentado a la derecha del árbol. Alí sonríe. Rezuma serenidad esa estampa de Navidad con el rey negro de Oriente, tanta serenidad como todas las fotografías de los banquetes de Navidad alemanes de pura sangre, en las que tampoco se adivinan los silencios o discusiones que se han producido antes o después de pulsar el disparador.

En el correo electrónico, Anne cuenta que, al preguntarle por qué hablaba tan bien el alemán, Alí le respondió que la lengua alemana era su puente a este país. Dijo literalmente «puente a este país», escribe Anne. Es un chico muy dotado, añade. En otras circunstancias, probablemente haría tiempo que estudiaría medicina.

En la semana que va de Navidad a Año Nuevo, Monika y Jörg vuelven de Italia. Invitan a Richard, Detlef y Sylvia a tomar café para enseñarles las fotos y contarles cosas de Florencia. Les hablan del campanario de Giotto, del bello *David* de Miguel Ángel, de los belenes que los italianos montan en todas las iglesias: ¡Paisajes enteros, como si fuera la maqueta de un tren eléctrico! Les hablan de la comida: ¡Un restaurante con cuarenta tipos distintos de mozzarella de búfala! Y les hablan del banquete de Navidad, que el hotel organizó de maravilla: ¡Y así tienes menos trabajo! Ristras de luces que adornan calles enteras: ¡Te mareas con solo verlo! Árboles de Navidad enormes: ¡Y adornados con muchísima fantasía! Y sin embargo añaden: Un montón de africanos. Por todas partes. Alquilamos un coche para ir a Arezzo, cuentan, Jörg quería ver los frescos de Piero della Francesca como fuera, será un bonito viaje por la Toscana, pensamos, así que tomamos la carretera comarcal, ¡hasta había nieve! Pero ¿sabéis qué?, en medio del fin del mundo aparecen mujeres negras, ¡africanas! Están en la cuneta y se nos ofrecen. En medio del paisaje, por donde nunca pasa nadie. Con tacones y unas chaquetas extremadamente cortas. Están ahí, en el frío, en la nieve, ¡y hay un montón! En serio, fue muy inquietante.

Últimamente Richard también ha conocido por aquí a algunas personas

refugiadas que tratan de buscarse la vida, dice Sylvia mientras le alcanza a su marido la tablet con la fotografía en pantalla.

¿En serio?, dice el bigotudo Jörg.

Y Monika añade: Ten cuidado, muchas son portadoras de enfermedades, la hepatitis, el tifus y el sida. O eso he oído.

Son hombres, dice Sylvia.

Ah, vale, dice Monika.

Richard no dice nada, observa la pantalla que acaba de pasarle Detlef. Se ven figuras femeninas esparcidas como en un tablero de ajedrez sobre amplias y nevadas superficies, o esperando al borde de la carretera, o en la cima de las suaves colinas ondulantes.

Ni un solo cliente en kilómetros a la redonda, dice Monika.

En la siguiente fotografía ya puede contemplarse uno de los frescos de Arezzo: una mujer detrás de otra arrodillada, lleva una larga capa blanca atada al vestido y la pregunta que formula a los demás solo puede adivinarse en el gesto de su mano.

Jamás habría imaginado que un día podría conducir hasta esa iglesia así, sin más, dice Jörg.

Eso sí que es libertad de circulación, dice Monika, su mujer.

También en la semana que va de Navidad a Año Nuevo vuelve el arqueólogo de la visita a la familia de su novia veinteañera. Sentado en el sofá en casa de Richard, whisky en mano, dice: Anda, ven por Nochevieja a casa de la amiga de Marie, o voy a ser el único viejo de la fiesta.

Por cierto, ¿qué tal ha ido con su familia?

Complicado, dice, creo que me consideran un perverso.

Bueno, al fin y al cabo se trata de su hija.

De todos modos, dice Peter, el padre es un celoso y creo que a la madre le gustaba un poco.

Pues mejor que vivan tan lejos.

Desde luego. Peter toma otro trago.

Lo que cuenta es que vosotros dos os entendáis.

Tú lo has dicho. Bueno, entonces, ¿qué? ¿Vienes a la fiesta?

Bueno, vale, dice Richard.

También en la semana que va de Navidad a Año Nuevo, Osarobo vuelve al fin de Italia.

Richard lo invita a su casa, le toca el villancico «Leise rieselt der Schnee» al piano y canta lo mejor que puede. Canta el verso «*Still schweigt Kummer und Harm*» y se lo traduce a Osarobo: «Desaparecen pesares y preocupaciones.» La Navidad es una fiesta de la alegría, dice.

Okay, dice Osarobo.

¿Cómo te ha ido en Italia?

Así, así, dice Osarobo.

¿En qué ciudad estabas? Ya no me acuerdo.

Milano.

Muy bonita, dice Richard.

Así, así, dice Osarobo. En el metro, si me siento al lado de un italiano, se levanta y va a buscar otro sitio.

Richard recuerda que Osarobo ya le había contado eso en su primer encuentro.

Creen que soy un delincuente. Que todos los negros lo somos.

No me lo puedo creer.

Es así. Da igual que sea cierto o no.

Pues claro que no da igual, dice Richard. Al menos ¿has conseguido los papeles?

Sí, puedo recogerlos dentro de ocho semanas.

Ah, pero... entonces tendrás que volver, ¿no?

Sí.

¿Cuánto cuesta el viaje?

Un billete de autobús, cien euros.

O sea, para ir y venir, doscientos euros, ¿no?

Sí. Osarobo pulsa algunas notas altas. Y ochenta euros para la *marca da bollo*, dice.

¿Para el documento?

Sí, dice Osarobo. Tin, tin, tin. Además, necesitas una dirección en Italia.

¿Qué significa eso?

Hay gente que te da una dirección. Cuesta otros doscientos euros.

¿Personas particulares que os hacen pagar?

Algún african guy que tenga una habitación. Pero entonces también me puedo quedar ahí a vivir. Hasta la cita. Hay controles.

A Richard le encantaría saber si la ley de la oferta y la demanda es una ley natural.

O sea, le dice a Osarobo levantando la voz, en total se necesitan seiscientos ochenta euros para los dos viajes, la dirección y las tasas, ¿no?

Sí.

Y mientras tanto, ¿qué comes?

Osarobo se encoge de hombros.

Es más de lo que te pagan aquí para vivir dos meses.

El *permesso* expiró en primavera. Pero no tenía dinero.

¿Qué *permesso*?

Pues el documento, el *permesso di soggiorno*, el permiso de residencia italiano.

¿Pero es necesario?

Si no, no tenemos documento de identidad. Además, sin *permesso* tampoco tenemos seguro médico.

¿En Italia estáis asegurados?

Sí.

Entiendo. Entonces, ¿has dormido en casa del african guy?

Hasta la cita.

¿Y luego?

Bueno, dice Osarobo, y pulsa algunas notas graves en el piano, life is crazy.

¿Has dormido en la calle?

Osarobo no responde. Tin, tin, tin. En la tradición musical occidental, las quintas paralelas están prohibidas desde hace trescientos años.

De pronto, Richard cae en la cuenta de que tiene un regalo de Navidad para el futuro músico callejero: el teclado enrollable, por poco se le olvida.

I appreciate that very much.

Lo desenrollan sobre la mesa de la cocina, lo enchufan y prueban los diferentes registros: batería y corno inglés, saxofón o arpa.

También funciona con pilas.

Oh, very good.

Y con esta tecla de aquí, dice Richard, puedes seleccionar un ritmo: por ejemplo, chachachá o tango.

En la pausa entre el vals y la marcha militar, llaman a la puerta: a Sylvia y Detlef se les ha ocurrido espontáneamente, dicen, pasar a visitarlo.

¿Pero qué estás haciendo? ¿Un baile de sobremesa?

Te presento a Sylvia y a Detlef, le dice a Osarobo después de hacerlos pasar a la cocina, mis amigos de hace más años, y este es Osarobo.

Osarobo se levanta y les estrecha la mano a los dos, pero parpadea y desvía la mirada, da la impresión de que le gustaría estar en otro lugar, en un lugar donde no aparecieran de pronto por la puerta dos personas desconocidas.

Sigue tocando tranquilo, dice Richard, nosotros nos sentamos a charlar un rato en el salón y luego te llevo a casa.

No, no, dice Osarobo, it's ok. Cogeré el suburbano.

¿Llevas el abono mensual?

Osarobo meneaba la cabeza.

Mientras Osarobo se pone los zapatos en el pasillo, Richard coge sesenta euros de su cartera, cincuenta y siete euros cuesta el abono más barato, para personas que no tienen que utilizar el autobús o el metro antes de las diez de la mañana. Los parados y los solicitantes de asilo tienen derecho a una reducción, pero no estos refugiados que ni siquiera tienen permiso para ser solicitantes de asilo. Richard le pone a Osarobo los dos billetes en la mano y le da el estuche con el teclado enrollable.

¿Encontrarás el camino?

Sí, sí. Osarobo agacha la mirada hacia el suelo y dice: God bless you.

No es nada.

Por cierto, ¿cómo fue el *Oratorio de Navidad*?, les pregunta Richard a sus amigos cuando vuelve al salón. Tras su chasco por el viaje repentino del muchacho, les había regalado las entradas a ellos.

Oh, fue precioso, dice Sylvia.

El aria del eco fue una maravilla, dice Detlef, la segunda cantante estaba en un pequeño balcón junto a la tribuna.

Qué buena idea, dice Richard.

El día antes de Nochevieja empieza a nevar. Richard les ha comprado a Rashid, Apolo e Ithemba un jersey de invierno a cada uno de distinto color, ya que se enteró de que los tres celebraban el cumpleaños el primero de enero. Cuando se dispone a pasar de la entrada del edificio al patio con las enormes bolsas de plástico en la mano, reconoce al Flaco en una figura sentada al frío en el banco. How are you? Good. ¿No hace demasiado frío para estar aquí sentado en un banco? Te esperaba a ti. ¿Cómo podía saber el Flaco, al que no ve desde hace semanas, que precisamente hoy Richard atravesaría el patio? Qué más da.

Can I show you something?

Por supuesto.

El Flaco se saca del bolsillo interior de su chaqueta un requerimiento de la policía: «Para procedimiento identificativo.»

¿Qué ha ocurrido?, pregunta Richard.

Anteayer me pararon en la Alexanderplatz y me dijeron que el de la foto no soy yo.

En efecto, el hombre de la fotografía se ve muy distinto, pero quizá el Flaco no ha sido siempre tan flaco como ahora. Richard lee el nombre: Karon Anubo.

¿Te llamas Karon?

Sí, dice el Flaco.

«Comisaría de Mitte, sala 104, Sra. Lübcke, Lun. a Vi. de 9 a 16 h, sin cita previa», dice el papel.

Te llevaré en el coche, dice Richard.

Hay atascos en la ciudad, como cada primer día del año que nieva en Berlín, los tranvías están parados con las puertas abiertas, los conductores se chillan unos a otros. De vez en cuando se oye un silbido agudo y poco después la explosión de un cohete; algunos no pueden esperar a la Nochevieja. Richard y Karon tardan una hora y media en cruzar Berlín desde Spandau hasta Mitte, «gire a la derecha, gire a la izquierda, en la rotonda continúe recto, segunda salida».

Gracias por llevarme, dice Karon, si no habría tenido que comprarme un billete.

¿No tienes abono mensual?

Normally I send 150 Euro to my mom, my sister and my brothers. Pero este mes he mandado cincuenta euros más porque mi hermano se cortó trabajando con el machete y tuvo que ir al hospital.

Lo siento. ¿Y no podía haberlo ayudado nadie más?

Culture, dice el Flaco.

¿Cultura?

Es la costumbre: el primogénito tiene que cuidar de la familia.

Una vez, Richard asistió como familiar a una reunión de Alcohólicos Anónimos de su mujer, ahí los hombres y mujeres también contaban historias parecidas, que siempre empezaban en un hecho anecdótico y siempre se complicaban enormemente. Como la del hámster que se escapó y no quería salir de detrás del enorme armario ropero, de modo que hubo que desmontar el mueble de arriba abajo. ¿Y qué apareció en el estante inferior, detrás de la ropa, donde nadie había mirado desde hacía años? Una ristra de botellas vacías, escondidas en la época de la adicción. Y de repente volvió la sed.

Los efectos son indirectos, nunca directos, piensa Richard, como piensa cada vez más a menudo en los últimos tiempos.

¿Cuántos años tiene tu hermano?

Trece, dice el Flaco.

Comisaría de Mitte. El requerimiento dice: «Lun. a Vi. de 9 a 16 h, sin cita previa.» Cuando llegan, es un martes a las 15.25. Pero hoy, dice la mujer de la ventanilla de recepción, la señora Lübcke no está. ¿Por qué? Está de servicio externo. Pero aquí dice: «Lun. a Vi. de 9 a 16 h, sin cita previa.» Richard está tan enfadado que ladra a través de los agujeritos de la ventanilla «lun» y «vi», así, abreviado, tal como está escrito en el papel. Ya se lo he dicho, la señora Lübcke no está. ¿Y ahora qué? Lo siento, tendrán que volver otro día. ¿Y si el señor Anubo hubiera venido solo desde Spandau, ida y vuelta, zonas A y B? Lo siento mucho. La empleada de la policía no lo siente, y aún menos lo siente «mucho», Richard puede adivinarlo perfectamente, pero el caso es que la señora Lübcke no está disponible.

Cuando llegan a Spandau ya ha oscurecido y Richard no está para una fiesta de cumpleaños anticipada con tres homenajeados, así que en el viaje de vuelta ya ha decidido retrasar la entrega de los jerséis hasta el nuevo año. Antes de despedirse del Flaco frente al centro de refugiados, charlan unos minutos en el coche.

Si tras la entrevista no puedo quedarme en Alemania, dice Karon, ¿adónde voy a ir? ¿Dónde voy a encontrar trabajo en Italia? ¿Cómo voy a alimentar a mi madre y a mis hermanos? ¿En qué parte del mundo se encuentra el lugar en el que pueda echarme a dormir tranquilo? Es un problema muy grande, dice Karon. Yo no tengo mujer ni hijos, dice; yo soy pequeño. Pero el problema es muy grande, tiene mujer y muchos, muchísimos hijos.

Los africanos deberían solucionar sus problemas en África, ha oído decir a menudo Richard en los últimos tiempos. Y también ha oído decir: Alemania acoge a un montón de refugiados de guerra, es un país muy generoso. Y acto seguido añaden: Pero nosotros no podemos alimentar a África entera. Y concluyen: Los refugiados económicos y los falsos solicitantes de asilo les quitan la plaza en los centros de acogida a los refugiados de guerra de verdad, es decir, los refugiados de guerra que vienen directamente a Alemania.

Mejor solucionar los problemas en África. Richard se imagina por un momento el aspecto que podría tener la hoja de tareas pendientes de los hombres que ha conocido en los últimos meses.

Mientras que en su propia lista de tareas diría, por ejemplo:

Llamar al técnico para el lavavajillas estropeado

Pedir hora al urólogo

Tomar la lectura de los contadores

en la de Karon pondría:

Acabar con la corrupción, el nepotismo y el trabajo infantil en Ghana

o en la de Apolo:

Presentar una demanda contra la multinacional Areva (Francia)

*Instaurar un nuevo gobierno en Níger que no se deje sobornar ni
presionar por los inversores extranjeros
Fundar el Estado tuareg independiente Azawad (hablar con Yusuf)*

o en la de Rashid:

*Reconciliar a los cristianos y los musulmanes en Nigeria
Convencer a Boko Haram para que depongan las armas*

Por último Hermes, el analfabeto de las zapatillas doradas, y Alí, el futuro enfermero, tendrían que ocuparse juntos de estas dos tareas:

*Prohibir el suministro de armas al Chad
Prohibir la extracción de petróleo en el Chad para llevarlo a otros
países (Estados Unidos y China)*

Oye, le pregunta Richard a Karon, en Ghana ¿qué tamaño tendría que tener una propiedad para que tu familia pudiera vivir autónomamente de ella?

Karon reflexiona un momento y dice: Más o menos un tercio de la Oranienplatz.

¿Y eso cuánto costaría?

Karon vuelve a reflexionar y dice: Supongo que entre dos mil y tres mil euros.

Hace dos veranos, Richard estuvo a punto de comprarse una tabla de windsurf (1.495 euros), pero antes de que se decidiera ya había llegado el otoño, y el verano pasado, después de que ese hombre se ahogara en el lago y no consiguieran sacarlo, nada le pareció más inadecuado que comprarse una tabla de windsurf. En cambio, un robot aspirador (799 euros) era sin duda una buena idea, y también le podía ir bien un proyector de vídeo (1.167 euros) para las veladas cinéfilas con su amigo Andreas, que pronto volvería de su cura. Si aún viviera Christel, a lo mejor se habrían regalado una nueva cámara de vídeo (1.545 euros) por Navidad, o una tablet con memoria suficiente (709 euros), que es más cómoda para llevar de viaje que el ordenador. Pero todo eso eran cosas a las que podía renunciar fácilmente. En

cambio, su proyecto de procurarse por fin en primavera un tractor cortacésped (entre 999 y 2.999 euros) era inamovible.

Al menos hasta hace cinco minutos.

¿Cuántos has dicho que sois en la familia?

Mi madre, mi hermana y mis dos hermanos menores.

Entonces, cuatro, ¿no?

Sí.

¿Qué plantarían en una propiedad como esa?

Plátano verde, yuca.

¿Y con eso podrían ser autónomos?

Mi madre vendería un tercio de la cosecha o lo cambiaría por otras cosas que necesite, el resto sería para el consumo de la propia familia.

¿Qué te parecería que te comprara una propiedad de ese tamaño para tu familia?

Richard espera encontrar a un africano a lo mejor primero incrédulo, luego perplejo, pero al fin rebosante de felicidad, a un africano que se pusiera a dar saltos de alivio, lo abrazara o, al menos, rompiera a llorar emocionado.

Pero no ocurre nada de eso.

Karon está tranquilo y muy serio, y parece reflexionar con intensidad.

Al menos así no tendrías que preocuparte de tu familia.

Karon sigue sin decir nada.

¿Qué ocurre?

Se tarda un año en recoger la primera cosecha.

Karon tiene razón.

Pero Richard comprende algo más en ese momento: las preocupaciones han devorado hasta tal punto a Karon que hasta le da miedo tener esperanzas.

Y llega el nuevo año. Las amigas veinteañeras de la novia veinteañera de Peter han bailado y han bebido, han charlado de cortes de pelo, de la nueva película que dan en el cine International, del bigote de una cantante de pop, de grupos de música que Richard no ha oído en su vida, aunque también de

Richard Wagner, Harry Potter, Kierkegaard, Virginia Woolf, de hombres guapos y del nuevo centro comercial de la Alexanderplatz. Han besado con lengua a algunos de los invitados, luego, a altas horas, han discutido, poco antes de la medianoche una se ha echado a llorar y ha tenido que ser consolada y llevada del brazo por su mejor amiga, uno de los chicos ha bebido demasiado y, al salir al balcón, ha tropezado en el umbral de la puerta, ha caído, ha sangrado y ha necesitado, en los últimos estertores del viejo año, una tirita en la nariz. ¿Cuánto hace que Richard fue así de joven? Su amigo Peter ha hecho un buen papel, ha bailado con su novia, que responde al bonito nombre de Marie, la canción «We are the Champions», de Queen, y Richard se ha preguntado si Marie ha tenido la cortesía de poner una música que a su novio, más de treinta años mayor que ella, le recordara su juventud, o si realmente la canción le gustaba tanto como parecía.

A las doce en punto, mientras saltan los tapones de espumoso, se abrazan los invitados, se lanzan cohetes y se agitan bengalas, Richard se queda ahí plantado, preguntándose qué es un principio de año. Nunca ha comprendido del todo qué es lo que se desprende de uno en ese segundo decisivo, mientras todo lo que desconoce todavía se le acerca de pronto a grandes zancadas. A veces, en otro tiempo, al punto de la medianoche intentaba concentrarse en ese futuro que parecía hacer aparición en ese preciso segundo. Pero ¿cómo concentrarse en algo que todavía no se conoce? ¿Quién moriría? ¿Quién nacería? Conforme se hacía mayor, cada vez se sentía más agradecido de desconocer tanto como las demás personas lo que depararía el futuro.

El primer día del nuevo año es un miércoles. La mayoría de los funcionarios de extranjería de Berlín han aprovechado la ocasión para disfrutar de casi una semana festiva entera empleando únicamente dos de sus días de vacaciones. El lunes, 6 de enero, al fin vuelven a sus escritorios y hacen girar la ruedecilla del tampón del año en una cifra, hojean archivadores y papeles, teclean esto y aquello, el martes envían unas cuantas cartas. El miércoles, 8 de enero, llegan a la residencia de Spandau, a la de Friedrichshain y a la de Wedding las listas con los primeros ciento ocho nombres de los que el viernes 10 por la mañana tendrán que abandonar su alojamiento actual para volver, por ejemplo, a Magdeburgo, o a una

residencia hecha con contenedores en la periferia de Hamburgo, o a un pueblo de montaña bávaro, donde hace unos dos años, en la ignorancia de las leyes europeas y alemanas, cursaron de forma más o menos casual una solicitud de asilo. Desde donde, hace dos años, partieron hacia Berlín para protestar contra la ley que les prohíbe construirse una existencia autónoma y hasta viajar dentro de Alemania durante el procedimiento de asilo. La ley sigue siendo la ley, y el viernes a partir de las ocho goza de su momento estelar. No se puede transportar a la fuerza a los refugiados cuyos nombres figuran en la lista al lugar que tienen asignado, pero al menos la evacuación de las habitaciones que han ocupado hasta ahora en las residencias de Berlín sí que es, según la ley, asunto de la policía.

El jueves, Rashid tomó una fotografía de la lista y se la envió a Richard. De los alojados en Spandau figuran doce hombres, entre ellos el cantante Abdusalam, el bizco, que está aprendiendo a escribir, y también Zaír, que viajó en la misma barca que Rashid y sobrevivió al naufragio trepando por la borda hasta la panza de la embarcación mientras esta volcaba. Y también figura un nombre que Richard desearía con todas sus fuerzas no haber leído: Osarobo. Richard comprende de pronto por qué una condición esencial del gobierno regional para firmar el acuerdo era disponer de los nombres de los refugiados: solo cuando se conoce un nombre puede incluirse en una lista como esa. Solo cuando se conoce un nombre puede siquiera existir una lista como esa. La noche del jueves al viernes, Richard duerme mal y se despierta antes de las cinco de la mañana. Y, ahora, ¿adónde irá Osarobo?

Cuando Richard llega a Spandau poco antes de las ocho, ya hay veinte furgonetas de la policía frente al centro de refugiados o estacionados en sus proximidades. La entrada al centro está bloqueada por rejas metálicas. Algunos de los refugiados, entre ellos mujeres y niños, esperan en la acera, frente a las rejas. No, ahora no puede entrar en el edificio, dicen los guardias de seguridad, a quién anda buscando. A Rashid, dice Richard, y señala al Lanzarrayos, a quien ve charlando y gesticulando en el patio entre un grupo de refugiados. No, hoy no se permite ninguna visita, le dicen a Richard, pero en ese momento Rashid repara en su presencia y empieza a alterarse al ver

que no dejan pasar a su invitado. ¡Eso no es una cárcel! ¡Él no es ningún delincuente! ¡No le pueden prohibir a su amigo que venga a verlo! De pronto bajan de las primeras furgonetas policías completamente equipados: uniformes de combate, cascos con la visera bajada, porras, pistolas. *Marcharon los hombres, y la tierra retumbaba bajo sus pies.* Toman posición en filas de a cuatro frente a la puerta del centro de solicitantes de asilo. Richard se pregunta si son realmente necesarios cuarenta hombres armados hasta los dientes para sacar del centro a doce refugiados africanos, por no hablar de los ciento cincuenta policías restantes, que esperan una señal en los otros vehículos. Mañana, ahora ya sabe cómo funciona la cosa, el periódico detallará cuánto ha costado la operación, y el pueblo de los contables apuntará esos costes al debe de los sujetos transportados, como era habitual en otras épocas, cuando Alemania ya se dedicó a transportar personas a la fuerza.

De modo que una frontera, piensa Richard, puede hacerse visible de repente, puede aparecer sin más ni más en un lugar donde nunca la ha habido; la batalla que se ha librado en los últimos años en las fronteras de Libia, en las de Marruecos o de Níger, ahora tiene lugar en pleno distrito de Spandau, en Berlín. Donde no había más que una casa, una acera, una cotidianidad berlinesa, de la noche a la mañana crece una frontera, brota entre las hierbas, invisible como una enfermedad.

Durante la fiesta de Nochevieja, mientras desde el balcón de la amiga de Marie contemplaba junto a su amigo Peter la oscuridad del año viejo, que pronto se convertiría en la oscuridad de un año nuevo, Peter le contó que para los incas el centro del universo no era un punto, sino una línea que lo dividía en dos mitades. Lo que Richard presenciaba a la entrada del centro de solicitantes de asilo ¿era quizá una de esas líneas? Los dos grupos de personas que se encontraban frente a frente ¿eran como las dos mitades de un universo, unidas sin remedio pero separadas por un abismo infranqueable? La zanja que las separaba ¿era insondable y provocaba por ello violentas turbulencias? ¿Y entre qué y qué transcurría? ¿Entre lo negro y lo blanco? ¿Entre lo pobre y lo rico? ¿O entre lo extraño y lo amigo? ¿O entre aquellos cuyo padre estaba muerto y aquellos cuyo padre vivía aún? ¿O entre los de

pelo ensortijado y los de pelo liso? ¿O entre los que a su comida la llamaban «fufú» y los que la llamaban «goulash»? ¿O entre los que llevaban camisetas amarillas, rojas y verdes, y los que tenían predilección por la corbata? ¿O entre los que bebían agua y los que preferían la cerveza? ¿O entre una lengua y la otra? En definitiva, ¿cuántas fronteras había en un único universo? O dicho de otro modo: ¿cuál era la frontera de verdad, la única, la decisiva? ¿A lo mejor la que discurría entre lo muerto y lo vivo? ¿Entre el cielo estrellado y el pedazo de tierra sobre el que daba vueltas todos los días? ¿Entre un día y el siguiente? ¿O entre las ranas y los pájaros? ¿Entre el agua y la tierra? ¿Entre el aire en el que se escuchaba música y el aire sin música? ¿Entre el negro de una sombra y el negro del carbón? ¿Entre el trébol de tres hojas y el de cuatro? ¿Entre la piel y las escamas? ¿O, multiplicada un millón de veces, la que dividía lo interior de lo exterior, si se consideraba una única persona, o un único animal, o una única planta como un universo? Richard se llevaba bien con sus órganos, había hecho las paces con la carne cruda de su interior, que lo mantenía vivo, a él y sus pensamientos sobre la belleza de Helena o sobre la mejor manera de cortar una cebolla.

En comparación con todas esas posibles fronteras, a Richard la diferencia entre un ser humano y otro le parece ridícula, y a lo mejor no es verdad que se abra de pronto ninguna zanja aquí, a la entrada de un centro de solicitantes de asilo de Berlín, y en este nivel del universo quizá no haya ninguna diferencia ni haya dos mitades, pues al fin y al cabo solo se trata de unos cuantos pigmentos en el material que todo el mundo llama, en su respectiva lengua, «piel», de modo que la violencia que ahí puede presenciarse no es el anuncio de una tormenta en el centro del universo, sino que se debe únicamente a un absurdo malentendido que enemista a la humanidad y le impide comprender cuánto más largo es el aliento de un planeta comparado con el aliento de cada uno de ellos. Aunque uno se cubra el cuerpo con pantalones y chaqueta de las campañas de recogida de ropa usada, con un jersey de marca, con un vestido caro o barato, o con un uniforme más casco y visera, por debajo siempre está desnudo y, con suerte, a lo mejor disfrutará algunas veces del sol o del viento, de la nieve o del agua, comerá o beberá cosas buenas, amará a alguien y será quizá correspondido, antes de morir. Lo

que crece y fluye en el mundo basta de sobra para todos, y sin embargo aquí, Richard puede reconocerlo en las veinte furgonetas de la policía, se libra una batalla por la supervivencia. ¿Actuará esa misma policía contra los alemanes que, de tan pobres, en Navidad solo pueden comer asado de ganso robado? Más bien no, piensa Richard, de lo contrario habría visto ya muchas veces apostadas frente a alguna filial bancaria veinte furgonetas llenas de policías completamente equipados para detener a los directores culpables de desfalcar miles de millones. En efecto, piensa, lo que sucede ante sus ojos parece un teatro, y de hecho lo es, es un frente artificial que oculta otro frente real. El público ruge reclamando sangre y los gladiadores sacan a la arena su vida de verdad. ¿Ya hemos olvidado, precisamente en Berlín, que una frontera no solo mide el tamaño del enemigo, sino que también lo crea?

Que ya está harto, grita ahora Rashid, que va a prenderle fuego a todo, va a echar la casa entera abajo, la hará volar por los aires, destrozará los muebles, arrancará el tejado, derribará las puertas a patadas, algo así grita Rashid en el patio mientras fuera Richard escucha cómo el director del centro y su ayudante debaten en voz baja si ha llegado el momento de echar al iracundo y prohibirle la entrada. De pronto, la procesión de cuarenta policías de uniforme marcial se pone en movimiento. Marchando al compás no se dirigen, sin embargo, hacia Rashid, sino que tuercen mucho antes y desaparecen a buen paso en el interior del edificio de enfrente, donde, como sabe Richard, no se aloja ningún refugiado, sino solo las oficinas administrativas. Al cabo de pocos minutos vuelven a salir, siempre al compás, y retoman su sitio frente a la puerta. ¿Dónde se ha metido Rashid?, le pregunta ahora a Richard la diputada que visitó el centro unos días atrás. Richard no se había dado cuenta de que estaba a su lado. Sabe tan poco como ella dónde se ha metido ahora el indignado, la unidad especial de la policía ha pasado por la estampa como una esponja y el Lanzarrayos se ha esfumado por completo. Ni idea, dice Richard. Tiene una enfermedad cardíaca grave, dice la diputada, estoy preocupada. Richard recuerda de pronto que, en la asamblea de la residencia de ancianos, Rashid llevaba una cinta en la muñeca que ponía «Charité». Primero le había extrañado, luego había supuesto que debía de ser una organización humanitaria con el mismo nombre que el gran

hospital berlinés. ¿Se está tratando aquí, en Berlín?, pregunta Richard. Sí, dice la mujer, tenía que operarse hace tres meses, pero se escapó del área preoperatoria para cuidar de su gente. Desde entonces está a la espera de que le programen una nueva cita.

Podemos llamarlo por teléfono, dice Richard.

La red no funciona desde esta mañana, dice la diputada, ya lo he probado antes.

¿Qué red?

La que utilizan todos los refugiados para llamar por teléfono.

Precisamente hoy, dice Richard, qué curioso.

Sí, muy curioso, dice la diputada.

De pronto sale corriendo del centro Yusuf, el friegaplatos del grupo de aventajados en alemán de Richard. Hacía tiempo que no lo veía. Grita algo en una lengua africana, luego en francés, luego en italiano, chapurrea algo en alemán, «maldita sea, dejadnos en paz», y amenaza con los puños a todo el que intenta hablar con él, incluso a Richard cuando este se le acerca y trata de calmarlo, «ya tengo suficiente», grita, se vuelve como el enano Rumpelstilzchen girando sobre su propio eje y se dirige muy alterado a los agentes de policía, pero ellos no se dejan impresionar, se limitan a contenerlo con su muro de escudos. Richard recuerda lo orgulloso que estaba Yusuf de haber aprendido a decir «friegaplatos», y de cómo dijo que le gustaría ser ingeniero. Ahora no es más que un salvaje, y si no se tranquiliza pronto, terminarán llevándoselo en camisa de fuerza.

En algún momento reaparece también Rashid en el patio. Ya no arma escándalo, ya no grita, simplemente parece agotado. Por supuesto que puede abandonar el centro, dicen los guardias de seguridad, así que sale a su encuentro al otro lado de las rejas.

It's really bad, dice, un día muy malo, y estrecha la mano a la diputada y a Richard y, a pesar de las circunstancias, no olvida preguntarles «how are you».

Good, dice Richard siguiendo el consabido protocolo.

Good, dice también la diputada.

Nos tratan como delincuentes. ¿Qué demonios hemos hecho?

Richard se encoge de hombros.

Rashid se saca el móvil del bolsillo de los pantalones y pulsa algunas teclas.

Sigue sin funcionar.

Ya, nosotros también lo hemos visto.

¿Venís luego a la manifestación? Iremos de la Oranienplatz al gobierno regional.

Richard y la diputada asienten con la cabeza.

Luego Rashid se acerca a Yusuf, que sigue interpelando al muro de energéticos policías blandiéndoles el índice ante los ojos, como si detrás de las viseras se escondieran una panda de escolares muy cabezotas. Rashid le da un par de golpecitos en el hombro, it's ok, dice, it's ok. Yusuf da un último puntapié contra la reja, suelta algunos tacos entre dientes dando la espalda a los uniformados y vuelve a entrar en el centro.

¿Él también está en la lista?, le pregunta Richard al Lanzarrayos cuando vuelve a tenerlo enfrente.

No, pero todo ese alboroto lo pone nervioso. También Rufu tuvo que pasar la Navidad en la unidad de psiquiatría.

Dios mío, dice Richard.

Sí. Ya ha salido, pero no está bien.

¿Qué le ocurre?

No come nada. No puede o no quiere abrir la boca.

Richard siente cómo lo invade el pánico por un instante. ¿Será verdad que ya no hay salvación posible?

Y, por cierto, ¿dónde están los doce de la lista?, pregunta la diputada.

Algunos se fueron ayer, los demás saldrán enseguida.

¿Abandonarán el centro voluntariamente?, pregunta Richard.

¿Y qué van a hacer, luchar? Son personas que han huido de la guerra.

Entonces salen los hombres con mochilas a la espalda y bolsas de viaje o de plástico en la mano. Pasan junto a la interminable hilera de furgonetas de la policía en dirección a la parada del autobús. Osarobo no está entre ellos, tampoco Zaír. Abdusalam, el cantante, se despide de Richard y de la diputada

estrechándoles la mano y abraza a Rashid antes de seguir a los demás. La lista ha cumplido su cometido.

45

En Alemania, en principio, está permitido manifestarse. Pero hay tres preguntas importantes:

1. ¿Quién solicita registrar la manifestación?
2. ¿Cuál es el recorrido?
3. ¿Cuál es el lema?

El solicitante tiene que tener un documento de identidad alemán. No suele ser el caso de los refugiados de guerra procedentes de Libia. Un simpatizante alemán, un tipo larguirucho y calvo que ronda por ahí detrás, presenta su documento para formalizar el registro. ¿Adónde quieren dirigirse ustedes? Rashid dice: al gobierno del *land*. Pasan diez minutos, algunos se acercan a Rashid y le dicen que eso no tiene pies ni cabeza, que los viernes por la tarde no queda nadie en las oficinas del gobierno regional. La diputada añade que le han dicho que no se puede acceder al edificio, como mucho a la explanada de enfrente. El jefe de operaciones de la policía dice: Si quieren ir hacia la Puerta de Brandeburgo, tenemos que acordonar un recorrido totalmente distinto. Rashid: ¿A la Puerta de Brandeburgo? Lo ha dicho el tipo que ha formalizado el registro, el calvo ese de ahí. ¿Qué calvo? A ese no lo he visto en mi vida. Pasan diez minutos más. Si no podemos ir hasta el gobierno regional, dice Rashid, vayamos a la embajada de Estados Unidos. Entonces, ¿qué?, pregunta el jefe de operaciones. Sí, a la embajada de Estados Unidos. Ya. Rashid va al encuentro del calvo y empieza a discutir con él. Pasan diez minutos más. El calvo se acerca al jefe de operaciones y dice: Retiro mi solicitud de registro. Si no hay nadie con documento de identidad y dirección, dice el jefe de operaciones, la manifestación no puede tener lugar. Richard dice: Aquí tiene mi documento de identidad. Aparece otro policía, tan bajito que al lado de Rashid parece un enano, y pregunta: ¿Cuál es el lema de la manifestación? Pongámonos en marcha de una vez, grita Rashid por encima

de todas las cabezas. El enano que ha preguntado por el lema ni lo ve ni lo oye. ¿Cuál es el lema?, vuelve a preguntar. ¡En marcha! ¿Ese es el lema? No, dice Richard. Rashid vocifera: ¡No queremos esperar más! ¿Ese es el lema?, pregunta el enano. No, dice Richard. Enano: Sin lema no se puede registrar la manifestación, y sin registro no podemos empezar a acordonar las calles. Richard: ¿Todavía no han empezado a acordonar el recorrido? Enano: No, sin lema no podemos. Pasan diez minutos más. Sin pensarlo demasiado, Richard dice: El lema es «El mundo entre amigos». Solo después de haberlo pronunciado cae en la cuenta de que ese fue el lema del Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes de 1973. ¿O fue el del Mundial de Fútbol de 2006? El jefe de operaciones le dice a Richard: Entonces es usted quien registra la manifestación, ¿verdad? Sí, dice Richard. No pueden llegar hasta la puerta de la embajada, ¿queda claro? ¿Por qué?, pregunta Richard. Zona de seguridad, dice el jefe de operaciones como si tal cosa. Y entonces le pregunta al enano: ¿Cómo era el lema? «El mundo entre amigos», dice el enano. De acuerdo, dice el jefe de operaciones, ahora hay que esperar al menos media hora para que se acordone el recorrido. Rashid dice: What's he saying? Y Richard traduce: En cinco minutos nos ponemos en marcha. Rashid dice: Good, y convoca a los suyos, algunos de los cuales han empezado a discutir acaloradamente con la policía. Entretanto, el jefe de operaciones ha cruzado la calle y habla por la radio de su coche. We start!, grita Rashid, we start! No, todavía no, tienen que esperar, grita el jefe de operaciones volviendo a toda prisa. Richard, que ha traducido mal adrede para tranquilizar a Rashid, se da cuenta de que su artimaña tiene el efecto contrario al deseado. El jefe de operaciones vuelve a gritar: ¡Esperen!, y de nuevo se va corriendo. Los policías se disponen en una bonita fila recta que ningún manifestante puede atravesar, y tras ellos van los coches a lo largo de una calle que hace cien años era un puente. Rashid increpa al jefe de operaciones: God will punish you! El jefe de operaciones, que según parece – y por suerte– no entiende el inglés, refunfuña entre dientes: Ya se lo he dicho, primero hay que dejar libre el recorrido. Richard piensa que sería casi un milagro que a ninguno de los africanos se le acabara la paciencia de un momento a otro. God will punish you! Aunque a lo mejor la policía no quiere que haya ningún milagro. La diputada dice: Rashid está muy enfermo, me

preocupa, y Richard se acerca a Rashid y le dice: No menciones a Dios, Rashid, o pensarán que eres un terrorista, pero Rashid no le escucha y sigue vociferando hacia los policías: We are no criminals! Enseguida nos pondremos en marcha, dice Richard, pero el Lanzarrayos está tan ocupado lanzando rayos que no le escucha en absoluto: Change the law! Si tardan mucho, a este le va a dar un patatús, dice la diputada. Richard ve cómo uno de los africanos levanta las palmas de las manos y le dice «Don't touch me!» a uno de los agentes, que pretende empujarlo un poco hacia atrás. Richard ve cómo un agente de la brigada de resolución de conflictos escucha asintiendo amablemente con la cabeza, tal como le han enseñado en el curso de resolución de conflictos, a un africano que no para de insultarlo. Richard ve cómo uno de los jóvenes simpatizantes levanta su pancarta casera, en la que se lee: «¡Vivan los gays y lesbianas de Kenia!». En ese momento pasa ya hora y media de la hora planeada. Y ahora la diputada y Richard observan cómo de pronto unos cuantos africanos empiezan a empujarse por delante de Rashid agitando los puños, Apolo, por ejemplo, o Tristán, o el larguirucho Ithemba, y eso que todos ellos habían permanecido muy tranquilos hasta ahora. Gritan: We want to stay! O bien: We are no criminals! O bien: Give us a place! Al cabo de un rato, sin embargo, Richard y la diputada entienden que los amigos de Rashid solo pretenden reemplazarlo por unos minutos. Alguien tiene que hacer de líder, agitar los puños y vociferar para que la protesta no se salga de madre mientras la policía no para de retrasar el inicio de la manifestación. De este modo, Rashid puede tomar aliento unos instantes en la retaguardia. *Un amigo, un amigo de verdad, es lo mejor que hay en el mundo.* Dos horas y media más tarde de la hora anunciada, la procesión se pone al fin en marcha. Richard, catedrático emérito de filología clásica, que por primera vez en su vida ha registrado una manifestación y le ha proporcionado un lema, se alegra al ver que los hombres empiezan a avanzar pacíficamente y la policía, que los ha mantenido en jaque durante tanto rato, ahora marcha por delante de ellos en formación cerrada para proteger la calle. Los transeúntes que observan la procesión desde fuera deben de pensar que la policía y los refugiados son aliados de toda la vida. Richard acompaña a la comitiva a lo largo de los doscientos metros que lo separan de la Moritzplatz y se mete en el metro para volver a casa.

Por la noche escucha en las noticias que los refugiados del grupo de la Oranienplatz alojados en el distrito de Friedrichshain ocupan desde ayer a las ocho, en señal de protesta, la planta superior del centro de acogida, algunos incluso se han encaramado a la azotea y amenazan con lanzarse al vacío. Según parece, se han desalojado y acordonado todas las demás plantas del centro.

A la mañana siguiente, cuando Richard llega al centro de Spandau, solo Rashid está en su habitación. Está echado en la cama, pero invita a Richard a entrar con un gesto: How are you? Sí, los demás están en Friedrichshain apoyando a sus amigos, pero él ya no puede más. Y levanta una bolsa de plástico transparente llena de medicamentos.

¿Conoces a los que han subido al tejado?, pregunta Richard.

Claro, dice Rashid, todos estábamos en la Oranienplatz. Esos no tienen nada que perder.

¿Qué va a ocurrir ahora?

I don't know. En las últimas ocho semanas he tratado tres veces de hablar personalmente con el consejero de Interior de Berlín. De hombre a hombre. Three times.

¿Y?

Estaba reunido o ausente. Hasta le pedimos cita por escrito, pero nunca nos ha respondido.

Conseguir que un Lanzarrayos haga antesala indefinidamente debe de ser el arte mayor de la diplomacia, piensa Richard. Un padre asesinado y dos hijos ahogados no están a la altura de un título en ciencias económicas y sociales, un grupo de refugiados no es ningún pueblo, y un cabecilla que defiende a su gente no es ningún jefe de Estado. Si algo tiene de práctico una ley es que no la ha hecho nadie en concreto, por lo que nadie es personalmente responsable de ella. Por supuesto, el político que quiera cambiar algo en una ley puede intentarlo, pero el que no quiera cambiar nada pasará con la misma gloria y probablemente con mayor elegancia.

A lo mejor ayer también tendríamos que haber hecho alguna acción de protesta aquí, en Spandau, dice Richard.

Ya lo pensamos, dice Rashid. Pero aquí hay niños.

Entiendo, dice Richard. Y luego no dice nada durante unos minutos.

En el silencio que se impone, a Rashid se le cierran los ojos y se duerme.

Richard se queda un rato sentado junto a él, igual que hace años se sentaba junto a su madre moribunda.

En algún momento se levanta, sale de la habitación y cierra la puerta con cuidado.

Durante el viaje de vuelta lo llama Anne: ¿Has oído lo de los que se han subido a la azotea para protestar? Richard dice: Sí. Uno de los refugiados, dice Anne, ha meado desde ahí arriba, todo el mundo habla de ello con indignación, ¿lo sabías? Richard dice: No.

Es bonito cuando huele a nieve en invierno. A nieve recién caída sobre las hojas mohosas. Abrir la verja del jardín e inspirar hondo, eso hace desde hace veinte años cada vez que vuelve a casa. Durante veinte años ha sido invierno en ese jardín, ha olido de ese modo, ha abierto de ese modo la verja y la ha vuelto a cerrar tras de sí.

Richard es consciente de que pertenece a ese reducido grupo de personas de este mundo que pueden escoger la realidad en la que se mueven.

Al cabo de un día, según lee en el periódico, les cortan la luz y el agua a los que protestan en la azotea. Richard observa una fotografía en la que se ve a un hombre con los brazos abiertos, parece un espantapájaros. El tejado está resbaladizo por el hielo y la nieve, la situación es precaria, dice el pie de foto. Richard se pregunta si la velocidad a la que un país deja que se hundan las personas tiene algo que ver con su reputación. ¿Por qué el hecho de que un refugiado se arroje desde un tejado es mucho más pernicioso para el prestigio de un país que dejar que se pudra poco a poco en una vida miserable? Probablemente porque en el preciso instante de arrojarse habría un fotógrafo preparado para pulsar el disparador de su cámara. ¿O el escándalo reside en que esos hombres pretendan decidir por sí mismos sobre su muerte, en lugar de dejar que disponga de su vida –una vida que se ha vuelto imposible– un país que no los quiere? La cuestión del poder de decisión sobre la propia vida ¿sigue siendo ante todo una cuestión de poder, y no de la vida en sí misma?

¿Qué es más noble para el alma, sufrir / los golpes y las flechas de la injusta fortuna / o tomar las armas contra un mar de adversidades / y, oponiéndose a ellas, encontrar el fin?

Uno de los periódicos alemanes más importantes publica un gracioso artículo sobre los refugiados de la azotea: En Berlín siempre se cuece algo. Richard lee: ¿Dónde termina la protesta y empieza el chantaje? Por un instante malinterpreta la pregunta y cree que lo que se califica de «chantaje» es la táctica de la policía de cortarles la luz y el agua a los refugiados para obligarlos a abandonar el edificio. Pero enseguida comprende que los que se consideran chantajistas son los que ponen su vida a disposición de los demás. Los lectores del periódico alaban el artículo y en sus comentarios se lamentan de que solo los refugiados gocen del privilegio de amenazar con el suicidio desde una azotea. Y del privilegio de mear desde ella, naturalmente.

«¡Llega a Alemania y LO PRIMERO que hace es mear desde el tejado!»

LO PRIMERO que hace, piensa Richard, desde luego, después de casi tres años de huir y esperar.

«¿Alguna vez habéis visto a esos respetables caballeros refugiados o a los que los apoyan trabajar como Dios manda o hacer algo útil en la vida? Porque lo que es yo, desde luego, no.»

Prohibirles trabajar y acusarlos a la vez de ociosidad, piensa Richard, no deja de ser una pirueta intelectual de lo más audaz.

En el artículo de ese importante periódico, una especie de «órgano central» de la nueva Alemania, por decirlo así, también se ilustran la vida y las andanzas de los simpatizantes, que han instalado un campo de solidaridad frente al centro de refugiados: cantan, bailan, pronuncian plegarias. En el fondo, los hombres que se encuentran en la invernal azotea no son sino víctimas de esos simpatizantes, que los instrumentalizan para sus propios fines políticos, solo que les falta inteligencia y agudeza para darse cuenta. Richard se acuerda del chico de la pancarta que vio en la manifestación: «¡Vivan los gays y lesbianas de Kenia!». En efecto, Richard, al igual que los demás lectores de ese importante periódico alemán, sentados a la mesa del desayuno del cálido hogar, ante ellos tostadas, té, zumo de naranja, miel y queso, también ve cernirse un lúgubre futuro sobre Alemania si, con la ayuda

de los refugiados que, presas de su juvenil entusiasmo y de la ofuscación política, mean desde la azotea, ese simpatizante llega un día a asaltar la Cancillería mediante un golpe de Estado.

Que un mensaje de Karon le interrumpa la poco edificante lectura de esos comentarios a Richard le parece de lo más oportuno.

Hi, escribe el Flaco, how are you?

Richard responde: Fine, how are you?

Resulta que al Flaco le ha llegado una cita de la administración del distrito.

Richard escribe: ¿Tienes quien te acompañe?

Karon responde: I have no body.

«No body», escribe, o sea: no tengo cuerpo, en lugar de «nobody», nadie, y a Richard le vuelven a la mente sin motivo aparente los «muertos de vacaciones». A menudo ha pensado que todos los hombres que ha conocido ahí podrían yacer perfectamente en el fondo del Mediterráneo. Y viceversa, que todos los alemanes asesinados durante el llamado Tercer Reich siguen vagando por Alemania como espíritus, todos los que se fueron y también sus hijos y nietos no nacidos, piensa Richard a veces, caminan junto a él por la calle, se dirigen al trabajo o a visitar a algún amigo, se sientan invisibles en los cafés, pasean, van de compras, al parque o al teatro. Yo voy, tú vas, él va. Para él, la línea que separa a los espíritus de las personas siempre ha sido muy fina, no sabe por qué, quizá porque él mismo, cuando era un bebé, estuvo a punto de extraviarse en las turbulencias de la guerra y terminar en el reino de los muertos.

Poco después, sentado junto a Karon en un largo pasillo de la administración del distrito, esperando a que los llamen de la sala 3086, pregunta: ¿Y cómo se compra una parcela de tierra en Ghana?

Karon espera hasta que se desvanecen los pasos de una funcionaria que, tras aparecer por una de las muchas puertas con zapatos de tacón y un grueso montón de documentos bajo el brazo, cruza todo el pasillo.

En el pueblo, dice Karon, todo el mundo sabe a quién pertenece cada propiedad y probablemente a quién perteneció antes que a él, pues nos conocemos todos de toda la vida. El rey tiene que dar su conformidad a la venta.

¿El rey?

Sí, dice Karon. Luego hay que llevar a tres testigos para que presencien la firma del contrato. Los testigos les contarán a sus hijos, cuando estos se hagan mayores, a quién pertenece esa tierra. Así, cuando los padres mueran, los hijos sabrán quién es el propietario.

De modo que se podría decir que el testimonio es hereditario, ¿no?

Sí, dice Karon.

¿Y cómo se sabe el tamaño exacto de la propiedad?

Simplemente se dice: desde ese árbol hasta esa piedra, o hasta la casa, o el río. Cosas que los testigos puedan recordar.

Pues pregunta si hay alguna tierra en tu pueblo que tenga el tamaño adecuado para tu familia, dice Richard.

Entonces se abre la puerta de la sala 3086 y un funcionario asoma la cabeza y dice: ¿Anubo, Karon?

Al cabo de dos días, Richard recibe de un amigo de Karon la fotografía de una parcela: mucho verde, barro aquí y allá, al fondo unos cuantos árboles. En primer plano, un cartel escrito con carbón: «Plot for sale»; el precio: 12.000 cedis ghaneses; y debajo, dos números de teléfono. El contrato de venta anterior, del que también hay una fotografía, no llega ni a tres cuartos de hoja, más o menos como el acuerdo del gobierno regional con el grupo de la Oranienplatz. «Sharing common boundaries with the properties of Kwame Boateng, Alhassan Kingsley and Sarwo Mkambo.» Esa propiedad ¿existe de verdad? ¿Dónde está situado exactamente el pueblo? ¿Y cuánto vale un cedi?

Tres de los cuatro firmantes del contrato de venta anterior han mojado un dedo en tinta violeta y lo han estampado en el papel como firma.

Richard recuerda muy bien cómo unos años después de la caída del Muro él y su mujer decidieron comprar la casa que habían arrendado durante toda la época de la RDA. Varios de sus vecinos se embarcaron en un proceso judicial con el llamado «propietario original», es decir, la persona a cuya familia había pertenecido la propiedad en cuestión hasta que habían huido de la zona ocupada por los rusos. Los ciudadanos de la RDA pronto tuvieron que asumir que la legislación de la Alemania unificada retomaba el último

momento en que el Este se había regido por el sistema capitalista, es decir, el año 1945. Desde el punto de vista del derecho propietario, era comprensible. En esa parte de Alemania, los años transcurridos entre 1945 y 1990 habían sido un intento fracasado de establecer un nuevo sistema de repartición de la propiedad. Ahora se desempolvaban los registros de 1945, se retomaban los apuntes del final de la guerra y, si no había más remedio, se litigaba por el breve período intermedio que, por desgracia, no podía ser reconocido. En el alemán de los ordenadores había un término para ese tipo de procesos: *undo*, es decir, deshacer, una palabra que a Richard lo había fascinado desde su primer curso de informática. *Undo*, como si pudiera rebobinarse el tiempo pasado, hacer que los acontecimientos no hubieran ocurrido, como si pudiera decidirse lo que debía ser olvidado y lo que no, como si pudiera programarse qué tenía consecuencias y qué no. Hasta 1989, el año de la caída del Muro, Richard y su mujer no habían oído jamás la expresión «registro de la propiedad». Afortunadamente para ellos, el propietario de su casa no había huido al Oeste ni antes ni después de la construcción del Muro, había permanecido en el Este y ahora se alegraba de que la casa fuera a parar a sus arrendatarios y de que su venta le permitiera costearse los últimos años de su vida en ese país desconocido que no dejaba de ser el suyo. Richard y su mujer habían pedido un crédito, para lo que habían tenido que presentar sus nóminas, y para transferir el dinero habían tenido que abrir una cuenta fiduciaria y buscar un notario que certificara que el contrato estaba en orden. El procedimiento había durado varias semanas e incluso, tras la «transferencia de la propiedad», como se denominaba, aún aparecieron unas cuantas facturas relacionadas con la venta y que debían ser satisfechas para que el contrato fuera legalmente válido.

Así que ahora Richard se lanzaba por segunda vez en su vida a comprar una propiedad, esta vez en Ghana, diez mil metros cuadrados a un precio de tres mil euros en un pueblo de la fértil y lluviosa región de Ashanti, en fin, visto desde la periferia de Berlín, como quien dice, un regalo. ¿Cuánto tardaría una propiedad tan lejana en pertenecer definitivamente a su nuevo propietario? Igual que Richard tuvo que esperar hace años a que el banco le concediera el crédito, ahora espera a que un rey ghanés dé su consentimiento a la compraventa. Richard se lo imagina como un jefe de tribu, lanza en ristre

y ruidosos aros en los tobillos, aunque sabe que, si es un rey verdaderamente poderoso, seguro que lleva puesta una camiseta del Barça.

El rey dice que sí. De modo que, un típico día gris berlinés de mediados de enero, con tres mil euros en billetes de cien metidos en el bolsillo interior del abrigo –tiene que ser en metálico, ha dicho Karon–, Richard pone rumbo al centro de la ciudad en el suburbano, luego recorre con Karon un trecho de calle a través de la nieve semiderretida, el semáforo de los peatones está rojo, se pone verde, los coches tocan la bocina, nieva, un quiosco de lotería, una tienda de móviles baratos, un puesto de kebabs, luego doblan un par de esquinas y Karon llama a la puerta de un local con las persianas bajadas, la puerta se abre haciendo sonar una campana que sin duda es de cuando ahí había una carnicería o una panadería. Cruzan el umbral, aunque ¿qué es aquí dentro, qué es fuera? El aire está cargado de neblina o de humo, de modo que Richard tarda un rato en poder distinguir algo. A su alrededor ve trenzas colgadas de palos, fuentes de madera con altas pilas de frutas exóticas, algunas con púas, otras con la piel translúcida, otras con aspecto de huevo y otras que parecen carne. Están dispuestas como alrededor de un altar, y en el centro de la habitación hay una mujer africana de melena revuelta sentada en un taburete de tres patas, frente a ella, en el suelo de linóleo, una rendija de la que emanan vapores. ¿Qué hay ahí abajo, un refugio antiaéreo despanzurrado? Hombres y mujeres jóvenes apoyados en silencio en las paredes recubiertas de telas multicolores abanicán a la mujer con grandes palmas secas, ¿o acaso solo están disipando el vapor que brota a través de la rendija para que se pueda ver algo? Karon habla con uno de los hombres mientras la mujer de la melena revuelta mantiene los ojos entornados y se balancea adelante y atrás, luego Karon traduce lo que el hombre le acaba de decir: Richard debe entregarle el dinero a la mujer.

Richard dice: Pero ¿cómo?

Just like this, dice Karon, déjaselo en el regazo.

Richard saca el sobre repleto de billetes del bolsillo interior de su abrigo y lo deja en el regazo de la mujer, que, con los ojos aún entornados, lo coge y alargando el brazo lo deja caer tal cual, sin contar el dinero, a través de la rendija.

¡El dinero!, grita Richard haciendo ademán de recuperar el sobre, pero Karon lo retiene y dice:

No problem.

Pero al menos me darán un recibo, ¿no?

Entonces la mujer se empieza a reír y deja asomar sus muchos dientes afilados y recubiertos de oro. Pero incluso riendo mantiene los ojos entornados y no mira a Richard.

Uno de los jóvenes se saca un chicle del bolsillo de los pantalones, lo desenvuelve, se lo mete en la boca, en el dorso del arrugado envoltorio escribe un número largo y un número corto y al fin le alcanza el papel a Karon.

¿Qué son esos números?, pregunta Richard.

Ya está, dice Karon, podemos irnos.

De modo que ahí Karon se desenvuelve bien, por un momento deja de ser un refugiado y es un hombre como los demás. Y vuelve a sonar la campana que ya sonaba en la posguerra berlinesa cuando un ama de casa alemana salía de la tienda tras hacer su compra, igual que suena ahora, después de que Richard haya comprado una parcela de tierra en Ghana.

Y, ahora, ¿qué?, pregunta Richard.

Ahora voy a llamar a mi madre para dictarle los números.

¿Y luego?

Luego mi madre llamará a Tega con el primer número para avisar de que va a recoger el dinero.

¿Y luego?

Luego viajará una hora hasta Mim y de ahí durante una hora más a Tega en un taxi compartido. Puede ser que tenga que esperar hasta que se junten suficientes pasajeros para el taxi. De modo que, en total, la cosa puede durar unas tres horas. Una vez en Tega, con el segundo número le darán el dinero.

¿Y luego?

Luego tomará otro taxi compartido de Tega a Mim. Y de ahí volverá al pueblo.

¿Y viajará a través de Ghana con tres mil euros en el bolso?

Sí. No tenemos ningún banco cerca.

Ya. ¿Y luego?

Luego irá a ver al hombre que vende la tierra con sus tres testigos, irán todos a su casa y ella le dará el dinero.

¿Y luego?

Luego los dos firmarán el contrato y entonces la tierra será nuestra.

Tres horas esperan Richard y Karon sentados en un café a que una mujer mayor de una aldea de Ghana encuentre a alguien que la lleve hasta Mim, luego en Mim consiga una plaza en un taxi compartido hacia Tapa y luego en Tapa dé con la tienda en la que, tras decir un número de cinco cifras, le entregarán doce mil cedis ghaneses. De modo que la mujer de la melena revuelta en realidad no ha lanzado el dinero a través de la rendija del suelo de linóleo a un refugio antiaéreo, sino directamente a Ghana por el camino más corto a través de la arqueada corteza terrestre. Richard recuerda un artículo que leyó sobre el llamado modelo del «agujero de gusano», según el cual un gusano que avance comiendo a través de una manzana alcanzará un determinado punto de la superficie de la fruta mucho antes que un gusano que se dedique a rodear su perímetro.

¿Qué te apetece tomar?

No lo sé, dice Karon, nunca he estado en un café.

¿Que nunca has estado en un café?

No, dice Karon. Una vez, en Italia, entré en un restaurante porque tenía que esperar, me trajeron una carta pero todavía no sabía leer italiano, así que me levanté y me fui.

Primero la tienda de Tapa está cerrada, pero luego hay otra tienda donde primero no hay nadie, pero luego sí, y al fin, cuando todo ha funcionado, Karon le alcanza a Richard el teléfono y Richard dice: Hello, y una mujer mayor que está en Ghana dice: How are you!

Es lo único que sabe decir mi madre en inglés, dice Karon. Está muy contenta y te quería dar las gracias personalmente.

Por la noche, Richard recibe una fotografía del nuevo contrato de compra. Dice que Karon es ahora el propietario de una parcela de tierra en Ghana. Su

madre ha firmado la transferencia de la propiedad con la huella del pulgar en nombre de su hijo primogénito. Desde esta mañana, cuando Richard se ha metido el dinero en el bolsillo interior del abrigo y se ha subido al suburbano, hasta que su amigo Karon es propietario de una parcela de tierra que asegurará la subsistencia de su familia, no han pasado más de catorce horas.

Por la mañana, Karon manda un sms: Hi richard. i just want to see how are you doing, richard. I don't no how to thanks you. only God no my heart but anyway wat I can say is may God protect you. always Good morning. karon

Siempre buenos días, piensa Richard, qué más se le puede desear a alguien.

48

Y ahora Richard pone al fin rumbo a la ciudad para ver qué se cuece en Friedrichshain. Ya hace una semana que la planta superior y la azotea del centro están ocupadas por los refugiados, hasta el momento no se ha permitido el acceso a ninguna organización humanitaria para proporcionarles alimentos y bebidas. Hay muchos simpatizantes, personas blancas y de color, jóvenes y viejos, mujeres y hombres. De momento, Richard no ve a nadie que cante, baile o pronuncie plegarias. Algunos dan saltitos sobre una y otra pierna, pero no por diversión, sino porque tienen frío. Tristán, Yaya, Moussa y Apolo, también Khalil, Mohamed, Zaír y el larguirucho Ithemba se calientan las manos alrededor de un bidón junto a la línea de delimitación establecida por la policía. Sobre la azotea no se ve a nadie. Los agentes están apostados frente a las rejas con las que han acordonado la calle, por el estrecho espacio restante de la acera pasan los transeúntes maldiciendo por lo bajo, quién sabe si contra los refugiados responsables de las molestias o contra el exagerado despliegue policial. Sí, dice Zaír, la red telefónica vuelve a funcionar, pero desde ayer los encerrados están sin batería porque no tienen electricidad para cargarlas. ¿O sea que no tenéis ningún contacto con ellos? No. Y muy pronto no les quedará nada para beber porque les han cerrado el agua, dice Tristán. La situación, piensa Richard, es parecida a lo que ocurre en uno de esos botes en los que los hombres llegaron desde Libia. Solo que desde un edificio no puedes lanzar ninguna botella de plástico para beber, al

menos, agua de mar. Richard se queda un rato junto al fuego del bidón. Pero entonces ve a Rufu.

Rufu, la Luna de Wismar, está sentado en un banco del que ni siquiera han quitado la nieve húmeda. Hasta el propio Rufu está nevado, los copos se le han quedado depositados en el pelo y en el abrigo. Entre eso y su inmovilidad, parece una estatua.

Rufu, ¿qué tal estás? Come stai, Rufu?

Rufu intenta levantar la cabeza para mirar a Richard, pero no lo consigue.

Richard se agacha y le sacude la nieve de encima, pero Rufu mantiene la mirada fija hacia delante y murmura algo tan bajito que Richard no puede entenderle.

¿Qué? ¿Cómo dices?

Tutto è finito, dice Rufu. Tutto è finito.

No, Rufu, nada de eso, dice Richard, no ha terminado todo. Todo se arreglará, ya lo verás.

Rufu dice algo, pero en una lengua extraña que Richard no comprende.

¿Quieres venir conmigo, Rufu?

Mirada fija hacia delante. Silencio.

A leer a Dante, el segundo volumen, ¿qué te parece?

Mirada fija hacia delante. Silencio.

Te cocinaré algo. ¡Comeremos juntos!

Sí, dice Rufu al fin.

Lo ves, todo se arreglará.

Richard intenta ayudarlo a levantarse. Rufu pone un pie delante del otro con cuidado, como un anciano, tratando de avanzar apoyado en Richard, que lo coge del brazo.

¡La estación del metro está ahí enfrente!

Rufu se esfuerza por mirar hacia delante, pero cuando comprende que no puede subirse al coche de Richard, sino que tiene que viajar en metro, meneaba la cabeza y se queda quieto.

¿Es demasiado para ti? ¿Prefieres quedarte aquí?

Sí.

Richard acompaña de nuevo al banco a ese anciano de veinticuatro años.

Rufu, ¿estás tomando algún medicamento?

Muy lentamente, Rufu se mete la mano en el bolsillo del pantalón y saca un recorte de papel que envuelve una pastilla amarilla.

¿Qué medicamento es?

Non lo so.

¿Cómo que no lo sabes?

Mirada fija hacia delante. Silencio.

Rufu, no tomes más esas pastillas. ¿Me oyes?

Sí.

Mañana por la mañana vendré al centro para que me enseñes la caja. ¿Me has entendido?

Rufu asiente.

¿Tus amigos se ocupan de ti?

Sí.

Richard vuelve con los otros y les pregunta por Rufu.

No queríamos dejarlo solo en el centro, está muy mal.

¿Os lo llevaréis de vuelta?

Ma si, certo.

Rufu ha seguido las indicaciones del doctor Richard y no ha vuelto a tomar la pastilla amarilla que llevaba en el bolsillo. Al día siguiente ya se le ve algo más despierto, puede mover mejor la cabeza, mirar a Richard y decir «buongiorno». Richard se anota el nombre del medicamento, estampado en la caja. El prospecto ya no está.

Una vez en casa, lee en internet los efectos secundarios de las pastillas: «Trastorno de la voz, obstrucción de las vías respiratorias, dificultad para hablar, dificultad para tragar, tos con esputo, infección pulmonar provocada por la aspiración de alimentos.» ¿Por qué justo en ese momento a Richard le acude a la cabeza la cantata de Bach? A lo mejor porque Yusuf, el futuro ingeniero enloquecido, gritó «¡Ya tengo suficiente!» frente al centro de refugiados de Spandau. ¡Ay, si de las cadenas de mi cuerpo / me librara el Señor! / ¡Ay! Si fuera ahora mi adiós, / con alegría, mundo, te diría: / ¡Tengo suficiente! «Infección vírica, infección de oídos, conjuntivitis, infección gástrica, infección sinusal, infección de la vejiga, infección subcutánea,

conducción eléctrica anómala del corazón.» *¡Cerraos, cansados párpados, / caed suaves y felices! / Mundo, no me quedo más aquí, / nada tengo de ti / que pueda servir a mi alma.* «Caída de la tensión arterial al levantarse, tensión arterial baja, sensación de mareo tras cambiar la posición corporal, frecuencia cardíaca aumentada o disminuida, estado de confusión, falta de energía, debilidad muscular, dolor muscular, dolor de oídos, dolor de cuello, cambios de comportamiento.» *Aquí debo padecer miseria, / pero allá, allá gozaré / de dulce paz y tranquilo reposo.* «Molestias en el pecho, inflamación cutánea, alteración de la marcha, disminución del apetito, trastorno del equilibrio, alteración del habla, escalofríos, coordinación anómala, hipersensibilidad dolorosa a la luz.» *¡Dios mío! ¿Cuándo llegará el bello ahora, / para que me vaya en paz / y descanse en la arena de la fresca tierra, / y allá contigo en tu seno? / Ya me he despedido, / ¡mundo, buenas noches!* «Entumecimiento de la cara, los brazos o las piernas, habla confusa, ictus, movimientos involuntarios de la cara, los brazos o las piernas, zumbidos en los oídos, debilidad, pérdida de conciencia.» *Me alegrará mi muerte, / ¡ah, si ya hubiera sido! / Entonces escaparé de todas las angustias / que aún me atan en el mundo.*³

¿Qué había dicho el nevado Rufu?

Tutto è finito.

Aunque le repugna hacerlo, al final Richard llama a Jörg, el bigotudo marido de Monika, que es psiquiatra.

En realidad, ese medicamento solo se lo prescribimos a personas mayores con manía o hiperactividad, que atacan a sus compañeros de la residencia o no dejan dormir a los demás por la noche.

Pero siempre ha sido un tipo de lo más tranquilo, dice Richard.

A lo mejor tiene brotes.

En cualquier caso, esas pastillas son un auténtico veneno.

Pero sigue tomándolas, ¿no?

Bueno...

¡Cómo! ¿Has hecho que dejara de tomárselas? ¿De un día para otro? Eso no es buena idea.

Richard dice esto, explica aquello y lo de más allá.

Ah, vale, dice de pronto Jörg, se trata de un negro, ya veo.

¿Y qué?

Bueno, dice Jörg, entonces es muy sencillo: ¡esos tipos todavía creen en el curandero! ¡Baila un rato en círculo a su alrededor y pronto se pondrá bien!

Y empieza a reír a carcajadas.

¿Cuántas veces se habrá ido Richard de vacaciones con Jörg y Monika? En tiempos de la RDA siempre iban a Hungría, luego también a Francia y a España. ¿Cuántas veces ha bebido vino con ellos, ha puesto verde a algún gobierno, ha salido a pasear, ha visitado algún museo? Un médico puede tratar de servir a la humanidad en general, pero por supuesto también es libre de dirigir ese servicio solo a una parte de esa humanidad. Por ejemplo, en Viena, hace unos doscientos años, un tal doctor Thaler despellejó a Solimán, natural de Nigeria, con la más distinguida autorización del emperador Francisco, despellejó al hombre que había salvado en una batalla al príncipe de Lobkowitz, un negro de apellido Solimán, despellejó al tutor del heredero del Principado de Liechtenstein, un negro de apellido Solimán, despellejó al francmasón de la logia «Zur wahren Eintracht», un africano de apellido Solimán, despellejó, por así decirlo, al hermano de los francmasones Mozart y Schikaneder, al fiador del científico Ignaz von Born, empeñado en incorporarse a la logia, un subsahariano de apellido Solimán, despellejó a un vienés casado que hablaba seis lenguas con fluidez, cuya hija se casaría más tarde con el barón de Feuchtersleben y cuyo nieto Eduard destacó a principios del siglo XIX como poeta, despellejó, así pues, a un distinguido caballero de la sociedad vienesa que tiempo atrás había sido un niño africano, de apellido Solimán, despellejó a un ser humano que, al principio de su vida, había sido intercambiado por un caballo en el mercado de esclavos para ser vendido más tarde en Mesina, de apellido Solimán, en resumen: despellejó a un exesclavo de raza inferior, de apellido Solimán. Luego curtió la piel, la extendió sobre un maniquí de madera y, desoyendo la petición de la hija, que le rogó que se la entregara «para poder dar debida sepultura» a su padre, desoyendo pues ese ruego filial, metió al padre disecado en una vitrina y lo expuso, para ilustración del público vienés, en el gabinete de las maravillas de la cuarta planta del Museo Imperial de Historia Natural. El taparrabos de

plumas con el que se atavió al negro procedía de unos indios sudamericanos, un detalle científicamente poco riguroso pero que contribuyó enormemente a darle al espécimen un aspecto de lo más exótico.

Por un momento, Richard se imagina que en el Museo Egipcio de El Cairo se expusiera en una vitrina, por ejemplo, al arqueólogo Heinrich Schliemann disecado y ataviado con un traje de luces español o un traje típico mongol de piel de oveja y seda. Menudos bárbaros, podría pensar alguien de los egipcios, y con todo el derecho. En Viena, el «noble salvaje» fue sacado de su vitrina en algún momento, pero no para enterrarlo, sino sencillamente para dejarlo abandonado en el almacén, donde se llenó de polvo y permaneció casi olvidado hasta que al fin, durante la revolución burguesa de 1848, un incendio se compadeció de sus restos mortales.

«Si hay pájaros negros, ¿por qué no puede haber también hombres negros?» Richard siempre ha pensado que ese pasaje de *La flauta mágica* expresa todo lo que se puede decir sobre las diferencias entre los colores de la piel. Y no le sorprende en absoluto que una conversación sobre un paciente de Níger revele a quién puede considerar amigo y a quién no en esa Alemania.

Rufu no tiene tarjeta de la seguridad social italiana, ya que su *permesso* expiró y hace tiempo que está demasiado enfermo para viajar a Italia a renovarlo.

Rufu tampoco tiene tarjeta de la seguridad social alemana, ya que en Alemania no se le permite ser solicitante de asilo. Para tratar el dolor agudo, los servicios sociales podrían aprobar una solicitud, pero para ello el paciente tendría que presentarla y además demostrar que le duele algo. Richard no le pregunta a Rufu si ha acudido a los servicios sociales, ha presentado una solicitud y ha demostrado que no se encuentra bien.

Yo pago la visita, dice Richard.

De acuerdo, dice el joven médico asistente de la consulta psiquiátrica cercana a la antigua facultad de Richard.

Gracias, dice Richard.

¿Le duele algo?, le pregunta ahora a Rufu el psiquiatra.

Richard traduce.

Rufu asiente.

¿Qué le duele exactamente?

Rufu se señala la cabeza, las sienes, los oídos, la mandíbula.

¿Puede abrir bien la boca?

No.

¿Por qué no?

Rufu señala el interior de su cavidad bucal, entre los dientes.

¿Me permite?, dice el médico, e introduce un espejito. Ilumina la oscura cavidad a través de la abertura y luego dice: Hay una caries enorme en una muela del lado derecho.

¿Una caries?

Sí, una caries.

Rufu pasó la Nochebuena en el ala psiquiátrica cerrada de un hospital berlinés y, junto con el alta, recibió un medicamento que, según Richard, casi acaba con él, y ahora resulta que el motivo de todo a lo mejor no era sino una simple caries en una muela.

Como sucede tan a menudo, la consulta pone de manifiesto que todo consiste en hacer las preguntas adecuadas.

No hay duda de que Rufu no ha ido nunca al dentista, a lo mejor ni siquiera sabe que la humanidad ha inventado a los dentistas, pero se sienta con cautela en la silla de la clínica odontológica de la que Richard es paciente y el dentista tarda pocos minutos en empastarle la caries.

Todas las personas que han venido a verme con una caries de ese tamaño, dice el dentista, creían que iban a desmayarse de dolor. Es un dolor tan horroroso que no se puede localizar, lo que a menudo dificulta el diagnóstico.

¿Cuánto le debo?, dice Richard.

Nada, déjelo, dice el dentista.

¿Adónde ha ido Osarobo?

Yo voy, tú vas, él va.

Hace más de una semana que Richard trata de localizarlo por teléfono. «En estos momentos, el número marcado no está disponible.» Ninguno de los hombres le ha sabido decir dónde se ha metido el muchacho desde el viernes pasado. De modo que Richard llama inmediatamente al recibir el mensaje de Osarobo: «Hi.»

¿Dónde te habías metido?

En casa de un friend.

¿Qué friend?

Un tipo de Costa de Marfil.

¿De qué lo conoces?

Habló conmigo en la Oranienplatz.

Ya.

He's got papers.

Okay.

Do you have work for me?

No, dice Richard. En invierno ni siquiera puede ofrecerle recoger las hojas.

I need work, dice Osarobo.

Lo sé, dice Richard, pero en este momento es difícil.

Okay.

Osarobo se aprendió el camino desde el edificio de ladrillo hasta la casa de Richard y entonces lo trasladaron a Spandau. Se ha aprendido el camino de Spandau a la casa de Richard en el suburbano, y resulta que ahora se aloja en casa de un amigo de Costa de Marfil en el distrito de Reinickendorf. Empezaron hace unos meses con la escala de do mayor. Cuando practicaban el bajo para un blues sencillo, llegó el traslado a Spandau. Luego repitieron la escala de do mayor, y repitieron el bajo para un blues sencillo, y luego, a principios de enero, llegó la primera lista de expulsión, en la que figuraba el nombre de Osarobo. Ahora, con suerte, volverán a empezar con la escala de do mayor y el bajo para un blues sencillo.

El tiempo afecta a las personas porque las personas no son una máquina que se pueda encender y apagar. El tiempo durante el cual una persona no sabe cómo su vida puede llegar a ser una vida es un tiempo que llena a ese ser inactivo de la cabeza a los pies.

Por la mañana, Richard recibe una invitación para participar en un simposio en Frankfurt. Le ofrecen dar una ponencia sobre el tema «La razón como materia ardiente en la obra del estoico Séneca». Al ver que el simposio tendrá lugar al cabo de solo dos semanas, Richard deduce que se lo han propuesto a él porque otro ponente ha cancelado su participación inesperadamente. Escribió dos libros sobre Séneca cuando aún estaba en la facultad, por lo que redactar la ponencia no le costará mucho trabajo. Sin embargo, de momento deja la carta a un lado y baja al embarcadero a contemplar el lago.

El lago está completamente congelado. Como no ha vuelto a nevar desde la última helada, la superficie del agua está translúcida como un cristal negro. Ve algunas cañas, hojas y algas atrapadas en el hielo, y en el fondo, donde el agua sigue siendo líquida, incluso un pez de gran tamaño nadando con parsimonia. Ha cruzado muchas veces el lago helado con Detlef y Sylvia, pero este año ninguno de ellos ha propuesto el paseo. A lo mejor al ahogado le daba por ponerse a gritar desde ahí abajo y ellos lo veían debajo de sus pies, con la boca abierta, palpando la capa de hielo a la búsqueda de un agujero, pero seguro que, antes de que les diera tiempo de ir a por un hacha, el hombre ya se habría hundido de nuevo.

¿Quieres volver a venir a tocar el piano?, le pregunta ahora a Osarobo.

Okay, dice él.

¿Qué tal mañana?

No problem.

Tras colgar el teléfono, Richard manda su confirmación de asistencia a Frankfurt y por un momento se imagina a sus antiguos colegas dentro de dos semanas sentados en una gran sala, dando conferencias, escuchándose unos a otros o discutiendo, como también él dará su ponencia, escuchará a los demás y discutirá con ellos, seis ponencias en un día, él será el segundo, durante el descanso se ofrecerá en el vestíbulo café en unos grandes termos, zumo de naranja, agua mineral y unas galletitas.

¿Es esa su vida?

¿Ha sido su vida alguna vez?

Hace veinticinco años, gracias a la llamada «reunificación», ascendió de pronto al rango de un alemán occidental y entró a formar parte del círculo de los iniciados, incluso ahora siguen invitándolo cuando les falla alguien. Retirarse de ese mundo es un proceso mucho más imperceptible que entrar en él, pero llegará el día en que una de esas invitaciones será la última de su vida de académico. ¿Cuál de ellas será? Eso, por suerte, solo se sabrá con posterioridad, cuando él ya no pueda enterarse de nada.

Aún conocerá a algunos de los colegas que participarán en el simposio de Frankfurt, a lo mejor incluso coincide con el especialista en Tácito con el que mantuvo una interesante conversación durante un congreso a principios del año pasado. Pero por la noche, cuando todos salgan juntos a cenar –los listos, los excéntricos, los ambiciosos, los tímidos, los aburridos, los obsesivos y los vanidosos–, él ya se habrá subido al tren de vuelta a Berlín y no se lamentará de ello. Y cuando los demás apoyen la cabeza en la almohada de la habitación individual de un hotel de Frankfurt, él atravesará la oscuridad entre los árboles para llegar a su casa. Y cuando los demás aparezcan con su segunda camisa bien planchada durante el segundo día del simposio, él estará contemplando el lago.

¿De qué vives ahora?, le pregunta Richard a Osarobo al día siguiente.

Osarobo se encoge de hombros.

A veces, dice, ayudo a embalar paquetes.

¿En Correos?

No, paquetes que se mandan a África.

¿Para una organización humanitaria?

Sí, algo así.

¿Te pagan?

Veinte euros al día.

¿Por cuántas horas?

Todo el día.

¿Y cuántos días a la semana?

La semana pasada fui un día. Y a lo mejor vuelvo dentro de una o dos semanas.

Ya.

En la Oranienplatz, de vez en cuando venía alguien a ofrecernos trabajo. Pero ahora ya no nos encuentra nadie.

«We become visible», piensa Richard.

En marzo quiero ir a Italia.

¿Adónde?

Osarobo se encoge de hombros.

¿Ahí sí tienes trabajo?

Osarobo se encoge de hombros.

Así pues, les quedan nada más que seis u ocho semanas de lecciones de piano hasta que Osarobo se vaya, piensa Richard mientras nota cómo vuelve a invadirlo el pánico. A lo mejor hasta entonces podría enseñarle unas cuantas composiciones para que pueda sacarse algo de dinero en la calle con el piano enrollable.

Cuando Markus, el hijo de Detlef y Marion, tenía quince años, su padrastro le preguntó la tabla periódica durante la cena, cuando tenía dieciséis, Detlef le consiguió unas prácticas en una empresa de ingeniería, y cuando estudiaba para los exámenes de acceso a la universidad, Marion le preparaba muesli con manzana recién rallada para que pudiera concentrarse mejor. Ahora Markus construye puentes en China.

Con quince años, Osarobo vio cómo mataban a golpes a su padre y a sus amigos.

Y ahora, desde hace tres años, ve cómo el mundo no lo necesita para nada.

¿Te acuerdas de la escala de do mayor?, pregunta Richard.

Al principio, Richard solo tenía intención de reformular lo que ya había dicho sobre Séneca en sus dos libros, pero apenas ha empezado a hojear el diálogo del filósofo *Sobre la tranquilidad del alma* le acuden nuevas ideas a la cabeza y revive la felicidad que siempre le ha producido su trabajo. Ya verán sus colegas, ya, a qué cabeza tan bien amueblada han jubilado. Que la razón es en efecto una materia ardiente, como supuso por primera vez Diógenes, es algo que se observa muy bien en cómo a lo largo de los siglos

los pensadores adoptan las reflexiones de otros pensadores y tratan de añadirles las suyas propias, manteniéndolas así con vida. O como lee Richard en Séneca: «Piensa que ese a quien llamas tu esclavo nació de tu misma semilla, goza del mismo cielo, respira el mismo aire, vive y muere igual que tú.» O como lee Séneca en Platón: «No hay rey que no provenga de esclavos, ni esclavo que no provenga de reyes. Una larga variación ha mezclado todas estas cosas, y de arriba abajo las ha movido la fortuna.» Y también en Ovidio, al final de *Las metamorfosis*, se encuentran los mismos pensamientos que en Empédocles: «Y la apariencia suya a cada uno tampoco le permanece y, de las cosas renovadora, desde unas rehace la naturaleza otras figuras, y no parece cosa alguna, a mí creed, en todo el mundo, sino que varía y su faz renueva, y nacer se llama a empezar a ser otra cosa de la que fue antes, y morir a acabar aquello mismo.»⁴ A él mismo, aunque también a sus amigos Detlef y Sylvia, o a Andreas, el lector de Hölderlin, siempre les ha parecido obvia la idea del movimiento perpetuo, de la fugacidad de todos los ordenamientos humanos y de la reversibilidad esencial de todas las relaciones; a lo mejor se debe a su infancia de posguerra, o quizá también al hecho de haber presenciado la agonía del sistema socialista, en el que vivieron la mayor parte de su vida y que se derrumbó en cuestión de pocas semanas.

¿Será la prolongada paz la culpable de que haya una nueva generación de políticos que parece creer que hemos llegado al fin de la Historia, que es posible impedir todo cambio mediante la violencia? ¿O acaso la enorme lejanía física de las guerras de los demás ha llevado a que los que no sufren sus consecuencias padezcan deficiencia de experiencia, del mismo modo que otras personas padecen deficiencia de hierro? La paz, que la humanidad ha anhelado en todas las épocas y que hasta ahora se ha alcanzado en muy pocas zonas del mundo, ¿termina no solo no compartiéndose con los que buscan refugio, sino que se defiende con tal agresividad que, al final, resulta enormemente parecida a la guerra?

¿A lo mejor puede compararse el camino de la razón con el que han recorrido los refugiados? ¿Cómo llegaste a Libia?, le pregunta Richard a Ithemba, que se calienta las manos junto a él en el fuego del bidón. Cruzando

la frontera argelina, tres días a pie a través de un desierto de piedra. Algunos se echaban en el suelo y adiós, sencillamente no podían más. Los dejás atrás. Continúas. ¿Qué vas a hacer? No puedes ayudarlos. Y todo te pesa, dice, tiras la camisa ¡así!, dice, describiendo un gesto amplio con los brazos, tiras los zapatos ¡así! E imita cómo él mismo se deshizo de su único par de zapatos en el tórrido desierto de piedra de la frontera que separa Argelia de Libia. Todo te pesa, andas tres días y lo único que necesitas a toda costa es una garrafa de agua. Richard levanta la vista hacia la azotea del centro de refugiados, donde ahora mismo solo se ve a un hombre apoyado en una chimenea. ¿Atravesó también ese hombre el desierto de piedra? Hace ya trece días que los hombres se atrincheraron en el edificio para reclamar lo que se les prometió en el «acuerdo»: asistencia y acompañamiento en el desarrollo de las perspectivas laborales, etcétera. Richard contempla al hombre que se yergue en lo alto de la azotea, por encima de la ciudad, y piensa en el muerto que hay debajo del lago, y de pronto la espera le parece un paréntesis que encierra todo lo que sucede a ras de tierra.

A lo mejor también puede compararse el recuerdo con lo que esos hombres han dejado atrás, piensa Richard. ¿Cómo se entierran los muertos en el desierto?, le pregunta a Apolo. Es la pregunta que quedó sin responder la vez que se disparó la alarma. Apartas la arena en lo alto de una duna, abres un canal y metes al muerto dentro. Rezas. ¿Qué rezas? Apolo y Richard se apartan un poco hacia la entrada de coches de una casa, donde quedan resguardados del viento y la nieve, Apolo junta las manos, agacha la mirada y empieza a recitar la oración de los muertos. Bajo sus pies, una rejilla en la que puede leerse todavía la conocida inscripción alemana de los refugios antiaéreos: «Mannesmann Luftschutz». ¿Y luego? Luego vuelves a colocar la arena en su sitio, encima del muerto. ¿Se marca la tumba de alguna manera? No, pero te acuerdas del lugar para siempre.

¿A lo mejor lo que han pasado esos hombres dice algo también acerca del poder y la impotencia? Le pregunta a Khalil, que atiza el fuego con un palo, cómo fue su viaje a través del mar. Khalil dice: Tenía mucho miedo del agua, por eso me quedé bajo cubierta. Un amigo mío que permaneció arriba quedó

abrasado por el sol. Se murió de sed. Richard recuerda que en el bote de Rashid, en cambio, los que se quedaron bajo cubierta no tuvieron ni la más mínima posibilidad de salvarse al volcar la embarcación. Todo quedó inundado enseguida, contó Rashid el día de Nochebuena. Richard observa cómo los policías hacen el cambio de guardia; por unos minutos, no son cien hombres, sino doscientos.

A la mañana siguiente, cuando se dispone a incorporar a su ponencia las notas que ha tomado frente al edificio ocupado, Richard se entera de que el gobierno del *land* ha declarado retrospectivamente nulo el acuerdo con los refugiados. Se ha consultado a un jurista de Constanza. Por desgracia, ¡por desgracia!, en el documento falta una firma decisiva. Richard sabe que diversas organizaciones humanitarias internacionales han protestado por el modo de proceder del gobierno regional de Berlín con respecto a los refugiados atrincherados en la planta superior del centro, y puede imaginarse que el dictamen del remoto jurista está relacionado con estas críticas. Cuando un acuerdo no es vinculante, incumplirlo no proporciona ningún motivo legítimo para las quejas. Así pues, con unas pocas letras estampadas en una carta procedente de Constanza, se declara nulo todo aquello por lo que los refugiados han esperado durante meses, justo ahora, cuando debía cumplirse lo estipulado.

Más tarde, Richard ve en la televisión cómo Rashid y algunos otros, que han reaccionado a la noticia tratando de construir un iglú en la nieve de la Oranienplatz para romper a su vez su parte del trato, son detenidos por la policía. La violencia con la que se desarrollan los hechos, piensa Richard, hunde sus raíces en la endogamia que se produce entre las leyes y su interpretación, es decir, en el fondo, en nada más que un poco de tinta en un pedazo de papel. Dadas las circunstancias, Richard espera su primera consulta con el abogado de Ithemba, fijada para mañana, con especial curiosidad.

sobre tres columnas: la filosofía griega, el derecho romano y la religión judeocristiana. El abogado del larguirucho Ithemba está muy orgulloso de su derecho romano. De hecho, cuando se levanta a buscar el expediente de Ithemba, Richard observa que lleva puesta una levita, una pieza de museo cuyos faldones ya están algo grisáceos pero ondean con gracia al albur de un viento cuyo origen, dentro de ese despacho oscuro y asfixiante, es un misterio. En Alemania la gente come papel, dice el abogado, y empieza a reírse para sus adentros mientras vuelve a tomar asiento y se recoloca los mangotes. La gente come papel, repite, ya sin apenas poder contener la carcajada. La gente come papel, ¡en Alemania come papel!, explota con lágrimas en los ojos de la risa. Mira a Richard e Ithemba con aire expectante, pero Ithemba no le devuelve la risa porque no entiende lo que dice su abogado, y Richard se pregunta si el hombre hace referencia a lo que Ithemba le ha dicho a Richard hace unos instantes en la sala de espera, entre vietnamitas, rumanos y otros africanos, sentado en una silla plegable con vistas a los innumerables expedientes apilados en el armario de la secretaria: El papel no se come. Pero ¿cómo puede haber oído el abogado esa frase a través de la puerta de dos hojas que da entrada a su despacho? Ya tengo setenta y dos años, dice ahora, y de pronto se parece a un búho, ¡setenta y dos!, y de nuevo empieza a reírse para sus adentros, como si ahora se dedicara a hacerles jugarretas a las autoridades, podría haberse jubilado hace tiempo, pero en lugar de eso se dedica a presentar recursos contra el hecho de que los servicios sociales le paguen a un demandante de asilo solo doscientos ochenta euros, en lugar de los trescientos sesenta y dos habituales, o contra el hecho de que el departamento de extranjería retenga los papeles italianos de los refugiados africanos para obligarles a salir del país, únicamente cuando hayan presentado el billete probatorio se les devolverán los documentos en la correspondiente estación fronteriza: ¡No pueden retenerlos! ¡Son documentos italianos! Y también le desagrade sobremanera que precisamente la capital, Berlín, a diferencia de otras ciudades alemanas, mande a las familias gitanas serbias con hijos pequeños de vuelta a los gélidos barrios de chabolas de Belgrado sin concederles siquiera la prórroga invernal, habitual en otras partes. En fin, eso ya es harina de otro costal. ¡Mandan a los niños de vuelta!, se ve obligado a repetir a pesar de todo, ¡a los niños! El único que reparte

consuelo urbi et orbi, añade, es el nuevo Papa, que por algo se llama Francisco: «Donde hay misericordia y discreción, no hay superfluidad ni endurecimiento.» Y de San Francisco, el abogado pasa a los antiguos romanos: «Tunc tua res agitur paries cum proximus ardet», qué satisfacción la suya cuando Richard asiente en señal de conformidad y murmura al momento la traducción literal: ahora te toca a ti, cuando la pared de tu vecino está ardiendo.

El larguirucho Ithemba, mientras tanto, observa la escena inmóvil y en silencio, no entiende ni una palabra de lo que dicen esos dos hombres mayores, no sabe por qué se ríen, solo le queda esperar sentado para saber si hay algo que hacer o que considerar en su caso. Richard adivina el temor que le producen los innumerables expedientes esparcidos por el estante y encima de las mesas, por eso está tan callado. De las bocas de los expedientes sobresalen como lenguas cientos de etiquetas adhesivas de colores, que a su vez hacen referencia a cientos de circunstancias particulares que decidirán existencias. A veces Richard le ha oído decir a Ithemba que tenía una cita en «los servicios», refiriéndose a los servicios sociales, o en «extranjeros», refiriéndose al departamento de extranjería, pero ha tardado en comprender que la sola mención de esas citas era la expresión de un enorme terror. Ithemba, a quien ninguna patrulla militar se atrevió a detener en la frontera libia, que caminó tres días bajo un calor asfixiante a través de un desierto de piedra, que nada más llegar a Lampedusa exigió ser devuelto de inmediato a Libia, aunque eso, por desgracia, los italianos no se lo podían conceder, Ithemba, que tiene un ojo de cristal y mide metro noventa de altura, siente pavor ante unas cuantas letras estampadas sobre papel oficial, en la esquina superior derecha la Puerta de Brandeburgo como membrete de Berlín, en la esquina inferior izquierda un sello con un águila.

Y ya puede dar gracias de no entender lo que le comunican los papeles que va recibiendo:

«La notificación de datos falsos puede comportar la no concesión del título de residencia solicitado, la denegación del período de tolerancia o la expulsión.

»Tras las disposiciones legales necesarias para las prestaciones concedidas,

queda usted obligado a comunicar sin dilación alguna cualquier cambio en las circunstancias que afectan a la prestación.

»Cabe subrayar que el susodicho certificado no supone prolongación alguna de su plazo de salida voluntaria. Significando ello que, si concurrieran los requisitos exigidos, usted podrá ser expulsado en cualquier momento, incluso antes de la cita previa indicada anteriormente. En caso de no satisfacer su salida voluntaria, según el artículo 82, párrafo cuarto, página 1 de la Ley de Residencia alemana, se le podrá requerir que se presente ante las autoridades de Extranjería. En caso de no cumplir con dicho requerimiento sin justificación pertinente, podrá ser obligado a presentarse por la fuerza.»

Mientras el abogado hojea el expediente, marca algún pasaje aquí y allá, añade más etiquetas adhesivas de color amarillo, verde y rosa, recita cartas en un tiempo récord a su dictáfono dirigidas a diversas administraciones, Richard e Ithemba esperan sentados uno al lado del otro. ¡Un hijo alemán!, exclama de pronto el abogado, ¡eso sería lo único que podría servir de algo! ¡Un hijo alemán! ¿Acaso no ve que tiene ante sí a dos hombres, uno de ellos, además, de una edad considerable? Luego continúa hojeando, y dicta: Distinguido colega, le ruego tenga en cuenta, reciba mi más cordial saludo, etcétera.

Pero que le concedieran un período de tolerancia, por ejemplo, sería positivo, ¿no?, pregunta Richard aprovechando que el abogado suelta por un momento el dictáfono. Según ha oído decir, en ese caso los refugiados al menos podrían empezar a buscar trabajo a los nueve meses, ¿no es así?

¡A los nueve meses!, repite el abogado, y vuelve a soltar una carcajada.

No, dice Richard, ahora me refería al período de tolerancia.

Ya, ya, dice el abogado, hojea aquí, hojea allá, pero no responde.

Quería decir que entonces podrían buscar trabajo, repite Richard.

Buscarlo sí, dice el abogado. Hojea aquí, hojea allá.

¿Pero?, pregunta Richard.

¿Ha oído hablar alguna vez del principio de prioridad?, dice el abogado, que deja de hojear el expediente abruptamente, levanta los ojos y mira por un momento a Richard a través de los gruesos cristales de sus gafas. No hay duda, parece un búho.

No, dice Richard.

Bien, pues el principio de prioridad establece que únicamente en el caso de que ningún alemán ni ningún europeo quieran el puesto de trabajo, únicamente en ese caso podría tener una oportunidad, por ejemplo, este señor –el búho consulta el expediente–, el señor Awad.

Bueno, dice Richard, algo es algo.

Sí, pero para que pueda postularse, todavía falta que el departamento de extranjería le dé su consentimiento para ese puesto en concreto.

Pero, llegado el caso, se lo daría, ¿no?, dice Richard.

No tan rápido, dice el abogado.

¿Qué quiere decir?, pregunta Richard.

Luego, el departamento de extranjería manda la solicitud a la oficina de empleo para que esta compruebe la prioridad. Esta comprobación puede alargarse. ¿Por qué? No lo sabe nadie. Si por fin llega la respuesta de la oficina de trabajo, el departamento de extranjería hace sus propias comprobaciones. La cosa puede durar tres meses, incluso cuatro. Y la respuesta final no siempre es positiva.

¿Por qué no?

Eso pregúnteselo a las damas y caballeros del departamento de extranjería.

El larguirucho Ithemba permanece inmóvil, en silencio, mirando hacia delante mientras esos dos hombres de avanzada edad deliberan sobre sus perspectivas. Como tiene un ojo de cristal, piensa Richard, no debe de ver las pilas de expedientes amontonados en tres dimensiones.

Y tras todo este proceso, aun cuando el departamento dé su consentimiento, dice el abogado, el puesto tiene que seguir vacante, cosa que exige un empleador muy paciente.

Comprendo, dice Richard.

Richard observa que las ventanas de madera del bufete están visiblemente desgastadas por el calor y la humedad de los últimos cien años. La pintura de las paredes está amarillenta en toda su altura de cuatro metros veinte, el suelo está revestido con un sencillo linóleo. Cuando Richard llamó no hace mucho para preguntar si tenía que pagar dos mensualidades de Ithemba por adelantado, la secretaria le dijo: Bah, déjelo, pague una y ya está. Una mensualidad son cincuenta euros, durante nueve meses da un total de

cuatrocientos cincuenta euros, los honorarios mínimos para procedimientos de asilo, según la ley alemana de honorarios de abogados. La ética profesional de este abogado salta a la vista al mirar el estado del despacho, tiene poco que ver con conceptos como cubrir gastos o tener beneficios.

Pero, dice Richard, ¿no existe la categoría de «profesiones para las que escasean profesionales»? Le ha prometido a Rashid, el herrero, que se lo preguntaría al abogado. Ha leído en internet que para ciertos trabajadores cualificados que escasean en Alemania es posible la contratación inmediata en caso de concesión del «período de tolerancia».

Sí, dice el abogado, pero para ello el departamento de extranjería exige que el interesado pruebe su identidad solicitando un documento de identidad, o cuando menos una partida de nacimiento, a su país de origen.

¿Y entonces?, pregunta Richard.

Puede ser que le den el documento de identidad.

Eso sería bueno, ¿no?, pregunta Richard.

Sí, siempre que no se dé un póquer bilateral.

¿Y qué es un póquer bilateral?, pregunta Richard, y oye cómo el larguirucho Ithemba se hace crujir los nudillos por debajo de la mesa.

A veces el gobierno del país en cuestión quiere conseguir de Alemania un favor político, un acuerdo comercial, a lo mejor incluso armas. A cambio, se compromete a aceptar a las personas que en Alemania disfrutaban de un período de tolerancia pero están en posesión de un documento de identidad de su país de origen.

O sea, si no lo he entendido mal, Alemania se alegra, por decirlo así, de poder deshacerse de este modo del trabajador cualificado, ¿no?, dice Richard.

Podría decirse así, dice el abogado.

¿Qué dice?, pregunta ahora Ithemba.

Luego te lo explico, dice Richard.

Tampoco debe olvidar, dice ahora el abogado, que estos caballeros de la Oranienplatz ni siquiera disponen de un período de tolerancia, y aunque lo tuvieran, eso no es ningún estatus de residencia.

Entonces, ¿qué es?

Un período de tolerancia es un simple aplazamiento de la expulsión. El

abogado pronuncia el término con tanto placer como Yusuf cuando pronunció «friegaplatos».

Richard nota cómo el dolor de cabeza se le extiende progresivamente desde la frente hasta el codo pasando por las sienes. Pero todavía queda un punto en su lista:

¿Y qué hay del artículo veintitrés? Ha leído en internet que, dado el caso de que un Estado, un gobierno, un alcalde así lo deseen, pueden obviar las regulaciones europeas y aceptar a alguien que solicite asilo simplemente como ser humano, incluso en un país que no le corresponda según la ley.

A Richard no le sorprende demasiado que el abogado le responda subrayando una sola expresión:

Dado el caso.

Ya, dice Richard, y tiene la repentina sensación de que la visita al abogado supera sus fuerzas.

Supongo que no ha leído la declaración del gobierno regional, dice ahora el abogado en tono suave, como a un enfermo al que uno quiere animar para que se tome el amargo medicamento.

¿Qué declaración?

Salió ayer en todos los periódicos, dice el abogado, y cita textualmente:

«En aras de una mayor claridad, cabe señalar que la concesión de un permiso de residencia a los participantes en la protesta de la Oranienplatz según el artículo veintitrés, párrafo primero, de la Ley de Residencia alemana, no contribuye a la defensa de los intereses políticos de la República Federal de Alemania.»

No, no lo había leído, dice Richard.

Fíjese, dice ahora el búho, cuanto más desarrollada es una sociedad, en mayor grado sus leyes escritas ocupan el lugar del sentido común. En Alemania, según mi propia estimación, solo unos dos tercios de todas las leyes se sustentan en el sentir del pueblo, si me permite expresarlo así. El otro tercio son leyes tan desarrolladas y puras, tan bien formuladas, que su base emocional se ha vuelto intrascendente y casi inexistente. Hace dos mil años, los germanos eran el pueblo más hospitalario de todos. Seguro que conoce usted el bello fragmento de la *Germania* de Tácito sobre la hospitalidad de nuestros ancestros, ¿verdad?

Sí, dice Richard asintiendo.

¿Me permite recordarle brevemente el pasaje?

Se lo permito.

El abogado se levanta, se acerca a la librería, los faldones de la levita le ondean al albur del misterioso viento del despacho, coge el librito de Tácito y lo abre por la página marcada con una hoja de papel como punto.

Ithemba, que percibe que la conversación con el abogado llega a su fin, recoge cuidadosamente sus papeles, los apila con esmero y los mete en el portafolios que ha traído para la ocasión. Richard le hace una señal con la cabeza. Y el abogado empieza a recitar: «Entre los germanos tiénesese por cosa inhumana negar su casa a cualquiera persona. Recíbelos cada uno con los manjares que mejor puede aparejar según su estado y hacienda. Y cuando no tiene más que darles, el mismo que acaba de ser huésped los lleva y acompaña a casa del vecino, donde, aunque no vengán convidados (que esto no hace al caso), los acogen con la misma humanidad, sin que se haga diferencia cuanto al hospedaje entre el conocido y el que no lo es.»⁵ El abogado cierra el libro y pregunta a Richard: ¿Y ahora?

¿Y ahora?, pregunta Richard con un nuevo atisbo de esperanza.

Ahora, al cabo de dos mil años, para eso está el artículo veintitrés, párrafo primero, de la Ley de Residencia alemana.

El abogado se lleva la mano al corazón y hace una reverencia, como si hubiera representado una pequeña obra de teatro. Luego abre la puerta de dos hojas y dice: Con la venia, para indicar que la consulta ha terminado. Richard sabe de sobra cuántos rumanos, vietnamitas y africanos esperan todavía fuera. Al pasar con Ithemba junto al guardarropía, donde descansa un sombrero de copa auténtico, apenas alberga ya ninguna duda de que ese abogado que le recuerda a un búho ha atravesado aleteando doscientos años hasta llegar al siglo XXI, ese siglo nuevo y a pesar de todo ya tan viejo, con sus interminables flujos de personas que, tras sobrevivir al viaje a través de un mar de verdad, se ahogan en ríos y mares de expedientes.

Y entonces llega el día en que Richard tiene que viajar a Frankfurt. Por la mañana, mientras Osarobo practica con el piano, imprime la ponencia, la revisa y le muestra el manuscrito a Osarobo, que por supuesto no puede leerlo en alemán.

This is for a newspaper?

No, es una ponencia, voy a leerla en voz alta.

¿Y la gente va a venir a escucharla?

Aquí no, esta tarde me voy a Frankfurt. Me han invitado ahí a leerla.

¿Y luego?

Luego la discutiremos.

Ya.

¿Conoces Frankfurt?

No, solo conozco Wurzburg.

Desde Wurzburg, como recuerda ahora Richard, llegaron hace dos años los primeros refugiados a la Oranienplatz. Ya antes de emprender la marcha coparon los titulares, ya que algunos de ellos se cosieron la boca para llamar la atención sobre su precaria situación. Instintivamente, Richard se fija en si Osarobo tiene cicatrices, pero en su boca todo parece normal.

Pasado mañana estaré de vuelta, dice Richard.

Bien, dice Osarobo.

¿Qué te parece si tomamos un té?

Okay.

De modo que por primera vez se sientan en la cocina frente a una taza de té.

Un día más tarde, delante de un atril en una sala de congresos de Frankfurt, Richard lee su ponencia sobre «La razón como materia ardiente en la obra del estoico Séneca» ante un grupo de filólogos de lenguas clásicas. Aunque no habla solo sobre la razón, sino también sobre el recuerdo, y sobre el poder y la impotencia. No tiene muy claro que sea una ponencia como las que pronunciaba antaño, cuando estaba en la facultad. Durante el descanso, en el vestíbulo se ofrece café en unos grandes termos, zumo de naranja, agua mineral y unas galletitas.

Por desgracia, esta vez no está el especialista en Tácito, pero sí otros a los

que Richard conoce y que lo saludan y le dan golpecitos en el hombro: Y qué, ¿a qué te dedicas ahora que estás... jubilado? Ah, pero ¿ya no está usted en la facultad? ¿Cuándo fue la última vez que nos vimos? La semana que viene vuelo a Boston. El señor fulano de tal es un tipo extraordinariamente interesante. Supongo que sabrá que ha salido una nueva traducción de... Nadie dice ni una palabra sobre su ponencia. Richard no sabe si eso es bueno o malo. Entre los investigadores hay tres mujeres, una de ellas con unos tacones altísimos, pero no llega a entablar conversación con ella; en general, en esos congresos las mujeres son iguales que los hombres: listas, tontas, excéntricas, ambiciosas, tímidas, obsesionadas con su especialidad, vanidosas. Cuando vuelven todos a su hotel para descansar antes de salir a cenar, Richard se dirige a la estación con su pequeña bolsa de viaje y sube al tren. Y mientras los demás apoyan la cabeza en la almohada de la habitación individual de su hotel de Frankfurt, él hace rato que ha encontrado su coche en el aparcamiento de la estación central de Berlín, ha conducido hasta su periferia y ahora llega a casa atravesando la oscuridad entre los árboles. Una vez dentro, nota que hace mucho frío. ¿Se habrá dejado alguna ventana abierta? ¿En pleno invierno?

Los cajones del escritorio están tirados por el suelo, hay papeles y fotografías por todos lados, la carcasa de madera de una vieja caja de música se ha roto cuando han intentado abrirla por la fuerza. Richard recorre una habitación tras otra, aquí libras esterlinas esparcidas sobre la alfombra, al lado el portamonedas, allá la puerta de un armario abierta de par en par, arriba, en el dormitorio, la bisutería de su mujer por el suelo, en el baño han vaciado la caja de los medicamentos en el lavabo, y por último, al volver a bajar y mientras se pregunta por dónde debe de entrar el dichoso frío, Richard descubre en la sala de música la ventana arrancada de su marco. Cierra la puerta, baja al sótano y lo recorre de nuevo para cerciorarse de que no hay nadie más que él en la casa. El ordenador y el televisor, que habrían podido llevarse fácilmente, siguen ahí, algo es algo. Richard lo deja todo tal como está y sube arriba. Una vez en la cama, con la luz ya apagada, trata de imaginar por un momento qué aspecto deben de tener las habitaciones iluminadas con una simple linterna. Probablemente el de un paisaje confuso

donde lo que permanece a oscuras resulta hostil, aunque solo sean unas sillas, un estante, una planta, una americana en una percha. ¿No se ha paseado él mismo últimamente por la casa en la oscuridad de la noche?

A la mañana siguiente vienen dos peritos de la policía y marcan con un polvo negro todo lo que el ladrón debe de haber tocado. ¿Tiene alguna sospecha de quién puede haber sido? No. Bueno, podría haber sido mucho peor, ha tenido suerte. ¿Ah, sí? Sí, a veces tiran absolutamente todo lo que hay en los estantes, la ropa, los libros. Por lo que parece, al ladrón las libras esterlinas no le habrían servido para nada. Y el ordenador está intacto. Sí, dice el otro agente, se ve que han entrado con respeto. ¿Con respeto?, pregunta Richard. Es una manera de hablar, entiéndame. Compruébelo todo con calma en los próximos días, averigüe qué falta, aquí tiene el formulario que necesitará para el seguro.

Al cabo de un rato llega el servicio de reparación para fijar provisionalmente la ventana, cuyo cristal ha quedado intacto. No tenga miedo, así aguantará. No tengo miedo, dice Richard.

Tras el almuerzo, llama a Detlef y Sylvia para contarles lo ocurrido. Vaya, dice Detlef, qué mala pata, pero al menos no estabas en casa esa noche. ¿Qué te han robado? Mientras recogía la bisutería barata que quedaba por el suelo, Richard ha visto enseguida qué faltaba: el anillo de su madre, la única joya que su progenitora se llevó de Silesia al huir hacia Berlín. De pequeño había observado a menudo el ópalo a la luz de una lámpara para ver cómo centelleaban las líneas rojas y verdes encastadas en la piedra. Cuando Richard se casó, su madre le dio el anillo a Christel en herencia, pero ella no se lo puso nunca: No es nada práctico, te quedas enganchado en todas partes. También ha desaparecido la pulsera de oro que le trajo a su mujer de Uzbekistán, y un anillo que le regaló a Christel el dentista Krause, su novio de antes de conocer a Richard, con un zafiro en el centro y pequeños brillantes alrededor.

El dentista Krause murió a finales del año pasado.

El ladrón no encontró el sobre en el que Richard tiene siempre guardados

unos cuantos billetes de cien para no tener que acudir al banco cada dos por tres. Sigue escondido en el armario ropero, entre los calcetines.

¿Por qué no vienes a casa?, dice Detlef.

¿Sabía alguien que no estarías en casa esa noche? Sí, dice Richard. ¿Uno de tus africanos?, pregunta Sylvia. Sí, dice Richard. ¿Cuál? El Pianista. Sería una lástima, dice Sylvia. Pero nadie dice que haya sido él, dice Detlef, hay un montón de robos por esta zona. A los vecinos de ahí enfrente, ya sabes, el año pasado les robaron todas las herramientas del cobertizo, y ¿quién fue? Pues el sobrino de Ralf. Ralf es el presidente de la Asociación de Pescadores de Caña. Desde luego, dice Sylvia, también robaron en casa de Claudia, la farmacéutica, cuando se fue por Navidad, me lo contó hace poco. Richard asiente de vez en cuando, de vez en cuando dice «sí» o dice «no», se bebe dos vasos de whisky y vuelve a casa.

A la mañana siguiente llama a Anne, de quien no sabe nada desde Fin de Año.

Sylvia me lo ha contado, dice Anne. Mira, añade, Alí habría podido robar lo que le diera la gana cuando vivió aquí con nosotras. Hasta habría podido asesinarme. O a mi madre. En cambio, al terminar no quería aceptar que le pagara un poco más de lo acordado.

¿Te liaste con él?

Anne suelta una carcajada: ¡Tiene veintitrés años!

En efecto, Richard ha olvidado por un momento que Anne tiene la misma edad que él, por un momento ha olvidado incluso su propia edad. ¿De verdad han pasado ya cincuenta años desde esa vez en que yacía en el suelo de una casa de campo cualquiera junto a una Anne desnuda y con el pelo tan revuelto que exclamó: Me ha salido un nido en la cabeza?

Tienes que intentar averiguar si fue tu Pianista.

Siempre anda preguntando si hay algún trabajo para él, dice Richard. Dice que no sabe de qué va a vivir.

O sea que piensas que fue él. Lo estás juzgando sin darle ni siquiera la oportunidad de explicarse. Eso no está bien.

¿Y qué estaría bien?

Pregúntale si fue él.

¿Y si lo fue?

Dices que el ladrón se llevó el anillo de tu madre, ¿no?

Sí.

Eso no es ninguna tontería.

Bueno, ya ves... A fin de cuentas, al final tampoco habría sabido adónde iba a parar esa joya.

Richard, métete tus excusas donde te quepan.

Richard adivina que Anne, como siempre que habla por teléfono, se ha puesto a lavar los platos. Seguro que se ha colocado el auricular entre la oreja y el hombro, y de vez en cuando, como tiene las manos mojadas, sopla para apartarse un mechón de cabello que le ha caído delante de la cara y está a punto de metérsele en la boca mientras habla. Richard puede oír los soplidos y el chorro de agua.

Y si ha sido él el que te ha robado el anillo ¡grítale! ¡Dile que quieres recuperarlo! ¡Móntale un numerito!

Pero ¿por qué?

Porque tienes que tomarle en serio. Si le perdonas su traición, te comportarás como el típico europeo presuntuoso.

¿Por qué demonios ni él ni Anne se habían planteado formar una pareja cincuenta años atrás?

Entonces, si hubiera sido él, ¿también tendría que presentar una denuncia?

No, hombre, dice Anne como si le hablara pacientemente a un niño muy tonto, todo esto no tiene nada que ver con la policía. Tiene que ver con que no te dé igual lo que él haga o deje de hacer.

Entiendo.

Y se hace un pequeño silencio.

Richard, ¿sigues ahí?

Oye, dice Richard, ¿tú y yo por qué no hemos estado nunca juntos?

¿Estás borracho?

Tras colgar el teléfono, Richard le manda un mensaje a Osarobo, como otras veces:

Tomorrow?

Okay, le responde Osarobo.

At 2 p.m.?

Okay.

Richard se pone unos guantes de goma y limpia todo lo que marcó la policía, ordena la casa, mete los cajones en su sitio y baja la persiana veneciana de la sala de música para que no se vean las señales en el marco de la ventana.

Pasa el resto del día frente al ordenador. En el recuadro destinado a escribir un término de búsqueda, teclea lo primero que le viene a la cabeza:

«Probabilidad.»

La probabilidad (posibilidad) es una clasificación de los enunciados y juicios según el grado de certeza (seguridad). En este contexto, tiene especial relevancia la certeza de las predicciones.

«Certeza.»

En el lenguaje coloquial, la expresión «certeza» designa mayoritariamente la seguridad subjetiva con respecto a determinadas convicciones que se tienen por justificadas y que pueden referirse, por ejemplo, a circunstancias naturales o morales. Resulta discutible qué elementos y en qué grado desempeñan un papel a la hora de determinar una certeza subjetiva, por ejemplo, las «pruebas», la fiabilidad de las «opiniones de los expertos», circunstancias externas, como la frecuencia de los argumentos aportados, o modalidades internas, como la estabilidad emocional.

«El gato de Schrödinger.»

Se encierra un gato en una caja de acero junto con el siguiente mecanismo: en un contador de Geiger se encuentra una cantidad ínfima de sustancia radiactiva, tan pequeña que a lo largo de una hora quizá se desintegre uno de los átomos, pero con la misma probabilidad no se desintegrará ninguno; si se desintegra, el contador lo reflejará y, mediante un relé, activará un pequeño martillo que romperá una ampolla con cianuro de hidrógeno. Si dejamos actuar este sistema durante una hora, podremos afirmar que el gato sigue vivo si durante este tiempo no se ha desintegrado ningún átomo. La desintegración de una sola partícula provocaría su envenenamiento.

«Estado de gato de Schrödinger.»

En un sentido general, en mecánica cuántica se denomina «estado de gato de Schrödinger» una superposición de dos estados coherentes suficientemente distintos y análogos a estados clásicos. Para preparar un estado de este tipo es necesario aislar el sistema del entorno.

«Suicidio cuántico.»

Un científico está sentado frente a un arma de fuego que se dispara si un átomo radiactivo especial se desintegra. En este caso, el científico muere.

«Inmortalidad cuántica.»

Según la interpretación de los universos múltiples, en universos paralelos distintos el arma se dispara en tiempos distintos, de modo que la posibilidad de que el científico sobreviva se cumple más a menudo que la posibilidad de que muera. En consecuencia, si consideramos la totalidad de los sistemas, el científico no muere en el experimento, puesto que la probabilidad de supervivencia nunca es igual a cero y, por lo tanto, siempre sobrevive en algún universo. Visto así, el científico es inmortal.

A la mañana siguiente, un carpintero viene a hacer las mediciones para la nueva ventana.

A las dos, Richard espera a que suene el timbre, pero el timbre no suena.

A las dos y media, mira su móvil y ve que tiene un mensaje:

I can't make it today.

También se fija en otra cosa: Osarobo ha cambiado su foto de perfil. En lugar de una fotografía suya, ahora hay una acuarela en azul claro, rosa y verde lima donde se ve a un piadoso Jesús, junto a él un pecador de rodillas con la cabeza agachada para recibir la absolución. ¿O el hombre arrodillado es simplemente alguien que reza?

I can't make it today.

A las siete de la tarde viene a visitarlo Andreas, el lector de Hölderlin, que al fin ha vuelto de su cura. A decir verdad, querían ver una película juntos, pero ahora toman una cerveza sentados en la cocina.

El problema es que es imposible saber si fue él, dice Richard.

«Así también crecen los robles en el bosque / y ninguno, por viejo que sea, sabe de los demás», le contesta Andreas.

¿Conoces el gato de Schrödinger?

¿Ese que está atrapado en el limbo?

Sí, ese. Su muerte tiene una probabilidad del cincuenta por ciento. ¿Tú qué crees, que fue el Pianista?

No sabría decirlo.

Hace dos días estuve aquí con él, igual que ahora contigo. Tomamos un té por primera vez.

Andreas asiente. Richard toma un sorbo de su botella, lo mismo que Andreas.

Tomamos un té juntos y yo pensé que era la primera vez, y a lo mejor él pensó que era la última vez.

Andreas asiente.

A lo mejor sí. Pero a lo mejor no.

Ayer volví a montar en bicicleta por primera vez, dice Andreas. No pensé que podría volver a hacerlo.

Richard asiente: La cosa va de aquí para allá, de aquí para allá, y en algún momento solo va para aquí, pero no se sabe cuándo ocurrirá. Ahora entiendo por qué se le llama «función de onda». Y a la muerte la llaman simplemente «colapso de la función de onda».

«Colapso de la función de onda», dice Andreas, eso podría ser de Hölderlin.

El gato, dice Richard, sabrá si está muerto o vivo.

Es de suponer, dice Andreas.

Pero Schrödinger dice que, hasta que se abre la caja, el gato está en ambos estados: muerto y vivo. ¿Tú lo entiendes?

Andreas toma un sorbo de cerveza.

A Richard le viene a la cabeza la caja de música cuya carcasa de madera rompió el ladrón, quienquiera que fuera, buscando dinero. Se pregunta si quedó muy decepcionado al no descubrir en su interior nada más que los discos de chapa con los dientes doblados que, al dar cuerda al mecanismo, tocan «La donna è mobile», el aria del duque de *Rigoletto*.

Las cosas, dice Richard, existen independientemente de si alguien abre la caja.

Bueno, dice Andreas, ¿cómo puedes saberlo?

Ahora Richard parece muy disgustado.

Entiendo, dice, y bebe un sorbo. Al final de su vida, su mujer siempre bebía Chantré porque era más barato.

Durante la cura, dice Andreas, fui a pasear junto al mar. Ahí nunca se producía ningún colapso de la función de onda.

Richard hace dos intentos más de verse con Osarobo.

Primero le propone encontrarse en la panadería donde intentaron charlar en su primer encuentro. Osarobo dice que sí, pero luego Richard espera solo frente a una infusión de menta y vuelve a leer: Sorry, I can't make it today. La dependienta lo mira desde las alturas y dice: Serán dos euros con ochenta.

Por la noche descubre que Osarobo se ha puesto una nueva foto de perfil: un cuadro de Daniel en el foso de los leones. Con las manos esposadas, el profeta está erguido frente a los felinos, que no osan atacarle. «If God is for us who can be against us?»

En el segundo intento, Richard escribe:

Si hay algo que quieras decirme, te espero mañana en la Alexanderplatz. Bajo el Reloj Mundial, a las tres.

Okay, see you tomorrow.

Richard baja al centro de la ciudad en el suburbano con la esperanza de que las molestias que se toma para encontrarse con Osarobo en la Alexanderplatz no sean en vano. Pero cuando pasan cinco minutos de las tres, lee en el móvil:

Estoy en casa, is snowing.

En efecto, nieva. Con el teléfono en el que ha leído la excusa en la mano, Richard se queda plantado bajo el Reloj Mundial de la Alexanderplatz, donde tantas veces había quedado cuando era joven. Magadán, Dubái, Honolulu. ¿Qué hora debe de ser ahora en Niamey, la capital de Níger?

Consigue dominarse hasta llegar a casa, pero luego se queda sentado en el escritorio, frente a la oscura pantalla del ordenador. Sabe que ahora el alma de Osarobo vuela hacia el universo, hacia algún lugar donde ya no hay reglas, donde uno ya no tiene que tener respeto por nadie, pero donde también está, para siempre jamás, completa e irremediabilmente solo. Richard, en cambio,

se queda en la Tierra con personas como Monika y el bigotudo Jörg. Como los leones de la foto de perfil de Osarobo, ya se los imagina enseñando los dientes: ¡Ya te lo dijimos! Richard llora como no había llorado desde la muerte de su mujer.

¿O no fue Osarobo?

53

Los espíritus, dice Karon, solo nos acompañaron hasta la costa italiana. No pasaron a Europa. Nada más llegar a Lampedusa tuvo aún tres sueños, pero luego, nunca más. Los espíritus reclamaron su tributo al cruzar el mar. Por eso no tiene ningún sentido impedirle a alguien que ha perdido la cabeza que se tire al agua. Una sola vez, dice Karon, se produjo un milagro. Un hombre cayó al agua, el capitán no quiso dar media vuelta para no perder tiempo, pero al menos paró el motor un momento. Algunos gritaron el nombre del caído, todos intentaron avistarlo en la superficie del agua, pero no estaba por ninguna parte. Por un instante se hizo el silencio, cayó sobre el mar una calma perfecta, parecía un espejo, y de pronto aparecieron dos delfines nadando uno junto al otro y llevaron al desvanecido en volandas hasta la embarcación, donde los demás pasajeros pudieron subirlo a bordo y donde al fin volvió en sí. Un milagro. Poco después se estropeó el motor y ese hombre, que era el único que sabía algo de barcos, pudo repararlo.

De lo contrario habríamos muerto todos, dice Karon.

Como surgido de la nada, Karon ha aparecido de pronto entre la cortina de nieve de delante de la ventana del escritorio de Richard, y poco después ha llamado a la puerta de la terraza. Ahora están sentados los dos a la mesa del salón con un vaso de zumo de limón caliente.

Richard dice: Ah, por cierto, tu amigo me ha mandado una foto de tu familia.

Por el mismo camino por el que llegaron las imágenes de la propiedad y del contrato de compraventa, ayer Richard recibió en su teléfono una fotografía de la madre, los dos hermanos menores y la hermana adolescente

de Karon. Las dos mujeres llevan vestidos de colores vistosos, la madre uno violeta oscuro hasta los pies que la hace parecer seria y delgada. La hermana es muy guapa y no mira a la cámara. ¿Por vergüenza o por orgullo? Caramba con la hermana, piensa Richard.

¿Cómo se llama?, pregunta señalando a la muchacha.

Salá Matú, dice Karon.

Al lado de las dos mujeres, los hermanos de Karon, situados en el centro, parecen miserables. Llevan camiseta y un pantalón agujereado. El hermano mayor tiene el hombro izquierdo más alto que el derecho, a lo mejor está lisiado. En la camiseta del menor pone «Kalahari», pero como el desierto del Kalahari está más o menos tan lejos de donde vive la familia de Karon como Barcelona de Minsk, Richard cree poco probable que la prenda haya cruzado África hasta llegar al hermano, así que seguramente procede de las campañas de recogida de ropa usada y ha hecho un rodeo por Hannover, Friburgo o el barrio de Charlottenburg. La madre de Karon y sus tres hermanos posan bajo el techo saledizo de una casa de paredes grises que tiene dos puertas medio descolgadas de las bisagras, pero ni una ventana.

Sentado en el sofá, Karon sostiene el móvil de Richard en la mano y observa durante un buen rato la foto mientras fuera caen los copos de nieve. En esas bolas que hay que agitar para provocar una ventisca es justo al revés, piensa Richard: ahí el invierno está dentro de la campana de cristal.

Ese poste de ahí, dice Karon señalando uno de los palos que sostienen el techo, ese poste lo reparé yo mismo. Todavía me acuerdo.

En efecto, ahora Richard se fija en que el poste se sostiene gracias a un trozo de vía clavado en un punto en el que se rompió. Es una reparación chapucera, pero se hizo en un presente que sigue vigente para la familia de Karon, aunque para él se haya vuelto inalcanzable.

Karon señala el umbral de una de las puertas: En la época de lluvias cae mucha agua, por eso se construye un zócalo tan alto. Nuestra casa tiene tres habitaciones, pero en la época de lluvias solo una es habitable porque las otras dos no tienen techo. Mi padre no consiguió terminarla antes de morir.

¿Cómo se construían antes las casas?

Con adobe. Pero cuando se abren grietas entran las serpientes, y eso es peligroso. Las grietas se pueden tapar con pasta, pero no dura demasiado. Y

los techos eran de caña o de palma, pero con acercar una simple cerilla se puede calcinar la casa entera.

¿Y para qué iba nadie a acercar una cerilla?

Nunca se sabe.

¿Y ahora se construyen de tejas?

No, de chapa. Pero la chapa pesa muy poco y en la época de lluvias, al caer una tormenta fuerte, a menudo teníamos que sujetar el techo tirando de él con cables desde dentro. Teníamos que colgarnos los cinco con todo nuestro peso. Siempre teníamos miedo cuando había tormenta. Fuera de la casa, porque todo volaba por los aires. Y dentro, porque el viento podía llevarse el techo y a nosotros con él.

54

A principios de febrero llegan las cartas del departamento de extranjería para los hombres del grupo de la Oranienplatz que nunca han presentado una solicitud de asilo en Alemania pero se encuentran en el país. Se hacen comprobaciones y se toman decisiones caso por caso. Se ha puesto de manifiesto lo que ya se sabía durante el desmantelamiento del campamento el otoño pasado: que el único país responsable de los hombres que llegaron por Italia es Italia.

Alí, del Chad, el que trabajó de cuidador para la madre de Anne, tiene que irse.

Khalil, que no sabe dónde están sus padres ni si siguen vivos, tiene que irse.

Zani, el tuerto, el que ha recolectado artículos de periódico sobre la masacre de su país, tiene que irse.

Yusuf, de Mali, el friegaplatos que quiere ser ingeniero, tiene que irse.

Hermes, el de las zapatillas doradas, tiene que irse.

Abdusalam, el cantante que bizquea, tiene que irse.

Mohamed, el que se deja caer los pantalones hasta los muslos porque está de moda, tiene que irse.

Yaya, el que cortó el cable de la alarma para detener el simulacro, tiene

que irse.

Y también Refu, con su empaste.

Tiene que irse Apolo, el que tiene su hogar en el desierto de Níger, en la zona donde Francia extrae uranio.

Tiene que irse Tristán.

Y Karon, el Flaco, tiene que irse.

Y tiene que irse el larguirucho Ithemba, que cocina tan bien.

Cuando le requieren que abandone su habitación, se corta las venas ante los ojos de los funcionarios y lo llevan al hospital psiquiátrico.

También tiene que irse Rashid.

La mañana en la que recibe la carta, se rocía de gasolina en plena Oranienplatz, dispuesto a prenderse fuego.

¿Adónde va una persona cuando no sabe adónde tiene que ir?

A 7 hombres, la Iglesia les ofrece un piso de una habitación y media situado al norte de Berlín que un feligrés dejó en herencia para fines benéficos. En la habitación más grande les dejan 7 colchones en el suelo, la pequeña se reserva para las mochilas, carteras y bolsas. Como el piso está en la planta baja, será mejor que no suban las persianas, dice la gente de la Iglesia, así nadie podrá ver desde la calle quién vive ahí, y es que nunca se sabe.

A 15 hombres, la Iglesia les proporciona un barco que en verano hace las veces de vapor de recreo y en invierno está amarrado en Treptow, a orillas del Spree. Algunos reciben cabinas de dos plazas, los demás pueden dormir en unas literas dobles donadas por alguien en la sala común, donde también cocinarán y comerán. Eso sí, calentar un vapor de recreo como ese no es tarea fácil.

A 11 se les permite ocupar el alojamiento de emergencia de una fundación situada en Mitte: una gran sala con cocina y mesa de comedor en el centro, y alrededor colchones uno junto a otro.

12 van a parar a una sala parroquial de Kreuzberg.

16 a una sala parroquial de Adlershof, aunque como máximo hasta marzo.

14 son acogidos en casas particulares de pastores y feligreses. En internet, a esos pastores y personas dispuestas a ayudar se les dedican insultos como «chusma» o «traficantes de personas».

27 se alojan en casa de amigos africanos que viven legalmente en Berlín.

A 1 se le permite dormir en el suelo de un restaurante nigeriano de Neukölln.

A 1, en el sofá de una agente de seguros.

A 1, en una residencia universitaria, en la habitación de un estudiante que pasará medio semestre en Cambridge.

A 1, en el piso de un director de teatro que está de gira.

Algunos, cuando se les pide ayuda, dicen: Dicen que esos hombres están traumatizados, ¿quién nos asegura que no nos destrozarán las instalaciones?

Dicen: Aunque los ayudemos, el problema no quedará solucionado.

Dicen: Alojándolos no les haríamos ningún favor, en esta zona hay un montón de nazis.

Dicen: Aunque puedan dormir en nuestras instalaciones, ¿de qué van a vivir?

Dicen: Lo haríamos si fuera por un tiempo, pero no se ve final a la situación.

Dicen: A lo mejor uno sí podría vivir aquí, pero no vale la pena, son muchísimos.

Los berlineses en su conjunto, representados por el consejero de Interior del gobierno regional, dicen lo que ya dijeron hace dos años, cuando los hombres llegaron a Alemania desde Italia para instalarse en tiendas de campaña en la Oranienplatz, y lo que repitieron hace medio año, cuando los hombres desalojaron la plaza: ¿Para qué existe la ley Dublín II, que regula las competencias? Dicen: Somos libres de aplicar el artículo veintitrés, pero precisamente porque somos libres de hacerlo, no lo hacemos.

Del total de cuatrocientos setenta y seis casos, solo se hacen doce excepciones, entre ellas tres de los amigos de Richard:

Gracias a un informe de su psicóloga, a Tristán le conceden un período de tolerancia de seis meses, por lo que tiene derecho a una plaza en una institución. Y como las plazas son muy escasas, puede dar gracias de ser el único hombre de color que asignan a un refugio de indigentes en el distrito de Lichtenberg, una antigua escuela donde comparte la habitación con dos alcohólicos alemanes y los aseos con treinta personas más. It's not easy, dice, it's not easy. Tres camas, una mesa, un armario, un televisor. Richard observa los dos tercios de mesa que pertenecen a los compañeros de habitación de Tristán: repletos de restos de comida, botellas y migajas, y observa el tercio que constituye la parcela de Tristán: vacío y limpio como una patena. Este es amigo mío, dice uno de los compañeros de habitación golpeando a Tristán en el hombro. Yes, yes, dice Tristán, he's my friend. Solo por la noche, dice, resulta un poco duro. Hay muchos gritos y la gente discute y se pelea. Al salir, Richard ve un capazo lleno de berlinesas en el puesto del portero. Los indigentes también tienen derecho a divertirse un poco por carnaval. Pero Tristán no sabe qué es una berlinesa, ¡cuánto azúcar!, dice señalando el glaseado de los bollos. Y luego se despide, como siempre, diciéndole «take care» a Richard, y vuelve a su refugio, asignado gracias a un trauma severo,

que comparte con un par de alemanes desesperados, adictos, chiflados y muy pobres.

El larguirucho Ithemba pasa unos días en el hospital psiquiátrico, donde sigue diciendo que quiere que lo devuelvan inmediatamente a África. Gracias a un informe de su psiquiatra, le conceden un período de tolerancia de cuatro semanas que a lo mejor, aunque no pueden prometerle nada, le será renovado unas cuantas veces. Lo asignan al vapor de recreo. No good people, dice de los que comparten el barco con él. Y el váter no funciona. Apesta.

Debido a su enfermedad cardíaca y a su mala condición psíquica, al Lanzarrayos le conceden un período de tolerancia de seis meses y una habitación en una residencia de la Asociación Alemana de Asistencia Social para Trabajadores.

Con la ayuda de Sylvia y Detlef, Richard ha apartado a un lado la gran mesa redonda de la biblioteca. Ahora, sobre la alfombra persa de color burdeos pueden dormir cuatro hombres. En la sala de música, uno puede dormir bajo el ala del piano, y más junto a él: dos plazas más. Richard ha encontrado dos colchones hinchables en el cobertizo, para los demás ha extendido unas mantas en el suelo, una encima de otra. Dos hombres caben esquinados en el sofá, otro en dos butacas colocadas una frente a la otra. Con ayuda de Apolo e Ithemba, Richard lleva la cama de su mujer del dormitorio a la habitación de invitados: tres plazas más.

Detlef y Sylvia dicen que su casa de invitados tiene una pequeña estufa, así que si a los hombres no les molesta tener que mantener todo el rato el fuego encendido... A los tres jugadores de billar no les molesta lo más mínimo.

La exmujer de Detlef, que tiene una tetería en Potsdam, dice: Por la noche la tetería está cerrada, me da igual que uno de ellos duerma en la trastienda. Eso sí, mejor que no se pase el día entrando y saliendo. Su marido dice: Pero a lo mejor se te va el negocio al garete. En otro tiempo, dice la exmujer de Detlef, a los que escondían a gente les caía la pena de muerte. El marido dice: Pues también es verdad. De modo que Hermes, el de las zapatillas doradas, se instala en la tetería de Potsdam.

Que Alí se instale en casa de Anne casi cae por su propio peso: Con

nosotros ya se siente como en casa, como quien dice. Y si quiere traerse a su amigo Yusuf, tampoco vendrá de aquí.

Incluso el lector de Hölderlin dice: No tengo sitio en mi habitación, pero durante el día alguno puede venir a utilizar mi ordenador.

Thomas, el catedrático de economía, dice: Tres pueden instalarse en nuestro piso de una habitación en Prenzlauer Berg, nosotros no dormimos nunca ahí, luego se lo digo a mi mujer.

El arqueólogo, que permanecerá en Egipto de febrero a mayo como catedrático visitante, le dice a Richard: Los vecinos tienen la llave.

Marie, su novia veinteañera, dice: Bueno, si alguno de ellos acepta dormir en el sofá de la cocina de nuestro piso compartido, seguro que será superdivertido.

Solo a Monika y al bigotudo Jörg, por algún motivo, a nadie se le ocurre preguntarles.

Así pues, de los cuatrocientos setenta y seis, ciento cuarenta y siete han conseguido un sitio para dormir.

Adónde van a parar los trescientos veintinueve restantes, Richard no lo llega a saber nunca.

A los que se alojan en sus dependencias, la Iglesia les paga cinco euros por día y hombre procedentes de las donaciones, pero, por ejemplo, para viajar a Italia cuando caduca el *permesso*, el dinero no alcanza. Si Richard quisiera pagar a los que se han instalado en su casa esos mismos cinco euros, necesitaría mil ochocientos euros al mes.

Uno de los hombres puede limpiar en casa de una amiga de Richard, otro puede pintar unas cuantas paredes en una obra. Un tercero puede limpiarle la nieve de la entrada de coches a una vecina ya mayor, el cuarto puede ayudar a cortar leña. Pero en general, cuando Richard pregunta, le responden: ¿Sin papeles? Lo sentimos, no podemos. En los pases públicos de películas acompañados de comida africana que Richard organiza una vez a la semana con Andreas y la exmujer de Detlef en la tetería de Potsdam para recaudar donaciones voluntarias, los asistentes, tras ver una película, comer un menú y beber una cola, una cerveza o una copa de vino, no suelen dar más de cinco euros. Quince asistentes hacen un total de setenta y cinco euros. Si se restan

los gastos para bebidas, el arroz, el cuscús, las verduras y la carne de ternera y de cordero, a Ithemba y a sus ayudantes no suelen quedarles más de diez o quince euros para cada uno.

Al final, Thomas ayuda a Richard a abrir una cuenta de donaciones, ya sabes, dice, que la ley contra el blanqueo de capitales puede ser un problema si no puedes demostrar adónde va a parar el dinero, sí, sí, dice Richard, ya lo sé. A partir de entonces, Richard le dice a todo el mundo: He abierto una cuenta de donaciones. La mayoría responden: Ya, qué interesante. Algunos preguntan: ¿Das algún recibo de donación? Richard dice: No. La inmensa minoría transfiere dinero a la cuenta aun sin poderse desgravar la donación. Pero siempre hay excepciones, y lo que llegue siempre será mejor que nada.

Lo único que el gobierno regional sigue pagando a esos hombres que desde ahora, en realidad, ya no deberían estar aquí, son las clases de alemán. Empezaron hace justo cinco meses, cuando los trasladaron a la residencia de ancianos:

Yo voy, tú vas, él va.

Hace cuatro meses los trasladaron a Spandau. Durante las entrevistas para la evaluación de cada caso individual perdieron un montón de horas de clase y volvieron a empezar de cero: Yo voy, tú vas, él va.

Cuando sus amigos se subieron a la azotea, hace cosa de un mes, permanecieron junto al fuego del bidón, con la vista clavada en el tejado, en lugar de ir a clase de alemán, y luego, como habían vuelto a olvidarlo casi todo, volvieron a empezar de cero: Yo voy, tú vas, él va.

Ahora solo unos pocos abandonan sus respectivos aposentos de colchones dos veces a la semana para presentarse en la escuela de idiomas y aprender otra vez: Yo voy, tú vas, él va.

Sentado en el secreter de estilo Biedermeier de Richard, frente a su libreta abierta, Rufu dice: Yo vas.

Richard se vuelve hacia él y le corrige: Se dice «Yo voy».

Rufu: Yo va..

Richard: ¡No! Yo voy.

Rufu: Quiero destrozar los verbos alemanes.

Destrozar, dice Richard, ese sí es un verbo bonito.

En la biblioteca, Richard ha alojado a Rufu y al cantante Abdusalam, que ya figuraba en la primera lista y está la mar de contento de haber podido dejar el restaurante nigeriano. Y también a Yaya, que aquí no tiene que temer que se dispare ninguna alarma, y a su amigo Moussa, el del tatuaje azul en el rostro.

Khalil, que sigue sin saber si sus padres están vivos, su amigo Mohamed, el que lleva los pantalones muy bajos, y el larguirucho Ithemba, a quien Richard ha sacado del barco pestilente y le ha encargado que sea el cocinero de todos, se han instalado en la habitación de invitados.

En la sala de música duermen Apolo y Karon, en el sofá del salón, Zaír, el que cruzó el mar en el mismo bote que Rashid y que, para mudarse a casa de Richard, ha vuelto a ponerse su mejor camisa, y también Tristán: tras unas veinticinco llamadas a los servicios sociales, Richard ha conseguido que se reconozca su casa como casa de acogida, de modo que Tristán ha podido dejar el refugio de indigentes. Por último, en las dos butacas juntas duerme Zaír, que hojea a menudo las fotocopias de los artículos sobre la masacre de su país.

Si no hay algún trabajo ocasional o alguna reunión, los africanos duermen hasta tarde, y cuando se despiertan, se pasan el día tumbados en sus colchones, dormitando, jugando con sus móviles o viendo vídeos de internet en los dos viejos ordenadores que les ha dado Richard. A veces rezan, a veces bajan a la ciudad para encontrarse con sus amigos. Cuando le preguntan a Ithemba qué tal le va, dice: A little bit good. Una vez, Khalil y Mohamed llevan a Richard a una discoteca en la que mujeres de sesenta años en pantalón corto bailan con hombres negros de veinte. Una vez, Karon lleva a Richard al funeral de un berlinés de origen ghanés. Como es un refugiado y no un miembro de la familia, Karon tiene que sentarse en la última fila.

Puede ser, dice, que la gente que crece aquí pronto ya no sepa lo que significa «culture». ¿Cultura?

Los buenos modales.

Y, por lo demás, ¿qué? Al atardecer se reúnen todos en la cocina de Richard, la comida que ha preparado Ithemba ya está sobre la mesa. Con

cincuenta euros le basta para la compra de una semana, ha dicho Ithemba, agradeciéndole la paga a Richard. Al principio Richard era el único que recibía plato y cubiertos, los demás comían todos de la misma fuente, de pie alrededor de la mesa de la cocina. Ahora él hace lo mismo: coge un pedazo de la masa de harina de arroz o de ñame que Ithemba ha servido en la fuente y lo moja en la *soup*, una salsa de verduras a veces con carne, a veces con pescado, que no sabe muy distinto que el goulash de su madre, quizá incluso mejor. Si queda algún resto de *soup*, también pueden terminarlo con las manos. ¿Había comido alguna vez sopa con las manos?

A veces, después de cenar, Abdusalam sale con algunos de los hombres al frío de la terraza y empieza a cantar. Entonces, a través de la noche de Brandeburgo, suena por ejemplo la canción de los que han emigrado; se llama «Aburokyire Abrabo» y dice así:

*Madre, ¡oh, madre!, tu hijo
ha emprendido un viaje terrible.
He llegado a la otra orilla.
Me rodea la oscuridad.
Nadie sabe lo que tengo que soportar
en mi soledad.*

*Una misión que no tiene éxito es una vergüenza.
¿Cómo voy a regresar así?
Cuando fracasas, no ponen tu nombre a ningún niño.
Mejor es morir
que avergonzarse toda la vida.*

*Espíritus de nuestros ancestros,
dioses de nuestros ancestros,
velad por nuestros hermanos que tan lejos están.
Concededles un feliz retorno.
El que vive en Europa entiende sus lamentos.*

Llegan los primeros días cálidos, es momento de quemar las ramas caídas durante las tormentas de otoño e invierno del último año. Desde la muerte de su mujer, Richard no ha vuelto a celebrar su cumpleaños. Pero ahora ha encontrado en un supermercado africano de Wedding salchichas de ternera y de cordero, y él mismo prepara la ensalada de patata; hace ya algún tiempo que conoce el arte de cortar bien la cebolla. También Ithemba está con Tristán y Yaya en la cocina, la vigilia los demás ya han ido a comprar cuscús, pan árabe y un saco grande de arroz. Naturalmente, Rashid está invitado, también Andreas, el lector de Hölderlin, Thomas, el experto en economía, y Marie, la novia de Peter, que por desgracia sigue en El Cairo. Y también, por supuesto, Marion, la exmujer de Detlef, con Hermes, y Anne con Alí y Yusuf, y Detlef y Sylvia con sus tres jugadores de billar. ¿No tendrá alguien por casualidad el teléfono de la profesora etíope de alemán? A Richard le da vergüenza preguntárselo a alguno de los hombres. Hace unos días, como caído del cielo, Osarobo mandó un mensaje: «Hi! How are you?» Su foto de perfil: una mesa de cocina con cuatro sillas vacías. A lo mejor tenía intención de marcharse a Italia y Richard todavía no había podido aclarar lo ocurrido con él. De modo que contestó enseguida: «Fine. How are you?», pero solo recibió como respuesta: «Estoy bien.» Podía significar cualquier cosa.

¿A lo mejor algunas huellas simplemente se perderán?

Richard cae por primera vez en la cuenta de que, en su cabeza, la visión del lago ha quedado indisolublemente unida al recuerdo de que, el verano pasado, en esas aguas murió una persona. El lago ya siempre será el lago en el que murió alguien, y a pesar de eso seguirá siendo también un lago muy bonito: el mismo que se levanta por la mañana cubierto de niebla, cuyas aguas surca en verano una pareja de patos con algunos polluelos, en el que el carrizo fresco sustituye año tras año a la caña seca, un lago en cuya orilla revolotean las libélulas, con el fondo arenoso salpicado de conchas, un lago por entre cuyas algas se deslizan los peces como si pasearan por un bosque, un lago resplandeciente a la luz del sol, negruzco bajo la lluvia, un lago helado, a veces nevado, invierno tras invierno, cuando se torna blanco como una hoja de papel. A lo mejor en verano Richard volverá a nadar en él; sea

como sea, lo que es seguro es que, como los últimos veinte años, se sentará a su vera y será feliz contemplando el agua. En una de sus conversaciones, Rashid le dijo a Richard que ni siquiera el grato recuerdo de su vida junto a su familia era para él un consuelo, ya que ese recuerdo estaba unido al dolor de la pérdida y a nada más. Que le gustaría amputarse el recuerdo, dijo Rashid. Cut. Cut. Una vida cuyo presente vacío está ocupado por un recuerdo que uno no soporta y cuyo futuro no se vislumbra tiene que ser muy dura, piensa Richard, pues en esa vida, por decirlo así, no hay ninguna orilla.

Richard cubre la ensalada de patata con film transparente y la saca fuera.

Queda mucho por hacer antes de que lleguen los invitados: Moussa siega el césped, Mohamed y Khalil rastrillan las hojas, Karon barre la terraza, Rufu coloca con Abdusalam el pesado banco sobre el embarcadero. Mientras se enfría la ensalada de patata, Richard saca los muebles de jardín del garaje con ayuda de Apolo, hay que quitar de las mesas y bancos las telarañas y las hojas secas del verano pasado, y sacudir y doblar los plásticos que los cubrían. Richard clava en el suelo unas antorchas que ha encontrado en un rincón del cobertizo, las compró con su mujer, pero desde que ella murió nunca se le había ocurrido utilizarlas. Hay que conectar el agua del jardín por primera vez este año para poder apagar el fuego si hay una emergencia... ¿Dónde están las juntas para la manguera? Y el carrito portamanguera ha perdido un tornillo. Hay que quitar la herrumbre de la parrilla con el cepillo metálico, llevar platos, cubiertos y bolsas de basura junto al fuego y poner a enfriar las bebidas en el lago, el hielo de cuya superficie terminó de fundirse hace apenas unos días. ¿Hay suficientes servilletas? ¿Kétchup y velas? ¿Pan, patatas fritas, palitos salados y fruta? Karon barre ahora el embarcadero. Richard pone alcohol en los farolillos y los deja sobre las mesas, y en ese momento empiezan a cruzar el jardín los primeros invitados.

Y por fin encienden el fuego y ponen en marcha la parrilla, como se dice en la periferia. Sí, explica Richard a unos y otros, la carne es *halal*, pues ahora ya sabe que: «Os está prohibido todo animal hallado muerto, la sangre, la carne de cerdo, el animal muerto por asfixia, o apaleado, o de una caída, o de una cornada, o devorado por una fiera.»

Comen y beben, se pasan servilletas y copas, dos juegan a bádminton, otros a la petanca, ahí charlan sobre el hecho de que ninguno de los africanos beba alcohol, allá sobre el miedo a nadar y acullá sobre qué se celebra en Pascua y qué en Pentecostés. Cuando empieza a anochecer y Richard enciende los farolillos, Rashid exclama: ¡Como en África! Coge una de las lámparas y la balancea entusiasmado. ¡Una foto de grupo!, grita entonces Anne, la fotógrafa. ¡Antes de que esté demasiado oscuro! Rashid se coloca en cuclillas delante del enorme tejo y los demás se disponen en semicírculo a su alrededor, el Lanzarrayos, con el farolillo de aire marineró comprado en la tienda de bricolaje alemana en la mano, ilumina los rostros negros y blancos que lo rodean y se siente como en casa, en la lejana Kaduna. En ese instante, al volverse para comprobar la disposición del grupo, Richard cae en la cuenta de que Sylvia no está junto a Detlef. ¿Dónde se habrá metido? Ahora que lo piensa, no la ha visto en ningún momento de la fiesta. ¿Y Detlef? Richard se fija en que su amigo no consigue esbozar una sonrisa ni siquiera para la fotografía.

Luego se vuelven a sentar todos junto al fuego, que ya casi se ha consumido. Uno dice: Por la noche refresca bastante. Y otro: Te presto mi chaqueta. Y el tercero: ¿Queda vino? Y el cuarto: Voy a echar algo más de leña. Tras la foto, Richard se sienta junto a Detlef y le pregunta en voz baja entre el murmullo general: ¿Qué le ocurre a Sylvia? Detlef observa cómo el hombre echa leña en las brasas y no responde hasta que las llamas vuelven a estar bien vivas: Hoy le tocaba revisión. ¿Y? La han ingresado inmediatamente, dice, no tiene buena pinta. Y aunque lo ha dicho susurrando y en alemán, se hace de pronto el silencio, como si todos supieran que se acaba de pronunciar una de las frases más difíciles en la vida de una persona.

Dios mío, dice Richard.

¿Qué ocurre?, pregunta Rashid.

Su mujer está muy enferma, dice Richard.

I'm very sorry for you, le dice Rashid a Detlef.

Gracias, dice Detlef mientras atiza el fuego.

Ahora, un hombre piensa en cómo la mujer lo besaba siempre en los ojos.
Un hombre piensa en cómo la mujer se acurrucaba entre sus brazos.
Un hombre piensa en cómo la mujer le pasaba la mano por el pelo.
Un hombre piensa en lo bien que olía el aliento de la mujer cuando la tenía
junto a él.

Un hombre piensa en cómo la mujer le metía la lengua en la oreja.
Un hombre piensa en cómo resplandecía el cuerpo de la mujer cuando
hacían el amor.

Un hombre piensa en la textura de los labios de la mujer.
Un hombre piensa en lo guapa que estaba la mujer mientras dormía.
Un hombre piensa en cómo la mujer le cogía la mano.
Un hombre piensa en cómo sonreía a veces la mujer.

Todos piensan por un momento en mujeres a las que quisieron y que los
quisieron a ellos.

Cuando estaba en Italia, llamé dos veces a la mujer con la que no pude
casarme en Ghana, dice Karon, pero luego tiré su número.

Me gustaría tanto tener otro hijo antes de morir, dice Rashid.

Una vez, dice Tristán, conocí en el metro a una mujer alemana. Quedamos
para otro día, fuimos a pasear, charlamos. Quedamos una segunda vez,
fuimos a pasear, charlamos. La tercera vez me preguntó si no quería
acostarme con ella. Le dije todavía no, a lo mejor más adelante. My mind was
not there. A la siguiente cita ya no apareció. It's not easy, dice Tristán. Not
easy.

Si la cosa empieza a ir en serio, dice Khalil, aquí no tenemos ninguna
oportunidad. Lo he visto en mis amigos. Siempre ha llegado un momento en
que las novias han dicho basta. Sus padres estaban en contra. O al final
resulta que había un novio alemán.

Ithemba dice: Sí, así es. Nobody loves a refugee.

¿Que nadie quiere a un refugiado? No me lo creo, dice Marie.

Así es. Nadie quiere a un refugiado.

Encorvado hacia delante, con una copa de vino en la mano, Detlef escucha
lo que los demás dicen sobre el amor.

Apolo dice: Yo tengo una novia. Pero no me casaría con ella.

Marion pregunta: ¿Por qué no?

Si me caso ahora con una mujer alemana, pensará que lo hago solo por los papeles.

¿De verdad no te casarías con una mujer que te quisiera y a la que tú quisieras porque podría parecer que lo haces únicamente para conseguir los papeles?

Sí, dice Apolo.

En las fronteras, a veces las cosas se vuelven su contrario, recuerda Richard que pensó la primera vez que visitó el campamento de la Oranienplatz. La necesidad desplaza y deforma incluso lo poco que podría ser sencillo. Conservar la dignidad es un esfuerzo que se impone a diario a los refugiados y que los persigue hasta la cama.

Y si lo hicieras para tener papeles, ¿qué tendría de malo?, pregunta Richard.

Todavía le resuena en el oído lo que dijo el abogado: ¡Un hijo alemán sería lo único que podría servir de algo!

Mira, dice Apolo: Tiene que haber un orden. Primero tengo que encontrar trabajo, luego una casa, luego puedo casarme y luego tener hijos.

Además, dice ahora Tristán, una mujer puede quedarse embarazada de cualquiera, y aunque el hombre sea un inútil, el hijo se queda con ella. Pero si eres un hombre, tienes que encontrar una buena mujer. Una mujer junto a la que puedas quedarte cuando tenga un hijo tuyo. Pero ¿dónde voy a encontrar una buena mujer?

En la disco, dice Richard con poco entusiasmo, pues no puede evitar pensar en su excursión a la discoteca llena de sesentonas en pantalón corto.

No voy a discotecas, dice Tristán.

¿Nunca?

Nunca.

Rashid, que se había quedado un rato dormido en la tranquilidad de la conversación, vuelve a escuchar y dice: En Nigeria son las madres quienes les buscan una mujer a los hijos. Ellas saben quién es una buena mujer. Pero ¿aquí? Aquí no tengo ni idea de cómo hay que dirigirse a una mujer. No lo haría por nada del mundo.

Y tú ¿piensas a menudo en Christel?, le pregunta Detlef de pronto, cinco

años después de la muerte de Christel, a su amigo Richard. Nunca antes han hablado de esas cosas.

Ya lo creo, dice Richard.

¿Y qué piensas exactamente?

En cómo se quedaba ahí de pie mientras fumaba. En cómo se recogía el pelo hacia arriba con una pinza cuando hacía calor. Pienso en sus pies.

¿La echas de menos?

Antes, a veces pensaba que no la echaría nada de menos cuando ya no estuviera.

Richard trata de recordar la época en que creía posible no echar de menos a Christel.

Ya sabes, a menudo por la noche empezaba a pelearse conmigo sin ningún motivo.

¿Por qué se peleaba?, pregunta Tristán.

Bebía. Y el alcohol la transformaba, sobre todo al anochecer.

Pero ¿por qué bebía?, pregunta ahora Ithemba.

Probablemente, dice Richard, sí, probablemente porque no era feliz.

¿Y por qué no era feliz?, pregunta Ithemba.

La orquesta en la que tocaba se disolvió, dice Thomas aspirando su cigarrillo.

Y Richard tenía una amante, dice Anne.

Quería tener hijos, dice Marion.

¿Eso te lo dijo ella?, pregunta Richard.

Sí, dice Marion.

Pero tú dijiste que lo habíais decidido juntos, interviene Zaír, que por lo visto se acuerda perfectamente de la ya lejana conversación que tuvieron en Spandau.

Una vez se quedó embarazada, dice Richard, pero era demasiado temprano para mí. Ni siquiera había terminado la carrera. La convencí para que se deshiciera del niño.

Ya, dice Zaír.

Simplemente no lo quería en ese momento.

Ya.

Pero entonces todavía no era legal. Fue a ver a una mujer. Se lo hizo sobre

la mesa de la cocina. Yo esperé en el patio de la casa.

Richard se acuerda muy bien de ese patio. Treinta grados, la sombra tórrida en la que esperaba plantado, a su lado cubos de basura de hojalata con la tapa abollada.

Cuando salió, dice, casi cae desmayada, tuve que sostenerla y de pronto pesaba como una losa. Tardamos un montón en llegar a la estación del suburbano. En el vagón vi cómo le corría la sangre entre las piernas. Entonces me avergoncé de ella. Tenía que ocuparme de ella, pero me resultaba tremendamente desagradable.

Richard menea la cabeza, como si ni él mismo pudiera creer lo que cuenta.

¿Por qué te avergonzaste de tu mujer?, dice Alí.

Creo que en realidad tenía miedo.

¿Miedo de qué?

De que muriera. Sí, dice Richard, en ese momento la odié porque a lo mejor se moría.

Eso puedo entenderlo perfectamente, dice Detlef.

Me parece, dice Richard, que entonces entendí que lo que soporto no es más que la mera superficie de todo lo que no soporto.

¿Como en el mar?, pregunta Khalil.

Sí, en principio, igual que en el mar.

AGRADECIMIENTOS

Mi más sincero y sentido agradecimiento por todas las buenas conversaciones a:

Hassan Abubakar
Hassan Adam
Stephen Amakwa
Malu Austen
Ibrahim Idrissu Babangida
Saleh Bacha
Yaya Fatty
Udu Haruna
Nasir Khalid
Adam Koné
Sani Ashiru Mohammed
Fatao Awudu Yaya
Bashir Zaccharya

Por su apoyo, ayuda y colaboración, un cálido agradecimiento a:

Katharina Behling
Ingrid Anna Kade
Cornelia Laufer
Malve Lippmann y Can Sungu
Marion Victor
Wolfgang Wengenroth

Por el tiempo y la libertad para escribir, le debo un enorme agradecimiento al profesor Paul-Michael Lützeler, así como a Kerstin, Nils y Pascal Helbig.

Por su asesoramiento, recomendaciones e información, doy las gracias a: la

asociación AKINDA, Taina Gärtner, Liya Siltan-Grüner, Hans Georg Odenthal, Bernward Ostrop.

Por su laboriosa ayuda, doy las gracias a Viola Förster von der Lühe, Frauke Gutberlet-König, Bedriye y Felix Hansen, Miriam Kaiser, la doctora Eva Krause, Sandra Missal, el doctor Riesenberg, Rainer Sbrzesny, Tabea Schmelzer, Jule Seidel, René Thiedtke y Rui Wigand.

Por sus consejos e inspiración, doy las gracias a mi padre, John Erpenbeck.

Y porque siempre me ha apoyado y animado a escribir este libro a través de su curiosidad, sus críticas, su franqueza y su propio comportamiento, doy las gracias a mi marido y primer lector Wolfgang Bozic.

Título de la edición original:
Gehen, Ging, Gegangen

Edición en formato digital: julio de 2018

© de la traducción, Francesc Rovira, 2018

© Albrecht Knaus Verlag, a division of Verlagsgruppe Random House GmbH , 2015

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2018
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3977-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

1. «Alegraos, regocijaos.» Es el inicio del coro de la primera cantata del *Oratorio de Navidad* de Bach. (*N. del T.*)

2. «La tierra de los *Junker* para los agricultores.» Lema empleado en 1945 durante la reforma agraria de la Alemania Oriental. (*N. del T.*)

3. Versión amablemente cedida por Saúl Botero-Restrepo. (*N. del T.*)

4. Traducción de Ana Pérez Vega. (*N. del T.*)

5. Traducción de Baltasar Álamos Barrientos. (*N. del T.*)